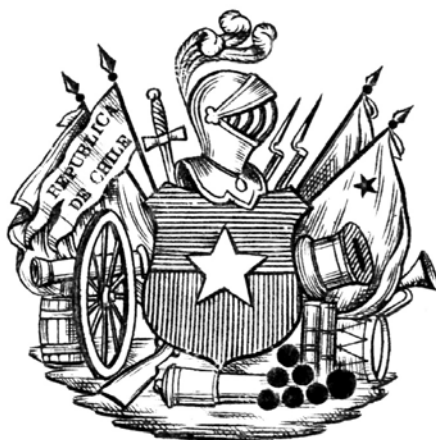


CUADERNO DE HISTORIA MILITAR



Nº 10

DEPARTAMENTO DE HISTORIA MILITAR DEL EJÉRCITO

DICIEMBRE DE 2014

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR N° 10
SANTIAGO, DICIEMBRE 2014

JEFE DEL ESTADO MAYOR GENERAL DEL EJÉRCITO
GDD MIGUEL MUÑOZ FARÍAS

JEFE DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA MILITAR DEL EJÉRCITO
CRL. GABRIEL RIVERA VIVANCO

JEFE DE LA SECCIÓN PATRIMONIO Y ASUNTOS HISTÓRICOS
TCL. PEDRO HORMAZÁBAL ESPINOSA

EDITOR
TCL. PEDRO HORMAZÁBAL ESPINOSA

EDICIÓN Y REVISIÓN
CLAUDIA ARANCIBIA FLOODY
CAMILA PESSE DELPIANO

ISSN 0719-2908

IMPRESO EN LOS TALLERES DEL INSTITUTO GEOGRÁFICO MILITAR

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL N° 151816

LAS COLABORACIONES Y OPINIONES VERTIDAS EN ESTA PUBLICACIÓN SON DE EXCLUSIVA RESPONSABILIDAD DE SUS AUTORES Y NO REPRESENTAN NECESARIAMENTE EL PENSAMIENTO NI LA DOCTRINA INSTITUCIONAL.

ÍNDICE

ARTÍCULOS RELATIVOS AL PERÍODO DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

1. CAPTURA DEL ESCUADRÓN DE CARABINEROS DE YUNGAY, CAUTIVERIO EN EL PERÚ Y POSTERIOR CANJE 7
CRL. Mario Fuentes Busch
2. DIARIO DE UN CAPITÁN DEL BATALLÓN COQUIMBO Nº 1 DESDE LA PARTIDA DE ILO (III DIVISIÓN) HASTA LA OCUPACIÓN DE TACNA..... 35
Anónimo
3. HOJAS SUELTAS DE MI DIARIO DE CAMPAÑA O REMINISCENCIAS DE LA GUERRA DEL PACÍFICO 1879-1883. A MIS AMIGOS..... 69
Evaristo Sanz
4. LA CAMPAÑA A LIMA. BATALLAS DE CHORRILLOS Y MIRAFLORES..... 103
Nicanor Molinare

ARTÍCULOS MISCELÁNEOS

5. UN AGREGADO MILITAR CHILENO EN MADRID DURANTE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL..... 169
Andrés Irarrázaval Gomien
6. ILDEFONSO ELORRIAGA: LA ACTUACIÓN EN UN CAMPO NOBLE..... 179
Camilo Osorio Gálvez

CAPTURA DEL ESCUADRÓN DE CARABINEROS DE YUNGAY, CAUTIVERIO EN EL PERÚ Y POSTERIOR CANJE

CRL. Mario Fuentes Busch¹

El 17 de julio de 1879, salía el recientemente creado Escuadrón de Carabineros de Yungay al mando de su comandante don Manuel Bulnes Pinto, con una fuerza de 240 jinetes de su cuartel de circunstancia ubicado en la capital, en la Alameda de las Delicias con calle Santa Rosa, un imponente y antiguo edificio que posteriormente fue Escuela Técnica Superior Femenina y también Cuartel de la Escuela Militar de Chile.



Manuel Bulnes Pinto
comandante del Escuadrón



Wenceslao Bulnes Riquelme
2º comandante del Escuadrón

En el trayecto de esta hermosa y motivante marcha, se congregó una enorme cantidad de santiaguinos y familiares de los carabineros que se agolpó en ambos costados de la calle Alameda, arrojándoles flores, guirnaldas y enardecidos vítores al paso del flamante escuadrón, integrado en su mayoría por jóvenes movilizados que marchaban felices a los campos de batalla, en los que ellos pensaban iban a participar. La comandancia general de armas dispuso que bandas de los regimientos de la guarnición acompañaran a este cuerpo montado hasta la Estación Central, donde embarcaron en un tren de carga para hacer su viaje a Valparaíso; fueron emocionantes para estos soldados los homenajes que le rindieron en todos los pueblos en el trayecto de su viaje, a pesar de lo avanzada de la hora en que arribaron a algunos de ellos², acudía al andén mucha gente a decirles adiós con el mismo entusiasmo clamoroso y patriótico que en Santiago, llamando la atención a estos jóvenes la asistencia de chilenos de todas las clases sociales,

1 Oficial del arma de Caballería, de Estado Mayor, maestro de equitación en Chile y Argentina. Magister en Historia Militar y Pensamiento Estratégico de la ACAGUE. Actualmente subdirector del Museo Histórico y Militar de Chile.
2 Pedro Sienna así lo describe en su libro *Recuerdos del Soldado Desconocido*.

como también pequeñas bandas de música o murgas improvisadas (Llay Llay, Calera, La Cruz, Quillota, Limache, Quilpué, Valparaíso).

CAPTURA DEL TRANSPORTE RÍMAC

Este acontecimiento sin duda es uno de los hechos de armas que más enorgullece a los historiadores militares peruanos, debido a que todo fue ganancia para la Armada del Perú a diferencia del Combate Naval de Iquique, que si bien es cierto lograron hundir la Esmeralda, perdieron el segundo buque en importancia de la marina de guerra, la Independencia. Prueba de ello es lo escrito por Hernán Garrido Leca, historiador especialista de la escuadra de guerra del Perú, quien en su libro *Diario a bordo de la Corbeta Unión* escribe lo siguiente:

*“Uno de los hechos más interesantes que se describen en el diario de la Unión es sin lugar a dudas la captura del vapor Rímac. Hasta entonces solo se habían capturado tres naves mercantes, como se puede apreciar, pero no se había logrado capturar a ningún transporte de guerra con tropas ni armamento. Sin duda la captura del Rímac fue un éxito de las fuerzas navales peruanas pues transportaba uno de los mejores Regimientos con los que contaba Chile, el escuadrón de caballería Carabineros de Yungay N°1, al mando del Teniente coronel Manuel Bulnes Pinto, con parte de la caballada, pues el resto de los caballos, unos cuarenta, se embarcaron en el Paquete del Maule; además llevaban pertrechos de guerra para el ejército”.*³

En el mes de julio el día 19 de 1879, el escuadrón de caballería recientemente creado con el nombre de Carabineros de Yungay, al mando del conocido teniente coronel don Manuel Bulnes Prieto, sobrino del presidente e hijo del mariscal de Ancash don Manuel Bulnes Prieto, tenía la misión de embarcarse en el transporte *Rímac*, vapor de propiedad de la Compañía Sudamericana de Vapores y arrendado por el Gobierno de Chile para trasladarse a la ciudad de Antofagasta. Orden que no se pudo cumplir a pesar de que ese mismo día ya se había embarcado todo el personal, ganado, armamento, atalaje y munición, junto con otros bagajes para el ejército del norte. Esto aconteció debido a que se recibió un telegrama de Antofagasta anunciando que el monitor *Huáscar* y la corbeta *Unión* habían atacado el puerto de Mejillones, Chañaral y otros menores, destruyendo lanchas de desembarque y botes, como también capturado dos buques de transporte. Todos los integrantes del escuadrón permanecieron embarcados el día 18 y 19 en este vapor.

Clemente Larraín relata el día antes de partir el *Rímac* lo siguiente: *“El comandante Bulnes acompañado de algunos oficiales y sus hermanos, el Mayor del Cuerpo Wenceslao y Gonzalo (historiador) encaminándose por el tren de la mañana al puerto y desde la estación y en la barca de un fletero dirigióse*

3 En relación a la unidad de Caballería conocida como Carabineros de Yungay descrita por Hernán Garrido Leca (*Diario a bordo de la corbeta Unión*). El autor comete un error al describirlo como regimiento, ya que él mismo posteriormente describe a esta unidad como escuadrón de Caballería “*Carabineros de Yungay N°1*”. Esto es correcto sin el N° 1, ya que este se le agregó una vez creado el escuadrón N° 2, cuando se encontraba en cautiverio.

al Rímac, a cuyo bordo estaba ya todo embarcado y amontonado; hombres, caballos, forrajes, vestuarios, pertrechos y el almacén inmenso y variado de la Intendencia General del Ejército, en una palabra, el transporte Rímac debía partir esa misma tarde”.⁴

El propio comandante Bulnes concurrió a la Comandancia General de Marina y se contactó con el intendente de Valparaíso don Eulogio Altamirano, quien le contestó que tendrían que esperar órdenes del presidente de la república y noticias más certeras del accionar de la escuadra enemiga. En estos dos largos días de espera e incertidumbre, el historiador don Gonzalo Bulnes Pinto, hermano menor del comandante y segundo comandante, quién los acompañaba desde su viaje de Santiago en tren, fue testigo de la inquietud y desazón de sus hermanos mayores por no poder partir lo antes posible al norte para defender los intereses de Chile.⁵



Transporte Rímac lanzado al mar en 1874

El día 19 en la tarde, recibió la orden directa del presidente de la república de salida del transporte Rímac con el escuadrón compuesto por 240 hombres, 215 caballos, 232 carabinas Winchester, 240 sables, 240 sillas de montar, atalajes completos y otros bagajes enviados para el ejército del norte, en dirección a Antofagasta, sin escolta y a su propia suerte. De la totalidad de los caballos, la mitad iba en el transporte Rímac y el resto en el *Paquete del Maule*.⁶

José Clemente Larraín efectuó una crítica acerca del traslado del Escuadrón de Carabineros de Yungay a Antofagasta, lo que a su juicio considero: “*Totalmente innecesario ya que era un gasto improductivo agregar un nuevo cuerpo de caballería estacionado en las áridas playas del desierto sin tener campo ni expedición alguna en que emplear esta tropa, siendo absurdo y sin sentido su envío*”.⁷

4 LARRAÍN, José Clemente (2007). *Impresiones y Recuerdos sobre la Campaña al Perú y Bolivia*. CESIM, Santiago, p.103.

5 Gonzalo BULNES describe su experiencia de los días 18 y 19 de julio de 1879 en su libro *La Guerra del Pacífico*, Ed. Pacífico, Santiago, 1955, Vol. I, p.230.

6 EKDHAL, Wilhelm (1917). *Historia Militar de la Guerra del Pacífico*. Ed. Universo, Santiago, Tomo I, p. 357.

7 LARRAÍN, *op. cit.*, p. 100.

Se concuerda con Clemente Larraín en que el traslado de este escuadrón fue totalmente innecesario, ya que se estaba planificando la invasión a la provincia de Tarapacá y las condiciones de los campamentos en Antofagasta estaban en estado crítico y sobrepobladas.

El día 20, una vez zarpado el *Rímac* y el *Paquete del Maule*, se supo que frente a Taltal habían sido vistos el *Huáscar* y la *Unión*; ya se podía visualizar la tragedia que se estaba urdiendo; dos horas después se recibió un telegrama del intendente de Atacama don Guillermo Matta, donde se informaba que los buques enemigos habían atacado Caldera. Posteriormente se intentó de parte de las autoridades efectuar algunas coordinaciones para que el Cochrane pudiera darles protección en su viaje a Antofagasta, pero lamentablemente este buque de guerra estaba empeñado en escoltar al transporte Copiapó, Toltén y al Chacabuco; este segundo convoy había llegado a Coquimbo sin contratiempos.

La opinión pública se enteraba automáticamente de los movimientos de transporte y buques de guerra porque eran diariamente publicados en el Mercurio de Valparaíso, los agentes del Perú los transmitían en telegramas en clave a su país.

La única precaución que se tomó para disipar en parte la amenaza que tenían en ciernes fue ordenar que el *Paquete del Maule* navegase pegado a la costa y el *Rímac* 40 millas al interior. El Cochrane, por un retraso sufrido por el primer convoy, nunca pudo llegar a proteger al segundo. La escuadra adversaria, al mando del capitán Grau, interceptó al transporte Colombia de la Compañía Inglesa del Pacífico y como era costumbre lo abordó y registró comprobando que efectivamente era un buque de pasajeros y que llevaba carga totalmente civil. El capitán de dicho buque le facilitó a Grau un ejemplar de un diario chileno que relataba el embarque y viaje de los Carabineros de Yungay en el *Rímac* hacia el norte, no cabe duda de que en este registro ratificó el viaje del *Rímac* y *Paquete del Maule* sin protección, planificando en forma inmediata y certera la captura de ambos transportes.⁸

Al transporte *Rímac* se le había armado con cuatro cañones de 32 libras, de sistema anticuado, navegaba bajo el mando del capitán Pedro Lautrup, de origen alemán, con una marinería comercial. Como era la costumbre tenía un oficial de marina chileno, quien tomaría el mando ante cualquier emergencia, en esta ocasión la responsabilidad recaía sobre el capitán Juan Ignacio Gana. El andar del buque era de 13 a 14 millas, lo que para la época era excelente.

Al llegar a la altura de Antofagasta, la mañana del día 23, el capitán Lautrup divisó a lo lejos un vapor, creyendo que era el acorazado *Cochrane*, procedió a acercarse a este hasta las 4 millas de distancia; solamente en ese momento se percató que era un buque enemigo, emprendiendo la huida y entregando el mando del buque al capitán Gana. Este oficial naval chileno emprendió rápidamente la fuga hacia el oeste. En esta fuga, el *Rímac* fue alcanzado en cinco ocasiones por los cañones de la corbeta *Unión*, muriendo

8 EKDHAL, *op. cit.*, p.362.

el soldado Abelino Urzúa, a quién le llegó parte de un casco de granada en el pecho, convirtiéndose en la primera baja de este escuadrón de Carabineros, paradójicamente su bautizo de fuego fue en la mar y no en tierra, para lo que habían sido instruidos y preparados durante largo tiempo.

La persecución duró aproximadamente cuatro horas y la *Unión* acortó la distancia a casi 600 metros, el *Rímac* hizo uso de sus viejos cañones, los que no producían ningún efecto sobre la corbeta *Unión* cayendo siempre al agua, ya que no tenían suficiente alcance, y al parecer la tripulación sirviente de estas armas no mostraba ningún interés en alcanzar al buque enemigo.

Cabe hacer presente dos aspectos importantes, el primero que el comandante Bulnes durante la travesía se percató del lento navegar del buque, observando que el capitán Lautrup le imprimía poca velocidad a su buque, andando a 4 o 5 millas menos de la capacidad de su máquina, quien adujo que si aumentaba el andar llegarían de noche a Antofagasta y las autoridades del puerto no los dejarían entrar al fondeadero; segundo que la marinería, extranjeros en su mayoría, no cumplían las ordenes con la suficiente energía y compromiso que se requería en ese momento. En su desesperación, el comandante Bulnes ordenó botar todo el armamento y munición del escuadrón al mar, para tener menor peso y poder escapar de la persecución. Después de esta medida tomó la resolución de botar los caballares al mar, no concretándose esta segunda acción, por dos aspectos a relatar: el primero, había que echar a andar el donkey⁹ para sacarlos de la bodega, lo cual significaba hacer una nueva maniobra distraiendo a la tripulación, lo que haría perder velocidad al transporte; y el segundo, el capitán Lautrup y el personal del transporte dedujeron que el ganado intentaría acercarse al buque en su desesperación, lo que podía romper las hélices y paralizar los motores, por lo tanto esta acción fue desechada por ser considerada de mucho riesgo.

En su parte oficial, Bulnes relata haber propuesto al comandante Gana, quien estaba al mando del transporte, acercarse a la corbeta *Unión* para intentar abordarla, lo que también fue rechazado aduciendo que al acercarse serían hundidos por su artillería. Y por último, le solicitó a Gana que asumiera el compromiso de honor de que si era inminente la captura del transporte ordenaría abrir las válvulas para no caer en manos del enemigo. En relación a este compromiso, no está claro si Gana dio la orden, pero la tripulación de máquina, como expresamos anteriormente, al ser en su mayoría extranjera no estaba dispuesta a cumplirla y menos a perder la vida por Chile. Se infiere que para el comandante Bulnes debe haber sido la más dolorosa resolución intentar sacrificar su ganado tirándolo al mar, paradójicamente para fortuna de este comandante entró en escena el *Huáscar* poniendo fin a la disyuntiva, anteriormente citada. Bulnes al percatarse que no había escapatoria destruyó toda la información secreta que portaba.

El comandante de la corbeta *Unión*, don Nicolás Portal, verdadero artífice de la captura del *Rímac*, escribe en el diario de su buque: “*Durante la caza del Rímac se hicieron 54 disparos, cuatro con bombas de percusión, fui testigo ocular del lanzamiento del armamento, cajones de munición y equipo al mar por*

9 Grúa a vapor utilizada en buques y puertos para cargar y descargar mercancías o bastimentos.

los integrantes de Carabineros de Yungay, como también de la designación de parte de su tripulación para conducir al Rímac al puerto de Arica".¹⁰

A las 9 de la mañana, Portal describe que lograron hacer impacto en el *Rímac* 4 tiros consecutivos y el vapor izó en su palo trinquete¹¹ una bandera blanca y al mismo tiempo vió que todos los soldados se despojaban de sus armas arrojándolas al agua, a contar de ese instante, ordenó alto al fuego y soltar tres embarcaciones para abordar el buque chileno, regresando después de media hora con el capitán de fragata, don Ignacio Luis Gana, quien rindió oficialmente el vapor a este comandante. El *Huáscar* también abordó con dos embarcaciones menores el transporte *Rímac*.

Los oficiales de Carabineros de Yungay fueron encerrados en la cámara de oficiales del *Rímac*, los hermanos don Manuel y Wenceslao Bulnes en el *Huáscar*, 55 soldados en la *Unión* y el resto compuesto por 175 hombres quedaron encarcelados en las bodegas del *Rímac*. Como botín de guerra muy destacado en la literatura peruana se capturó lo siguiente: 215 caballos, un cañón de 300 libras, 300 rifles Comblain II con 200.000 tiros, algunas carabinas Winchester, pertrechos, víveres, carbón, forraje, útiles para la ambulancia, dinero y correspondencia oficial.¹² La tripulación del *Rímac*, el comandante, oficiales y soldados del Carabineros de Yungay fueron trasladados en calidad de prisioneros a la ciudad de Arica. El diario *Mensajero del Pueblo*, de tendencia conservadora, hace la siguiente publicación el 2 de agosto de 1879, en el número 249:

"Todo Chile deplora en estos momentos, la inmensa desgracia cuyo anuncio cayó como un rayo en la capital, en las horas de la noche del martes.

Tras días de angustia dolorosa y de agitación indecible, vino el telégrafo a comunicarnos la infausta nueva del Rímac, apresado por el enemigo. El débil transporte no pudo luchar con los poderosos blindados que le salieron al través y que se vio en la dura necesidad de rendirse.

El bellissimo Escuadrón de Carabineros de Yungay, que contaba en sus filas lo más brillante y escogido de nuestra ardorosa juventud, es hoy prisionero de guerra y comparte, con los tripulantes de la Esmeralda, la tremenda condición del cautivo.

Trescientos valientes, que iban gozosos a disputar al enemigo, en noble lid, una victoria que les pertenecía como defensores de la justicia y del derecho desconocido, de improviso cayeron en manos del apresador audaz, sin haberles sido dado a esgrimir la espada y sin poder si quiera vender cara sus vidas.

Hoy están en Arica, míseros cautivos, escuchando el grito de alegría de sus enemigos y comiendo el pan amargo de su desgracia.

10 GARRIDO LECA, Hernán (2008). *Diario a bordo de la Corbeta Unión*. Lima, pp. 72-74.

11 El palo central de un buque de tres palos.

12 Mediante esta correspondencia oficial, Grau se enteró de la llegada del buque *Geneleg* a Punta Arenas, el que venía con gran cantidad de armamento y munición desde Europa, recientemente adquiridos para el Ejército. La misión de la captura de este buque la recibió la *Unión*, que arribó a Punta Arenas los primeros días de agosto sin cumplir el objetivo de su misión, lo cual hubiese sido un nuevo golpe para Chile. La *Unión* no se enteró tampoco de un segundo vapor, el *Genovese*, que arribó posteriormente a Punta Arenas.

El apuesto jefe de ese grupo de denodados chilenos, hijo del vencedor de Yungay y que llevaba al cinto la misma espada que hace cuarenta años deshizo la coalición infame y liberticida que se formaba en América para el sistema republicano, ha tenido que pisar esos sitios de la gloria de su padre con la frente humillada y entregar en manos de los enemigos de Chile, aquel símbolo de las antiguas glorias de su patria. ¡Oh dolor para él!, iba a probar a la América que era digno de su nombre y que la sangre del ilustre Bulnes no circulaba en vano por sus venas; y, víctima de imprevisión fatal, de que él no fue culpable, se mira él y mira a sus valientes compañeros en la imposibilidad de cosechar los laureles que se había en su imaginación poderosa prometido.

Acontecimiento funesto, que nunca será bien llorado; pero que no debe a nadie inducir ni al desaliento ni a la indignación estéril.

A nosotros nos toca apresurar la hora de abrirles el camino de la Patria. Un doble objeto debe llevarnos ahora al teatro de la guerra; salvar el honor nacional y llevar la libertad a los nobles cautivos.

Indignarnos contra nuestros gobernantes, perturbar el orden público y crear un nuevo mal en lo interior, es a todas luces, re agravar la situación y serenidad en estos momentos aciagos, no añadir momentos de inquietud a la autoridad y propender a la tranquilidad de los ánimos:

*Ver aquí lo que ordena el patriotismo”.*¹³

Seis días demoró el gobierno chileno en saber de la captura del *Rímac* y el Escuadrón Carabineros de Yungay. La noticia la trajo un buque francés, produciéndose un peligroso estallido de indignación en la poblada que se reunió frente a La Moneda en Santiago y en la Comandancia General de Armas en Valparaíso. Oleadas de gente recorrían las calles de Santiago y Valparaíso en protesta por esta afrenta a Chile. En Santiago, la hermana del presidente Pinto se dirigió a La Moneda a encarar a su hermano por la pérdida de su hijo mayor y por último lo agredió con su sombrilla insultándolo grotescamente.¹⁴

El miércoles 7, el mismo periódico escribe lo siguiente:

“La noche anterior en Santiago se ha presentado uno de los más tristes espectáculos. El pueblo se reunía en los alrededores de la estatua de O´Higgins (frente a La Moneda), para manifestar garantido por el derecho de los pueblos libres, la profunda indignación que sentía por la mala dirección de la guerra, la autoridad sable en mano manda a darles cargas de caballería y hacer fuego sobre él, hasta obligarlo a abandonar el sitio en que se había reunido. El número de heridos a lo que supone pasa de veinte. De veras, que no queríamos ver al pueblo comprimido en sus legítimas manifestaciones. Además, ello es bastante peligroso.

*De nuestra parte, como lo decimos en nuestro primer artículo suma cordura. Suframos, y no demos margen para que los que mandan digan, en ningún tiempo, que hemos entrabado su acción en pro de la defensa de la patria”.*¹⁵

13 MAHAM MARCHESI, David (1979). *Noticias extra oficiales de la Guerra del Pacífico*. Ed. El Observador. Quillota, pp. 61-62.

14 Entrevista a don Manuel Jiménez Bulnes, descendiente directo de don Manuel Bulnes Pinto, realizada por el autor.

15 *Ibidem*.

Y al día siguiente se publicó otro artículo, mediante el cual se logró calmar los ánimos y determinar responsabilidades, de acuerdo a lo siguiente:

*“Se susurra con insistencia que el ministerio actual dejará su puesto a otro y se agrega que ya el Ministro de Guerra señor Urrutia y el de Justicia señor Hunneus, han presentado su renuncia. El señor Ministro Santa María viene en viaje de Antofagasta con el objeto de hacer también su renuncia. ¡Bien idos sean estos señores y vengan luego los que han de procurar a la patria mejores días!”*¹⁶

Llama la atención que pese a ser un diario de oposición, primero pide respetar la autoridad en beneficio de un bien superior que son los intereses de Chile. En segundo término, se piden las responsabilidades correspondientes sobre quienes recaiga esta, por la mala planificación y no tomar los resguardos necesarios para el viaje de este transporte y, por último, se confirma que la captura de Carabineros de Yungay fue un hecho trascendental, que obligó a una reestructuración político militar, mejorando la planificación de la guerra y dándole un nuevo impulso. Se estima que uno de los factores que influyó en este trauma nacional fue el hecho que entre los capturados estuvo el comandante Manuel Bulnes Pinto, quien al ser sobrino del presidente e hijo del expresidente Manuel Bulnes Prieto, era un personaje influyente y respetado por la opinión pública nacional.

José Clemente Larraín, en sus recuerdos, concuerda con lo anteriormente descrito, agregando lo siguiente: *“Teníamos pues un Ministro todo poderoso (Santa María) y un general que le estaba subyugado (Arteaga) sin que ley alguna favoreciese ese mando y atribuciones. Tomándose responsabilidades el Ministro Santa María en un rol que únicamente podía desempeñar solamente el Presidente de la República y en ningún caso persona alguna designada por el mandatario”*.¹⁷

Para calmar a la opinión pública y demostrar que la capacidad del Ejército no se vería afectada por esta pérdida, el Gobierno comunicó a la prensa la creación inmediata de un escuadrón que remplazaría al capturado: *“El señor ministro de la Guerra ha mandado a organizar un nuevo escuadrón de Caballería que se llamará Carabineros de Yungay N°2 y que irá a las órdenes del Teniente coronel Emeterio Letelier. La tropa se reclutará en su mayor parte en Curicó. Acudid chilenos a tomar un puesto en las filas de este escuadrón, que ha de rescatar a sus hermanos”*. A reglón seguido este periódico publica lo siguiente: *“El congreso continuó, como siempre, perdiendo su tiempo en discusiones de bandería, sin preocuparse gran cosa de la suerte de la patria”*.¹⁸

Ante esta importante crisis y pérdida de prestigio de los conductores de la guerra, el presidente Pinto se vio obligado a pedir la renuncia al ministro de Guerra y Marina don Basilio Urrutia, a don Eu-

16 *Ibidem*, pp. 63-64.

17 LARRAÍN, *op. cit.*, p.101.

18 *Ibidem*, p.65

logio Altamirano y a José Echaurren Huidobro, intendente general del Ejército y de la Armada. El propio presidente Pinto le escribía a Sotomayor: *“La noticia de la captura del Rímac dio lugar aquí a escenas parecidas a las del mes de noviembre cuando vino Francisco Bilbao. La misma chusma movida por los mismos agentes. Imposible imaginar una estupidez igual. La interpelación del senado y las escenas vergonzosas acaecidas con motivo de la pérdida del Rímac me han dejado la convicción de que nunca debimos comprometernos en esta guerra”*.¹⁹

Erróneamente y como se ha comprobado a lo largo de la historia militar de Chile y del mundo, cuando el conductor político baja a nivel estratégico a comandar la tropa y los buques, habitualmente se cometen graves errores como lo fue en este caso. Ekdahl, al analizar este acontecimiento dice lo siguiente: *“Los únicos responsables de la pérdida de este buque de transporte fueron las autoridades semi-militares que lo habían enviado al teatro de operaciones en esas condiciones y circunstancias”*.²⁰ Por otra parte, este mismo autor en relación a la decisión de no concretar el lanzamiento de caballos al mar escribe lo siguiente:

“Hai autores que censuran al comandante Bulnes por no haber inutilizado los caballos de la unidad a su mando. Por mi parte, no soi partidario de estas medidas crueles con los animales. Destruir armas i material de guerra inanimados eso si es otra cosa, además hai que acordarse de que esta resolución se tomó mientras el Rímac estaba todavía huyendo con alguna esperanza de escapar; i en este último momento no había tiempo para hacerlo. De todos modos el cargo es injusto”. (sic)²¹

Se puede concluir que, de acuerdo al estudio de la historiografía y artículos de la época, esta misión fue mal planificada y ejecutada, coartándosele facultades propias de la Escuadra Nacional, tomándose atribuciones el escalón político sin los antecedentes completos y teniendo una visión totalmente errada de la situación en el mar, lo que conllevó a la dolorosa pérdida de este escuadrón e importante cargamento.

En relación al desempeño de los integrantes de este cuerpo montado expresa:

“La serena disciplina del escuadrón Carabineros de Yungai, que había permitido a estos soldados conservar su compostura militar i su formación intactas, encontrándose indefensos en la cubierta del Rímac, espuestos durante cuatro horas a los fuegos de artillería i de las armas menores de la Unión es prueba manifiesta de la bondad de la materia prima de que estaba formada estas tropas improvisadas del Ejército chileno”. (sic)²²

19 BULNES, *op. cit.*, p. 236.

20 EKDHAL, *op. cit.*, p. 359.

21 *Ibidem*.

22 *Ibidem*, p. 350.

ESTADÍA EN ARICA

El 25 de julio a mediodía, penetró el convoy compuesto por el *Huáscar*, la *Unión* y el transporte *Rímac* al puerto de Arica.

El puerto se encontraba completamente embanderado para celebrar la hazaña de la *Unión* y el *Huáscar*, el acorazado *Manco Capac* y los fuertes del Morro saludaron con sucesivas salvas de honor a los buques peruanos, la corbeta *Unión* izó una enorme bandera del Perú en el palo trinqueta y bajo esta la bandera de Chile al revés, lo que causó gran indignación en los prisioneros chilenos.²³ Del muelle fueron trasladados y custodiados por un cordón de tropas en medio de la algazara de la muchedumbre, marchando penosamente hasta la cárcel pública donde serían alojados por muchos meses. En el trayecto a esta instalación eran insultados permanentemente por la chusma y habitantes de la ciudad, qué contraste cuando fueron vitoreados en su marcha desde el cuartel en Alameda con Santa Rosa hasta la Estación Central y posteriormente en Valparaíso hasta embarcar. La sensación de los soldados del Carabineros debe haber sido un sentimiento más que doloroso al llegar a la cárcel de Arica prácticamente sin combatir, ni hablar de los sentimientos de su comandante don Manuel Bulnes Prieto, hijo de uno de los héroes más grandes que tuvo Chile. Los integrantes de esta unidad fueron separados en diferentes puntos de la ciudad, los jefes a casas particulares bajo palabra de honor²⁴ y los oficiales al cuartel de la Guardia de Honor, a petición de los propios oficiales peruanos y la tropa a la cárcel de Arica.

Al día siguiente, por la mañana, fueron visitados por el almirante Lizardo Montero, el coronel Suárez y el coronel Leiva,²⁵ para constatar su estado y dar cumplimiento al tratado de Ginebra y sus anexos. Al segundo día, durante la noche, los oficiales fueron embarcados en la *Pilcomayo*, en esta cañonera los hermanos Bulnes y el sargento mayor Throupe fueron instalados en un camarote, los demás fueron conducidos a la toldilla de popa guarnecidos solamente por un techo de lona, vigilados permanentemente por dos centinelas, durante la noche esta guardia era reforzada por dos sargentos y un cabo.²⁶

La travesía hasta el puerto del Callao fue espantosa, debido a la mar picada existente en esos días y el reducido espacio en que se encontraban estos oficiales en la toldilla de popa, la que tenía solamente un simple cable de seguridad para impedir la caída al mar de los prisioneros en los momentos de mayor

23 CHAPARRO, Guillermo (2007). "Recuerdos de la Guerra del Pacífico" en *Cuaderno de Historia Militar* N° 3. Departamento Historia Militar del Ejército. Santiago, p. 167.

24 Compromiso contraído de buena fe y por el honor del prisionero de no ejecutar actos cuando el enemigo, a quien se le da tal palabra, lo pone en libertad absoluta o parcial. En: IBARRA CIFUENTES, Patricio. *Prisioneros en la Guerra del Pacífico. Testimonios contemporáneos*. Universidad de Chile, tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, profesor guía: Cristián Guerrero Yoacham, junio 2005, p.17.

25 Este coronel se ganó el odio de los historiadores peruanos, porque no llegó nunca con sus tropas a combatir al Campo de la Alianza y posteriormente a Arica, dando excusas vanas y muy parecidas a las que dio Daza por su contramarcha a Camarones.

26 CHAPARRO, *op.cit.*, p. 171.

balanceo de la cañonera. Muchos oficiales, en especial como lo relata el subteniente Guillermo Chaparro W.,²⁷ “no cayeron al mar de milagro, ayudados y sostenidos por sus compañeros”.²⁸

Posteriormente hicieron escala en Mollendo, a los cuatro días de navegación arribaron al Callao, bordeando por el norte la isla San Lorenzo, penetrando en la Bahía del Callao y fondeando a bastante distancia de los muelles, rápidamente fueron rodeados por pequeñas embarcaciones cargadas de curiosos, a las 12 de la noche fueron subidos a las lanchas de vapor y llevados a la dársena donde los esperaba un tren con varios oficiales y un numeroso destacamento de tropa. Al corto tiempo el tren partió por la línea del Oroya que bordea el río Rímac por su margen izquierdo, pasando por Lima sin detenerse continuando rápidamente al oriente remontando el valle del Rímac. Al amanecer del día siguiente llegaron a la localidad de Chosica donde fueron desembarcados y les prodigaron un muy buen desayuno. Fueron nuevamente embarcados para arribar al atardecer a la estación de Chicla, punta de rieles en aquel entonces de la línea del Oroya, esa noche alojaron en Chicla, ya sintiendo los primeros síntomas de puna o soroche desconocidos para estos oficiales, se alojaron en un hotel con suficientes piezas para todos los prisioneros. Al día siguiente aparecieron arrieros con mulas y pequeños caballos escoltados por una compañía de caballería, siguiendo su vía crucis hacia el interior hasta Casapalca, donde se comenzó a subir las escarpadas cuestas de los Andes Occidentales, la ascensión fue penosa y larga, cada vez a los prisioneros les costaba más respirar, el camino fue áspero y resbaladizo y el rendimiento de marcha fue mínimo, muchos oficiales mostraron signos evidentes de mala salud. Pasaron por localidades como Morococha, establecimiento minero La América, La Oroya, Pucará y otros, los cuales fueron testigos en la Campaña de la Sierra de violentos combates. Al fin pasando las más altas cumbres visualizaron al fondo de un extenso valle la localidad de Tarma, después de tres largas y penosas jornadas de marcha.²⁹

Por otra parte, la tropa al mando del sargento 1º José María Fuentes³⁰ quedó recluida en Arica, en los calabozos de la cárcel que eran parte del edificio Batallón Artesanos de Tacna:

*“Eran estrechos, sombríos y malolientes, teníamos que dormir sentados hasta 30 individuos porque para acostarnos faltaba espacio suficiente; además se extremaba con los prisioneros el rigor de una excesiva vigilancia, la vida en esas sólidas mazmorras era prácticamente insoportable sobre todo por la picazón... ¡Una picazón insufrible! Estábamos plagados totalmente de esos inmundos parásitos que se engendran en la miseria y el desaseo. Había verdaderos ejércitos de estos bichos repugnantes que desfilaban en columnas cerradas por entre las grietas de las paredes y las juntas de las losas de piedra”.*³¹

27 El subteniente Guillermo Chaparro era un oficial del regimiento de infantería 2º de Línea, quien viajaba en el transporte Rímac por mera casualidad, tocándole compartir estos seis meses de cautiverio con sus compañeros de armas del Carabineros de Yungay.

28 CHAPARRO, *op.cit.*, p. 171.

29 *Ibidem.* pp. 78-79.

30 Lista de Revista de Comisario del Escuadrón Carabineros de Yungay 1880, Archivo General del Ejército.

31 *Antología de Cuentos y Poesías Militares*. CJE. Departamento Comunicacional, Santiago, 2000, p. 265.

En el mes de agosto a los prisioneros de este escuadrón les dieron mayores granjerías, pudiendo salir al patio de la cárcel, más conocido como el “patio grande”, desde donde se podía divisar el Morro de Arica. También les pusieron una vigilancia menos rígida y constante y pudieron dormir en los alerones y pasillos o a plena intemperie, lo que resultaba más cómodo y sano que las mazmorras llenas de parásitos.

En su cautiverio en este cuartel cárcel, estos jinetes disfrutaban mucho saber que la escuadra nacional permanentemente atacaba las fortificaciones del puerto y del morro, se enteraban por un mástil que las fuerzas peruanas pusieron en lo más alto del morro, a la que le ponían una esfera negra por cada buque chileno avistado, los soldados detrás de una gran reja que daba al exterior observaban como los ariqueños al ver esta alarma escapaban a las alturas de la ciudad, les impresionaba mucho los alarmantes toques de corneta que recorrían toda la ciudad como si hubiese sido *“un cacareo insistente de un pájaro gigantesco anunciando la postura de estos inmensos huevos negros”*, acción que les causaba mucha risa y los vigilantes y ariqueños a su regreso les daban miradas de gran odiosidad al verlos hilarantes. En otras ocasiones y a medida que se estrechaba el bloqueo y cerco de Arica los metían a los calabozos por todo el día en que habían ataques. El rancho era miserable pero con los pocos pesos chilenos podían comprar algunas mejoras, ya que la moneda chilena era mejor cotizada que la del Perú. Al llegar el mes de septiembre y acercarse el día de nuestro aniversario patrio los soldados pensaban con mucha nostalgia en su patria, el mismo día 18, uno de los cautivos escribe lo siguiente:

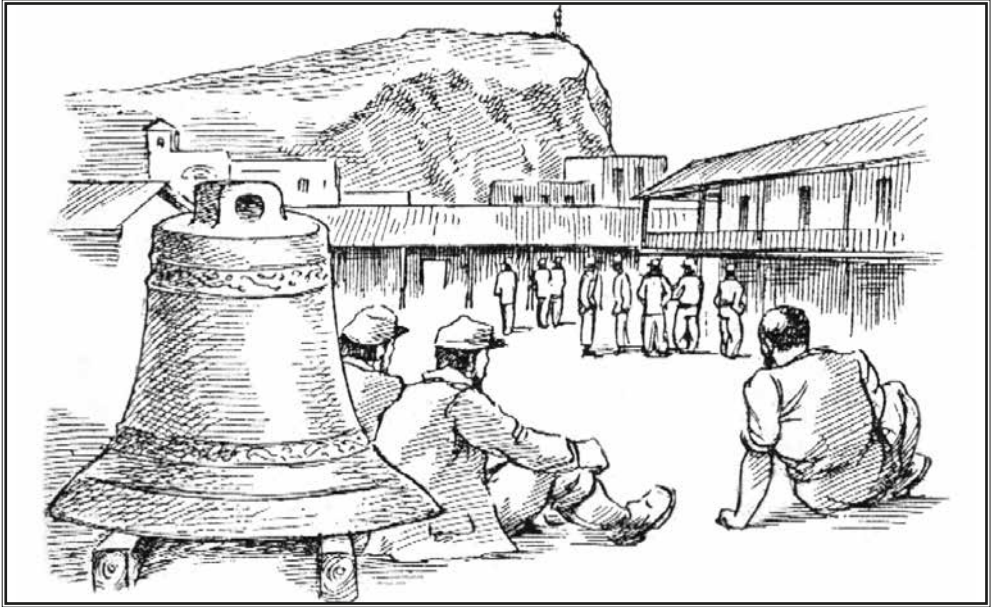
“El tiempo se deslizaba aburridor y monótono arrastrando de día y noche su lento y hasta diría vicioso andar de caracol, terminó julio, pasó agosto. Llegó septiembre y un día, la alborada del 18 vino a iluminar las rejas de nuestro cautiverio y a despertarnos del letargo que nos imprimía la inacción.

Bien tempranito nos reunimos todos en el patio en el alma nostálgica de los pobres prisioneros, el sol de la gloria de esa mañana tradicional encendió un fuego doloroso, en que ardían en el altar de sacrificios el amor y el recuerdo de la patria lejana, nos saludamos en silencio estrechándonos las manos y los más afectivos abrazos largos y apretados.

Tendía la imaginación hacia la tierra, evocamos las fiestas del 18. Las ramadas populares empavesadas de gallardetes y farolitos multicolores. El son de las vihuelas nacionales y la toná de pata en quincha.

El zapateo amistoso de las cuecas con tamboreo y huifa. Los grandes potrillos de chicha valla y el perfume vernáculo de las empanadas de horno. Eran entusiasmo, pena y alegría, todo de una vez”.³²

32 SIENNA, Pedro (1931). *Recuerdos del Soldado Desconocido*. Ed. Zigzag, Santiago, pp. 67-68.



Patio del cuartel donde estuvo cautiva la tropa de Carabineros de Yungay en la ciudad de Arica. Cuartel que no existe en la actualidad. Grabado sacado del libro de Pedro Sienna *Recuerdos del Soldado Desconocido*.

Como podemos deducir, ese 18 de septiembre de 1879 para esta tropa chilena no podía haber sido más triste, ya que eran los únicos soldados del Ejército Expedicionario prisioneros en el Perú y aún no se había librado ni una sola batalla. El mismo soldado relata lo siguiente: *“Como es fácil de suponer, los comentarios nos llevaron a pensar en nuestros compañeros libres, los soldados del ejército en campaña que podían combatir... y al comparar con la de ellos nuestra desventurada suerte nos enrabiábamos hasta lo increíble. ¡Hay que haber sido prisionero para entender lo que esto duele!”*.³³

Se suma al sufrimiento anteriormente descrito, el hecho que a estos carabineros, el coronel peruano Francisco de Paula Alegría ordenó hacerlos trabajar en las fortificaciones en construcción en el plano ariqueño, como lo fueron los fuertes San José, Santa Rosa y 2 de Mayo, específicamente en la colocación y afianzamiento de las piezas de artillería. Ante la tenaz negativa de participar en estos trabajos forzados y que atentaban contra el convenio de Ginebra firmado entre ambos países, como también la desafiante actitud de no cumplir la orden a pesar de las múltiples amenazas de parte de los oficiales peruanos, se le comunicó al general Lizardo Montero, quien era comandante de la fuerza en Tacna y Arica, el que resolvió en justicia terminar con esta imposición sobre los prisioneros de guerra, demostrando este comandante una actitud caballerisca ante los prisioneros chilenos, ordenando su reingreso de inmediato a la cárcel de Arica.

33 *Ibidem*. p. 68

Vicuña Mackenna escribió en su libro: *“Arica cuartel general de la resistencia del enemigo, después del rendimiento de Iquique, no tenía propiamente más defensa que la natural y caso inaccesible de su afamado Morro, y de unos cuantos cañones subidos mucho de ellos ¡Oh, mengua de chilenos vencedores!, por nuestros propios y hercúleos soldados del Carabineros de Yungay prisioneros en el Rímac”*.³⁴

Los prisioneros se quejaron y denunciaron, ante las autoridades neutrales que los visitaban, de sufrir mala alimentación, malos alojamientos y malos tratos permanentes, como también, hacerlos trabajar en la construcción de fortificaciones. Prueba de ello es la carta de respuesta del presidente Prado al general en jefe del Ejército del Sur general Juan Buendía, en la que le dice textualmente:

“No veo por qué se preocupa usted tanto por la suerte de los prisioneros chilenos menos ahora que no corren tanto peligro habiéndose retirado la escuadra. Pero suponiendo que esta vuelva y bombardee la ciudad en lo cual indudablemente cometería una felonía o un acto de barbarie injustificable usted no tiene responsabilidad alguna por la suerte que corrieran tales prisioneros. He deseado que permanezcan allí como una especie de garantía como freno suficiente para que los mismos chilenos guarden consideraciones a la población, si a pesar de esto bombardean y por consecuencia de este atentado perece algunos de los prisioneros, no sé por qué pueden hacerlo responsable, ni encuentro razón tampoco para que el enemigo esté en mejores condiciones que los habitantes y tropa de la guarnición. Por otra parte a usted le es fácil adoptar las medidas más oportunas y eficaces tanto para consultar la seguridad de los chilenos prisioneros, como para ponerlos a cubierto de una agresión cualquiera”.³⁵

ESTADÍA EN TACNA

Una vez separados los oficiales de la tropa, los primeros fueron trasladados al Callao con algunas ordenanzas, para continuar el viaje a Tarma hasta el fin de su prisión. La tropa de Arica fue trasladada el día 25 de julio en tren hasta la ciudad de Tacna, no teniendo antecedentes claros de hasta qué fecha permanecieron en ella, estimándose que no debe haber sido menos de un mes, ya que les asignaron un cuartel que estaba ubicado al terminar la calle San Martín de dicha ciudad. Como relata en su testimonio el oficial boliviano Manuel Claros en su diario:

“Supimos que el Huáscar tomó prisionero al buque Rímac en el puerto de Antofagasta con 250 hombres de caballería, llamados Carabineros de Yungay, con sus caballos respectivos, menos los rifles porque dicen que todos los prisioneros los arrojaban al mar.

34 VICUÑA MACKENNA, Benjamín (1881). *Historia de la Campaña de Tacna y Arica*. Editor Rafael Jover. Santiago, p. 657.

35 MILLA BATRES, Carlos (1967). *Guerra con Chile la Campaña del Sur- Memoria del general Juan Buendía y otros documentos inéditos*. Impreso en los talleres de Industrial Gráfica. Lima, p.107. Durante la permanencia en esta plaza fallecieron dos soldados del escuadrón: José Chamorro y Andalicio Gonzales.

El 25 de julio los hicieron llegar a Tacna dándoles el cuartel al terminar la calle San Martín. Tenían uniforme con pantalón colorado, Pensacola³⁶ azul con gorras coloradas, bota corta con herrajes en los tacos, eran altos y rollizos, muy jugadores a la rayuela y el naipe (7¹/2). Continuamente los visitábamos los jóvenes. Tenía un amigo entre ellos, Luis Barbarán, estudiante de primer año de Derecho, quien se me quejaba mucho de que los peruanos los trataban mal, haciéndoles caer paredes viejas de los panteones antiguos, abriendo fosas inútiles; que en la alimentación los trataban como perros y decía; Dios ha de querer amigo Manuel que hemos de ganar algún combate a los peruanos, ahí nos lo han de pagar con intereses compuestos.

Efectivamente veía unos tres calderos donde cocinaban los chilenos durante el día, le metían una pala o pierna de vaca, un poco de arroz, porotos y papas, esta era la comida cotidiana”.³⁷

En otro relato, el capitán argentino Florencio Del Mármol al servicio del Ejército boliviano tiene otra perspectiva del cautiverio del Carabinero en Tacna:

“Estos prisioneros fueron objeto de las mayores consideraciones prestadas con generosa nobleza por parte de los aliados. Los soldados llegaron a Tacna, cuya población presencié apiñada su desfile sin manifestar un grito, una palabra, un gesto, una acción contra el vencido. Allí fueron alojados en un cuartel donde se les proveía de todo lo necesario para su manutención. Pidieron que se les dieran las especies en su estado natural para hacer su comida chilena. Y las obtuvieron.

Poco después se veía a muchos ocupados en sus respectivos oficios y en la más amplia libertad”.³⁸

Estos prisioneros eran suboficiales y soldados del Escuadrón de Carabineros de Yungay, quienes trabajaron en las posiciones defensivas de la guarnición de Arica y Tacna.

ESTADÍA EN AREQUIPA

Ante los permanentes ataques de la escuadra chilena, las autoridades peruanas resolvieron el traslado a la ciudad de Arequipa de los prisioneros de este escuadrón, para lo que fueron embarcados de noche el 1 de octubre en la corbeta *Unión* en completa oscuridad, logrando romper el bloqueo de la escuadra chilena, entrando a Mollendo el día 2 para dejar su preciosa carga. Del puerto de Mollendo fueron embarcados en furgones de tren de carga y llevados a la ciudad de Arequipa, donde comenzaron el confinamiento en esta ciudad quedando prisioneros en el viejo claustro de la orden de San Francisco, el que tenía corredores muy anchos con grandes pilares y de construcción maciza, dando la impresión de una verdadera fortaleza, en su parte posterior las murallas eran bastante bajas siendo fáciles de escalar,

36 Chaqueta militar.

37 CLAROS, Manuel (1962). "Diario de un combatiente de la Guerra del Pacífico". Diario *La Nación*, La Paz, pp.17-18.

38 DEL MÁRMOL, Florencio (1880). *Recuerdos de Viaje y de Guerra*. Ed. La Nación. Buenos Aires, p. 73.

ante esta situación en Carabineros de Yungay se pusieron muy nerviosos, ya que podían ser atacados por la chusma enardecida, ante futuras buenas noticias para los intereses de Chile. Como también la guardia concentraba todo su personal en la fachada del edificio. Estando en Arequipa el 2 de noviembre, gracias a una monja colombiana, conocida como la hermana Luisa, que atendía en el hospital, supieron de la toma de Pisagua.

En el libro de Pedro Sienna se describen estos hechos:

*“Una vez todos reunidos en el cuartel el júbilo de los prisioneros no tuvo límite. Nos abrazábamos brincando de gusto lo mismo que chiquillos. Como no sabíamos detalles, hicimos una suscripción a fin de conseguir un diario de la localidad. A unas cholos que tenían permiso para entrar al cuartel a vender frutas y otros comestibles, las convencimos con el tintineo de dos soles de plata. El diario valía 5 pesos pero obtenerlo por dos soles no era ninguna estafa, ni mucho menos. Si llegaban a pillar a la chola no le hubiera despintado nadie una tremenda paliza. De esta forma llego hasta nosotros el Eco del Misti. En grandes rótulos ponía en la primera plana Pisagua muerto, Pisagua quemado, Pisagua Hoyado por la sacrílega planta de los chilenos, y más abajo los detalles bien cocinados en la salsa conveniente”.*³⁹

Los titulares grandilocuentes y alarmistas de los periódicos de Arequipa empezaron a enardecer los ánimos de los habitantes de esta ciudad, concurriendo permanentemente a la cárcel a instigarlos e insultarlos. Cabecillas que dirigían el populacho, avivando a las fuerzas del Perú, también pedían el sacrificio y la cabeza de los prisioneros que se encontraban en su ciudad, aduciendo que era una justa recompensa y represalia por los desmanes y atrocidades que la prensa decía que habían cometido los soldados chilenos en Pisagua. Las autoridades arequipeñas ante la cada día más tensa situación se vieron en la obligación de redoblar la guardia para proteger la integridad física de los prisioneros chilenos, de acuerdo al tratado de Ginebra firmado por los países beligerantes.

Los prisioneros inteligentemente se organizaron y prepararon una resistencia ante la eventualidad de un asalto de la poblada a su lugar de confinamiento, y de acuerdo al relato de Sienna hicieron lo siguiente:

“Celebramos un consejo y quedamos de acuerdo en que debiéramos preparar una resistencia, viendo la forma de que supuesto que llegara el caso pudiéramos luchar y defendernos o bien morir como hombres y no como carneros.

Esto ocurría en la noche, corazón nos sobraba, pero no teníamos armas; había pues que improvisarlas, fuera como fuera, por lo que todas estas ventanas de ferruginoso encaje que durante los años del virreinato presenciaron el manso desfile de sus paternidades franciscanas, fueron irreverentemente

39 SIENNA. *op.cit.*, p. 88.

*arrancados de cuajo. Sus barrotes de fierro largos, lisos y puntiagudos podían pasar muy bien como picas españolas”.*⁴⁰

Carabineros de Yungay no solo sacó los barrotes y defensas de las ventanas sin ningún tipo de herramientas ni forjas disponibles, sino que siguió con los árboles y todo lo que pudiera proporcionar un buen garrote, incluso un precioso naranjo que quedaba en la mitad del patio desapareció en un santiamén.⁴¹ El prefecto de arequipa junto al obispo de esta diócesis, al percatarse que cada día la chusma se volvía más incontrolable, reforzó la cárcel con patrullas montadas y se reunió con los prisioneros chilenos, prometiéndoles resguardar su integridad física mientras estuviese al mando de la ciudad.

ESTADÍA EN PUNO

Debido a que la situación se tornó insostenible para las autoridades de Arequipa, determinaron trasladar a los prisioneros a la ciudad de Puno antes de que aconteciera una desgracia, determinando trasladarlos en forma secreta a las 3:00 de la madrugada en un pequeño tren con carros para ganado. Después de viajar toda la noche sin alimento ni agua y apretujados peor que bestias debido al minúsculo tamaño de los carros, pararon en la localidad llamada “Pampa del Arriero” en la mitad del camino, donde los esperaba una mujer chilena proveniente del puerto de Valparaíso asentada en el Perú hacia años, casada con un peruano, mujer que repetidas veces les repartió agua en pequeñas vasijas.⁴² Se infiere la sorpresa causada ante este hecho, que una mujer chilena en la mitad de la pampa supiera su traslado a la sierra y los esperara cariñosamente con agua.

Después de un día y medio de viaje, a los ojos de los prisioneros comenzó en forma paulatina a cambiar el paisaje, ya no eran las pampas de arena, comenzaron a sentir el aire fresco y la vegetación en la precordillera de la sierra peruana. Al amanecer comenzó una intensa llovizna hasta que llegaron a la localidad de Juliaca, ya en los primeros contrafuertes de la sierra, donde fueron desembarcados y les dieron un rancho muy escuálido a base de carne de llama, con algunos pedazos de camote y otro poco de arroz. Continuando el ascenso por la cordillera en tren los sorprendió la nieve, fenómeno climático que muchos desconocían. Continuando su viaje con una sensación térmica cada vez más fría, pasaron por la localidad de Vincocaya, la que estaba totalmente cubierta por la nieve y a las 11 de la noche de ese día el tren arribó a Puno y los prisioneros llegaron agotados, machucados, hambrientos y sedientos.

Carabineros de Yungay, por la hora de su arribo y el frío extremo existente, se vio sorprendido al ver que solo le esperaban las autoridades militares y locales. Qué diferencia con su arribo a Valparaíso, Arica y Arequipa. Teniendo la sensación de que ya a nadie les importaba, ni siquiera a sus enemigos.

40 *Ibidem*, pp. 90-91.

41 *Ibidem*, p. 92.

42 *Ibidem*, pp. 96-97.

En Puno fueron llevados a un cuartel militar con una plazoleta al frente. Al otro día tuvieron gracias a las gestiones del coronel Bueno, jefe militar de Puno, un desayuno que hacía tiempo no tenían, huevos fritos, pan en abundancia y cigarrillos. Este jefe peruano los recibió en muy buena forma y les aseguró que tendrían protección e integridad física asegurada en su guarnición, este hecho lo recuerdan con mucho sentimiento los soldados de Carabineros de Yungay.

Un caso anecdótico digno de mencionar fue el hecho de que los indios cercanos a Puno se agolparon en la plazoleta frente al cuartel, ya que querían ver a los chilenos prisioneros, debido a que creían y les habían contado que los chilenos tenían tres ojos, y tuvieron que verlos y tocarlos para convencerse que eran seres humanos igual que ellos, lo que recordarían los chilenos con mucha simpatía al ver lo atrasado y la simpleza de su conocimiento y de su vida.⁴³ Estuvieron reclusos en esta ciudad, vegetando sin pena ni gloria hasta el día de su canje por el mes de diciembre, desandando el camino hecho meses atrás, para embarcarse en el puerto de Mollendo en el vapor Lima que los entregó en el puerto de Caldera; al fin en la patria de nuevo.

ESTADÍA EN TARMA

La ciudad de Tarma fue muy bien elegida por el mando peruano como campo de prisioneros de guerra para los oficiales chilenos y algunos integrantes de la tropa de este escuadrón capturados en el conflicto, a su vez, la gran mayoría de la tropa de este cuerpo de caballería estuvo internada en la ciudad de Puno hasta su canje. Las características morfológicas y el difícil acceso hacían prácticamente inútil e improcedente una fuga, principalmente por lo inaccesible de sus senderos, muy fáciles de controlar con pocos vigilantes, como también lo rápido que resultaba identificar a un extranjero en la sierra peruana.

Ese mismo año se encontraban como prisioneros de guerra en Tarma los oficiales del escuadrón, la tripulación chilena del transporte *Rímac*, los sobrevivientes de la *Esmeralda* y el ministro Domingo Godoy⁴⁴ y su secretario Juan de Dios Vial. Primero fueron llevados a un cuartel, siendo blanco de insultos por parte de la chusma, quienes les tiraban piedras por las ventanas apiñados en puertas y ventanas, unas de esta hirió en la cara al sargento Mayor Throup.

La vida de los oficiales del Carabineros se fue haciendo monótona con el transcurrir de los días, observando las costumbres militares del Ejército del Perú, las que para ellos resultaban extrañas, como por ejemplo que diariamente frente al cuartel, ensayaba una gran banda de pitos y tambores,⁴⁵ al princi-

43 *Ibidem*, p. 95.

44 El ministro Godoy se encontraba detenido como prisionero de guerra en la ciudad de Tarma debido a que fue bajado ilegalmente del vapor que lo trasladaba a Colombia para asumir como ministro plenipotenciario de Chile ante esa república.

45 Pitos no existían en el instrumental del Ejército en 1879, llegaron a Chile muchos años después con la influencia alemana. Esta banda tocaba con mucho entusiasmo diariamente diana, redobles, asamblea, ataque, etc.

pio les pareció simpático, pero con el transcurrir del tiempo llegaron a odiarlos profundamente. Por las tardes, la tropa peruana rezaba el rosario, como dice la vieja Ordenanza General del Ejército de herencia española, siendo esta misma la que regulaba las actividades del Ejército chileno, pero en relación a las costumbres religiosas, en Chile no se les daba fiel cumplimiento por acciones de liberales y masones que influyeron enormemente en el Ejército.

Otro aspecto que les llamaba la atención era el sórdido cuadro de cientos de rabonas haciendo fuegos en el segundo patio para preparar las comidas a sus hombres, como también la penosa figura de los desertores, quienes vestían un largo zagal de tocuyo, con la cabeza raspada a navaja, teniendo que realizar los trabajos administrativos del cuartel.

También es digno de señalar que estos oficiales percibieron que los indígenas de la sierra no tenían muy claro el concepto de patria y la gran mayoría no hablaba castellano. Los indígenas tenían un aspecto humilde y triste, eran tímidos y se expresaban con gran vivacidad gesticulando nerviosamente para darse a entender, los calificaban como cobardes y serviles, pero se transformaban en fieras humanas cuando tenían abrumadora superioridad numérica sobre su enemigo. En resumen, el serrano carecía de fuerza, gracia y valor, siendo por consiguiente un tipo nada interesante y bastante antipático.⁴⁶

En el mes de agosto los oficiales se trasladaron a una casa de la familia Santa María⁴⁷ (prefecto de Junín), casa de dos pisos donde en el primero se instaló el comedor, la cocina, una sala de juegos y un cuerpo de guardia, alojamiento para los custodios y habitaciones para el personal de servidumbre, en el piso superior todos los oficiales, menos los hermanos Bulnes que arrendaron una casa para los jefes del escuadrón y algunos invitados, ya que ellos contaban con la facilidad de acceder a libertad total o parcial por su propia voluntad, aspecto que estaba reservado solo para altos jefes y oficiales (generales y coroneles), en conformidad al tratado de Ginebra.⁴⁸

No podían salir de esta casa habitación, por lo que desde sus balcones veían el valle y las actividades del pueblo. Los primeros meses de cautiverio el trato que se les dio fue relativamente normal, pero a medida que avanzaba el conflicto y Perú comenzó a sufrir reiterados reveses navales y militares como la captura del *Huáscar*, el Desembarco en Pisagua, el Combate de Germania, la Batalla de Dolores y finalmente la pérdida completa de Tarapacá, lógicamente el trato empeoró paulatinamente, infiriéndose que tanto las autoridades como la población de Tarma se desquitaban en el trato con los prisioneros. Prueba de ello es la carta que le escriben al decano de los diplomáticos de Lima en los siguientes términos:

46 BULNES, *op. cit.*, Vol. II, p.191

47 Santa María era una conocida familia de origen argentino, que se dedicaba a la importación de ganado mular usado en la minería, traído desde el norte de Argentina, poseía múltiples propiedades en Tarma y Jauja.

48 IBARRA CIFUENTES, *op. cit.*

“Tarma, noviembre 27 de 1879.

Los que suscriben, prisioneros chilenos de la Esmeralda⁴⁹ y del Escuadrón de Carabineros de Yungay, nos tomamos la libertad de dirigirnos a V. E. como Decano del Honorable Cuerpo de Diplomático residente en Lima, con el objeto de que sea conocido el tratamiento que aquí recibimos en nuestra condición de prisioneros de guerra, “nos encontramos en la peor condición moral y material que pueda imaginarse. Se nos insulta y veja sin reparo”.

En más de una ocasión los soldados de la guardia, con salvaje cinismo, nos han insultado gravemente sin ser por ellos reconvenidos o castigados.

Cada vez que llega o sale un correo, somos víctimas de vejaciones inauditas. Las cartas que escribimos son abiertas y leídas, y las que recibimos quedan sujetas a esta misma operación después de un retardo intencional e inútil de tres o más días.

Recientemente el día 21, encontrándonos varios reunidos a las 9:30 de la noche, charlando sin ofender a nadie, se nos envió un recado insolente para que guardásemos silencio. Se intento sacar de la sala a uno de los concurrentes, como se resistiese, se llamo más fuerza, se presentó el prefecto y en medio de un grande y ridículo aparato se mando a la cárcel de criminales a un capitán y a un paisano de los prisioneros dejándolos pasar allí la noche”.⁵⁰

El día que se tuvo conocimiento de la captura del *Huáscar*, en la ciudad de Tarma se desencadenó una protesta de proporciones verdaderamente salvajes. El pueblo en masa se lanzó sobre la casa donde estaban los prisioneros chilenos, el prefecto Santa María, advertido a tiempo en forma urgente, tomó dos compañías bajo su mando y protegió la casa. Como los revoltosos continuaron con el ataque y temiendo que esto pasara a mayores, cargó contra los “bochincheros”, apresando unos cincuenta al azar y sin mayor preámbulos les hizo dar 100 azotes a cada uno en público, dejándolos libres después del castigo. Con esta acción se terminó rápidamente la protesta.

El fracaso de los movimientos populares antichilenos, opacados oportunamente por la autoridad adquirieron una nueva dimensión adoptando un sistema de serenatas nocturnas para interrumpir su descanso. Los soldados chilenos soportaron pacientemente estas serenatas plagadas de insultos hacia ellos, hasta que un oficial exasperado con tanta majadería les lanzó un gran recipiente con aguas servidas a los músicos y sus instrumentos: *“también resultó este procedimiento pues acalló instantáneamente el*

49 El teniente 2º Francisco Sánchez Alvaradejo relata lo siguiente en carta dirigida a su padre cuando abandonaron Lima: *“Comenzó para nosotros una larga peregrinación. Pasando por el Callao y Lima, trasmontamos la cordillera con un frío glacial y a cinco mil metros de altura y llegamos a Tarma, en plena sierra, pequeña ciudad destinada a servirnos de prisión desde el diez de agosto. Ahí encontramos al señor coronel Don Manuel Bulnes con todos sus oficiales del Escuadrón de Carabineros de Yungay, prisioneros junto a los oficiales del transporte “Rímac”. Aquí los días transcurrieron monótonos, lentos y con dificultades frente a las autoridades, esto llevó a escribir, por parte de un grupo de prisioneros, en noviembre una nota al decano del cuerpo diplomático residente en Lima, dando cuenta del tratamiento que reciben”.*

50 AHUMADA MORENO, Pascual (1982). *Guerra del Pacífico*. Vol. II. Ed. Andrés Bello. Santiago. Firman esta carta dirigida al decano del cuerpo consular de Lima, Sr. Spencer Saint John, todos los oficiales subalternos del Escuadrón de Carabineros de Yungay.

*furor filarmónico de los Fígaros: un silencio profundo y luego una lluvia de piedras con gran sonajera de los vidrios rotos, nos informó claramente que le habían tomado el peso al argumento”.*⁵¹

La estadía en este pueblo serrano se fue haciendo cada vez más pesada y tediosa, llegando a límites insufribles, tanto es así que en un período los prisioneros pensaron ejecutar un descabellado proyecto de fuga al Brasil, pero no todos los oficiales estuvieron de acuerdo. Unos por respetar su palabra de honor⁵² y otros por sus padecimientos físicos y estar con mala salud.⁵³ Esto desecha de plano los libros en los cuales se relata la fuga al Brasil de algunos de estos prisioneros, lo que es absolutamente falso, ya que este plan fue solo pensado y planificado, pero no realizado.

Otro testimonio del mal trato recibido por los prisioneros de guerra chilenos en Tarma y Puno es el artículo del diario *El Mensajero del Pueblo*, que escribió lo siguiente en relación a las protestas y denuncias de familiares de los cautivos a través de cartas recibidas:

“NOBLEZA Y VILLANÍA

No somos amigos de epítetos duros ni nos sentimos jamás con ganas de arrojar a la cara de nuestros adversarios sus faltas, por enorme que ellas sean. Pero hoy, haremos justicia y pronunciaremos el fallo que merecen, por determinados puntos de su conducta, dos de los grandes contendientes en la lucha que a estas horas, llama la atención del mundo sobre el suelo de América, hablamos de Chile y el Perú, en lo tocante al modo de proceder con sus prisioneros de guerra.

No hay correo de aquellas tierras que no nos traiga las más lamentables e increíbles nuevas acerca del trato que de sus cautivadores reciben los prisioneros chilenos. Faltos de alimento y de vestido y durmiendo en habitaciones mal sanas que son moradas de réptiles inmundos, gastan sus fuerzas desde las 5 de la mañana hasta las 7 de la noche en hacer fosos y basar fortificaciones con que el Perú se prepara a recibir a nuestro ejército de tierra. Y todavía más. Los prisioneros chilenos que fueron exhibidos en las primeras horas de su desgracia como objetos de diversión ante la chusma de los pueblos del Perú, son hasta esta hora atormentados con los gritos con que se injuria su posición y se les obliga soportar los denuestos más infames. No exageramos, somos simples narradores de los que, en cartas de personas respetabilísimas, se afirma como verdad.

A estos sufrimientos ha venido desde hace poco a añadirse otro nuevo género de martirio. Se les espía incesantemente, hay mil ojos puestos sobre ellos para observar sus movimientos más insignificantes. A una palabra con que se pretende lamentar el mal trato recibido responden sus guardianes con ultrajantes groserías. Con motivo de la derrota sufrida por la armada del Perú no fue dable al corazón de esos chilenos dominar su entusiasmo. Pero la expresión de su alegría moderada e ingenua, les valió el furor popular en

51 CHAPARRO, *op. cit.*, p. 175.

52 La frase “palabra de honor” significa el compromiso contraído de buena fe y por el honor del prisionero de ejecutar y no ejecutar ciertos actos cuando el enemigo, a quien se da tal palabra, pone en libertad absoluta o parcial a dicho prisionero. IBARRA CIFUENTES, *op. cit.*, p. 17.

53 SIENNA, *op. cit.*, p. 192.

Tarma y la solicitud en masa de la localidad para que fuesen internados y de esa suerte se castigara tan natural sentimiento.

¡Ojalá nuestras autoridades tomaran prontas y eficaces medidas para verificar el suspirado canje de prisioneros! Duele el alma el saber cómo padecen, en aquella tierra sin honor nuestros valientes soldados, expiando el crimen de haberlo arrojado todo por salvar la honra de la patria.

*Lamentamos el tener que consignar estos hechos, pero ellos son verdad que todo el mundo palpa de veras que es en estas ocasiones el orgullo de ser chilenos”.*⁵⁴

En noviembre de 1879, las fuerzas chilenas ocuparon Iquique y se rescataron a los 49 marineros y soldados que allí se encontraban prisioneros desde mayo del mismo año, pero todavía faltaban los de Tarma. El Gobierno chileno después de la toma del *Huáscar*, en el mes de octubre, había iniciado conversaciones con el Gobierno del Perú, las que no habían tenido buen resultado. Esta situación cambiaría cuando es capturada la fragata peruana *Pilcomayo* en noviembre de 1879.

Durante el tiempo que estuvieron como prisioneros de guerra en Tarma y Puno recibieron su sueldo casi regularmente, lo que consta en el Libro de Correspondencia de Carabineros de Yungay fechado entre 1879 y 1882,⁵⁵ como también solicitaron al mando que le entregaran mesadas a sus familiares, lo cual consta en el Libro de Correspondencia Carabineros de Yungay con la lista de mesadas.⁵⁶

PROCESO DE CANJE DE PRISIONEROS Y REGRESO A CHILE

En conformidad al tratado de Ginebra, existía la posibilidad de efectuar canje de prisioneros, lo que estaba contemplado en las disposiciones anexas. Sin embargo, este canje era facultad de los beligerantes, no estando obligados de ningún modo a realizarlos y en este conflicto se efectuaron varias tentativas para trocar soldados y canjes propiamente tales. En general, se acudió a las representaciones diplomáticas de su Majestad británica, para solicitar sus buenos oficios como mediador entre los beligerantes, tanto para los canjes, entrega de especies y dinero, o simplemente para obtener noticias del estado de los prisioneros.

El 23 de noviembre se realizó el primer canje de prisioneros de guerra. Tras el apresamiento del monitor *Huáscar* en el Combate de Angamos el 8 de octubre y la captura de la cañonera *Pilcomayo* en noviembre, en Lima se firmó un protocolo entre el representante peruano don Rafael Valverde y el ministro residente de su Majestad británica en Perú don Spencer Saint John, quien contaba con amplias atribuciones otorgadas por el Gobierno de Chile, estos dos protocolos se firmaron el 23 de noviembre y el 8 de diciembre de 1879, el convenio contempló un canje siguiendo el principio de hombre por hombre y grado por grado, tal como lo sugería la usanza de la época.

54 MAHAM MARCHESE, David (1979). *Noticias extraoficiales de la Guerra del Pacífico*. Ed. El Observador. Quillota, p.118

55 ARCHIVO GENERAL DEL EJÉRCITO, Correspondencia N° 214.

56 ARCHIVO GENERAL DEL EJÉRCITO, Correspondencia N° 162.

El intercambio se realizó en líneas generales del siguiente modo:

Los diplomáticos chilenos Domingo Godoy y Belisario Vial fueron canjeados por el coronel boliviano Francisco Villegas (capturado en la Batalla de Dolores) y el teniente Manuel Delgado.

Los tripulantes del *Huáscar* por los de la *Esmeralda*.

Tripulantes del *Huáscar* por la tripulación del *Rímac* y algunos miembros del Escuadrón Carabineros de Yungay.

Tripulantes de la *Pilcomayo* por tripulantes del transporte *Rímac* y tropa del Escuadrón Carabineros de Yungay.⁵⁷

Quedaron en el Perú 19 soldados de Carabineros de Yungay, como consta en la Lista de Revista de Comisario firmada en Caldera el 15 de enero de 1880, por lo que se infiere que estos soldados fueron canjeados con posterioridad.⁵⁸ También se acordó en este protocolo enviar a los prisioneros peruanos al puerto del Callao y a los chilenos al puerto de Valparaíso. Para este fin se debería utilizar compañías de vapores de bandera neutral, dejando claramente establecido que el pago de los pasajes correría por cuenta de los respectivos gobiernos.⁵⁹ Consecuente con lo anterior, se instruyeron a ambas comisiones de los países beligerantes que los oficiales y tropas chilenas internados en Tarma y Puno fueran llevados al puerto de Arica para ser embarcados a su patria.

En cumplimiento a este mandato, la tropa del escuadrón viajó en tren de Puno a Arequipa y posteriormente a Mollendo, donde se infiere que embarcaron en el vapor *Lima*, haciendo el último viaje al puerto de Caldera donde fueron recibidos por el comandante general de Armas de la Provincia de Atacama don Guillermo Matta. Se consigna que en ningún momento se encontró la tropa con sus oficiales por la lejanía de ambas ciudades. En el oficio del intendente de Atacama al ministro de Relaciones Exteriores fechado el 27 de diciembre de 1879 se describe lo siguiente:

“Sr. Ministro:

Los Carabineros de Yungay llegaron a Caldera en vapor Lima el martes 22 del presente y allí fueron desembarcados, conforme a instrucciones superiores, i alojados en el cuartel de la Brigada Cívica, como no traen consigo ningún oficial de orden del Sr. Ministro de Guerra, se nombró comandante interno de ellos al sargento Mayor de aquella (brigada cívica), Don Máximo Navarro, bajo cuya inspección se ha firmado la lista nominal de las dos compañías de Carabineros, que en copia adjunto esta lista, ha sido formada de cuerpo presente en el cuartel, por no haberse recibido ni del vapor ni de otra autoridad información oficial. Creo haber cumplido con lo ordenado por usía en telegrama recibido el 25 del presente.

57 AHUMADA MORENO, *op. cit.*, pp. 71-72.

58 De los 19 soldados que continuaron en el Perú, queda constancia en la Lista de Revista de Comisario del Escuadrón de Carabineros de Yungay N°1, del mes de enero de 1880, en el libro de partes de este cuerpo en el ARCHIVO GENERAL DEL EJÉRCITO.

59 AHUMADA MORENO, *op. cit.*, p. 73.

Dios guarde a usía.

Guillermo Matta al Sr. Ministro de Relaciones Exteriores".⁶⁰

Los oficiales para poder embarcarse y regresar a Chile tuvieron que efectuar una marcha desde Tarma hasta la última estación del tren, a una distancia de 60 km de esta ciudad por un inhóspito camino. Las autoridades peruanas les facilitaron una mínima cantidad de ganado mular para transportar principalmente a los enfermos. El comandante Bulnes arrendó algunos mulares para los jefes y oficiales de su propio peculio, embarcándose en el puerto del Callao los diplomáticos, la tripulación del *Rímac*, la tripulación sobreviviente de la *Esmeralda*, los oficiales del Escuadrón y la poca tropa que los acompañaba en el navío de bandera inglesa *Bolivia*.⁶¹

El comandante Bulnes y los oficiales fueron desembarcados en el puerto de Caldera para reunirse nuevamente con su tropa e iniciar rápidamente el equipamiento para reinsertarse en el Ejército Expedicionario. Después de este largo proceso de peregrinaje, por el interior y la sierra peruana, los integrantes de este escuadrón tuvieron una segunda oportunidad para cubrir de laureles el nombre de su cuerpo y el de cada uno de sus integrantes.

Mientras tanto, en Chile ya se había creado por las necesidades operativas del Ejército Expedicionario, el Escuadrón de Carabineros de Yungay N° 2, al mando de don Emeterio Letelier con fecha 4 de agosto de 1879.

El regreso a Chile siempre estuvo animado por el impaciente anhelo de acción, pidiendo en nombre de sus desventuras, que se le concediese un puesto de peligro. En la ciudad de Antofagasta se continuó el proceso de equipamiento y reorganización, de allí se le destinó a proteger la línea del Loa a la trastienda de la guerra, precisamente al punto más pasivo del Teatro de Operaciones donde se enviaban los cuerpos en formación, o aquellos cuyo vigor no inspiraban suficiente confianza. Parecía que el Gobierno se complacía en negarle el puesto que solicitaban. Un hado funesto perseguía a este cuerpo de caballería.

El comandante Bulnes era sobrino del presidente, del cual estaba separado por una honda disidencia personal, por circunstancia que sería largo referir y que duró lo que la vida de ambos. Posteriormente en vez de marchar al Loa este escuadrón se fue a Pisagua y aquí se encontraba, cuando llegó la petición del ministro Sotomayor para tener más fuerzas de caballería, circunstancia que le permitió concurrir a la Campaña de Tacna.⁶² El comandante Bulnes, además de recuperar su libertad y retomar su puesto de combate en el Ejército Expedicionario, también presumiblemente recuperó la espada de su padre el

60 *Boletín de la Guerra del Pacífico*. Ed. Andrés Bello. Santiago, 1979, p. 529.

61 AHUMADA MORENO, *op. cit.*, p. 172.

62 MACHUCA, Francisco (1926). *Las Cuatro Campañas de la Guerra del Pacífico*. Imprenta Victoria. Valparaíso, Tomo I, pp.173-174.

mariscal don Manuel Bulnes Prieto, reliquia preciada de su familia, la que se encuentra actualmente en el Museo Histórico Nacional de Santiago.⁶³ En carta enviada como respuesta del almirante Miguel Grau al comandante Bulnes, por la petición de recuperar la espada de su padre, Grau le contesta lo siguiente:

“Monitor Huáscar

Arica Agosto 10 de 1879

Muy estimado señor y amigo:

Con verdadero sentimiento, he sabido que el gobierno de mi país ha determinado la traslación de Ud. y demás compañeros de infortunio a la ciudad de Tarma; con cuyo motivo me he apresurado a mi regreso del sur a dirigirme a los señores del gobierno y autoridades residentes en esa (Tarma) i amigos institucionales a los que la amistad conmigo encomiendo su estadía debidamente a usted.

Sin embargo si Ud. lo juzga conveniente acción hacer uso de esta recomendación i le dan a Ud. necesarias excusas de algún género, no olvide i agrado me es repetírselo que puede Ud. contar con toda confianza ocuparme. Pues, al hacerlo así me dará una prueba de aprecio que yo estimaría de alto grado.

La espada de familia que Ud. me encomendó, la conservará mi padre, para ponerla a su disposición tan luego como termine la desgraciada situación en que Ud. se encuentra.

Dígnese saludar a su hermano y los señores Ortúzar y Larraín.

Y deseando a UD: salud y toda clase de prosperidades me es grato efectuarle las consideraciones de particular deferencia y aprecio, confío tenga el honor de suscribirme de UD.

Afectuosamente, Amigo i SS.

FDO.) Miguel Grau.

AD. (P.D)

*Todos los amigos de abordo me encargaron saludos a Ud. y principalmente a Reyes y Larraín”.*⁶⁴

Mediante la lectura de esta carta, se deduce el buen trato que recibió inicialmente el comandante Manuel Bulnes en su estadía en la ciudad de Tarma, de lo cual deja constancia en su informe que entrega al Gobierno una vez realizado el canje. La espada en cuestión, heredada por Bulnes del mariscal de Ancach y en custodia en la casa de la familia Grau, fue recuperada y se encuentra actualmente en el Museo Histórico Nacional como consta en el libro “Armas Blancas”, editado por este museo.

Ratifica lo anterior el capitán argentino al servicio del Ejército de Bolivia Florencio del Mármol, quién relata lo siguiente: “Como se recordará, el Rímac llevaba a bordo el regimiento Carabineros de Yungay, de 240 plazas y mandado por el coronel Bulnes hijo del vencedor en Yungay, sobre el ejército confederado de Santa Cruz. La espada victoriosa en 1838, fue hecha botín de guerra en 1879 por los mismos a quienes abatió en aquella época: La llevaba en su cinto el jefe de la expedición chilena que tripulaba el Rímac”.⁶⁵

63 Este hecho fue relatado en una entrevista a don Manuel Jiménez Bulnes, bisnieto de don Manuel Bulnes Pinto.

64 Carta de propiedad de don Manuel Jiménez Bulnes.

65 DEL MÁRMOL, *op. cit.*, p.73.

CONCLUSIONES

La captura del transporte *Rímac* y del Escuadrón de Carabineros de Yungay N° 1, por la corbeta *Unión* y el monitor Huáscar, fue un hecho trascendental en este primer año de guerra, debido a que el Perú vio reforzada su moral y el prestigio del almirante Grau se acrecentó. Por otra parte, en Chile se produjo un gran impacto por la inesperada pérdida del mejor transporte naval y un cuerpo montado al mando del sobrino del presidente, lo que conllevó a la renuncia del gabinete y otras autoridades responsables de este hecho. El Gobierno ordenó la creación de otro Escuadrón de Carabineros de Yungay con la numeración N° 2, el que reemplazaría al cautivo en el Perú.

Finalmente se deduce que el trato a los oficiales y tropa durante su cautiverio fue apegado a las normas internacionales de la guerra de la época (con algunas excepciones), debido a que en este primer año de guerra las odiosidades aún no estaban exacerbadas y no se habían producido las grandes batallas con importantes pérdidas para el Perú.

BIBLIOGRAFÍA

Archivo General del Ejército.

- Lista de Revista de Comisarios 1879-1884.
- Libro de correspondencia del Regimiento Carabineros de Yungay 1879-1885.

Boletín de La Guerra del Pacífico. Ed. Andrés Bello. Santiago, 1979.

AHUMADA MORENO, Pascual (1982). *Guerra del Pacífico*. Ed. Andrés Bello. Santiago.

BULNES PINTO, Gonzalo (1911). *La Guerra del Pacífico*. Vol. I y II. Sociedad Imprenta Litografía Universo. Valparaíso.

CHAPARRO, Guillermo (2007). "Recuerdos de la Guerra del Pacífico" en *Cuaderno de Historia Militar* N° 3. Departamento Historia Militar del Ejército. Santiago.

CLAROS, Manuel (2004). *Diario de un excombatiente de la Guerra del Pacífico*. Ed. Canela S.A. Cochabamba.

DEL MÁRMOL, Florencio (1880). *Recuerdos de Viaje y de Guerra*. Imprenta La Nación. Buenos Aires.

EKDAHL, Wilhelm (1903). *Historia Militar de la Guerra del Pacífico entre Chile, Perú y Bolivia*. Soc. Imp. y Literatura Universo. Santiago.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

- GARRIDO LECA, Hernán (2008). *Diario a bordo de la Corveta Unión*. Industria Gráfica Impresionante S.A., Lima.
- IBARRA CIFUENTES, Patricio. *Prisioneros en la Guerra del Pacífico. Testimonios contemporáneos*. Universidad de Chile, tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, profesor guía: Cristián Guerrero Yoacham, junio 2005.
- LARRAÍN, José Clemente (2007). *Impresiones y Recuerdos sobre la Campaña al Perú y Bolivia*. CESIM, Santiago.
- MAHAM MARCHESE, David (1979). *Noticias extraoficiales de la Guerra del Pacífico*. Ed. El Observador, Quillota.
- PELAYO, Mauricio; GARDELLA, Eduardo y ARCE, Christian (2007). *Retratos. Los héroes olvidados de la Guerra del Pacífico*. RIL editores, Santiago.
- SIENNA, Pedro (1931). *Recuerdos del Soldado Desconocido*. Zigzag, Santiago.
- VICUÑA MACKENNA, Benjamín (1881). *Historia de la campaña de Tacna y Arica*. Ed. Rafael Jover, Santiago.

DIARIO DE UN CAPITÁN DEL BATALLÓN COQUIMBO N° 1 DESDE LA
PARTIDA DE ILO (III DIVISIÓN) HASTA LA OCUPACIÓN DE TACNA¹

Anónimo

NOTICIAS DEL CAMPAMENTO. De una carta de un amigo que un amigo nuestro ha recibido, fechada el 30 de abril a la vista de Sama, tomamos las interesantes noticias que damos en seguida a nuestros lectores.



“Te escribo a la carrera estas líneas disponiendo de los útiles que traigo en mi cartera sirviéndome de este arenoso suelo por escritorio, para anunciarte que cuando esta llegue a tus manos ya habremos tenido uno o más encuentros con el enemigo, i que Tacna i Arica a esa fecha ostentaran orgullosas nuestro pabellón nacional hasta en sus más elevadas cumbres, incluso el formidable morro”.

“El 22 a las cinco P.M. dejamos a Ilo, como verás en mi diario que te incluyo hasta esta fecha con todos los pormenores i pericias de la marcha”.

“En este momento estamos a la vista de Sama en descanso para continuar la jornada en dos horas más, hasta llegar a reunirnos con la I. división que está tomando posiciones en los alrededores de Buena Vista”.

“Desde hoy por la mañana circula el rumor que Campero, jefe de las fuerzas aliadas, está en Tacna en aprestos de movilizar a su ejército para venir a atacarnos. Ojalá que llegase a ser efectiva esta calaverada, pues de seguro el ataque de nuestro ejército sería más recio i arroyaríamos al enemigo en pocas horas. De todos modos, cuenten ustedes con el triunfo seguro de nuestras armas”.

“Hace días nos desalentó una bola que con insistencia circuló, asegurándose que una junta de notables en Lima había resuelto obligar al dictador Pieróla a firmar la paz con Chile, por la premiosa e insostenible situación del Perú. Con nuestra marcha el desaliento pasó i mientras más nos aproximábamos al enemigo el entusiasmo crece, no obstante las fatigas de la jornada por esos senderos desheredados de la naturaleza, por que vemos un próximo desenlace de esta ya larga campaña”.

“En mi diario encontrarás las peripecias de la jornada hasta llegar a la vista de Sama. No hai más tiempo adiós, hasta después que te dé cuenta de la refriega con los pericuicos con todos sus detalles, los que retendré en mi memoria para estamparlos en mi diario con toda calma i muellemente sentado en la mas comfortable habitación de Tacna”.

Abril 21.- Se dá la órden de alistarse a nuestra 3ª división para emprender la marcha al interior mañana a las 5 P.M.

Se fusila a un soldado del 2º de línea en Moquegua, por habersele condenado a la última pena en consejo de guerra.

1 Transcripción textual de *El Diario de La Serena*. Mayo-junio de 1880.

Se nos distribuyen capotes de abrigo a los oficiales del N° 1 de Coquimbo, los que nos llegan mui a tiempo por que hacen unos fríos insoportables.



Día 22.- desde el toque de diana nos ocupamos de los aprestos del viaje.

Después de la lista de tarde se forma a nuestro N° 1 con todo su equipo por que ya son las 5 P.M., hora de marcha.

Nos dirigimos a la plaza donde se reúne toda la 3ª división, formando a la cabeza todas las bandas de música de la 4ª que nos vienen a dar la despedida.

Nos ponemos en marcha tomado la vanguardia la Artillería de Marina, siguiendo el 4º de línea, Chacabuco i cerrando el Coquimbo.

La mayoría de los oficiales tomamos nuestros caballos después de desfilas por la casa del jeneral en jefe.

Algunos compañeros tomaron propiedad de algunas yeguas que encontraron en las vegas de este río, famosas por su armazón de huesos que ostentaban, pero un tanto airoas i livianas.

A poco andar la yegua del teniente Masnata, que la llevaba su asistente, se dispara asustada i briosa i no le dan alcance, pues corría como buena peruana, pero un astuto corneta del 4º de línea la toma i se la lleva. Luego después el asistente la reclama i la obtuvo. También el mismo teniente llevaba para completar la colección, un potro de igual raza capaz de competir con la misma muerte por la escasez de sus carnes. Al principio caminaba lento i mohíno, pero al ver la altivez de sus compañera se dispara también i toma las de Villadiego o las de Villavicencio, esto no obstante se le dá la caza muy pronto.

Durante la marcha hasta Estanque no ocurrió novedad, solo el intenso frío que sufrimos en la noche i el atraso de algunos soldados que quedaron rendidos en el camino.



Día 23.- Llegamos a la estación de Estanques a las 6 A.M. donde la tropa se provee de agua hasta repletar sus caramañolas.

El almuerzo que tuvimos fué una carraca de charqui con galletas i un poco de café, suficiente almuerzo para un militar.

A las 1 P.M., dá órden el coronel para que el Coquimbo pase a vanguardia tomar su colación i que se provea de agua suficiente.

A las 2. P.M. salimos de Estanques para Hospicio, siguiendo el órden de marcha el Chacabuco, Artillería de Marina i 4º de línea.

Nuestros soldados vienen mui disgustados por que la órden del día decía: “*que en un tren marcharía todo el equipo de cada cuerpo*” i esta órden no se cumplió, pues los pobres soldados tuvieron que marchar

con su cama, morral con 100 tiros que no pesará menos de una arroba, caramañola i su rifle. Agréguesele a este peso el que cada soldado llevaba puesto su traje de brin i el de paño que se distribuyó al ejército.

(Continuará)

Tomado de “El Correo de La Serena” del 13 de mayo de 1880

NOTICIAS DEL CAMPAMENTO

(Continuación del día 11)

A poco de haber salido de Estanques sucedió una ocurrencia curiosa, la yegua que montaba el subteniente Bricieño se echó al suelo víctima de un picada de jerjén, i nos hace reír a todos.

La marcha fué fatigosa para la tropa, por lo que quedaron algunos imposibilitados para continuarla.

El teniente Dinator quedó en Estanques con los piés imposibles, como también el 1º de la 2ª i cuatro soldados que vendrán en tren a reunirse con nosotros en Hospicio.

Cada una o dos leguas de marcha se nos dá un descanso de diez o quince minutos para tomar resuello, pues estos medanales desesperan i anonadan a nuestro varonil ejército. I para completar las fatigas de la jornada cada cual tiene que ir en su puesto, lo que es matador aun para los que lo hacemos a caballo. Me da tanta lástima mis pobres soldados que apenas pueden dar paso i se encomiendan a todos los santos de rendidos, que me desmonto de mi tordillo i se lo cedo algunos instantes al cabo Olivares.

Por fin a las doce o poco más de la noche divisamos una luz i a la una de mañana, llegábamos a la estación de Hospicio, término de nuestra segunda jornada.

Rendido hasta el extremo i entumido por el intenso frío que reina en estas despobladas rejiones, apenas llegamos, mi primer diligencia fué calentar un poco de agua en la famosa teterita que traje de la Serena, i a la que le profeso un cariño inextimable por los importantes servicios que ha prestado i prestará todavía en la campaña, i tomé una buena taza de café.

A las dos de la mañana pudimos entregar nuestra humanidad a Morfeo, con toda libertad i bajo un estrellado techo, pues una carpa sería mucho disponer en estas circunstancias, sin embargo que en varias intendencias del ejército las hai; pero las guardan quizás para otra campaña.



Día 24.- Me levanto como a las 8 A.M. i con sorpresa veo que se reparten uvas al Coquimbo i también un cachucho de caramañola lleno de vino.

Me despido del café con dos tazas, pues la falta de azúcar blanca será un obstáculo para que lo vuelva a tomar i la ración de chancaca es la que hace mal, por lo que no hai mas que conformarse i aguantar.

El almuerzo de ese día es como el de ayer, carraca i galletas.

Me toca entrar de guardia.

Llega el teniente Dinator a pié con varios soldados del Coquimbo que quedaron rezagados en la jornada de ayer. Se vinieron en tren, pero se descompuso la máquina como a las tres leguas distante de esta

estación i tuvieron que resignarse a continuar a pié. Dejaron varios bultos del Coquimbo en los carros, de los que algunos corrieron bolina, por cierto que muchos soldados quedan sin sus camas i otros hasta sin su rifle.

Se toca la órden jeneral, para anunciar nuestra partida que será a las tres de la mañana, en dirección a Locumba.

El camino de Ilo a este punto en marcha es bastante arenoso i mui quebrado, sin tomar en cuenta las subidas i bajadas de los cerros, así es que nuestra tropa ha tenido razón por demás para fatigarse.

Se toca contra órden jeneral para anunciar que la marcha será mañana a las 3 P.M., de lo que me alegro mucho, pues necesitamos un largo descanso.

Se les dá buena ración de pasto i cebada a nuestros corceles, para que estén ganosos para mañana.



Día 25.- Me dan cinco mulas para mi compañía con el objeto de conducir equipaje de los soldados, para alivianarles la carga, así la marcha será menos molesta i fatigosa.

A las 3 ½ P.M. salimos de la estación de Hospicio con dirección a Locumba. Quiera Dios que no volvamos más a este lugarejo, antipático hasta en el nombre, pues es un tierral inmenso i solo se encuentra un ranchito i un cuartucho de tablas.

El almuerzo de este día se hizo con una carraca i un pedazo de cebolla.

Principiamos la marcha con la artillería de marina a vanguardia, siguiendo el 4º, Chacabuco i a la retaguardia el Coquimbo.

El camino que conduce hasta Río Seco es medianoso i quebrado, recorriendo un espacio como de seis leguas haciendo zigzag. Llegamos como a las 10 ½ de la noche a Río Seco un poco rendidos, pero todos mui contentos i entusiastas sobre todo la tropa, que solo cargaban su rifle, caramañola i morral con 100 tiros.

En este punto se distribuyó agua que se tenía con anticipación preparada en grandes barriles i odres.

Cuando llegamos, mi asistente que se había adelantado un poco, me tenía preparado el café en mi famosa teterita.

Se nos dió descanso hasta las dos de la mañana, suficiente para refrigerar nuestros estómagos i recobrar las fuerzas estenuadas de la fatigosa jornada.



Día 26.- Salimos de Río Seco a las 3 de la mañana en dirección a Sitana, subiendo i bajando lomititas hasta llegar a un plan que se estiraba más que las esperanza del pobre. Después de una pequeña ondonada subimos a otro plan como el anterior, llegando por fin a la orilla de una quebrada i ¡oh sorpresa!, nos encontramos en el valle de Sitana, eran como las 11 ½ de la mañana.

Este punto me hizo acordar mucho el camino del Elqui en la parte de Punta-azul, con la diferencia que aquí hai más sauces i pimientos, con los que estan formadas las cercas i circundados los potreros, pero careciendo en absoluto de árboles frutales.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

En un potrero estamos alojados, i debajo de los sauces se nos alegra el alma haciendo gratos recuerdos de la patria, de la familia i de los enemigos.

Mi caballo hasta aquí se ha portado perfectamente, por lo que ha merecido la buena ración de cebada que le traía i la dosis de agua que de cuando en cuando le he dado en plato.

(Continuará)

Tomado de "El Correo de La Serena" del 15 de mayo de 1880

NOTICIAS DEL CAMPAMENTO.

(Conclusión)

A cien metros mas o ménos de nuestro campamento, corre el río Locumba con una cantidad de buena agua, formando una ribera cubierta de agua i de matorrales.

Entre nuestro equipaje viene un saco con encomiendas enviadas de la Serena con el teniente Videla, quien se quedó en llo enfermo, pero según escribe, marchará por Sama con la 4ª división.

Entre las encomiendas viene una de dulce para el capitán Cavada i en ménos que canta un gallo nos devoramos un tarro para desayunarnos, pues estamos como para decir misa.

El subteniente Cisternas pierde su espada en el camino

¿Qué habrá sido peruana la pícara?



Día 27.- Se toca diana como a las 6 de la mañana, haciéndose cargo que la tropa estaba descansada.

Yo tuve una buena cama i por consiguiente dormí como un príncipe en mi catre de campaña que afortunadamente llegó ileso entre los equipajes.

Al levantarme me sorprende el asistente con una buena ramada de sauces, como los que suelen trabajar en Chile para la Semana Santa.

Nos toca almorzar lo de siempre: la insípida carraca i café.

Los malditos mosquitos i jerjenes casi nos comen en estas vegas.

Se manda a marcar todas nuestras cabalgaduras.

Se trabajan grandes ramadas para la tropa, como que se preparan a celebrar alguna pascua.

Hasta hoi día no aparece el soldado de la 1ª compañía. Chandía que quedó rezagado en Hospicio.

En lo poco que he recorrido del valle solo he encontrado plantaciones de algodón en mucha abundancia, caña dulce i ají poco pero bravo.

Veo que el algodón se da aquí tan raquíto como los peruanos, estoi convencido que en la Serena se produce mucho mejor.

También quedan en algunos potreros las chalas del maíz, los que aprovechamos para las cabalgaduras, aun cuando también hai alfalfa.

Las distancias que hemos recorrido desde Ilo hasta hoy son como sigue:

De Ilo a Estanques..... 6 leguas
“ Estanques a Hospicio 7 id.
“ Hospicio a Río Seco..... 6 id.
“ De Río Seco a Sitana 6 id.
Total25 leguas



Día 28.- Después de diana se pasa revista de armamento i municiones a toda la tropa.

Hago construir un elegante kiosco de sauces como de 18 metros en círculo, colocando una bonita bandera chilena al tope. ¡Gracias a Dios que hoi nos dan carne fresca!

Llega la noticia que los nuestros han tomado un sarjento cholo prisionero, quien declara que el enemigo sale a nuestro encuentro. ¡Viva Chile!

Se les reparte uva a toda la tropa i también carne fresca, harina, café, azúcar, grasa, sal, galletas i charqui por lo que están mui contentos.

Se nos dá la órden jeneral de estar listos para continuar la marcha a las cuatro de la mañana.



Día 29.- Se encuentra la espada del subteniente Cisternas en poder de un arriero.

Se da contra-órden para la marcha.

A las 6 ½ A.M. pasa por el camino que conduce a Sama la 1ª división i creo se acampará como a legua i media al norte de nuestro campamento.

Salgo a andar con el teniente Varela, pasamos el río i llegamos todos mojados a la casa de un viejecito boliviano con mas de cien años a cuesta, llamado Manuel Rojas, acompañándole otro boliviano llamado Estevan Muñoz.

Después de una larga conversación me dijo el viejecito que era del tiempo del rei i que el año 39 había peleado también.

Muñoz se quejaba de nuestros soldados por que toda la caña dulce se la habían llevado i también cuatro burritos i una mula, pero tenía esperanzas de recuperarlas en Sama.

Se quejaron también amargamente de los peruanos por que por la fuerza les habían quitados los animales, habían saqueado todo i para colmo tenían que pagar contribución de guerra.

Que todos decían que a nombre del gobierno les prevenían que los chilenos degollaban niños, mujeres i ancianos i que por esto habían arrancado pobres i ricos a las cordilleras para refugiarse. Por supuesto que estos estaban convencidos de lo contrario.

Llega el jeneral en jefe con su estado mayor i se alojan una cómoda casa situada cerca del viejito Rojas.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Un soldado de mi compañía, Domingo Rivas, sale al campo i vuelve después de una corta escursión trayéndome de regalo una bonita mula a la que le pongo la marca de la hacienda.

Se nos da la orden de estar listos para las 2 P.M.

Sale el capitán Larraín con el teniente agregado Machuca i se aparecen con un ternero. Sin duda que la vaca ya estaría en muchos estómagos.

Salen las tropas de víveres para el ejército en dirección a Sama.

Día 30.- A la una de la mañana se toca a tropa para ponernos en marcha en dirección a Sama.

A la 1.20 A.M. principia la nueva jornada con una noche nublada i con camanchaca.

Vamos en marcha la 1ª división a vanguardia i la 3ª a retaguardia. La 2ª que estaba en Moquegua viene ya en camino i la 4ª desembarcará próximamente en Ite, caleta cerca de Sama.

Durante la marcha no ocurrió novedad que mencionar.

En este momento 4 P.M. nos dan descanso i al mismo tiempo agua. Tenemos el valle de Sama a la vista, adonde llegaremos en 4 o 5 horas más. Aprovecho este descanso para escribirte i enviarte mi diario.

En todo el día no había comido i a esta hora me tomo un pedazo de carne fría i un poco de café con mi amigo i condicípulo Javier Valdés Carrera, capellán de nuestra división.

De Tacna te enviaré la continuación de mi diario con todos los incidentes de la próxima jornada.

Todos los compañeros están buenos i contentos. Adiós.

Tomado de "El Correo de La Serena" del 27 de mayo de 1880

NOTICIAS DEL CAMPAMENTO.- De una carta fechada el 10 del corriente en el campamento de Yaras a las Torres, que un amigo nuestro ha recibido, tomamos los siguientes párrafos:

Día 30.- A las 4 P.M. salimos del alojamiento donde nos tenían agua en barriles con dirección al valle de Sama.

Dimos principio a la jornada por unos medanales i pampas que se estiraban más que el gobierno. Estas pampas son las famosas de Sitana de que habla "El Ferrocarril" del 11 de abril, que dice miden 3.000 hectáreas.

Como a la oración divisamos una luz que creíamos mui cerca, pero en estas rejiones se produce el espejismo, así es que costó mucho para que nos viéramos próximos a esa luz que para muchos fue una esperanza de término de la fatigosa jornada, así es que mientras mas se avanzaba más i mas parecía huir de nosotros esa esperanza.

Los pobres soldados, muertos de cansancio i de sed, se tiraban al suelo para tomar aliento; me partía el corazón i pensaba en mis adentros si tanta fatiga, penurias i sacrificios serían estériles o tendrían al fin el premio que merecen.

Yo hacía la marcha con mi amigo i condicípulo el capellán Valdés Carrera i vimos caer a un soldado nuestro desesperado por la sed. Se echa al suelo desfallecido i jime. Un compañero se le acerca i le da de su caramañola con agua a tiempo que yo me acerco i solo le permito tomar unos cuantos sorbos, por que si lo dejo se la concluye i quizá habría muerto en el acto.

Una multitud de soldados rezagados han quedado en el camino de todos los cuerpos.

Como a la una de la mañana llegamos a los alrededores de Sama i recién se convencieron los jefes de los distintos cuerpos que la tropa estaba impedida para continuar la marcha. Sin saber que estábamos ya en Sama se dió descanso, i cual sería nuestra sorpresa al amanecer cuando divisamos a pocos metros de nuestro alojamiento el valle de Sama.

Durante la marcha se dió un golpe el teniente Varela que hacía la jornada en la yegua de Cisternas, quedando mui adolorido de una pierna.

Mayo 1.- Al amanecer entramos a Sama i mi primera diligencia fué hacer calentar agua en mi famoso anafre para tomar un poco de té, de unos que nos dieron en Sitana que tiene gusto a cascarilla, por haberse concluido el café. Como servido a vapor me tomé un cachucho de caramañola lleno de té.

Toda la tropa se va al río a tomar agua, también mando a mi tordillo que hacía más de 24 horas que no la tomaba.

El teniente Botarro pierde la mula en que venía él i su equipaje junto con el del subteniente Anseta i ambos quedan a pié i con lo encapillado.

También el capitán Larraín pierde una frazada, pero por fortuna le queda otra de reserva.

Hoy día pasé un hambre mayúscula, pues solo se nos ha dado de ración un pedacito de carne, que ha habido que comerla sin sal.

Llega una gran tropa cargada de municiones.

El punto en que estamos acampados se llama Yaras o las Zorras, i como a media legua al norte o noreste está la población de Buenavista donde hai una iglesia i algunas casas.

Estamos a 8 leguas distantes del enemigo.

Varios soldados de los distintos cuerpos se aparecen al campamento después de sus excursiones de las serranías con varios chanchos, gallinas, papas, arroz i muchos otros buenos bocados i también algunos caballos, yeguas, mulas, etc., que encontraron en los ranchos i casas de esta aldea.

Se sabe que un batallón boliviano está a tres leguas de nuestro campamento i nuestra caballería sale mañana a atacarlo. Poco a poco les sabremos dar una buena lección.



Día 2.- Hoy día nuestra caballería saludará al enemigo por ser el famoso 2 de Mayo, aniversario que celebran los peruanos pero que en adelante lo celebraremos nosotros.

Tenemos misa en el campamento a la que asisten las tres divisiones.

El almuerzo que tuve hoy fué un plato de batiburrillo de zapallo con unas papitas, como un garvanzo de mi tierra, que encontraron los soldados en unas posesiones.

Hasta hoy no se reúne con nosotros el sarjento Ordenes con cinco soldados que fueron a Locumba al día que salimos para ésta. Se cree que el enemigo los haya tomado.

Del 4º de línea murió de sed un sarjento en la última jornada.

De nuestra división se mandaron algunos soldados a caballo llevando una buena cantidad de caramañolas con agua para socorrer a los pobres soldados rezagados que quedaron en el infernal desierto.

Se le reparte carne i charqui a la tropa como a las 10 A.M. estando a esta hora todos en ayunas.



Día 3.- Se aparece un soldado de mi compañía que le había mandado cuidar mi caballo con dos chanchos, uno para mí i otro para él. También me trae unas hermosas granadas como en mi vida las había visto más grandes. Con este regalo refrijeré mi estómago i el de mis compañeros.

Un soldado de granaderos le trae al comandante una carga de gallinas, incluso el gallo.

Por si quedan algunos más, vuelvo a mandar al soldado del chanco, pues por lo que parece es un pouco de buen olfato i difícilmente se vuelve con sus manos vacías.

Llega nuestro compañero Videla que fué a Chile, el que viene un poco enfermo todavía.

Después de diana me dirijo al interior como legua i media de nuestro campamento con el objeto de comprar azúcar donde encuentre. Llego a una fábrica de aguardiente de un francés llamado Julio Faucheux, que vive con dos compañeros españoles Pastor i Antonio Martínez.

Me recibieron perfectamente, obsequiándome algunas copas de pisco i una piña de azúcar, que era lo que buscaba.

Me hablaron de la guerra i me dijeron que los aliados en Tacna tenían 12.000 hombres de infantería, como 800 de caballería, montados en mulas i caballos flacos i 27 cañones de los que 6 eran Krupp.

La distancia que hemos recorrido de Sitana a Sama pasa de diez leguas y nos queda para llegar a Tacna ocho leguas que avanzaremos en jornadas para llegar frescos al frente del enemigo. Por las mil dificultades i por mil motivos creo que el ataque a Tacna no se dará sino hasta los últimos días del presente mes.

Hoy día se da a los oficiales i tropa un pan fresco.

Llega la 2ª división, a la que salgo al encuentro como a legua i media de nuestro campamento.

El Atacama venía a vanguardia i tuve el gusto de estar un rato con esos buenos amigos. Llevaban dos caramañolas repletas de agua i en una pestañada las secaron los fatigados caminantes.

¡Cuánto se sufre por la patria!

También salen del campamento como 500 hombres a recibir a los compañeros de fatigas llevándoles agua.

El soldado Ayala de mi compañía se aparece trayéndome un pollo, el que lo hago dieta para mi amigo Videla que lo tengo en mi carpa un poco enfermo.

En la noche se me aparece también Hilarión Alfaro, comisario de mi compañía con un buen refuerzo, nada menos que seis pollos, un atado de cebollas en rama, un zapallo i granadas.

Con esto parece que tengo asegurado el día de mañana.



Día 4.- Hoy día almuerzo espléndidamente una rica cazuela de gallina, un costillar de chanco, un estofado de costillas de vaca i una taza de té, eso sí que la azúcar la tomo en pequeñas dosis no porque el estómago sufra, sino porque me queda un poquito, i hoi por estar a media ración por la escasez del artículo.

El capitán Ariztía llega de una excursión con varias cargas, trayendo gallinas i casi todo un despacho que encontré enterado. Entre muchas existencias que trajo consigo viene jabón, que llega mui a tiempo, aceite, hilo, arroz, etc., etc.

(Continuará)

Tomado de "El Correo de La Serena" del 29 de mayo 1880

NOTICIAS DEL CAMPAMENTO

(Conclusión)

Día 6.- Tenemos misa en nuestro campamento, la que la dice el capellán de la 3ª división.

Después de la misa se le reparte una copa de vino a la tropa.

El teniente Videla para estar mejor atendido i estar bueno i sano para el día de la batalla, se va en ambulancia para aliviar de su indisposición, a donde lo acompaño hasta dejarlo instalado. En dicha ambulancia encuentro a Ejidio Gómez, pariente de la familia Gómez de la Serena, enfermo de tercianas, quien me dijo que estaba mui mal atendido i hasta la comida se la llevaban de su campamento. Efectivamente vi con bastante desagrado, que en la ambulancia la escasez de todo era grande, hasta el extremo de faltar recipientes para los enfermos. Con esto me parece está dicho todo.

El número de enfermos es grande i casi todos de fiebres i tercianas. Esta última enfermedad es terrible. ¡Dios nos libre de este endiablado mal, bueno solo para los peruanos!.



Día 7.- Después de diana se forma el batallón para salir a ejercicio. Después de algunas evoluciones de guerrilla por batallón i por compañías, regresamos a nuestro campamento.

Llega correspondencia de mi patria i nada para mí.

Como a las 10 A.M. llega el arriero de mi compañía Evaristo Osven de Locumba, i dice que dejó ardiendo todas las bodegas de ese pueblo.

También trae noticias de Moquegua, dice que el enemigo avanzó hasta el pueblo, o más bien dicho, salieron los valientes soldados peruanos que estaban escondidos en el mismo pueblo, sabiendo que solo habían quedado con la salida de la 2ª división 20 cazadores, i los hacen batirse en retirada a unos, matan a 8 i se toman prisioneros a varios. ¿Qué tal? ¡Confianza chilena!



Día 8.- Después de diana tenemos ejercicio de guerrillas por compañías.

Nos reunimos los oficiales i acordamos mandar una protesta en vista de los virulentos e inmerecidos ataques del “EL COQUIMBO” contra el comandante de nuestro cuerpo.

Es incalculable el mal efecto que hacen esos chismes de verduleros en circunstancias como las presentes. Junto con esos ataques desleales i antipatrióticos de “EL COQUIMBO” han llegado cartas de una señora de esa, preguntando si es cierto que yo he tenido la culpa de un imaginario desafío habido entre algunos de mis compañeros.

¡Qué te parece!, estas son cosas que más bien causan risa que enfado.

Llega más correspondencia de Chile i nada para mí. ¿Qué ya me habrán olvidado?

También llega un soldado de mi compañía que quedó enfermo en Ilo i dice que viene la artillería de la reserva i algunos de ejército que no pudieron desembarcar por Ite punto por donde él desembarcó.

Llega a mí noticia que algunos soldados han hecho una buena presa de vino blanco, el que servirá para entonar nuestros débiles estómagos i como un preservativo contra la terciana u otra epidemia, tan reinantes en estos climas de maldición.

Hoi día hace su renuncia el comandante por las intrigas i habladurías de “EL COQUIMBO” de la Serena. Es vergonzoso i repugnante que esta prensa esté exitando odios i rencores i en cierto punto anonadando nuestro entusiasmo de patriotas i de chilenos. Tenemos al enemigo al frente i continúa la calumnia i el chisme encontrando patrocinadores irresponsables. ¿Acaso pretenden que todos nosotros dejemos nuestros puestos, para venir ellos venir a reemplazarnos?

Creo que con el desmentido enérgico que mandamos para que se publique no volverán a calumniar más esos gratuitos detractores de la honra militar i del prestigio reconocido de nuestro batallón Coquimbo es el modelo del ejército en campaña, en moralidad i cuanto se quiera, i quien diga lo contrario es un miserable.

Día 9.- Tenemos misa en nuestra división.

Me toca entrar de guardia con el subteniente Losa de mi compañía.

Llega correspondencia de Chile i nada para mí.

Viene Federico Videla a verme i después de almorzar conmigo vamos a ver al compañero Luis Felipe a quien encontramos un poco mejor.

A las 8 ½ P.M. se aparece el jefe de servicio, el que no se anuncia como tal sino como comandante del Lautaro. Pasa donde el comandante i le previene que esté listo que el enemigo está cerca.

También del estado mayor llaman a nuestro ayudante i le dan orden para que tan pronto como haya alarma tome el Coquimbo su colocación 100 metros a retaguardia, i que no se haga fuego hasta que no se dé la orden.

El comandante me ordena que al primer disparo forme i arme guardia i le de parte. Con esto estoy listo i en son de combate. ¡Viva Chile!



Día 10.- Después de diana tenemos revista por el coronel Amunátegui, la que pasa a toda la 3ª división, luego después se hacen algunas evoluciones. Las compañías de cazadores termina la revista haciendo ejercicio de guerrilla con sus respectivas reservas.

Sale la caballería en tres grandes porciones a inspeccionar el campo enemigo.

Son las 3 P.M. i nada se sabe del resultado del reconocimiento.

Se cree que han encontrado avanzadas enemigas.

El golpe a Tacna se retardará hasta los últimos días del presente mes i creo que no sería mui avanzado asegurar que Tacna como Arica se rendirán una vez que hagan sus reconocimientos a nuestro campo i se convenzan de la superioridad de nuestras fuerzas.

En fin, pronto nuevamente te enviaré detalles completos después del próximo encuentro, mientras tanto adiós i rueguen por mí pues tengo fe que volveré sano i salvo i que mui pronto los abrazaré...”.

Tomado de “El Correo de La Serena” del 15 de junio de 1880

NOTICIAS DEL CAMPAMENTO.- De una carta que un amigo nuestro ha recibido fechada en Yaras el 23 de mayo tomamos los siguientes interesantes párrafos.

Creo que ésta será la última que te escriba de este campamento, pues ya estamos listos para dar la gran batalla el miércoles 26, víspera de Córpus.

El estudio de las posiciones del enemigo está hecho, pues ayer se hizo un importante reconocimiento por el Estado Mayor con la caballería, artillería, tocándole también al Coquimbo una pequeña parte en este preámbulo de la gran fiesta. Como verás en mi diario que te adjunto hasta esta fecha el poder de nuestros cañones sobrepuja a toda consideración, así es que por mui buenas que sean las posiciones del enemigo, los Krupp darán buena cuenta de nuestros desleales provocadores.



Día 11.- Como a las 5½ P.M. de ayer llegó la artillería que estaba en Ite, trayendo 18 magníficas piezas i algunos carros con agua.

Aún no vuelve el soldado Mateo Morales.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Después de diana tenemos ejercicio de evoluciones i guerrillas por todo el batallón.

El comandante retira su renuncia.

Al medio día nos llama a todos los comandantes de compañías i nos dice que el coronel Lagos le ha obligado a que retire su renuncia hasta después de la batalla de Tacna, nos encarga dar las gracias a todos los oficiales por las manifestaciones que le hemos hecho, firmando todos sin excepción la protesta que ya se habrá publicado en la prensa de La Serena, protesta que tiempo debía haberse publicado contra los enemigos del batallón que va a dar glorias a la digna provincia que representamos.

Nos dan ración de azúcar blanca como una cucharadita de té a cada oficial, como si fuéramos damas. Peor es nada; alcanza siquiera para tomar una taza de té.

En este momento 8½ P.M. tengo noticias de que Morales está remoliendo con unas cuantas cholas cerca de este campamento. Una vez que vuelva necesita este bribón una buena dosis de entre cáscaras de membrillo.

Día 12.- Después de diana nos ocupamos en arreglos de viaje, pues vamos a mudar de campamento al otro lado del río Sama, como unas quince o veinte cuadras.

Ya poco a poco nos vamos acercando al enemigo. Según se dice, creo que estaremos solo seis días en este nuevo alojamiento para marchar enseguida sobre Tacna.

Tengo el sentimiento de ver a mi Gamarra (mi caballo chascón que fué de este coronel peruano) con un reumatismo o quien sabe que diablo, lo cierto es que ha amanecido con las cuatro patas hinchadas i le corre una especie de agua amarilla. No falta quién diga que lo de mi Gamarra es idropesía.

Le hago algunos remedios, le doi friegas de aceite caliente, etc.

Por fin se aparece al nuevo campamento el soldado Morales, trayéndose una vaca, cuatro chanchos, una cabra i un canasto de plátanos maduros, en el acto lo pone preso el comandante i con mucha justicia.

Morales asegura habérselas tenido con varios soldados peruanos, desertores de Tacna que los había muerto i le había quitado el caballón ensillado que le había servido para hacer el rodeo de la buena presa que se trajo consigo. Mui bien puede ser cierta su relación; pero también el castigo está mui bien merecido.

Santo.- Tacna, nuestro será.

Día 13.- Se trabajan grandes ramadas para todo el batallón en el nuevo campamento. Se me figura que estamos en pleno 18 de Setiembre.

Por mi parte trabajo un nuevo kiosco, el que me quedó tan bueno i tan elegante como los que he construido en los otros campamentos.

Estoi aranchado con el subteniente Rafael Varela. El teniente i subteniente de mi compañía duermen en mi kiosco, pues puede comodamente a mas de cuatro personas.

Los muebles que tenemos consisten en dos cajones, un banquito de tijera, un mostradorcito (como aquel mi amigo) mueble que mide media vara de ancho por tres varas de largo, donde pueden comer sus diez personas. Por supuesto que estoi con más comodidad que en el otro alojamiento.

Hoy mi Gamarra parece que se siente un poco mejor.
Se le reparten los cuatro chanchos que trajo Morales a todo el batallón.
Santo.- Soldados chilenos, adelante.



El campamento de la 1ª i 3ª división ocupa como diez o doce cuerdas, estamos en batalla, pues en ésta forma se han colocado simétricamente las ramadas, formando adelante los pabellones.

Es la vista más preciosa que puedan imaginarse.

A las 8.A.M. llega la artillería que ocupa el costado izquierdo a continuación del Coquimbo.

También llegan un poco más tarde la 2ª i 4ª división, colocándose en la misma línea de batalla. Así colocado el ejército chileno se experimenta una gran satisfacción i orgullo, pues la línea de bayonetas se extiende mas de una legua.

Llega correspondencia de Chile i llega una carta para mí junto con un paquete de ("Mercurios") i periódicos de la Serena. En dicho paquete vienen cigarros; los que llegan mui a tiempo pues no tenía que fumar. Desde ayer estaba como mis demás compañeros, sin tabaco, etc. ¡Qué hacerle, por la patria se sufre con gusto...!

Después de lista de tarde tenemos ejercicio por todo el batallón. Se hacen algunas evoluciones i regresamos a nuestro campamento.

Santo.- Batallas, dan glorias.



Día 15.- Después de diana tenemos ejercicio de guerrilla por todo el batallón. Hacemos varias evoluciones, como cambios de frente (figura permitida en la milicia) formando batalla haciendo fuego i ocul-tándonos etc., etc.

El soldado Morales, castigado, se manda mudar con otro soldado de mi compañía Tránsito Polagués, llevándose el rifle, sus camas i algunas municiones. Se hacen averiguaciones i se toman las medidas preventivas del caso.

El soldado Godoi, abastero, manda un buen trozo de carne para el teniente Varela i por equivocación se lo traen a Rafael Varela que vive conmigo. ¡Ojalá que todos los días hubiesen equivocaciones parecidas! Es de advertir que hoi no hemos tenido ración de carne sino un pedazito de cabrito, por cierto que me quedé como si no hubiese comido nada. También toca la desgracia que se nos concluye la chancaca para tomar café.

¡Qué hacerle, pues! No hai más que sufrir por patriotas.

Ya que digo pues, parece que todos vamos a volver a nuestra querida Serena con el pues de los peruleros. Se anuncia carreras de burros para mañana.

Santo.- Piérola será derrocado.



CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Día 16.- Ejército chileno que marcha a Tacna:

Rejto. Artillería		1.256
Id. Buin	Nº 1	1.266
Id.	Nº 2	1.256
Id.	Nº 3	1.259
Id.	Nº 4	1.256
Id. Santiago		1.256
Id. Zapadores		1.259
Id. Esmeralda		1.256
Id. Lautaro		1.256
Batallón Navales		600
Id. Chacabuco		600
Id. Búlnes		600
Id. Valparaíso		600
Id. Atacama	Nº 1	600
Id. Coquimbo	Nº 1	600
Id. Cazadores del Desierto		600
Id. Chillán		600
Id. Aconcagua		600
Id. Batallón Atacama	Nº 2	600
Id. Caupolicán		600
Id. Pontoneros		300
Id. Artillería línea		1.500
Id. Cazadores		600
Id. Granaderos		450
Id. Carabineros Yungai		450
Id. Bagajes		250
		21.354
Oficiales		900
Total		22.254
35% de enfermos e inutilizados		7.788
Líquido para marchar a Tacna		14.466.

Además de estas fuerzas deben contarse los elementos que constituyen la base de nuestras próximas victorias, 35 cañones i 7 ametralladoras.

Tenemos ejercicio después de diana por todo el batallón.

Se enferma Clodomiro Varela.

Anoche como a las 2 de la mañana principió a llover con alguna fuerza, pero duró poco rato, habiéndose pasado mi kiosco i despertado con los gruesos goterones que me caían en la cara.

Se mata un burro i también un buey para proveer el rancho. Almuerzo con un poco de repugnancia por ser la primera vez que como burro.

La alarma de los oficiales es grande al saber que un cuico de mínima cuantía se distribuye en el rancho. Casi a todos nos da después de almuerzo un sueño mui grande, quizás la carne de burro tiene esta particularidad. Por mi parte estoi dispuesto a comer sapos o culebras si me dan.

Voi al rancho a dar una vista de ojo i encuentro que está casi todo el burro, solo falta el lomo, una pierna y el espinazo. La única consideración que me hice fue: quién sabe en que estado estaba el primero antes del beneficio.

A las 3 P.M. tienen lugar las carreras de burros de las seis compañías, ganando el burro de la tercera de Cazadores.

Al terminar estas, se forma otra carrera del caballo de Iribarren con otro, ganando este último.

Santo.- Chile espera glorias.



Día 17.- Después de diana se le dá café a la tropa i luego después tenemos ejercicio por todo el batallón.

Llega el Ministro de la Guerra con todo el Estado Mayor, el escuadrón Maipú i el Chillán.

Llega también correspondencia de Chile i ninguna carta para mí.

Llegan los Zapadores de Ite.

Salen 800 de caballería para el interior con el objeto de traer animales para transportar agua i víveres a Tacna. Llevan a dos cuicos de guías, los mismos que estaban prisioneros en nuestro batallón.

Parece que se acerca nuestra partida.

Santo.- Patria ante todo.



Día 18.- Después de diana, ejercicio por el batallón, me quedo en la cama por tener una puntada que creo sea de aire.

Se matan dos robustos cuicos de mínima cuantía para darnos ración hoi día.

Nos dan un pedazo de carne de burro i un hueso de buei.

Tenemos que acostumbrarnos por la fuerza a comer estos animalejos cuicos, no hai remedio.

La mayor parte de los oficiales ni por los diablos quieren comer.

Yo en este momento que escribo hago hacer dos beaftek, uno para mí i otro para Rafael Varela, porque ya no podemos tenernos de fatiga a causa del escaso alimento.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Le sigue la enfermedad a Clodomiro Varela i se le declara terciana. También cae con terciana el subteniente Almarza i el cabo Bruna.

Santo.- Partida será pronto.

(Continuará)

Tomado de “El Correo de La Serena” del 17 de junio de 1880

NOTICIAS DEL CAMPAMENTO

(Conclusión)

Día 19.- Después de diana ejercicio de guerrillas por compañías.

Sale el capitán Ariztía con Iribárrren i seis soldados del Coquimbo a buscar al soldado Morales i Palaguas de mi compañía, que se sabe están a seis leguas de nuestro campamento.

Tanto los oficiales como los soldados nos encontramos sin tabaco ni cigarros, ¡cuantos sacrificios nos debe la patria!

Veo a muchos recogiendo puchos, otros fumando hojas secas de algodón. No se nos da tabaco desde que salimos de Pacocha ¡Que hacerle!

Me toca entrar de guardia con el subteniente Soza de mi compañía i también la 3ª división.

Durante mi guardia no ocurre novedad ninguna.

Santo.- Ejército ardiente espera.



Día 20.- Tenemos ejercicio por todo el batallón.

Entrego la guardia al subteniente Briceño.

Llega correspondencia de Chile i para mí nada.

Sigue la crisis de tabaco. Veo a muchos que andan en busca de puchitos. A cada momento vienen a mi carpa a la pesca, pero yo apenas les dejo jugo por que casi me los como.

El practicante Urquieta, hoi propuesto para subteniente del número 1 es un lince para los puchitos. Así será la desesperación del pobre.

Desde hoi también escasea la chancaca para tomar café. Vamos a estar con igual ración que el soldado, es decir una cucharada al día. Lo mismo sucederá con la carne, es decir un pedasito de carne como las llapas que dan en los puestos de la Serena.

¿Qué tal? ¡Pésimamente alimentados i tener que poner nuestro pecho al frente en pocos días más!. A mí como a todos mis compañeros que nos temblequean las piernas de debilidad.

Yo creo que la terciana ha hecho tantas víctimas hasta hoy por efecto del escaso alimento, pero tenemos el consuelo que en pocos días más estaremos en Tacna bien comidos i con toda regalía. Mientras tanto no hai más que sufrir.

Casi todas las noches despierto empapado con las gruesas garúas que no faltan en este clima. Por esta razón es que el número de enfermos aumenta cada día, habiendo hoy 500 con fiebre i tercianas.

Llega Ariztía con Irabárren trayendo a un soldado del Atacama con el rifle quebrado i una herida en un brazo, que según el médico es hecha con instrumento cortante. El soldado quiere hacer creer que ha sido con bala del enemigo.

Lo encontraron como a diez i ocho leguas de este campamento.

Del soldado Morales i compañero no pudieron adquirir noticia alguna.

A las 5 P.M. el Ministro Sotomayor estando en una diligencia precisa, pues había sentido malestar todo el día, se cayó al suelo como herido por un rayo, a tiempo que un corneta pasa i lo toma.

Inmediatamente se dá la alarma, acude el doctor Allende Padín, lo sangra i nada; ya estaba muerto. Un ataque de apoplejía fulminante lo hizo desaparecer de la escena en cortos segundos.

En la órden del día vienen muchos nombramientos firmados por el Q.E.P.D.

Santo.- Pronto seremos vencedores.



Día 21.- Se pasa revista a las tropas para darles lo que les falta.

Por la repentina muerte del Ministro se suspenden la salvas i dianas que se habían ordenado para celebrar este gran día.

El practicante Urquieta es nombrado subteniente del número 1 i hoy mismo se presenta con el traje militar.

Se le reparten botas, caramañolas, ropa de brin a los que les falta bajar.

Después de lista de tarde se da a conocer al nuevo mayor del N° 1 don Marcial Pinto Agüero, hermano del juez letrado de Ovalle. También se dará a conocer al practicante Urquieta como subteniente de la compañía de cazadores.

Se toca reunión de capitanes con el objeto de nombrar dos de entre ellos i un subteniente que marcharán mañana a Tacna llevando una compañía guerrillera i los mejores tiradores del Coquimbo.

Todo el Estado Mayor marcha mañana en reconocimiento del enemigo, lleva a la caballería, dos piezas Krupp i una compañía de guerrilla de cada cuerpo.

Hoy se han sentido varios cañonazos del lado de Tacna, sin duda están probando el alcance de sus cañones. Lo que son los nuestros no necesitan de pruebas, solo esperan tener al frente el pellejo peruano para escarmentarlos.

Los oficiales de nuestro batallón que marchan mañana son; capitán Larraín A., id. Julio Caballero i subteniente Jofré con once soldados, todos a caballo.

Santo.- Constancia vence todo.



Día 22.- A las 3 A.M. salen como 800 o mil hombres a caballo en dirección a Tacna, con el objeto de reconocer las posiciones enemigas i provocarlos, para que en tres días a más tomar también nosotros nuestra colocación i batirlos.

Después de diana tiene ejercicio todo el batallón.

Se vuelven unos pocos soldados de los que fueron al reconocimiento porque los caballos no les alcanzaban.

A las 12 M. se siente el estampido del cañón enemigo. Parece que ha sido un cañón de grueso calibre, pues le han sucedido otros cuatro disparos.

Diez minutos después se siente el tiroteo de una i otra parte, alcanzando a contar 28 disparos.

Cada cañonazo es saludado con nuestra canción nacional.

El último nombramiento que firmó el difunto Ministro fué el del capitán don Francisco Zelaya, haciéndolo sarjento mayor.

“Orden del Día

El señor Sotomayor, Ministro de Guerra en Campaña, ha fallecido ayer a las 5.10 P.M.

La muerte del señor Sotomayor ha sido recibida por el ejército entero con indecible pesar. A este dolor el país entero se unirá en breve cuando el telégrafo lleve a nuestras capitales la noticia de una desgracia que ha sorprendido a todos, por que todos esperábamos que la vida del señor Sotomayor llena de abnegación, todavía podría prestar utilísimos servicios en beneficio de la patria.

Cuando se disponga la manera como deben trasladarse sus restos al lado de los suyos, que nos exige el suelo de la patria, el amor de su familia i el respeto de sus conciudadanos, se ordenarán los honores que deberán hacerse.

El ejército entre tanto llevará luto por ocho días.

De órden del jefe.

Villagrán”

A las 2 P.M. se siente un disparo de cañón de grueso calibre.

A las 5 P.M. llegan los valientes coquimbanos que fueron a Tacna. He aquí la relación del reconocimiento practicado que me ha hecho el subteniente Jofré:

“A las 9 A.M. se divisó una avanzada enemiga como de 50 hombres montados, los que, según acostumbran, apenas divisaron a los nuestros tomaron las de Villadiego.

Cuando llegó nuestra caballería al punto donde estaban los cuicos no había ni noticia de éstos. Siguiéron nuestros bizarros cazadores avanzando hasta llegar a 6.500 metros de las trincheras enemigas. Se hizo alto i nuestra artillería principió a arreglar sus dos piezas. Mientras se hace esto, nuestra caballería se divide en ocho grupos i marchan en distintas direcciones hacia las trincheras enemigas.

A las 12.M. se encuentran como a 2.500 metros del enemigo. A esta distancia rompen sus fuegos los aliados, llegando los proyectiles como a 500 metros de los nuestros. Luego vuelven a disparar su artillería, ni viéndose el alcance de sus proyectiles i éstos se suceden uno en pos de otro.

Convenientemente arreglada nuestra artillería dió principio a sus fuegos, minutos después de las doce, logrando con el segundo disparo hacer volar una carpa con cuanto tenía adentro, i así por el estilo fueron los diez o doce disparos que se sucedieron, esceptuando los tres últimos que fueron dirigidos por elevación a consecuencia que el enemigo se reconcentra al interior.

Está probado que nuestros cañones tienen doble alcance que los de los enemigos.

El tiroteo duró como 35 minutos, lo suficiente para conocer las posiciones enemigas i disponer nuestra línea de ataque para el día de la batalla que será la víspera de Corpus.

En el croquis que te adjunto verás las posiciones enemigas i la colocación que tomaron nuestras avanzadas.

Los peruanos están a dos leguas fuera de Tacna.

La distancia que hai de nuestro campamento a las trincheras enemigas es de seis leguas”.

La orden del día dispone hoy algunos honores a la partida para Ite de los restos del Ministro difunto.

Santo.- Reconocimiento enemigos cañonazos.



Día 23.- Después de diana se pasa revista a todo el batallón por el comandante i el mayor, luego después ejercicio que duró hasta la hora de misa.

Por fin mandan tabaco, el que se distribuye a la tropa a razón de un paquete para 13 individuos. Esta misma proporción rejirá con los oficiales.

El entusiasmo que todos tenemos es grande por que la marcha sobre Tacna será mañana o pasado. De todos modos se ha acordado que tenga lugar la gran batalla el miércoles 26, víspera de Corpus ¡Viva Chile!

Videla sigue mejor i creo que marchará al sur.

Clodomiro Varela i Rafael Varela también están mejor, pero creo que tomarán parte en Tacna.

Por fin nos dan a los oficiales una cucharada grande de azúcar blanca, ésta no la veíamos desde el día 10.

Rueguen por mí ahora que el gran día se acerca.

Desde Tacna te enviaré los minuciosos pormenores de la batalla. ¡Adiós!

Tomado de “El Correo de La Serena” del 24 de junio de 1880

(Continuación)

Día 24.- Después de diana tenemos ejercicio por todo el batallón. Se hacen varias evoluciones i se termina con nuestra favorita ración de guerrilla que tanto servirá en la próxima batalla.

Se reparte tabaco a la tropa i oficiales a razón de un paquete para 10 de los primeros i para cuatro de los segundos.

Llega una balija de correspondencia de Chile.

Por fin se acerca el día deseado, como se verá en la órden del día que entre otras cosas dice lo que sigue:

“Terminado el rancho que debe tomar la tropa, mañana a las 9 A.M. se pondrá en movimiento la 1ª división hácia el punto acordado. Seguirá la artillería a continuación, en el mismo órden las 2ª, 3ª i 4ª división. El cuerpo de pontoneros precederá a la artillería cuando se haya puesto en marcha la 1ª división.

“Saldrá de su campamento la 4ª división para tomar la colocación que le corresponde. Los rejimientos Buin, 1º de línea 3º i 4º i el batallón Búlnes formarán reserva i seguirán en consecuencia a la 4ª división. Esta reserva quedará bajo el mando del señor coronel don Mauricio Muñoz.

El teniente coronel don Francisco Barceló se hará cargo del mando de la 2ª división

La infantería para el órden de marcha será de dos en fondo, cuando el terreno lo permita en columna, por compañía o por mitad.

La artillería llevará la formación que le indique su jefe.

El Estado Mayor Jeneral comunicará las órdenes respectivas, cuando i en la forma que debe acamparse el ejército.

Una compañía montada de Carabineros de Yungai Nº1 estará mañana situada a las 7.A.M. en el lugar que se hallaron los estanques para custodiarlos en la marcha.

La caballería saldrá a la hora que se le ha indicado al comandante jeneral de esta arma.

El equipo del ejército se depositará mañana en almacenes de provisiones”.



Día 25.- Después de diana, en medio de regocijo jeneral, se reparten todos los animales de la dotación del Nº 1, tocando a mi compañía cuatro burros, un macho i mis dos caballos, pues ha ido aumentando la hacienda.

En medio del gran movimiento por lo aprestos de la marcha, se nota un contento que raya en locura por nuestra marcha a Tacna.

Apénas tuvimos conocimiento de la órden general que dejo apuntada, nos reunimos varios amigos i nos vamos a arreglar nuestras cuentas con el padre Pacheco, capellán del Búlnes. Con esto, ya quedamos perito para presentar nuestro pecho al frente enemigo.

A las 10½ A.M. al grito de ¡Viva Chile! partimos en dirección al enemigo. Caminamos doce horas, es decir hasta las 10 de la noche, sin otra novedad que unos cinco cholos de avanzada que nos tomaron 60 cargas de agua, una gran parte de nuestra ración para mañana, dejando a tres arrieros heridos, entre ellos a 1 del Coquimbo, Simón Araya. También se llevaron dos prisioneros, uno de ellos era el cabo Araya de la 1ª compañía. Se nos dio descanso después de la fatigosa marcha, pasando el

resto de la noche espléndidamente, no obstante la inclemencia de la pampa i una fuerte garúa que nos molestó bastante.



¡¡VIVA CHILE!!

Día 26.- Al amanecer de este gran día para nuestra querida patria, divisamos las formidables posiciones enemigas, e inmediatamente nos pusimos sobre las armas avanzando hasta ponernos a tiro de rifle.

Es de advertir que el enemigo sabedor de nuestra marcha, salió a media noche, intentando una sorpresa, pero a Dios gracias i a la Virgen del Carmen que nos protege, tomaron dos distintos rumbos, que, a no ser esta casualidad, la confusión habría sido espantosa en medio de la oscuridad de la noche a parte de las demás consecuencias de una sorpresa.

Nuestra artillería colocada convenientemente i después de desplegada nuestra línea de batalla, quedando al centro el N° 1 de Coquimbo a 600 metros a retaguardia de la primera línea, rompió sus fuegos a las 10 A.M. sobre las trincheras enemigas, consiguiendo se replegasen las guerrillas aliadas a sus líneas de trincheras. La artillería enemiga contestó los fuegos, alcanzando sus disparos a recorrer apénas una tercera parte de la distancia en que estaba colocada la nuestra.

Antes de principiar la acción, nuestras avanzadas lograron tomar cinco prisioneros, un capitán, un sarjento, dos cabos i un soldado. Esto dió mucha luz a nuestros jefes, como que eran una presa valiosísima en tan solemnes momentos.

A las 10.55 sigue el cañoneo por una i otra parte, logrando los proyectiles enemigos matar un caballo, mientras las punterías de nuestros artilleros eran como siempre espléndidas, barriendo la línea enemiga i haciendo destrozos en sus parapetos i trincheras.

Miéntras tanto se manda avanzar al centro de nuestra línea i tres compañías del Santiago i el 2° rejimiento se desplazan en guerrilla. En este momento nosotros avanzamos también a tomar nuestra distancia de la vanguardia, por un arenal inmenso que nos fatigó casi hasta rendirnos de cansancio i de sed. Por fin hicimos alto a retaguardia de la artillería de vanguardia.

A las 11 A.M. se rompió el fuego por la infantería de una i otra parte. El espectáculo es por demás imponente.

Como una hora de fuego incesante, en que la lluvia de plomo que caía es con nada comparable, no fué suficiente para intimidar al bien parapetado enemigo i la resistencia se hace a cada momento más tenaz i terrible.

A las 11 ¼ llegó nuestro turno. El ayudante jeneral de órden del Jeneral en Jefe manda salir al Coquimbo en protección del Santiago, 2° i Atacama que se batían en retirada por haberseles agotado las municiones i por las muchas bajas que le había hecho el enemigo.

En medio de un diluvio de balas avanza intrépido el Coquimbo, marchando a vanguardia la 2ª. compañía i a paso de trote ocupar la línea. Llegado a ésta se desplega en guerrilla i al mismo

tiempo el resto del batallón con nuestro comandante a la cabeza ocupa la línea en esta misma forma.

En esta imponente marcha tengo el sentimiento de perder al corneta de órdenes que me acompañaba tomando trote en cumplimiento de la orden de mi jefe, i al caer me ordena el comandante redoble la marcha. Nuestro bizarro batallón se lanza a la pelea con un denuedo i un coraje imponderable al grito de ¡Viva Chile! ¡Viva la provincia de Coquimbo!

A doscientos metros de las trincheras enemigas i después de haber salvado una larga distancia en pocos instantes, con el ímpetu irresistible del soldado chileno, el Coquimbo avanza lleno de coraje i de bravura, haciendo en las filas enemigas, un tanto envalentonadas con la primera carga de nuestra vanguardia, mortífero fuego.

Hasta aquí tuve la suerte de acompañar a mi batallón, pues una bala fría dándome en el brazo izquierdo en lo mas precipitado de la carga me hizo caer en tierra sin sentido. A poco rato me encuentro con varios soldados de mi compañía que me preguntaban: ¿Dónde está herido mi capitancito?

Casi ahogado por la tierra que aspiré al caer de bruces i vuelto en sí de mi aturdimiento, quiero levantarme; pero el brazo me flaqueaba, probablemente estaba herido.

Así, con el enemigo a poca distancia, me examinan el brazo mis pobres soldados i solo encuentran un machucón i el hueso del codo sañado. Inmediatamente uno de ellos me tomó el brazo, me dá unos cuantos sobones i me dice: sufra un poco mi capitán. A poco rato quedé con el hueso del codo en su lugar i aun podía mover el brazo sin gran dolor.

Como a seis u ocho metros de donde caí, encontré a mi compañero Clodomiro Varela, atravezado de un lado a otro del vientre, cuya bala le ocasionó instantáneamente la muerte.

Como a diez metros de la misma línea, encuentro al abanderado Cárlos Luis Ancieta con dos heridas; i a pocos metros más al subteniente Juan Gualberto Varas con otra herida grave en el costado i la ingle.

Nuestro querido comandante cayó también en la mitad de la acción, herido en el brazo derecho; i su caballo recibió dos balazos, el capitán Cavada corrió la misma suerte, Ariztía en la mano derecha, Masnata en un brazo, Iglesias atravesado cerca del pulmón i Urqueta en una mano.

De mi compañía hai veinte bajas entre muertos i heridos.

Al mayor Pinto Agüero le botaron el caballo.

Por fin a las 3 P.M. se oía el grito de ¡Viva Chile! ¡Viva el ejército chileno!, i se veía flamear nuestro batallón en las inespugnables alturas. El enemigo se retiraba en completa derrota dejando el campo sembrado de cadáveres i un inmenso material de guerra.

Nuestro querido Coquimbo con el nuevo mayor Pinto Agüero i los demás queridos compañeros que salieron ilesos en la jornada, treparon las alturas i fueron los primeros en hacer pronunciar la completa derrota de los aliados, quedando en el campo casi la mitad del numero de tropas con que entramos en pelea.

Mil veces ¡VIVA CHILE!



Día 27.- Antes de consignar los pormenores de este día, dejo en primera línea constancia del parte pasado al jefe de la 3ª división por el mayor del Coquimbo:

“Batallón Coquimbo N°1-Campamento de Tacna-27 de Mayo de 1880.

El que suscribe, Sarjento Mayor, 2º Jefe del espresado batallón, pasa a dar cuenta a US, de lo ocurrido en este cuerpo en la función de armas de ayer.

Para referir con exactitud a US, las operaciones ejecutadas por el cuerpo en ese hecho, me he puesto al habla con el señor comandante de este cuerpo teniente coronel don Alejandro Gorostiaga, quien mandó el batallón hasta la mitad del ataque más o ménos.

El señor comandante me expresó lo siguiente:

A las 11 ¼ A.M. estando formado el cuerpo en batalla i a la izquierda del Chacabuco recibí orden del señor coronel primer ayudante del señor Jeneral en Jefe don Pedro Lagos de avanzar en protección de los rejimientos 2º de línea i Santiago, a los que el enemigo había atacado rudamente, i escasos de municiones hacían fuego en retirada después de perder mucha jente. Estos cuerpos ocupaban el centro de la línea de nuestro ejército.

La orden se cumplió en el acto mandando avanzar el cuerpo en batalla. En este orden se marchó unos 200 metros mandando en seguida desplegar en guerrilla al frente las compañías de cazadores i 4ª i sucesivamente las de granaderos 2ª 1ª i 3ª . En esta forma se siguió avanzando al frente del enemigo; él avanzaba también envalentonado por la debilidad de los fuegos de la línea que protejíamos a causa de sus grandes pérdidas i pocas municiones. Sobrepasada dicha línea i despejado ya nuestro campo de tiro se rompió un fuego nutridísimo por nuestra parte i como a unos 250 metros de distancia del enemigo. Fué entonces cuando cayeron heridos el subteniente Ancieta, abanderado, teniente Masnata i capitán ayudante don Federico 2º Cavada, i muerto el teniente don Clodomiro Varela que hacía de ayudante del señor comandante.

Serían las 12 M. poco más o ménos i en medio de un nutrido fuego fué puesto fuera de combate el señor Gorostiaga, que con toda valentía nos había dirigido hasta ese momento, a causa de haberle atravesado el brazo una bala i haber sido herido el caballo que montaba, quedando desde este momento el mando del cuerpo a cargo del que suscribe. Los fuegos por nuestra parte se siguieron siempre en avance i a pasos rápidos hasta llegar a unos 80 metros de distancia del enemigo, oportunidad que aprovechó el capitán de granaderos don Luis Larraín Alcalde para ordenar armar la bayoneta, pero el enemigo huyó con tal rapidez que desgraciadamente no fué aprovechado el coraje i serenidad del indicado capitán.

Al enemigo se le siguió haciendo fuego, siempre ganando terreno hasta el borde de la quebrada en que domina el valle i ciudad de Tacna i que está a unas 20 cuadras de la población. En este punto ordené se tocase alto la marcha i se continuase el fuego a pie firme sobre el enemigo que huía en todas direcciones, no creí prudente bajar al valle, cuando solo seríamos 150 hombres habiendo sido el resto muerto, herido o rezagado, esto último a consecuencia de la marcha pesadísima de unas dos leguas que hizo esta batallón, siempre en persecución del enemigo. No ofendiéndolo ya nuestros fuegos i apagados los suyos por completo, se dio descanso a la tropa, siempre organizada i esperando órdenes superiores.

US, sabe que el que suscribe solo hacía unos cuantos días que había tenido el honor de ser nombrado 2º jefe de este cuerpo i poco conocedor de su personal de oficiales i tropa, me habría visto embarazado

para dar un informe de él momentos ántes de entrar en acción; mas ahora que me ha cabido la honrosa fortuna de ponerme al lado de ellos durante la batalla del 26 puede asegurar a US, con toda rectitud, que el personal de capitanes es tan valiente i sereno en el combate como bizarro i arrojado el de la tropa. De los demás oficiales puede también asegurar a US, que no han dejado nada que desear, todos ellos han estado a la altura de oficiales pundonorosos i como dignos hijos de la provincia que representan. Nuestra bandera que siempre marchó a la vanguardia ha sido atravesada por 10 balas. El abanderado subteniente don Carlos Luis Ancieta fué herido gravemente i reemplazado por el subteniente don Juan Gualberto Varas que también cayó herido, sucediéndole sucesivamente los sarjentos de la escolta Juan N. Oyarce i Christian Elberg, ambos muertos i los cabos de la misma Daniel Díaz, muerto, i Bernardo Segovia, herido. Los últimos que tomaron el estandarte fueron los cabos Manuel C. Vera i Domingo Meléndez. Las dolorosas pérdidas que hai en el cuerpo de oficiales que lamentar son las siguientes: Teniente coronel don Alejandro Gorostiaga, herido e igualmente los Srs. Oficiales capitán ayudante don Federico 2º Cavada, capitán Francisco Ariztía, teniente Manuel María Masnata, subteniente Juan G. Varas, subteniente Caupolicán Iglesia, abanderado Carlos L. Ancieta, subteniente Antonio Urquieta, capitán Pedro Crisólogo Orrego, contuso, teniente Clodomiro Varela, muerto. Las pérdidas que hasta ahora se notan en la clase de individuos de tropa ascienden a 148 hombres, pasando del 30% de la fuerza de 400 hombres con que se entró en acción, sin contar este cálculo las pérdidas de jefes i oficiales. Antes de terminar esta parte me permito hacer llegar a conocimiento del jefe de la respectiva división que el capitán Ortiz del regimiento 2º de línea con siete individuos de tropa se puso voluntariamente a mis órdenes e incorporándose en este batallón en el momento en que pasábamos por la línea que ocupaba su cuerpo, acompañó hasta el fin de la batalla. Es cuanto tengo el honor de poner en conocimiento de US, con relación al hecho de armas de ayer.

Dios guarde a US.

Marcial Pinto Agüero.

Al señor coronel Jefe de la 3ª División”.

Por ser el 1º día después de la batalla i cumpleaños de nuestro Jeneral, al toque de diana se toca la canción nacional por todas las bandas del ejército.

Anoche dormí en una ambulancia a donde me pusieron un remedio en el brazo i tuve que dormir en la tierra sin más abrigo que una frazada por falta de mi cama. A media noche siento junto a mi carpa a un soldado de mi compañía herido. Carmen Pizarro, en sus supremos momentos, i con voz entera lanzó un grito: ¡Adelante rotos chilenos! i quedó muerto.

El campo de batalla ha quedado sembrado de cadáveres i de despojos del enemigo. El número de muertos hasta hoi es incalculable. Hai también un sin número de heridos. El aspecto que presenta el campo es aterrador, pues todos los muertos enemigos están con la cabeza hecha pedazos i los sesos fuera.

El estandarte nuestro ha quedado acribillado de balazos i toda la escolta cayó en su puesto de honor.

Todos los oficiales i soldados del Coquimbo se han portado espléndidamente. Nuestro batallón fué el que atacó con más vigor el centro de la línea enemiga i fué el primero que trepó a las trincheras i puso en completa derrota a los aliados.

La ciudad ha sido ocupada hoy definitivamente por nuestras tropas.

Se ordena recoger a los heridos i conducirlos al pueblo, i se manda enterrar a los muertos.

Se trae a nuestro campamento el cadáver de nuestro amigo don Clodomiro Varela para enterrarlo mañana con los honores correspondientes.

Todos los heridos de nuestro batallón creo no son de gravedad.

Nómina de los soldados de mi compañía que faltan hasta hoy día, unos por haber quedado muertos en el campo i otros por estar heridos.

Cabo 1°.- Tobías Olivares	— muerto
Soldado.- Pedro Carrión	— herido
Id. Eujenio Velasque	Id.
Id. Reinoldo Véliz	Id.
Id. Gregorio Méndez	Id.
Id. Bartolomé Ayala	Id.
Id. Cárlos Tubi	Id.
Id. Pablo Saguas	Id.
Id. Manuel Adaos	Id.
Id. Pantalión Tapia	Id.
Id. Pedro Guilbert	Id.
Id. Juan E. Navea	Id.
Id. Cármen Pizarro	Id.
Id. Samuel Pérez	Id.
Id. Antonio Dinamarca	Id.
Id. Ramón Cáceres	— murió el día 6
Id. Pedro Rivero	— herido
Id. Pablo González A.	Id.
Id. Daniel Parada	— muerto.



Día 28.- Se lleva el cadáver del teniente Clodomiro Varela al cementerio, donde se le hacen los honores de ordenanza. Sepultado que fué se le colocó un distintivo para que a su tiempo sean llevados sus restos a descansar al lado de sus demás deudos. Ya aquí se habla de que pronto se llevará a Copiapó los cadáveres de los oficiales que murieron en esta jornada, ¿acaso no se piensa hacer en esta ciudad otro tanto con los del Coquimbo? ¿Los méritos adquiridos por los que fallecieron en esta gloriosa jornada, no alcanzarán a conseguir de sus comprovincianos que les exhumen sus cenizas?

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Hoy se continúa en la tarea de recoger heridos para atenderlos en Tacna.

Llega noticia que el enemigo se rehace en Tacnita, aldea que dista como dos leguas de esta ciudad. En el acto el jeneral en jefe manda a la reserva con caballería i artillería.

Nuestro batallón está acampado en una altura distante de Tacna como veinte cuadras. Aún no conocemos la ciudad, pero pronto le haremos nuestra visita.

Ya una gran parte de la jente del pueblo sale a las calles, pero revelan en sus semblantes el aturdimiento de que están poseídas con el tremendo golpe que les ha dado nuestro ejército i adviértase que esta jente ha presenciado las cosas i puede formarse juicio cabal de la gran batalla del 26 i nuestra espléndida victoria.

Los oficiales heridos de nuestro batallón están en el teatro mui bien atendidos.

A las 11 i minutos se siente tiroteo por el lado de Tacnita. Indudablemente ese resto de enemigos caerá en poder de nuestros valientes, pues han huido sin víveres, sin municiones i la mayor parte sin armas.

A las 6 P.M. cambiamos de campamento, acercándonos a la ciudad, hasta quedar a una distancia de ocho cuadras. Precisamente coincide nuestra mudanza con la hora de comida, por lo que aguantaremos hasta mañana en que tomaremos las providencias del caso para proporcionarnos en las quintas vecinas unas suculentas aves de corral.

Hoi día también se reúnen todos los compañeros heridos, incluso nuestro comandante en una casa cómoda i bien amueblada, en la calle de Prado N° 62.

Llegan del interior ciento i tantos prisioneros. Ya la catedral del pueblo está casi repleta de estos pájaros.

Como siempre los aliados nos dejaron preparados un material rodante completo del ferrocarril a mui poca distancia de esta ciudad, entre ello 5 máquinas i 40 i tantos carros para transportarnos cómodamente a Arica.

(Continuará)

Tomado de "El Correo de La Serena" del 26 de junio de 1880

NOTICIAS DEL CAMPAMENTO

(Continuación)

Día 29.- Sale una nave a reconocer la línea férrea para Arica.

Hasta hoi es imposible calcular el número de muertos, tanto de nuestra parte como del enemigo. Se dice que por los caminos que conducen al renombrado Tacora i al Misti van quedando multitud de fujitivos muertos por efecto de sus heridas i víctimas del hambre i el cansancio.

Está hasta hoi en poder de nuestro ejército el siguiente botín de guerra;

(Sigue la enorme lista del armamento i municiones tomadas del enemigo i que ya conocen nuestros lectores por los datos oficiales)

Como una curiosidad i como recuerdo de esta jornada conservo en mi poder un rifle Pivocoli, un *idem* Comblain, una bandera boliviana, muchos papeles curiosos, unas presillas de coronel peruano i algunas balas i objetos curiosos.

La fuerza enemiga que formó en batalla el día de la fiesta fué de 15 mil hombres, perfectamente bien atrincherados, pero nuestra artillería les hizo retroceder de su línea de vanguardia porque sus proyectiles caían en sus mismas trincheras i apagó en pocos instantes los fuegos de la artillería enemiga. Por consiguiendo la obra la comenzó nuestra artillería i la terminaron nuestros rifleros.

Muchos son los jefes peruanos i bolivianos que han quedado en el campo, no obstante que los primeros andaban tan lisos en la fuyenda que botaban sus espadas para quedar más livianos, por lo que en el campo quedó una verdadera flota de toledanas. Todos nos hemos surtido de ellas.

Ya que ayer pasamos con una cruz en el estómago i aún anteayer que estuvimos como para decir misa, en cambio hoy estamos de cazuela de ave, encebollado de ave i un buen asado, eso si no tenemos pan ni galletas.

Nuestros soldados llegan de los alrededores cargados de pertrechos para el estómago i aún útiles para hacer más confortables nuestras habitaciones, a saber: servicio de mesa, *idem* de cocina, muebles i aún hasta poltronas de salón.

Santo.- Ejército chileno victorioso.



Día 30.- Mudamos de campamento un poco a la derecha de donde estábamos.

Como a las 9.A.M. pasa por nuestro campamento el acompañamiento de cinco oficiales muertos del Santiago. Los llevan con la banda de música i escoltados por un batallón del regimiento para hacerles los honores de estilo. En este regimiento ha habido como 300 bajas.

Se toman varios jefes peruanos prisioneros que estaban ocultos en la ciudad.

El célebre Albarracín también cayó al fin de la refriega.

Por fin solo hoy he podido ir a conocer la ciudad i tener el gusto de ver a mis compañeros, los que están muy bien atendidos.

La ciudad es bonita, de alegre aspecto, solo las calles son muy angostas i no se lucen los buenos edificios que la adornan. A mi entrada divisé algunas tímidas peruanitas bastantes simpáticas.

Hasta hoy hay como 2.000 prisioneros en nuestro poder i aún nuestra caballería no vuelve de su escursión al interior.

Según el estado nuestro, las bajas de nuestro querido Coquimbo ascienden a 128 de tropa entre muertos i heridos, fuera de los oficiales.



Día 31.- Llega parte de nuestra caballería que andaba en el interior.

Parece que mañana o pasado partirán fuerzas para Arica, a juzgar por los aprestos de la artillería i caballería.

Hoi hai rejistro en toda la ciudad con el objeto de pescar a los escondidos que se supone sean muchos.

Hoi también me hago reconocer el brazo por sentir algún dolor.

He visto que varios han sido víctimas de contusiones por efecto de balas frías. El subteniente Urquieta recibió una en el pecho sin herirlo, el soldado de mi compañía Juan de la Cruz Collado también recibió otra en el pecho causándole solo un gran machucón.

Todos los compañeros heridos amanecen hoy mui alentados. El número de heridos que se sabe hai de los nuestros hasta hoy en las ambulancias es de 1.184 i peruanos 900. Muertos de los nuestros 700 i pico, i del enemigo más de 1.500, sin contar a los muchos que se encuentran todos los días por los alrededores. Por supuesto que la cifra es de todos modos mui crecida i por si solo dará la medida de lo reñido de la batalla.



Junio 1º.- Después de diana mudamos de campamento a los arrabales de la ciudad, como a una legua de la población, en un lugarejo llamado Pacollai. En una cómoda casita nos instalamos varios oficiales. También mi compañía ocupa una casa vecina que era la escuela del pueblo.

Los pobres cholos andan todavía con las caras largas por las calles, habiendo todavía muchas casas cerradas porque tienen miedo a nuestros jenerosos soldados.

Llega nuestro compañero Videla de Sama casi del todo restablecido. Mui poco afortunado ha sido hasta hoy nuestro amigo, pues en los dos hechos de armas en que se ha encontrado nuestro querido batallón, las enfermedades lo han obligado a permanecer en las ambulancias, no obstante su decidido patriotismo i ardientes deseos de batirse.

El soldado Zacarias Mena i Dubó, ambos de mi compañía, encuentran un lindo estandarte boliviano de los colorados de Daza i también un sombrero apuntado de Jeneral, el que tengo en mi poder, pero no ha sucedido lo mismo con el estandarte, pues según unos, el coronel Amengual se los quitó i según otros se lo vendieron en 20 pesos.

Hoy se ha acordado reclamar dicho trofeo que pertenece al batallón, i aún cuando el mayor está mui decidido hacer las jestionés del caso, creo inútil todo esfuerzo.

Hoy también se ha aumentado mi colección de objetos además del sombrero apuntado del jeneral con un casco de los Coraceros bolivianos i una llama viva. Aparte de esto me hago también de una mui regular silla de montar i regalo la otra que tenía, por que me perdieron el mandil bordado junto con mi cama. Por una casualidad apareció mi ropa, que también se había perdido, pues si no habría quedado con lo encapillado.

Esta noche si que dormiré bien, pues tengo catre i un colchón de paja que reemplazarán a la arena en que estas noches he dormido.



Día 2.- Después de diana se manda al soldado Mena donde el comandante para tomar algunas medidas con el fin de recuperar el estandarte que le quitó el coronel Amengual.

Como a las 7 A.M. sale toda la reserva compuesta de los regimientos Buin 1º, 3º i 4º i el Búlnes con dirección a Arica en medio del mayor entusiasmo. Los pobres aliados no tienen más remedio que rendirse o perecer todos; no hai remedio.

El invencible Morro i demás fortalezas caerán como cayeron las formidables trincheras del Campo de la Alianza bajo el irresistible empuje de nuestros valientes.

Todavía no podemos escribir a nuestras familias hasta que no caiga en nuestro poder el coloso. Comprende el sobresalto con que estarán nuestras familias i amigos.

Se me había olvidado consignar en mi diario que cuando encontré en el campo a mi querido compañero Varela, le tomé su espada, un rosario, un pañuelo i dos cartas que llevaba consigo cuando se lanzó a la pelea, cuyos objetos guardo cuidadosamente, menos la espada que la tiene Ariztía para entregarla a su familia.

El coronel don José Francisco Vergara se marchó a Chile al día siguiente de la batalla, según dicen, disgustado con el general en jefe.

Este mismo disgusto, se dice, existe con el coronel Amengual, el que nos tiene el estandarte de los colorados de Daza, i según se augura también parte pronto para Chile.

Todavía no tenemos pan que comer, pero se dice que hai en la población, eso si que para comprarlo no tenemos... no tenemos money que es el resorte principal para suplir nuestras necesidades, sobre todo las apremiantes del estómago.



Día 3.- Se dice que los alrededores de Arica están llenos de pólvora i que ya ha estallado una mina en el campamento del Carabineros, pero se han tomado dos prisioneros que corrían con las tales minas de pólvora. ¡Así les irá a estos infames una vez que nuestro ejército ataque la plaza!. Se dice que mañana será el golpe.

Se le reparte un poco de tabaco saña a la tropa, pero nosotros nos encontramos sin ningún cigarro.

Le da recaída al teniente Videla i se va a la ambulancia.

Según el último calculo hecho de los muertos i heridos por una i otra parte en la batalla del 26, ascienden a un poco más de 5.000, suma que no es exagerada, pues heridos solo de los cholos pasan los mil i por nuestra parte otro tanto. En una palabra, por cada chileno quedaron cinco cholos tendidos en el campo.

Hoy día se le hace operación al subteniente Varas; pero no se le pudo extraer la bala, parece que se le ha incrustado en el hueso del costado. Mañana van a continuar la operación.

Me toca entrar de guardia.



CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Día 4.- Hoy nos dan a cada oficial veinte pesos.

Los compañeros heridos siguen mejor, ménos el subteniente Varas, que corre peligro. Nuestros soldados del Coquimbo sufren mucho en las ambulancias, pues según se sabe no los curan bien. ¡Viva Chile! Llega noticia que se ha dado principio al ataque de Arica por mar i tierra. El entusiasmo es grande, por todas partes se oyen vivas i gritos de júbilo. Se toca diana en todos los cuerpos de nuestro campamento con la canción nacional. No hai mas detalles.



Día 5.- Después de diana sale el regimiento Lautaro de nuestro campamento con dirección a Arica para reforzar a las fuerzas que van atacar esa plaza.

Como a las 10 A.M. se sienten cañonazos por el lado de la costa, los que duran todo el día.

Estamos gozando de una vida campestre, pues estamos rodeados de chacras bien plantadas i cultivadas, así es que para nosotros escasean las noticias.

Los oficiales vamos seguido a la población a visitar a nuestros compañeros heridos i a pasear un poco. Por supuesto que esto es mui distinto a la campaña que hemos hecho en los desiertos, llena de penurias y sacrificios.



Día 6.- Desde el alba continúa el cañoneo en Arica. Se sabe que los ingenieros tomados prisioneros han declarado cuanto era deseable para evitar un polvorazo.

Los enfermos del Coquimbo siguen sin novedad, excepto Varas que se agrava por momentos.

Muere Ramón Cáceres de mi compañía.

Llega el cabo Morales que cayó prisionero antes de la batalla, con Araya, que conducían las tropas de agua i me trae un buen caballo mui airoso i gordo, le hago poner la marca de la hacienda. También me trajo de regalo una lindísima alfombra de cuero de vicuña.

Hoy día tenemos comida espléndida i llama la atención una fuente repleta de choclos.

Como curioso dato dejo constancia de la relación que me ha hecho Araya desde que cayó prisionero entre los peruanos.

Las avanzadas enemigas lo recibieron con mucho contento, después lo pasaron por todo el ejército i los soldados lo insultaban cobardemente i lo amenazaban desde lejos en actitud de calarle bayoneta.

Luego que hubo llegado a la carpa del general Campero le preguntó éste con qué número de fuerzas contaba el ejército chileno i si habían llegado los cañones Krupp que esperaban los chilenos. Araya contestó que nada sabía porque era arriero.

En seguida lo bajaron al pueblo, donde las muchachas i las mujeres le decían a los soldados que lo conducían, que se lo dejase a ellas para matarlo a piedras.

Antes de entrar a Tacna encontró a Albarracín que subía al campamento con 60 hombres montados. Apenas lo vió le dijo: *¿con que tú bribón eres el que me escribiste una carta? Sí ya te conozco tu letra.* I dirigiéndose a los que lo custodiaban agregó: *llévenlo a la cárcel i...* concluyó con los insultos más estúpidos i propios de un militarote que solo atina a las espuelas una vez que se ve al frente del enemigo.

El pobre Araya dice que entró a la ciudad sumamente asustado con lo que le dijo Albarracín, i con razón.

En la cárcel encontró a un soldado del Atacama que lo tomaron prisionero i aún cuando no se conocían se hicieron amigos en pocos instantes, pues eran chilenos i compañeros de infortunio en esos momentos. Esto sucedía el día antes de la batalla.

Al día siguiente divisan por una ventana gran movimiento en el campo enemigo i luego después las detonaciones del cañón. Fácil es comprender cuanto sufrían en esos momentos esos valientes defensores de la patria encerrados en una cárcel i como mansos corderos expuestos a la furia de un enemigo aleve i cobarde.

Al estampido del cañón se sucede el nutrido fuego de ametralladoras i fusileras, i ellos desesperados en su prisión hacen votos por la suerte feliz de nuestras armas. Pero esos pobres prisioneros debían apurar las veces la amargura i el sufrimiento. A las 11 ³/₄ llega noticia a la ciudad que los chilenos estaban completamente derrotados. En el acto se triplican las campanas i se entregan los habitantes a todo jénero de regocijo i entusiasmo.

Araya entonces desesperado de rabia i amargura estrecha a sus compañeros i les dice que es preciso morir peleando como buenos chilenos. Al efecto, desarman un gran mesón i se arman cada cual con una pata, resueltos a dar de garrotazos al primero que osase entrar a su prisión.

A poco rato la inmensa algazara i alegría en el pueblo se torna en un silencio sepulcral i a léjos se sienten jemidos i llantos de mujeres, i se percibía claramente: *¡los chilenos bajan al pueblo!*

Por las rendijas de la puerta observan a la guardia algunos momentos i se convencen que los han dejado sin custodia. Miran entonces por la ventana i conocen a nuestra caballería ¡cual sería la alegría de esos corazones verdaderamente chilenos!

No pudiendo echar abajo la puerta, dan voces pero en vano; nuestros bizarros jinetes perseguían al enemigo hasta sus mismas moradas, siembran el espanto i la muerte.

Hacen un último esfuerzo con la puerta, pero en balde, entonces ¡feliz idea! se resuelven abrir un forado i pensarlo i hacerlo fue obra de cortos momentos. Abrieron el techo i salieron esos tres pobres prisioneros a respirar el aire de los libres perfumado con el ambiente de la victoria.

Hoi tengo noticias que entre los prisioneros del enemigo está don Corcino Barza al que mui pronto veré.



Día 7.- Desde temprano se siente el cañoneo por el lado de Arica.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Como a las 7 A.M. llega la noticia que Arica está en nuestro poder. No hai detalles ¡Viva Chile!

El telegrama dice:

“Los jefes peruanos Moor, Cornejo i Bolognesi muertos. De nuestra parte pocas bajas.

El morro tomado por asalto al amanecer, aprovechando la camanchaca”.

Voi a ver a mi compañero al pueblo i sigue mui bien.

Me encuentro con el coronel Balsa, quien me encargó noticiase a su señora que el se encuentra sin novedad.



HOJAS SUELTAS DE MI DIARIO DE CAMPAÑA O REMINISCENCIAS
DE LA GUERRA DEL PACÍFICO 1879-1883. A MIS AMIGOS¹

Evaristo Sanz²

“El subteniente del regimiento 4º de Línea, don Evaristo Sanz, ha observado una conducta intachable durante el tiempo que ha servido en este cuerpo, como también siendo ayudante de la 2º Brigada de la 1ª División.

En los campos de batalla se ha conducido con valor y serenidad y comunicado las órdenes con entereza aún en los casos de mayor peligro.

Doy este certificado para los fines que convenga al expresado subteniente.

Santiago 15 de abril de 1881. – (Firmado). – J. D. Amunátegui”.

“El subteniente don Evaristo Sanz solicita de V. E. su separación del Ejército. Este oficial ha observado durante el tiempo que ha servido en el cuerpo una conducta digna de todo encomio, como asimismo ha desempeñado cumplidamente todas las comisiones que se le han confiado.

Considerando muy justos los motivos que expone el oficial ocurrente para retirarse del servicio, no hay inconveniente por parte de esta comandancia que V. E. si lo tiene a bien, se sirva acceder a lo que solicita el subteniente Sanz.

Lima, octubre 11 de 1881. – (Firmado). – Luis Solo Zaldivar”.

-
- 1 El documento que se transcribe se encuentra en: Evaristo Sanz (1883). *Hojas sueltas de mi diario de campaña o reminiscencias de la Guerra del Pacífico. 1879-1883*. Santiago. Imprenta de la Librería Americana. Ahumada, 37 A. Forma parte de las investigaciones y transcripción de los relatos de la Guerra del Pacífico de escasa difusión e inéditos. Trabajo encargado por el Departamento de Historia Militar del Ejército al profesor Sergio Villalobos y al licenciado Patricio Ibarra en el año 2006-2007.
 - 2 En 1879, a la edad de 39 años, Evaristo Sanz se enlistó como portaestandarte del batallón movilizad Bulnes, participando en la campaña de Tarapacá, lo cual le permitió ejercer durante algunos días del mes de diciembre de ese año el cargo de comandante general de Armas de Hospicio. Con su unidad, estuvo en las batallas de Tacna y Arica. En la primera de ellas en la reserva del Ejército y en la segunda encargándose de proteger la artillería.
A fines de julio de 1880 ingresó como subteniente, rango que mantendría hasta el final de la campaña, a las filas del regimiento 4º de Línea.
Con su nuevo cuerpo, tomo parte en la campaña de Lima. Durante las batallas de Chorrillos y Miraflores estuvo a las órdenes del coronel José Domingo Amunátegui como uno de sus ayudantes, cumpliendo un destacado papel como nexo entre este oficial superior y los demás jefes del Ejército.
El 18 de enero de 1881, formando parte de la 2ª Brigada de la 1ª División, tomó posesión del puerto del Callao, abandonado el día 17 por las tropas peruanas.
Se retiró del Ejército en octubre de 1881 mientras aún permanecía en Lima, en la capital del Perú, desempeñando varios empleos públicos relacionados con las tareas de ocupación.

Nuestra actual guerra con la alianza Perú-boliviana que tantos triunfos y tan altas glorias ha dado a nuestro querido Chile, campo fecundo de ascensos y laureles para nuestros bravos guerreros, ha sido para mi árido desierto en que sólo he encontrado cruel indiferencia y amargos desengaños. Al abandonar las playas queridas de la patria, mi corazón henchido de santo y legítimo orgullo, palpitaba de gozo al mirarme soldado de Chile y mi mente se mecía en un mundo de halagüeñas ilusiones. Veía sobre mis hombros la enseña del subteniente y delante de mí contemplaba los campos de batalla de una guerra gigantesca. Una espada en mi cinto, un brazo fuerte y una voluntad decidida de triunfar o morir, formaron el trípode sobre el que senté las bases de mi fortuna.

Chile me dije, sacudirá ya el polvo del pasado y al presentarse grande ante la escena del mundo, borraré de su historia su pago proverbial, premiaré a sus guerreros con ascensos e ilustraré sus nombres y el que hoy va de humilde subteniente, mañana, al regresar de la guerra, erguido levantará su frente para mostrar a sus hijos y a sus amigos los galones conquistados a costa de trabajos, abnegación y peligros.

Alentado con tan risueñas esperanzas abandoné sin pesar y sin temor el tranquilo hogar de la patria y al mirar perderse en lontananza esa tierra querida, cuna de mi feliz infancia, que sustenta a mi amante esposa y mis tiernos hijos, con mi postrimer adiós le envié también el juramento de no volver a ella sin haber esclarecido mi nombre con ascensos justamente conquistados.

No era esto una pretensión exagerada; sentíame con fuerza para ello, y era sólo aspirar a lo que muchos, muchísimos otros, han conseguido.

Hoy que la guerra ha terminado, hoy que, disipado el humo de los combates los hombres cuentan los guerreros y pesan sus acciones y méritos conquistados por los ascensos conseguidos, siento subir a mis mejillas el rubor de la vergüenza al tener que contestar a las preguntas de todos: no he conquistado nada, ni un sólo galón; salí de subteniente, de subteniente he quedado después de haber hecho toda la campaña. Al entusiasmo del primer día, a las esperanzas e ilusiones del principio, ha sucedido el desaliento del desengaño y al regresar al seno de mi familia nada les he podido llevar a mi esposa y a mis hijos que mi eterno amor y un nombre jamás manchado. Para el porvenir sólo puedo legarles una espada que, aunque desconocida, supo siempre mantener alta la honra de Chile y cumplió siempre con su deber, mientras otros que han hecho tanto o menos que yo, legarán nombres prestigiosos y ricas pensiones.

Por esto el público que mira, el público que absuelve y aplaude y condena por sólo las apariencias, al ver la nada que he conseguido, podrá tal vez juzgarme mal. Mas para justificarme ante ese público me bastaría copiar, sin agregados ni comentarios, los dos informes que ya dejo apuntados. En ellos se me tributan elogios y recomendaciones que tal vez ni merezco, ambos están suscritos por firmas autorizadas y por los mismos que durante toda la campaña han sido mis inmediatos jefes.

Para el público, repito, me bastarían esos certificados y con ellos mi justificación estaría hecha.

Ante el Ejército no necesito vindicarme. El Ejército me ha visto a su lado desde la pesada y laboriosa guarnición de Antofagasta hasta su entrada triunfal en la capital del Perú, la orgullosa ciudad de los virreyes. En todas partes he estado junto a él, en los campamentos, en las guarniciones, en las marchas y en los campos de batallas, me han mirado de cerca y para con ellos mi propia conducta es mi mejor justificativo; su fallo me honra y a su fallo apelo.

Para mis amigos bastaría mi palabra, bastaría el conocimiento que tienen de mi pasado, bastaría que yo les dijera que no me he apartado jamás del recto sendero del deber en que ellos me han conocido y por el cual me honraron con el dulce nombre de amigo.

No es pues, para ellos quienes escribo; ni el público, ni el Ejército ni menos mis amigos necesitan conocer mi vida de campaña para absolverme de las acusaciones que contra mi pueden formularse. Tampoco escribo por el placer de hacer mi apología. Enemigo por carácter del elogio personal, jamás habría abordado esta cuestión tan difícil para mi, si móviles superiores no me hubieran obligado a ello.

Más de una vez lo he dicho ya; tengo una esposa amante e hijos cariñosos que junto con mi patria ocupan todo mi corazón. Por mi patria, por mi esposa y por mis hijos abandoné el tranquilo y feliz hogar y me lancé al torbellino de la guerra en busca de algo que legar al porvenir, un algo que mis hijos pudieran presentar más tarde como comprobante de que su padre formó también en las filas del glorioso Ejército de Chile y que como todos cumplió con su deber.

Ávido corrí en pos de ese algo que no he encontrado y sin economizar sacrificios sin evadir peligros lo busqué en todas partes donde el Ejército estuvo.

A falta de eso, a falta de ese premio y de ese nombre que buscaba es que escribo estas líneas para dejarlas como única herencia a mis hijos; ¡y nada más pude hacer por ellos que servir a Chile como buen soldado!

Estas líneas escritas con la hiel del desengaño, empapadas en llanto del alma, trazadas con temblorosa mano, llevarán, con todo, el sello de la verdad y con ellas mis hijos quizás más de una vez podrán rectificar los juicios de la historia futura perturbada muchas veces por el extraviado criterio de la historia presente.



21 de abril, de 1879. — Recibí despachos de porta-estandarte del batallón movilizado “Bulnes”, partiendo de Santiago a incorporarme a ese cuerpo que estaba ya de marcha al norte en Valparaíso, el mismo día en tren de 10 ½ p. m.

Al grito de “Guerra” de Chile todos sus hijos temblaron de coraje y todos buscaron un puesto en que poder servir a la patria en peligro. El batallón “Bulnes” fue uno de los primeros en ofrecerse al sacrificio y su espontáneo ofrecimiento fue aceptado por Decreto Supremo de 15 de abril del 79.

En esta fecha encontrábame en Valparaíso buscando precisamente un puesto de honor para mí. Al saber que la Guardia Municipal de Santiago, movilizada bajo el nombre de batallón “Bulnes”, debía partir al norte, no trepidé en trasladarme a esa capital, tras la esperanza de colocarme en él.

Desgraciadamente todas las plazas de oficiales estaban ocupadas y defraudadas mis esperanzas, me conformé con acompañar al aplaudido batallón en su marcha a Valparaíso de viaje al norte, el 19 del mismo abril en tren expreso de 9 a. m.

En Llai-Llai tuve conocimiento que la plaza de subteniente porta-estandarte aún no había sido proveída. Sin pérdida de tiempo regresé a Santiago y al día siguiente me vi con el señor Intendente, para solicitar esa plaza que me fue concedida en la fecha ya citada, 23 de abril. A las 8 a. m. de este día nos embarcamos a bordo del transporte nacional Santa Lucía y concluido el embarque, hicimos rumbo al norte.

Ya en viaje, colmada mi ambición con un puesto honroso en el Ejército, me sentí feliz. Y si una lágrima surcó ardiente mi mejilla al pensar que me alejaba, tal vez para no tornar, del lado de mi esposa y mis tiernos hijos a quienes dejaba solos y sin fortuna, mi corazón palpitaba de contento, y tranquilo exclamaba: “si muero, serán hijos de la patria y tendrán orgullo del nombre que les deje”.

28 de abril. – Llegaba con mi batallón a Antofagasta.

¡Cuánta satisfacción no sentí en ser de los primeros que pisaba el territorio enemigo!

La guarnición de Antofagasta mirada por muchos como una estación de recreo, fue al contrario, la ruda escuela en que los labradores y mineros chilenos se trasformaron en veteranos soldados, en ocho meses de fatigoso aprendizaje.

26 de mayo y 28 de agosto. – En estos días me encontré en los bombardeos de esta plaza por el monitor peruano Huáscar.

16 de setiembre. – El batallón “Bulnes”, regimiento 4º de Línea, dos baterías de artillería, y 200 hombres de Cazadores a Caballo, todos al mando del coronel José Domingo Amunátegui, nos poníamos en marcha hacia el Salar del Carmen con el objeto de adiestrarnos en ejercicios de campaña, regresando a Antofagasta el 22 del mismo. Durante esta corta expedición serví de ayudante de campo al jefe de mi cuerpo.

1º de octubre. — Fui nombrado subteniente de la 1ª compañía de mi mismo cuerpo, batallón “Bulnes”.

26 de octubre. — A las 10 a. m. nos embarcamos a bordo del blindado Cochrane.

Nada más pintoresco que la rada de Antofagasta en esos días. Todo era animación, vida y movimiento. A la aridez de los ejercicios de instrucción había sucedido el delirio del entusiasmo. Las aguas de la bahía gemían bajo el peso de numerosas embarcaciones menores que iban y venían del muelle a los transportes, de los transportes al muelle, unas cargadas de tropas, otras de víveres, más allá unas con animales otras con forraje, etc. El ruido de los remos chocando en el agua se confundía con el bramido del vapor y los acordes del Himno Nacional formaban coro a los vivas a Chile que atronaban el aire.

28 de octubre. —A las 5 p. m. el convoy se ponía en movimiento con dirección al oeste.

Al embarcarnos en Antofagasta todos o casi todos ignorábamos el punto fijo adonde nos dirigíamos. Sabíamos sólo que íbamos en busca del enemigo y esto nos bastaba. Durante la marcha el convoy siguió un orden perfectamente regular y todos esperábamos con ansia el momento ambicionado. Cada cual tenía un juramento que cumplir, una esperanza que realizar y todos anhelábamos ver llegado el momento de hacer de nuestros sueños una realidad.

2 de noviembre. — Al amanecer avistamos el puerto de Pisagua y a las 6 se rompieron los fuegos contra la plaza.

Inútil me sería entrar a relatar las peripecias del titánico combate. No pretendo escribir una historia sino un ligero aporte de hechos verdaderos. A las 2 p. m. todo había terminado: Pisagua era nuestro, sus ruinas nos pertenecían.

Al día siguiente del asalto empezó con toda actividad el desembarque del Ejército, tocándonos nuestro turno al toque de diana para acamparnos en Alto del Hospicio.

11 de noviembre. — Tuvo lugar la bendición del estandarte del batallón “Bulnes”. Sirvió de padrino el general Erasmo Escala, entonces general en jefe, y de porta estandarte el que suscribe.

16 de noviembre. — El “Bulnes” se puso en marcha hacia el interior. Yo a la razón me encontraba enfermo y fui dejado en Hospicio a cargo del equipaje y demás enfermos del batallón.

1º de diciembre. — Fui nombrado comandante de Armas de Hospicio, en cuyo puesto permanecí hasta el 18 del mismo mes en que con equipo y enfermos marché a unirme con mi cuerpo en el campamento de San Francisco de la Encañada.

20 de diciembre. – 200 hombres del batallón “Bulnes” y 200 Cazadores a Caballo marchábamos hacia Tarapacá en busca de los cañones tomados por el enemigo y que según datos seguros, habían enterrado en esas inmediaciones. El 23 entramos al pueblo a las 10 a. m. Después de varias pasadas e inútiles pesquisas logramos encontrar un cañón el 24, y cinco más al día siguiente.

Creo del caso relatar aquí un hecho aislado, enteramente personal, que me sucedió durante mi permanencia en Tarapacá. Creo que el lector disculpará lo pueril de mi narración a truke de dejarle entera libertad de deducir las consecuencias.

El soldado Ladrón de Guevara de la 4ª compañía de mi batallón recibió denuncias de existir un entierro de dinero en la casa denominada “De los Gallos” a inmediaciones del pueblo. Sin duda inspiré confianza al dicho soldado cuando me confió su secreto y me instó para que fuéramos en busca del tesoro.

Un hambriento no rehúsa una invitación a un banquete ni un pobre rechaza el convite para asistir a un festín de pesos fuertes, así es que acepté la proposición de Guevara, y juntos nos dirigimos al sitio indicado el 25 a las 10 p. m.

Era la primera vez en mi vida que iba a tomar dinero sin ganarlo con mi trabajo. Mil temores me asaltaron antes de tomar la anterior resolución, pero la idea de que si sacar el tal entierro llegaba a ser un robo, con no aceptar, yo no haría otra cosa que cambiar de nombre al ladrón, me decidió por fin.

Con mil precauciones y no menos sobresaltos llegamos al lugar indicado donde encontramos señales evidentes de no haber sido engañados. Cerradas las puertas emprendimos nuestro trabajo, sirviéndonos de una pala y una barreta que al efecto llevamos.

Largo rato trabajamos sin fruto. Eran ya las 12 p. m., nuestras fuerzas estaban desfallecidas cuando un espantoso ladrar de perros nos obligó a suspender nuestras tareas, apagar la luz y cambiar las herramientas de trabajo por las de defensa y permanecer quietos por cerca de media hora. ¡Qué despacio trascurrió entonces el tiempo para mí!

Pasada esa media hora y restablecida la calma dimos otra vez principio a nuestro empeño y cuando de nuevo desesperaba, lamentando el chasco sufrido, cuando a más de un metro de profundidad chocó la punta de mi barreta contra un objeto de madera.

No fue mas fuerte este choque que el salto que dio mi corazón, asaltándome en ese instante mil encontradas ideas.

Descubierto el objeto que había tocado, se nos presentó a la vista un cajón como de medio metro cuadrado que al destaparlo nos permitió contemplar dos talegos grandes de lona gruesa, uno chico de lona que figuraba una muñeca y un paquete con cucharas, tenazas y muchos otros artículos de plata.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Sólo examinamos este paquete, contentándonos con ver que los otros tres contenían monedas de plata, pesos peruanos los grandes, y monedas de a cinco y diez centavos el chico en forma de muñeca. Cada paquete grande contendría de 2.000 a 2.500 pesos.

Después de una no corta deliberación sobre el partido que debíamos tomar resolvimos trasladar todo a otra parte hasta resolver definitivamente lo que nos convendría hacer.

Guevara era de opinión que, partiéndonos de todo por partes iguales, le permitiese desertar camino a Iquique. Yo por mi parte le propuse y fue aprobado que enterráramos separadamente los dos paquetes grandes y ocultáramos en el campamento los más chicos dando cuenta al jefe del cuerpo, señor José Echeverría, de haber encontrado sólo estos dos últimos y uno de los grandes. Pero que en caso de que el señor Echeverría procediera en el reparto de un modo equitativo, le entregáramos también el restante.

Como he dicho antes esta era la primera vez que iba a tomar plata sin ganarla con mi trabajo y mil dudas y escrúpulos me asaltaron. Con este plan pensé yo no destruir la ambición de Guevara y ver si el jefe del cuerpo, dando parte al General en Jefe, nos acordara una recompensa que gozaríamos sin temores ni remordimientos. Si en esto me engañé no fue culpa mía: ¡nunca pienso mal de nadie y a todos creo buenos!

Con mutuo juramento de no faltar a lo pactado, enterramos separadamente los dos talegos bajo unas rocas y como a distancia de unos veinte metros uno del otro, y a las 4 a. m. entrábamos a nuestro campamento.

26 de diciembre. – A las 6 a. m. nos poníamos en marcha 100 hombres, al mando del comandante Echeverría en busca de los dos cañones que nos faltaban y a las 11 regresábamos al campamento.

Durante esta excursión aproveché la oportunidad y, según convenio, di cuenta al comandante Echeverría del hallazgo hecho. Lleno de gozo, el comandante me preguntó si también había alhajas y con gran interés me preguntó si no sabían otros lo ocurrido. Satisfechas estas preguntas y asegurándolo yo que nadie lo sabía, me ordenó contar el contenido del paquete chico lo que, a nuestro regreso llevamos a efecto con Guevara. Encontramos \$304 y centavos de lo que inmediatamente di cuenta al jefe.

Pocas horas después fui mandado con tropa en comisión al pueblo. Para mi seguridad dejé al cuidado de mi carpa al soldado Guevara, que había tomado de asistente el día anterior.

A mi regreso, en la tarde, el comandante me dijo con tono algo afectado, que en el campamento se corrían voces de nuestro hallazgo. De nuevo desvanecí sus dudas agregándole que para mayor seguridad podría guardar todo en su poder. Mas él me dijo que dejara todo en el mismo estado hasta la víspera de la marcha.

Al día siguiente fui nuevamente mandado en comisión al pueblo. A las tres p. m. volvía a mi carpa y noté que alguien había andado en el talego y fácilmente calculé que el soldado había sacado algún dinero. Este hecho, aunque en sí de ninguna importancia, unido a las continuas comisiones, despertó la duda en mí y me hizo entrar en sospechas.

Sigilosamente me dirigí al lugar en que encontramos los dos talegos grandes en donde mis sospechas fueron confirmadas: había sido víctima de una traición, el dinero no estaba ya donde yo lo había guardado.

¿Quién lo había sacado? ¿En qué poder se encontraba el dinero?

Inmediatamente me fui a ver con Guevara, quien me contestó fríamente y con evasivas; ni sufrió ni se alarmó lo más mínimo por la noticia de la pérdida. Su actitud fue la de un hombre a quien se le cuenta lo que ya sabe.

Me dirigí entonces al comandante y encontré la misma tibieza. Echeverría tan entusiasmado, tan alegre con la primera noticia del hallazgo, no sentía su pérdida. Con mal simulado fingimiento, me decía castigara al soldado hasta que confesase la verdad, mientras en el tono de su voz y en la de su semblante me decía que no lo hiciera: obedecí esto último y así le dije a él que el soldado no tenía más culpa que el ser débil y obedecer a investigaciones de más arriba; que no era el soldado sino otro quien debía ser castigado.

Sin duda la cólera que me ahogaba salió a mis ojos al pronunciar estas palabras. Lo cierto es que el comandante Echeverría, mi jefe, cambió de color, tiñéndose de verde sus mejillas, un sudor abundante bañó su frente y sus miembros se agitaron con el temblor del miedo. ¡Él, el primer jefe del cuerpo con miedo delante de un subteniente! Es raro, pero fue verdad y pronto procuró alejarse de mí, pues nos encontrábamos solos dentro del coche que el señor Echeverría se encontró en Tarapacá, como yo me había encontrado el dinero.

Sin embargo, antes de separarnos le dije que se hiciera cargo de los demás objetos que yo tenía, pues no quería que me culparan a mí en caso de perderse como los otros. Me contestó que más tarde me llamaría y que procurara averiguar quien era el autor del robo que me habían hecho.

Así lo hice y sólo pude averiguar que el comandante Echeverría, mientras yo andaba en comisión tuvo largas entrevistas con el soldado Guevara en la tarde del 26 y que en esa misma noche había procedido a sacar los talegos. Estos hechos contados por muchos soldados fueron confirmados en todas sus partes por un negro Pérez, asistente del comandante.

Sin embargo el señor Echeverría corrió la voz en el campamento de que yo me había hecho el robado por quedarme con todo. Por fortuna la oficialidad de un cuerpo es como una familia en la cual todos se conocen. Ese conocimiento recíproco me salvó de tan baja sospecha y nadie creyó al comandante.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

El 28 el subteniente Gamallo, del mismo cuerpo “Bulnes”, fue mandado al campamento de San Francisco, con pliegos cerrados al General en Jefe según corrió también el comandante. Pero a todos llamó la atención de que el subteniente se pusiera en marcha a la media noche, a escondidas, y para conducir pliegos al General necesitase una mula cargada con cajones.

Entonces se corrió igualmente en el campamento que el subteniente Gamallo en lugar de pliegos cerrados conducía cajones que encerraban los objetos que el comandante se había encontrado en Tarapacá y aun se avanzaron a creer que iban los pliegos con el dinero de que ya hemos hablado tanto. Y como la partida sigilosa de Gamallo fue espiada por muchos, todas estas sospechas se cambiaron en afirmaciones de moneda corriente en el campamento.

El 29, aprovechando el momento en que el comandante se encontraba en la mayoría, en presencia de Domingo Sarratea, de los capitanes del “Bulnes”, Manuel Álvarez y José Domingo Lazo, y del distinguido corresponsal de *El Ferrocarril*, Eduardo Hempel, me acerqué de nuevo a él y le rogué me recibiera los objetos que guardaba en mi poder. Un presentimiento tenaz me gritaba a todas horas que esos objetos me serían robados y yo sería acusado del robo.

El señor Sarratea fue comisionado para recibirlos y después vi que de esto sólo se había dado cuenta al General en Jefe: de los dos talegos con pesos de plata no he vuelto jamás a tener noticias, ni aún abrigo sospecha.

1880

Enero 9. – Salió el “Bulnes” de Tarapacá con dirección al campamento de San Francisco adonde llegamos el 10 a las 9 p. m.

Enero 21. – Nos dirigimos a las salitreras de Matamonque.

Mientras el batallón “Bulnes” hacía estas marchas y contramarchas a través de áridos desiertos, abrasado por un sol tropical, el resto del Ejército permanecía más o menos tranquilo en sus campamentos respectivos. No era esto, sin embargo, dormir sobre laureles ni las tostadas arenas de Tarapacá son las más a propósito para servir de estación de descanso a un ejército vencedor. Por el contrario, a fuerza de energía y patriotismo en la crudeza del desierto, los soldados de Chile vivieron allí en agitado movimiento, instruyéndose y disciplinándose para emprender una nueva y tan pesada como gloriosa jornada.

Febrero 23. – A las 3 a. m. abandonábamos a Matamonque con dirección a Pisagua donde nos embarcamos a bordo del transporte de guerra Angamos, en el cual fuimos llevados a Pacocha.

Marzo 12. – Una división al mando del coronel Mauricio Muñoz, salía de Pacocha a tomar posesión de Moquegua: el batallón “Bulnes” formaba parte de esta división.

Para apreciar la fuerza de resistencia y lo que el soldado chileno ha tenido que sufrir en la actual campaña, es indispensable haber formado parte de ella; al lado de los hechos toda relación será siempre pálida y descolorida. Entre muchos hechos que en cada marcha tenían lugar son dignos de mención los que nos acontecieron en nuestra jornada de Pacocha a Moquegua.

El 14 a las 12 m. Ilegábamos a la estación llamada Hospicio, situada casi a la mitad del camino. El agua se había ya agotado y cuatro individuos de tropa y un oficial de la división habían perecido víctimas desesperadas del calor y la sed.

Fue tal la desesperación de la tropa, tan grande sería su sufrimiento, que casi la mitad de la división tomando sus armas de los pabellones en uno de los descansos del día 15, huyó sublevada al valle de Moquegua en busca de agua. La energía del coronel Muñoz salvó la situación. Ordenó a la artillería hacer fuego sobre los sublevados, lo que ésta ejecutó haciendo caer sus granadas frente a la tropa que huía, de manera que pudieran comprender que avanzando más serían destrozados, también mandó al "Bulnes" a cortarles el avance. Poco después el orden se restablecía y continuábamos nuestra penosa marcha hacia Moquegua, adonde llegamos el 20 a las 3 p. m. quedando nosotros alojados en el convento de San Francisco.

22 de marzo. — A las 2 a. m. emprendimos la marcha sobre el cerro de los Ángeles, en el que se encontraban atrincherados los enemigos. A las 7 a. m. se rompieron los fuegos bajo las órdenes del general Manuel Baquedano, poniendo luego en completa derrota al enemigo que perseguíamos hasta Torata, regresando a Moquegua el 24 a las 8 a. m. y a nuestro cuartel el 25 a la 1 a. m.

Durante toda esta expedición servía de ayudante al sargento mayor del Bulnes, señor José M. Lira.

28 de abril. — Salía la división de Moquegua con dirección a Tacna y pasando sucesivamente por Hospicio (1º de Mayo), Valle de Locumba (Sitana), llegábamos al valle de las Yaras a reunirnos con el grueso del Ejército el 6 de mayo.

Toda esa larga y pesada marcha la hice como porta-estandarte, es decir llevando el estandarte del batallón sobre mis hombros.

25 de mayo. — A las 10 a. m. emprendió todo el Ejército su marcha sobre el Campo de la Alianza formando nosotros parte de la reserva. A las 9 de la noche acampábamos a dos leguas del enemigo.

26 de mayo. — Al toque de diana nuestro Ejército empezó a avanzar, formando su línea de batalla, rompiendo sus fuegos la infantería a las 10 a. m.

A las 2 p. m. la victoria era nuestra y acampábamos a las puertas de Tacna, que se había rendido sin condición.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

El 27 lo ocupamos en la triste tarea de dar sepultura a los muertos y en conducir los heridos desde las ambulancias a los hospitales del pueblo.

Mayo 28. – Al amanecer emprendimos la persecución del enemigo con dirección a Pachía, pequeño pueblecito situado al interior de Tacna y donde falsamente se decía que se habían reconcentrado algunas fuerzas enemigas.

El 30 regresamos de esta expedición y nos acampamos en el caserío de Pocollay a las 5 p. m.

Junio 2. – Formando parte de la división Lagos, que marchaba sobre Arica, tomábamos el tren de Tacna y acampábamos a orillas del río Azufre a las 7 p. m.

Junio 5. – A las 4 a. m. levantaba la división su campamento para tomar mejores posesiones en las alturas al norte de Arica. El batallón “Bulnes” protegía a la artillería, y por lo tanto tenía que recibir los fuegos del cañoneo del 5 y del 6. El 7 a las 8 a. m. cuando al irresistible empuje de nuestros soldados había caído rendida la más poderosa fortaleza del Pacífico, el “Bulnes” y artillería bajamos a ocupar el fuerte de la aduana de Arica.

Penosos deberes me tocó realizar después de tan espléndida victoria. Solicité y obtuve de mi jefe subir con tropa al morro de Arica de donde traje heridos a los subtenientes del 4º de Línea. Francisco Ahumada y Carlos Lamas. Después al mando de 25 hombres, rendí los honores de ordenanza al bravo oficial del mismo cuerpo, señor Miguel Aguirre P.

22 de junio. – Regresamos en ferrocarril, a nuestro cuartel de Tacna.

1º de agosto. – Recibí despachos de subteniente de la 1ª compañía del 1º batallón del regimiento 4º de Línea, al que me incorporé en Calana el 16 del mismo, siendo dado a reconocer el 18, día en que empecé a prestar servicios en la nueva compañía.

16 de noviembre. – Dejaba con mi nuevo regimiento el campamento de Calana, para en la tarde llegar a Arica e inmediatamente embarcarnos en la fragata a vela Humberto.

17 de noviembre. – Hacíamos rumbo al norte desembarcando en Pisco, “Caleta de Curayaco” el 20 por la tarde.

22 en una pequeña división al mando del coronel José Domingo Amunátegui y de la que formaba parte el 4º de Línea emprendíamos la marcha al través del desierto, con dirección a Ica, donde entramos a las 2 p. m. del 24.

Harto penosa fue la marcha a través del árido desierto que separa a Pisco de Ica. Al calor del día y al frío de la noche, se une aquí martirio de espesas nubes de arena, a veces montecillos enteros, que cambian de lugar, arrastrados por la furia del “Paracas”, viento reinante de esas localidades.

Mas los sufrimientos de la marcha son perfectamente recompensados con la fertilidad de los campos de Ica, ciudad abundante en recursos, que ofrece al fatigado viajero variados y sabrosos frutos y provisiones de todo género con que rezarcir sus agotadas fuerzas. La división del coronel Amunátegui gozó pues allí de un verdadero paréntesis a sus ya tan largas penalidades.

Sólo a mí, a mí que nada he conseguido no me fue dado gozar de esos cortos instantes de reposo. Nominado ayudante de campo del jefe de la división el mismo día que partíamos de Pisco tuve que servir las pesadas comisiones que me fueron encomendadas.

26 de noviembre. — Un piquete compuesto de un oficial, alférez señor Yávar, un sargento, Rebolledo, y 30 soldados de granadero fue puesto a mis órdenes para expedicionar sobre la hacienda del Guamani de propiedad de un señor Quintana. Se sabía que este era el punto de reunión del ganado de varias otras haciendas, estando custodiado por el prefecto de Ica a la cabeza de 100 hombres de todas armas.

El 27 emprendía la marcha con la fuerza de mi mando y pasando sucesivamente por las haciendas del Carmen, La Rocha, Olivos, San Isidro, Yancay y Trapiche, en donde encontré dos italianos, Temporini Inocente, y Ludorico Mandeli, los que me dieron algunas noticias de la superioridad numérica del enemigo y ventajosas posesiones que ocupaban. Idénticas noticias recibí de otros individuos que interrogué y apresé en esta noche, mientras acampábamos, las que fueron confirmadas al día siguiente por el administrador de Guamani, un tal Quintana.

A las 7 a. m. del 28, el cabo de descubierta dio aviso de estar el enemigo a la vista. De acuerdo con el alférez Yávar y sargento Rebolledo y conforme a las instrucciones verbales que de mi jefe había recibido, mandé tocar retirada, la que efectuamos con todo orden y después de haber llegado tan cerca del enemigo que entendíamos los insultos que nos dirigían. Habiendo avanzado ya hasta la estrecha garganta de Tiracce, regresamos a Guamani y arreando los animales que encontrábamos a nuestro paso volvimos a Ica el 29 a las 5 p. m. con 32 animales vacunos.

Durante esta excursión sólo perdí un soldado que se desertó sólo con su sable y que no pudo ser habido. El señor Amunátegui aprobó en todo mi proceder y quedó contento del lleno de mi cometido según lo manifestó a los señores Alberto Stiven, comandante Muñoz B., Luis Solo Zaldivar y al general señor Villagrán que llegó a Ica al día siguiente.

El 6 de diciembre, a las 7 a. m., fuimos a la estación del ferrocarril a despedir al general Villagrán que, con el coronel don Patricio Lynch y su Estado Mayor, regresaban a Pisco. Instantes después de partir

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

el tren el señor Amunátegui recibe aviso que una montonera, compuesta de un capitán y catorce o veinte hombres de caballería había cortado el telégrafo, incendiado un carro y tomado prisioneros a ocho trabajadores del ferrocarril.

Inmediatamente se me ordenó partir al lugar del suceso, al mando de veinte soldados de caballería, para ponerme a las órdenes del señor General, en caso que el tren hubiera sido detenido, o perseguir a los montoneros, si nada de eso había, debiendo de todas maneras regresar en el día.

Poco después a las 9 ½ llegaba a la hacienda de Guadalupe en la que supe era verdad lo que en Ica se nos decía referido; aquí se me unió el capitán Munizaga y el telegrafista, señor Pedraza. Después de un corto retardo, el convoy había seguido sin novedad.

Seguí, pues, las huellas de la montonera a través del desierto, llegando hasta un pueblecito llamado Olivo, de donde regresé a Ica, trayéndome 22 caballos, según eran mis instrucciones, a las 6 p. m.

Como en el desempeño de mi comisión anterior, el señor Amunátegui aprobó mi comportamiento y elogió mi conducta.

El 8 de diciembre fui mandado otra vez en comisión acompañado de diez soldados de granaderos a hacer un registro de la hacienda de Tinguña, fue también conmigo el señor Alberto Stuyen. A la una p. m. del mismo día nos encontrábamos de vuelta, trayendo diez caballos, doce mulas y cuatro monturas completas; el señor Amunátegui aprobó de nuevo mi conducta.

En Calana había elevado una solicitud al señor Ministro de la Guerra para que se me abonara en el 4º de Línea los 15 meses que había servido en el batallón "Bulnes". A pesar de lo justo de mi solicitud, ella había sido encarpetaada.

Alentado con la plena aprobación que el señor coronel Amunátegui había prestado al desempeño de las comisiones que por él me habían sido confiadas, no trepidé en acercarme a él y pedirle que, bien o mal, me hiciera en el servicio de informar esa solicitud. Le hice presente que no pedía una novedad, pues idéntica cosa había sido concedida al hijo del coronel Niño, cuando del batallón Valparaíso pasó al Buin. Por otra parte yo tenía ya 20 meses de activo servicio sin que jamás hubiera tenido un sólo arresto por ninguno de mis jefes.

El señor Amunátegui recibió con agrado mi nueva solicitud y ordenó al capitán Benjamín Lastarria ponerla sobre su escritorio, donde como la anterior de Calana, dormirá el sueño de los justos.

12 de diciembre. — Abandonamos a Ica y a las 3 de la tarde nos dirigíamos en tren a Pisco.

13 de diciembre. — Toda la 1º División al mando del general Villagrán nos dirigíamos a Tambo de Mora.

Yo seguía siempre de ayudante del coronel Amunátegui, jefe de la 2ª Brigada de esta división.

El 16 aproveché, pues, el acompañarlo a Chincha Baja, para recordarle de mi solicitud. El señor coronel en tono cariñoso me dijo que: tanto el general Villagrán como él estaban contentos de mí; que mi solicitud se había extraviado pero que eso nada significaba, pues, si era por mi ascenso, aunque no había vacante, se me daría de guardias nacionales para pasarme luego otra vez al regimiento 4º de Línea. Agradeciendo tan buena voluntad, le manifesté que más que el ascenso deseaba me fuera abonado el tiempo que serví en el batallón Bulnes.

20 de diciembre. — La 2ª Brigada de la 1ª División salía de Tambo de Mora a las 4 p. m. con dirección a Pisco, a donde llegamos al amanecer del día siguiente.

24 de diciembre. — Nos embarcamos a bordo del crucero Angamos y el 25 a las 4 ½ p. m. hacíamos rumbo al norte para desembarcar en la caleta de Curayaco (Santa María) el 26 a las 11 a. m. Yo me desembarcaba a las 7 p. m.

27 de diciembre. — A las 5 p. m. nos poníamos en marcha hacia el interior, llegando a San José de Lurín el 28 a las 2 p. m. La 2ª Brigada de la 1ª División fue la más avanzada del Ejército.

1881

12 de enero. — A las 5 p. m. todo el Ejército se movía con dirección a Chorrillos en busca del enemigo.

13 de enero. — A las 4 ½ a. m. el enemigo rompe el fuego sobre nuestras tropas, fuego que los nuestros contestaron poco rato más tarde.

Si fuera aquí mi propósito escribir la historia de la campaña, pocas páginas tendría más bellas que estas. A la verdad sublime sería referir el valor a toda prueba, la pujanza sin límites desplegados por nuestros heroicos soldados, asaltando a la bayoneta posesiones al parecer inexpugnables y defendidas por un enemigo muy superior en número. Era soberbio mirar al soldado chileno avanzar sereno en medio de esa granizada de plomo y ahogar, con poderoso grito de “Viva Chile”, el estruendo de cien cañones y el redoble de millares de rifles.

Mas, falto de fuerzas para tanto, me veo en la necesidad de reducirme sólo a apuntar, como ya lo he dicho, algunas hojas de mi diario de campaña.

En tal memorable fecha, servía yo de ayudante al coronel Amunátegui de cuyo lado no me separaba más tiempo que el que, a escape tendido de mi caballo, tardaba en llevar y traer las órdenes que se impartían.

Poco después de empeñado el combate, y encontrándome junto al coronel Amunátegui, capitán Beitia y corneta de órdenes, una bala me cortó una arcionista de mi silla de montar y otra pegaba sobre el pasador de los tiros de mi espada.

Aunque nada a mi me había sucedido, un instante mis nervios se crisparon y tuve miedo. Mas la idea de que era soldado de Chile, el recuerdo de mi esposa y de mis hijos y sobre todo mi amor propio y mi propia dignidad, me hicieron reaccionar y resignado me eché en brazos del destino.

El combate arreciaba por momentos y las órdenes se sucedían con rapidez. Mi caballo estaba fatigado de tanto ir y venir del coronel Amunátegui al coronel Lynch, de aquí a Amunátegui, de éste a los jefes de cuerpo, etc. Fui, pues en busca de mi asistente que me tenía un caballo de repuesto, mas al llegar a él para efectuar el cambio, una bala de cañón lo dejaba sin vida juntamente con el inocente bruto.

Mientras tanto, la situación a cada instante se hacía más crítica. Los nuestros fatigados con tan largas horas de pelea, extenuados por el hambre y la sed, abrumados por el número, vacilaban y cedían terreno en el asalto del empinado Morro Solar. Su incomparable bravura encontraba tenaz resistencia en un enemigo oculto tras trincheras inexpugnables. Sin embargo, era necesario acabar y acabar pronto. El comandante Solo Zaldívar se encontraba en las posiciones más avanzadas y esperaba órdenes para continuar su denodado ataque. Era preciso pues, llevar hasta él esas órdenes que necesitaba y yo fui el designado para hacerlo.

No se me ocultaba lo difícil de mi comisión que acepté sin vacilar; tal era mi deber. Para llegar hasta el comandante Zaldívar era preciso romper una muralla flotante de plomo, que sin cesar, con rifles, ametralladoras y cañones, ponía delante de sí el porfiado enemigo. Lo más seguro era que no llegara al fin de mi destino, y que la muerte pusiera fin a mi comisión. Así lo entendió también el coronel Amunátegui que al verme partir le dijo al doctor Llausas, por ignorar el destino de sus demás ayudantes, que se preparara a ir a comunicar la misma orden porque yo no llegaría.

Sin embargo, algún rato regresaba yo sano y salvo en mi fatigado caballo, después de haber comunicado las órdenes que se me confiaron, cuya verdad confirma el nutrido fuego que rompían los nuestros.

A mi vuelta fue cuando el doctor Llausas me refirió esos temores en presencia de los comandantes señores Canto del 2º de Línea y Vidaurre de Artillería de Marina, que en esos momentos encontraba al lado del coronel Amunátegui.

A las tres de la tarde de este memorable día, hora en que ya todo parecía terminado, el coronel Amunátegui, acompañado del doctor Llausas y de mí, se fue a recorrer el campo de batalla a fin de prestar algún alivio a nuestros heridos, acampando a inmediaciones del pueblo de Chorrillos a las 5 p. m.

Si el combate con las fuerzas enemigas había terminado, en Chorrillos seguía tan nutrido o más que antes el fuego de fusilería sin saberse a quien se disparaba: era parte de nuestra tropa que, embriagada del triunfo y de los exquisitos licores que ese mismo triunfo les proporcionaba en Chorrillos, hacíanse fuego entre sí mismos, o disparaban, por el gusto de hacerlo, sobre el primero que pasaba al alcance de su vista. Esto hacía sumamente peligrosa la entrada al pueblo y más de uno perdió la vida en él después de haber salvado del horrendo combate. De estos nunca será llorado lo suficiente el distinguido comandante B. Dublé A.

Tocóme también hacer más de una vez esa peligrosa entrada. El coronel Amunátegui no tenía a esas horas a su lado otro ayudante que yo, por consiguiente yo sólo tenía que comunicar todas sus órdenes. Dados estos antecedentes, a nadie extrañará lo que paso a referir.

Poco después de las 5 p. m. fui en comisión al pueblo de Chorrillos a sacar de casa de don Agustín Bosse dos prisioneros peruanos de importancia que en ella se habían refugiado; Juan Manuel Raygada, secretario del Ministro de Guerra peruano, y el capitán Salvador Izquezada, escribiente del mismo. Al comunicarles la orden de seguirme, los encontré vestidos de paisano y antes de obedecer me manifestaron sus legítimos temores, que me cuidé de desvanecer más con sofismas que con razones, pues eran por demás fundadas: el fuego de riflería se hacía cada vez más intenso.

Trasladados a presencia del coronel Amunátegui me ordenó llevarlos a la del coronel Lynch, quien a su turno los mandó siempre conmigo al señor comandante José Vicente Dávila, para que personalmente los entregara al coronel Lagos. No pocos sustos pasaron los desdichados prisioneros en esta larga peregrinación y no menos los que pasé yo. Muchas balas silbaron a nuestros oídos.

Aquí quedaron tranquilos los prisioneros; pero no así yo que esa noche estaba condenado a ser una edición del Judío Errante. No bien di cuenta al señor Amunátegui de mi cometido, cuando recibí nueva orden de volver al pueblo de Chorrillos en busca del Jefe de Estado Mayor de la 1ª División, coronel Gregorio Urrutia, para pedirle un guía que nos mostrara la subida al morro de Chorrillos adonde debía ir esa noche de avanzada toda la brigada Amunátegui.

Trabajo me dio el encontrar al señor Urrutia, hasta dar con él en la casa que ocupaba el general Baquedano. Y es de advertir que, a medida que la noche avanzaba, crecía el desorden y con él el fuego de fusilería que se hacía en el pueblo iluminado por el siniestro resplandor de los incendios. Mas la fortuna andaba conmigo y a las 8 p. m. la brigada llegaba a su avanzada, por las indicaciones del camino que yo había recibido.

4 de enero. — A las 10 a. m. bajábamos a acampar a retaguardia de la 1ª Brigada de la 1ª División, en dirección a Barranco por la línea del ferrocarril.

15 de enero. — Aún no concluíamos de almorzar cuando recibimos precipitada orden de avanzar hacia Barranco poniéndonos en marcha a las 12 m.

Más o menos a la 1 p. m. llegó hasta nosotros el redoble de un nutrido fuego de fusilería: era el enemigo que, con inaudita felonía, disparaba sobre nuestros descuidados batallones. Esto obligó a dar orden de acelerar nuestra marcha para que, atravesando el pueblo de Barranco, formáramos la derecha de nuestra línea de batalla. Al ejecutar este movimiento vimos que la artillería y el regimiento Valparaíso se retiraban apresuradamente, hostigados de cerca por el enemigo.

Mas esto, lejos de desanimar a nuestros bravos rotos, les dio nuevo coraje para avanzar al trote hacia el lugar de su destino, salvando chacras y arboledas y bajo los fuegos de un enemigo que, aunque oculto y muy distante, nos causaba algunas bajas que no podíamos aún vengar. Mas un acontecimiento inesperado nos obligó a detenernos antes de llegar al sitio para nosotros designado. El coronel Urrutia que avanzaba junto con nosotros, antejo en mano, pudo ver que el felón enemigo, ocultándose tras unos tapiales estaba también a corta distancia nuestra y podía cortarnos, mientras un ataque de caballería nos amenazaba por el frente.

Sin pérdida de tiempo ordenó al coronel Amunátegui formar allí mismo su línea de batalla para resistir el ataque que se nos preparaba. Mientras tanto mandó a su propio hijo, que le servía de ayudante a pedir al General en Jefe un cuerpo de caballería.

Serían las 3 de la tarde cuando un escuadrón de Carabineros de Yungay llegaba al pedido del coronel Urrutia. Inmediatamente una mitad de esta fuerza corrió al frente de la caballería enemiga que huyó cobardemente, sin coraje para esperar el empuje de los nuestros. En tanto la infantería, formando una nueva línea de pelea, avanza al trote y al grito de "Viva Chile" se lanza a la refriega.

Tremendo fue el choque, reñido y encarnizado el combate. El enemigo se mantenía porfiado en sus posiciones, abrigando sus pechos tras espesos tapiales.

A eso de las 4 p. m. y encontrándome yo al lado de mi jefe, el coronel Amunátegui, perdí mi segundo caballo muerto por una bala enemiga, y quedaba a pie en medio del combate. Esta circunstancia me sirvió sin embargo, para vendar la grave herida que en esos momentos recibía en un hombro mi valiente amigo Samuel Meza, teniente del 4º de Línea, hoy capitán, a quien acompañé hasta una zanja inmediata que yo mismo le indiqué como refugio más seguro. Ni este instante pudimos estar tranquilos, pues mientras vendaba la herida vino [a] asustarnos una bala que pasó silbando entre mi amigo y yo.

De a pie seguí al jefe de la brigada, en mi calidad de ayudante, acompañándolo en todas la peripecias del combate hasta eso de las 5 p. m. Encontrando a esta hora al jefe de Estado Mayor, general señor Maturana, el señor Amunátegui le contó lo que había sucedido, con lo que el general me ordenó quitar el primer caballo que encontrara aunque fuera de él mismo, para que siguiera desempeñando mis obligaciones. Poco rato pasó sin cumplirse esta orden, quitando un caballo que llevaba de tiro uno de nuestros

granaderos. Ya jinete seguí con mi jefe hasta la hacienda de la Palma, en la línea de fuertes de Miraflores, en la que acampamos a las 6 p. m.

¡Qué cansado estaba yo! Falto de alimento, de agua y sueño, fatigado con tanto ir y venir en el campo de batalla, en el que como ya he dicho fui durante una hora ayudante a pie, de un jefe a caballo. El cuerpo me pedía el reposo que por tantos días le faltaba. No extrañaré, pues, el lector, la pequeña jugarreta de soldado que paso a referir.

Serían las ocho de la noche del mismo día 15 cuando el coronel Amunátegui me mandó en busca de su asistente, pues no tenía abrigo alguno para esa noche. Salió el pobre ayudante en busca de ajenas comodidades. Eran las 2 a. m. del 16 y yo corría todavía desatinado tras el buen ordenanza de mi coronel, llegando hasta el campamento que antes tuvimos cerca de Chorrillos en donde encontré profundamente dormido al ayudante de Estado Mayor, teniente Eduardo Guerrero. Olvidándome de todo y repitiendo entre dientes aquel dicho de zarzuela “*que vida tan perra la del militar*” que yo completaba añadiéndole: “sobre todo si es subalterno y ayudante de un jefe de brigada”, me tendía al lado de Guerrero y siguiendo su ejemplo me dormí hasta las 5 de la mañana. Cuando llegué a dar cuenta del mal resultado de mi comisión, había aparecido ya el bendito asistente.

18 de enero. – Toda la 1ª División al mando del coronel don Patricio Lynch, emprendimos nuestra marcha al Callao, donde llegamos a las 4 p. m. La 2ª Brigada se alojó en los edificios de la Aduana y yo seguí en mi puesto de ayudante.

28 de marzo. – A las 12 m. me embarcaba a bordo del transporte nacional Chile para acompañar al coronel Amunátegui que se iba al sur en el mismo transporte. Zarpamos del Callao a las 4 p. m. de este día y el 7 de abril avistamos la caleta “Quinteros” punto de reunión del convoy de las tropas que volvían a Chile con el general Baquedano.

10 de abril. – A las 5 p. m. todo este convoy hacía rumbo a Valparaíso en cuya rada fondeamos a las 9 a. m.

11 de abril. – Desembarcábamos en la explanada a las 11 a. m. juntamente con el General en Jefe. Después de visitar al comandante General de la plaza hicimos paseo triunfal por la población, recorriéndola desde los almacenes fiscales hasta el estero de la Delicias, por la calle de la Victoria y de vuelta por la de la Independencia, hasta la plaza de la Victoria. Aquí concluyó la ceremonia y el entusiasmo de los patriotas que recibían a los patriotas que llegábamos, saliendo cada uno de nosotros a la buena ventura, por esas calles de Dios en busca de alojamiento.

Al día siguiente tomaba el tren a Santiago donde me esperaba el mayor premio que pueden tener los sacrificios de un hombre, el único también que he tenido por toda la campaña: un tierno y cariñoso abrazo

de mi esposa y de mis hijos ¿Qué más deseaba? Para un esposo y para un padre un abrazo de seres tan queridos es el colmo de la felicidad.

Pero sería injusto con mi patria si dijera que por los cortos servicios que he prestado en la guerra actual, no me ha dado más premio que el abrazo de mi familia, y digo me ha dado, porque al fin mi familia vive en mi patria y en ella se alimenta con lo poco que nuestro diario trabajo nos da. Si tal ha dicho he faltado a la verdad: la patria me ha dado también siete cintas que puedo cargar sobre mi pecho y que algún día cambiaré por dos medallas.

14 de abril. – A las 12 m. nos encontrábamos en la estación de los ferrocarriles, esperando la llegada del general Baquedano, para hacer la entrada triunfal en Santiago, ceremonia que terminó a las 8 p. m. con el Te Deum de la Catedral.

Durante todo el tiempo que permanecí en Santiago, continué siempre en mi calidad de ayudante del coronel Amunátegui a cuya casa habitación iba diariamente a recibir órdenes que me apresuraba a cumplir con militar exactitud. Mi mismo regreso al norte lo efectué en cumplimiento de una orden del coronel Amunátegui.

Al tiempo de este regreso fue cuando pedí a este distinguido e ilustrado jefe que, deseando comprobar a mi segundo jefe, señor Luis Solo Zaldívar, la conducta que había observado durante el largo tiempo que había estado separado de mi regimiento, 4º de Línea, sirviendo de ayudante a sus órdenes me diera un certificado de ella. El señor Amunátegui con su exquisita amabilidad, me dijo no tenía inconveniente y dictó a su propio hijo, José Domingo 2º que para ello le sirvió de escribiente, el certificado que ya textualmente dejo copiado y que enaltece, como no merezco, los escasos servicios que presté.

30 de abril. – Me embarcaba a bordo del transporte Chile para regresar al norte a incorporarme a mi cuerpo, llevando a mis órdenes siete individuos de tropa que volvían con el mismo objeto. Aunque esta orden de regresar al norte la había recibido con fecha 15 del mismo mes, por demora del transporte sólo pude hacerlo el día ya citado, habiendo partido de Santiago el 25.

A bordo del Chile me encontré con el coronel Amunátegui que de orden del Supremo Gobierno, regresaba también al norte. A las 5 p. m. de este día el vapor se ponía en movimiento y yo fui nuevamente nombrado ayudante del coronel.

5 de mayo. – Llegábamos a Iquique en donde el vapor demoró todo el día, teniendo los pasajeros sobrado tiempo de saltar a tierra.

Abusando, como es mi costumbre, de la paciencia del lector que la haya tenido para llegar hasta aquí, de mi ya larga y cansada historia, le contaré un pequeño incidente que sin embargo, le servirá de mucho a aquel que verdaderamente quiera y tenga interés de conocer mi conducta durante la presente guerra.

Al regresar en la tarde a bordo acompañábame mi hermano Santiago que reside en ese puerto y deseaba estar conmigo hasta última hora; sobre cubierta, encontrándonos al llegar el coronel Amunátegui que conversaba con el señor Isidoro Errázuriz, el comandante Zegers y al capitán del vapor cuyo nombre no recuerdo. En estos casos es permitido citar nombres propios, pues ellos serán una garantía de la verdad que cuento. Mi hermano que tenía con ellos relación de amistad, llegó al grupo y después de los saludos, preguntas, respuestas y demás ceremonias de estilo, trabó con el señor coronel el siguiente diálogo:

— ¿Es posible, señor coronel, díjole mi hermano, que ande trayendo todavía como ayudante y de alférez a un hombre viejo como mi hermano Evaristo que, como tal, ha hecho toda la campaña y que lo ha acompañado fielmente, según tengo noticias y sin ascenderlo? ¿Qué es lo que hay, señor coronel? ¿Se ha portado cobarde, o de mala conducta o es inepto para el servicio?

— ¡Hombre! ¿Qué es su hermano? Contestó Amunátegui.

— Sí, señor.

— Pues hombre, siento no haberlo sabido antes pues ya habría ascendido, porque su conducta ha sido intachable, y se ha portado en todas ocasiones con un valor a toda prueba y como pocos. En prueba de ellos hace muy pocos días, no creyendo volver al norte, le di un certificado para que se presentara a su nuevo jefe, comandante Zaldívar, que no se lo he dado a nadie.

Hasta aquí llegó el diálogo: breve, pero suficiente para despertarme del sueño en que hasta entonces había vivido: yo creía que para ascender bastaba sólo el valor en los campos de batalla, la buena conducta en las guarniciones y campamentos y la instrucción militar, pero ese diálogo me enseñó que aún se necesitaba algo más y todavía más indispensable que lo anterior: tener un hermano que sea amigo del jefe, y esto es lo esencial. Y tienen razón, explicándome así fácilmente cómo era que muchos menos antiguos que yo, que apenas habían asomado sus narices en la campaña, eran ya viejos capitanes. ¡Tendrían algún hermano!

Extraño me pareció, por consiguiente, que el señor Isidoro Errázuriz, de tan reconocida inteligencia, no estuviera de acuerdo con el coronel Amunátegui, a quien, en presencia de las personas ya citadas dijo lo siguiente:

— ¿Entonces habrías premiado al hermano del amigo y no al hombre y al servidor por sus méritos?

Algo vacilante contestó el coronel, que la principal culpa había sido por el tiempo que serví en el batallón "Bulnes"; pero que llegando al Callao me haría ascender porque era el primero de los subtenientes del regimiento.

¡Otro error en que yo estaba y del que salí ese día! Pensaba que para servir a la patria tanto daba un cuerpo como el otro, siendo que en realidad no es así, como lo aprendí entonces, aunque ya tarde. Con el nuevo error encontré otra explicación para muchos ascensos en los cuerpos privilegiados.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

8 de mayo. – Por la mañana anclamos en la rada del Callao. A las 12 saltamos a tierra donde nos esperaba toda la oficialidad con la banda de música del regimiento 4º de Línea, que nos acompañó hasta las casas de la Gobernación en que nos alojamos. Aquí recibí nueva orden de seguir como ayudante de la Comandancia de Armas.

1º de junio. – Recibí orden verbal del coronel Amunátegui, nombrado ya Jefe Político y Militar del Callao, de establecer en la misma gobernación un juzgado de paz en que pudieran ventilarse cuestiones civiles hasta un valor de 200 pesos. Con la formación de este juzgado recibía gran alivio la Gobernación y fueron suprimidos algunos juzgados peruanos que aún existían.

El 4 de julio, un mes después de lo anterior, hice presente al señor coronel la necesidad de un receptor que actuara los comparendos y sentencias sin el cual todos mis actos carecían de valor legal, como igualmente que un solo juzgado no era suficiente para atender las numerosas causas que diariamente se presentaban en una ciudad tan populosa como el Callao. Ante tan justas razones el señor coronel me facultó para proponer un receptor y con fecha 14 dictó el bando que copio a continuación:

“José Domingo Amunátegui, coronel del Ejército de Chile, Jefe Político y Militar del Callao, etc. – Considerando que, siendo necesario al buen servicio público que existan tribunales donde puedan ocurrir las personas que tengan juicios civiles;

Decreto:

Créanse tres juzgados de paz y nómbrase para que los desempeñen: al capitán ayudante del batallón Maule don Sofanor Bustos, al alférez de artillería don José Alberto Bravo y al subteniente del 4º de Línea don Evaristo Sanz. – El primero tendrá su oficina en el cuartel del fuerte Independencia; el segundo al lado de la Cárcel y el último en la prefectura. A los dos primeros juzgados ocurrirán los habitantes del lado norte de la calle de Lima y al último los que se hallen al lado sur de la misma calle. Los días lunes, miércoles y viernes habrá audiencia en el juzgado del fuerte y los martes y jueves y sábado en los dos restantes.

Para que llegue a conocimiento de todos publíquese por bando.

Callao 14 de julio de 1881. J. D. Amunátegui. Elías Yáñez, secretario”.

Hasta setiembre del mismo año pasé sirviendo como ayudante de la comandancia y al mismo tiempo de juez en un juzgado de paz sin que se me ascendiera en mi cuerpo, donde quedaron muchas vacantes con las numerosas bajas de oficiales que había tenido en los combates de Chorrillos y Miraflores.

El comandante Carvallo, secretario de la gobernación, habló con el coronel sobre mi ascenso, que en el acto mandó extender mis propuestas de teniente ayudante de la Gobernación del Callao. A mandarse iban ya al Cuartel General para su aprobación, cuando yo tuve conocimiento de ello.

Mal podría aceptar yo un ascenso en la Gobernación, quedando fuera del cuerpo en el que había tenido y tenía aún vacante.

Había sido postergado por dar mi vacante a oficiales extraños al regimiento y quería postergármese nuevamente por idénticas causas, por obedecer sólo a empeños e influencias de familia. Por amor a mi patria pude tolerar no ser ascendido en tanto tiempo sin más delito que el que mi hermano no hubiera dicho que lo era en tiempo oportuno; pero no podía tolerar que se me postergara para dar el puesto que me correspondía, el puesto que había ganado a costa de sacrificios y peligros, a otros que para ocuparlo no tenían más méritos que el que sus hermanos se hubieran dado a conocer y hablado en hora temprana.

Rechacé pues, tan extraño y poco honorífico ascenso que el coronel Amunátegui me daba en pago de los servicios que le había prestado y que el lector conoce, lo rechacé como lo había rechazado ya cuatro meses antes cuando se me hizo igual propuesta juntamente con el teniente don Juan Francisco Latorre. Yo ambicionaba el ascenso, pero el ascenso legal, el ascenso que de derecho me correspondía, el ascenso que había sabido ganarme: pero no el ascenso de mala ley, el ascenso mendigado y dado como limosna.

Con mi justo rechazo, las cosas quedaron como antes y seguí siempre siendo el alférez Sanz de tres años atrás.

El 2 de octubre de este mismo año, el señor Pérez Izquierdo, juez de paz en reemplazo del capitán Bustos, y yo presentamos una solicitud al jefe político, coronel Amunátegui, pidiendo una gratificación por nuestros servicios de juez.

Semejante solicitud no debe extrañar a nadie, mucho menos todavía si se tiene presente que otro tribunal semejante al nuestro, el Tribunal Militar que entendía en las causas criminales, asignaba una gratificación de 50 pesos plata, mensuales, a cada uno de los miembros que lo formaban. Y aún debo alegar en nuestro favor que por razón misma de la reciente ocupación chilena de estos pueblos los juzgados de paz tenían mucho más trabajo que el Tribunal Militar. Por temor al rigor de la Ley Marcial, que fue proclamada, los crímenes eran poco numerosos; mientras que las garantías que ofrecían los tribunales de la justicia de Chile hacía que en tropel acudiesen a ellos los litigantes.

En prueba de mi aserto me bastará decir que en los tres meses de existencia que llevaban los juzgados de paz se habían despachados ciento y tantas sentencias ejecutoriadas y doscientas y tantas causas quedaban en tramitación. Muchas de las sentencias dictadas fueron llevadas en apelación a la misma jefatura y tuvimos la fortuna que ninguna de ellas fuera revocada.

A pesar de todo, nuestra solicitud fue sepultada bajo el polvo de la carpeta, sin merecer los honores de una providencia buena o mala. Sólo después de reiteradas preguntas se nos contestó de palabras que de las multas de policía se nos daría la gratificación que pedíamos. ¡Dichosa gratificación que jamás he visto!

Este último desengaño me bastaba ya para conocer a fondo lo que es la patria y el patriotismo, lo que numéricamente valen sus recompensas y la gratitud nacional. Treinta largos meses de espera, una campaña pesada y sangrienta hecha de cabo a rabo sin provecho alguno para mí ni para la numerosa familia que por mi patria abandoné, son causas más que suficientes para trocar en hielo ese santo fuego que había inflamado mi corazón. Dando un eterno adiós a mis esperanzas e ilusiones de soldado, resolví por fin renunciar a ese empleo de subteniente que con tanto orgullo recibí al empezar la presente guerra.

Y faltando a los trámites legales, con fecha 10 de octubre elevé directamente al Supremo Gobierno la solicitud de renuncia que copio en seguida, sin pasarla, como era de uso y obligación, por conducto del Jefe Político y Militar de la plaza, ni tampoco del Cuartel General. No fue el mezquino móvil del resentimiento el que me obligó a proceder de este modo; fue sólo el deseo de que esta solicitud no corriera la suerte de las que ya dejo mencionadas, pues si las oficinas del Ejército en algo han copiado textualmente a las oficinas de nuestra bella patria, ello sin duda en lo de encarpetar solicitudes.

Decía así:

"Exmo. Señor:

Evaristo Sanz, subteniente del batallón 4º de Línea, previo el permiso de mi jefe, a V. E. respetuosamente expongo: que, llevado como todo chileno de ardiente deseo de servir a mi patria en la hora de peligro, olvidado por ella mis deberes de padre y esposo, me incorporé al Ejército Expedicionario del Norte en calidad de subteniente abanderado del batallón "Bulnes" el día 21 de abril de 1879, con él zarpé de Valparaíso el 23 del mismo, en el transporte Santa Lucía y a su lado me encontré en las acciones de Antofagasta, Pisagua, Ángeles, Tacna y Arica y perteneciendo a él desempeñé las siguientes comisiones:

En Hospicio, de Pisagua, comandante de la Plaza desde el 1º de diciembre hasta el 18 del mismo en que partía a Dolores por llamado que me hizo mi jefe. El 20 del mismo partimos a Tarapacá en busca de los cañones que el enemigo nos había tomado en aquella jornada.

En los Ángeles como ayudante de campo de mi jefe, como así mismo en Tacna y Arica, en las cuales tuve la fortuna de alcanzar la completa aprobación de mis jefes.

Pasado al regimiento 4º de Línea, el 1º de agosto de 1880, igualmente con el grado de subteniente fui llamado en comisión, como ayudante de campo del señor coronel José Domingo Amunátegui el 22 de noviembre del 80 para marchar con las fuerzas expedicionarias a Ica, de cuyo jefe he recibido las siguientes comisiones: el 26 del mismo mes y año recibí orden de expedicionar a 10 leguas al interior de Ica, llevando a mis órdenes 30 granaderos y un oficial con el objeto de quitar al enemigo el ganado vacuno que se sabía habían internado y que lo resguardaban ciento y tantos hombres de toda arma. El 2 de diciembre regresé a Ica, trayendo 32 cabezas de ganado y sin haber tenido que batir al enemigo, pues éste abandonó sus posiciones al ver mi aproximación. El 26 del mismo recibí nueva orden de salir con 20 granaderos a perseguir

una montonera que nos habían cortado el telégrafo y quemado un carro en la línea, por la cual debía pasar ese día el señor general Villagrán, de regreso a Pisco. Sin encontrar la montonera en todo un día de persecución, volvía a Ica sin novedad y trayendo 40 caballos pertenecientes al enemigo. Por dichas comisiones he tenido el alto honor de recibir la aprobación del jefe y por encontrarme a su lado en las batallas de Chorrillos y Miraflores, por las cuales he obtenido el certificado de mi comportamiento, cuya copia acompaño.

Últimamente, con la nueva organización del Ejército, obtuve nombramiento de subteniente del batallón 4º de Línea, al cual pertenezco y actualmente sirvo de ayudante en la Comandancia de Armas del Callao y Juez de Paz del 1º Distrito de este puerto, sin remuneración alguna, por nombramiento que se me hizo con fecha 14 de julio del presente año.

Con lo que dejo expuesto, creo haber llenado mis deberes de ciudadano y de soldado, conforme el escaso valor de mis fuerzas me lo ha permitido. Mas ya que Chile, mi patria, ha coronado sus esfuerzos con el magnífico y definitivo triunfo obtenido, creo de mi obligación volver a pensar en mis deberes de padre y esposo, y ocuparme, ya que mi patria no ha menester de mis servicios, de la familia que por servir a ella dejó abandonada al incorporarme al Ejército. Y como el escaso sueldo que apercibo como subteniente no me permite atenderla como debiera a su alimentación y educación que necesitan mis hijos.

A V. E. con el debido respeto suplico: se sirva aceptar la renuncia que hago del cargo de subteniente con que el gobierno tuvo a bien honrarme, dando mis más cumplidos agradecimientos por el honor con que se me ha distinguido durante los treinta meses de campaña que he hecho como subteniente.

Es gracia, E. S. – Evaristo Sanz”.

Elevada esta solicitud al teniente coronel, señor Luis Solo Zaldívar, jefe del batallón 4º de Línea para que pusiera en ella su informe, lo hizo en términos siguientes:

“El subteniente don Evaristo Sanz solicita a V. E. su separación del Ejército. Este oficial ha observado durante el tiempo que ha servido en el cuerpo una conducta digna de todo encomio, como así mismo ha desempeñado cumplidamente todas las comisiones que se han confiado.

Considerando muy justos los motivos que expone el oficial ocurrente para retirarse del servicio, no hay inconveniente por parte de esta comandancia para que V. E. si lo tiene a bien, se sirva a lo que solicita el subteniente Sanz.

Lima, octubre 11 de 1881. – Luis Solo Zaldívar”.

Ya informado, la empaqueté en un sobre y la envié a su destino. Poco tuve que esperar para saber su resultado. El gobierno la había acogido con la benevolencia de un padre cariñoso y daba gustoso lo que en ella pedía. El señor comandante Zaldívar, en nota fecha 12 de noviembre me decía lo siguiente:

“El señor Inspector General del Ejército, con fecha 29 del próximo pasado me trascribe el siguiente Supremo Decreto de 26 del mismo mes:

“Vista la solicitud e informes que preceden decreto:

Concédese su absoluta separación del servicio al subteniente del batallón 4º de Línea, don Evaristo Sanz. – Cancélese el despacho. – Tómese razón y comuníquese”.

Lo trascribo a Ud. para su conocimiento y efectos consiguientes.

Dios guarde a Ud. – Luis Solo Zaldívar”.

Y como para que no me quedara duda alguna que el gobierno se había prestado gustoso a lo que yo solicitaba, la jefatura política y militar del Callao, con fecha 18 del mismo noviembre daba la siguiente orden del día:

“Habiendo concedido el Supremo Gobierno su absoluta separación del servicio al subteniente del regimiento 4º de Línea agregado a esta Comandancia General don E. Sanz, desde esta fecha cesa en sus funciones como tal ayudante. – Amunátegui”.

Quedéme pues, lejos de mi patria y de mi familia solo, en pueblo extraño y sin dinero con que sufragar, no digo los gastos de un largo viaje para regresar al seno de los míos, ni siquiera para atender a los gastos más indispensables. Había servido al Ejército de mi patria durante 30 largos meses de campaña y durante tanto tiempo no pude reunir una sola economía.

¡Economía! ¡Aquel que tenga seis hijos y una esposa a quienes atender, me podría decir si con el miserable sueldo que Chile paga a un subteniente puede economizarse, mucho más si, como yo, tiene que vivir uno en una parte y los demás en otra! Muchos hay de aquellos que han mirado la guerra desde lejos, oyendo sólo el estruendo de los festines con que allá celebraban los triunfos del Ejército, que creen que, con el botín de guerra, cada uno de los militares que hemos andado en el norte volvimos a Chile hechos unos Cresos. ¡Fatal error que he visto proclamado hasta en el seno de nuestro Congreso por un representante del pueblo que pretendía quitar, fundado en ello, la corta recompensa que el mismo pueblo que representaba quería dar por los sacrificios hechos en la presente guerra! La supina ignorancia de lo que ha sido la actual campaña puede sólo engendrar tan extraña afirmación. No de otra manera se comprende que un individuo de mediana inteligencia pueda sostener que un soldado o un oficial que tenía que hacer largas y penosas marchas de a pie, y por tostados arenales, cuyo equipaje estaba casi siempre lejos y se perdía por no poderlo llevar; un soldado o un oficial que al toque de generala no tiene más tiempo que correr a las filas y marchar sin saber adonde, dejando todo abandonado, un soldado o un oficial que al llegar al campo de batalla sólo lleva consigo sus armas

de combate; un soldado o un oficial que generalmente carece de medios de movilización y a quienes se ha castigado severamente por haber tomado cualquier insignificancia; sólo, repito, una ignorancia supina de lo que ha sido la actual campaña puede hacer creer que un soldado o un oficial que en ella ha estado vuelva a su patria con el más insignificante botín de guerra, que otros están llamados a recoger: en un ejército en campaña hay muchos diversos ramos de servicios y especialmente en cada uno de ellos muchas distintas jerarquías.

Quedéme, pues, como ya he dicho, solo en pueblo extraño y sin ningún dinero con que atender a las más apremiantes necesidades de la vida. Mas no era esto para desalentarse. Acostumbrado a la vida militar, poco necesitaba para vivir confortablemente: una cama en que dormir y un frugal alimento que tomar. Y no sin razón pensaba yo que nada de esto me faltaría. Desde luego el comandante Zaldívar, con exquisita amabilidad dejó a mi servicio el asistente que antes tenía, mi cama sería la de siempre y en cuanto a comida nada más lógico imaginarse que mi antiguo jefe a quien yo tanto había servido, el coronel Amunátegui, no me negaría la ración del Ejército que se me daba mientras fui militar ¡Qué significa una ración para nuestro erario! Mucho más cuando yo creía que tantas raciones se malgastaban, dándose a personas que ningún derecho tenían a ellas.

Más no me duró mucho esta ilusión y el 20 por la mañana se me notificó que no teníamos ración ni yo ni mi asistente ¡Y fue por orden del coronel Amunátegui!

De los muchos desengaños que ya había recibido creo que ninguno me había hecho tanta impresión como este. Una ración de tropa es al erario nacional lo que un vaso de agua a un caudaloso río. El más hábil economista no podría notar su falta en los libros de la Intendencia por más exquisito y especial cuidado que en ello pusiera ¿Por qué pues ese mezquino rigorismo conmigo en medio de tanto indolente descuido? Empero pongamos aquí punto final a este increíble rasgo de economía que el resentimiento quizás me haría decir muchas cosas que me he propuesto callar. Bástele saber al lector curioso que esto me obligó a devolver al comandante Zaldívar el asistente que generosamente me diera.

No bien pasada la amarga impresión de este postrer golpe forjé nuevas ilusiones y me halagó la idea de conseguir un buen empleo.

Justa y fundada encontré mi pretensión y me atreví a solicitarlo. ¿Por qué no lo había de conseguir? La ocupación de Lima y el Callao por nuestro Ejército dio lugar a numerosos y lucrativos empleos, que aunque era justo se dieran a los militares que con su sangre los ganaron, ellos no podían ocuparlos porque el militar no debe saber sino pelear. No importa que esos militares sean sólo improvisados por el patriotismo que hayan sido hábiles oficinistas, inteligentes agricultores, comerciantes expertos y entendidos, que se hicieron militares por correr al campo de batalla a salvar la patria amenazada. No importa: desde el día que se viste el traje militar se olvidan los antiguos conocimientos y estos individuos son incapaces de desempeñar ningún empleo.

Pero, yo ya no era militar, ya no vestía casaca sino levita, ya no me ponía kepí, sino sombrero, en una palabra, ya era hombre apto para desempeñar cualquier empleo. Por otra parte parece, al menos yo así lo pensé, que el gobierno estaba en aprietos para dotar de empleados a tantos empleos, mucho más cuando se aseguraba que la gente seria y de importancia no quería venir a ocupar un puesto secundario que de derecho creían pertenecían al Ejército. Y así debió ser, pues no de otra manera podía yo explicarme el que empleos de alta categoría se dieran a niños que aún no pasaban el segundo año de humanidades.

A pesar de mi modestia, créame con tantas o más aptitudes que otros y además tenía en mi abono el haber militado tanto tiempo en ese olvidado Ejército que al fin y al cabo era por quien se podía disponer de tanto empleo. En otro país y con otras gentes esta habría sido una razón poderosa para conseguir lo que solicitaba: pero en nuestro Chile y con sus hombres las cosas son de otra manera.

Así fue que yo, cada vez más pobre, veía pasar un día y otro día, yo siempre de postulante y las uvas más y más verdes. Con todo lo pasaba bien y hasta gracia me hacía no poder dejar mi aborrecido traje de alférez por no tener con qué comprarme uno de paisano.

En medio de mi alegre indiferencia me sorprendió un cablegrama de Chile que, partiendo mi corazón de agudo dolor, me obligó a proceder de otra diferente manera. Con el desesperante laconismo del alambre, ese cablegrama me decía:

“Renuncia fue aceptada el veinticinco del pasado octubre. Asignación a su familia suspendida en esta tesorería desde el primero del corriente. Todos buenos aquí. — Andrés Segundo Ramírez”.

El lector que sea padre de familia podrá comprender el dolor y la desesperación que entonces sufrí. Mi familia no tenía más para subsistir que la escasa mesada que les dejé al abandonarla por servir a la patria que así me pagaba. Sin esa mesada ¿Qué sería de mi esposa y de mis tiernos hijos? ¡Quizás sufrían hambre y yo tan lejos de ellos! Y aún sin este inconveniente ¿Qué podrían hacer? En mi ajuste había recibido como alcance la cantidad de ciento treinta y tres soles, billetes peruanos, que al tipo corriente en plaza equivalían a ¡diez pesos, billete fiscal chileno! Y esto no de mi sueldo de subteniente, sino por mi gratificación como ayudante de la Comandancia de Armas, según Decreto del Cuartel General fecha 2 de julio de 1881, que lleva el número 194.

Y a ese propósito me recuerdo que en este decreto se dispone que, de los derechos de pasaportes, se saquen los gastos de escritorio, en la oficina y el resto se dé por partes iguales como gratificación a los ayudantes. Sin embargo, el asunto se hacía de otra manera, repartiéndose ese sobrante del modo siguiente:

Jefe Político y Militar	40 pesos
Secretario	20 pesos
Cuatro ayudantes, por partes iguales,	40 pesos restantes.

En cuanto a mi ajuste como subteniente no lo pude conseguir entonces ni lo he conseguido hasta ahora por no se qué datos que la comisaría de aquí necesitaba pedir a la comisaría de allá, datos que supongo no han llegado y Dios sabe si llegarán.

Mas mi situación era apremiante, mi familia no podía pasar sin dinero y ese dinero yo no lo tenía. No titubeé, pues, en apelar a los corazones bien puestos en la demanda de lo que ni mi patria ni mis antiguos jefes querían dar. El señor Alberto Stuvén, alma noble y levantada y para quien guardaré eterna gratitud, fue mi tabla de salvación. Con desprendimiento poco común y sin interés alguno me facilitó 100 pesos que él mismo se encargó de enviar a mi esposa, ofreciéndoseme para servirme en cualquier otro apuro semejante.

Tranquilo ya, merced a la acción del señor Stuvén, corrí de nuevo tras de un empleo con más empeño que nunca. En todas partes, sin embargo, encontraba un engañador "lo tendré presente", un hueco "por ahora no hay nada que darle" o fría indiferencia.

Sólo debo hacer una honrosa excepción a este respecto en la persona del capitán de fragata, señor Luis Pomar, Gobernador Marítimo del Callao. Supe por un amigo que este caballero, que conocía mi situación y mis servicios, habló por mí con calor al coronel Amunátegui, enrostrándole que se me dejara sin colocación alguna, a mi que tanto y tan bien lo había servido, que, padre de familia, me encontraba sin recursos después de haber servido en el Ejército durante toda la campaña, cuando él como Jefe Político y Militar de la plaza, podía disponer de tantos empleos como los que había en la Municipalidad que recién pasaba a sus manos.

Y no dudo que debido a esto fue que, encontrándome en la "Plaza 2 de Mayo" de este puerto, con el Jefe Político y Militar, me llama preguntándome si me convendría la recaudación del alumbrado y serenazgo. Como el lector debe suponerlo, aún no había concluido de hacerme la oferta cuando ya había dado yo mi contestación afirmativa: la necesidad no admite espera. Quedé, pues, citado a su gala de despacho, para el siguiente día, 13 de diciembre de 1881.

Me presenté al día siguiente en lo salones de la Prefectura, con cortos rodeos convenimos con el señor Amunátegui en que yo me haría cargo de la cobranza del alumbrado y serenazgo, teniendo como remuneración el quince por ciento de lo que cobrara.

Como remate de lo estipulado, dos días después se dictaba el siguiente decreto:

"Callao, diciembre 15 de 1881.

Con esta fecha he decretado lo que sigue:

Nombrase Administrador General de Cobranza de los ramos de serenazgo y alumbrado al ciudadano don Evaristo Sanz, debiendo disfrutar de la gratificación del quince por ciento de todo lo que recaude, y siendo de su obligación pagar los empleados que tenga bajo su dependencia.

Anótese y comuníquese,

Lo que transcribo a Ud. para su conocimiento y demás fines.

Dios guarde a Ud. – J. D. Amunátegui”.

Sin ninguna espera, el mismo día del decreto me hice cargo de los recibos que habían quedado sin cobrar a la Municipalidad peruana cesante, por un valor de 40.000 soles, billete peruano, más o menos.

¡Que de castillos en el aire me formé al ver todos estos recibos en mi mano! Te aseguro, querido lector, que no gastó tanto como yo la lechera de la fábula.

A toda prisa tomé los empleados que necesitaba y los largué, como toros a la plaza de Acho, por las calles del Callao a la pesca de deudores que, más lince que los toreros, sacaban suertes “a todos tiros” a los recaudadores. Así estos pobres corrieron todo el mes de enero, al fin del cual ajustamos cuentas y nos encontramos que con las ganancias no alcanzaban los cobradores a reponer ni el calzado que habían gastado, no pagaba nadie.

En mi entusiasmo no me fijé que los recibos que se me habían entregado pertenecían a aquella época en que el Perú todavía era nación y por lo tanto tenía crédito, estando el papel moneda casi a la par de la plata. Pero ya esos buenos tiempos habían pasado y el papel en que se me pagaba valía nueve décimos menos que en aquellos días. De ahí resultaba que estas contribuciones eran puramente nominales y sus resultados nulos.

Hice, pues, presente al señor Amunátegui, lo que sucedía en los ramos cuya administración me confiaba, y en virtud del Decreto del General en Jefe de 20 de diciembre, ordenando el pago en moneda de plaza de todas las contribuciones municipales, me ordenó, en presencia de su secretario, levantara un padrón de la población del Callao, acompañando una tarifa de avalúo de los derechos que se debían cobrar por los citados ramos.

Desde entonces no me di más descanso en el día que el indispensable para atender las necesidades usuales de la vida. Provisto de empleados idóneos y en un número suficiente, me entregué de lleno a la tarea que se me acababa de confiar. Sólo de este modo se comprende que el 17 de febrero de 1882 presentara, ya terminados, el padrón y la tarifa que se me habían encomendado, los que el mismo día fueron aprobados y mandados a publicar en los diarios de este puerto. Ese mismo día recibí también orden verbal de establecer una oficina que corriera con todo lo concerniente a los ramos de mi cargo.

Establecida esta oficina, que por si sola ocupaba cuatro empleados, y con los recaudadores suficientes di principio a la cobranza y creo que la Municipalidad del Callao no tiene que quejarse de mí. Por el primer trimestre del 82 deposité en arcas municipales 12.000 y tantos pesos, en efectivo, y 3.439 pesos en recibos que no habían podido hacerse pagar.

Tan favorable resultado sin embargo no me dio por lo pronto una utilidad positiva. La mayor parte de mi gratificación la ocupé en el pago de los empleados que me demandó el levantamiento del padrón y en establecer mi oficina con todos los útiles y muebles necesarios.

Empero creí yo que estos gastos serían abonados por la Municipalidad, pues todos tendían al provecho de sus arcas. Por otra parte, el administrador de un ramo de esta clase no tiene de manera alguna la obligación de hacer el empadronamiento de la población ni tampoco la tarifa de derechos que se deben cobrar. Su deber no es otro que recaudar esos derechos en la cantidad y forma en que la Municipalidad lo indique. Por esto, al recibir la orden verbal del señor coronel de levantar ese padrón, tuve la íntima convicción de que me serían abonados por tesorería municipal los gastos que me demandara, como igualmente me sería retribuido por separado ese trabajo que tan ajeno estaba a mis obligaciones de administrador del ramo.

En tal creencia viví hasta mayo en que el señor Amunátegui me dijo de una manera categórica que no tenía razón de ser el reclamo que le dirigía, pues por eso ganaba con la recaudación. No conforme esta contestación con la costumbre establecida, y creyéndome con pleno derecho para ello, con fecha 6 de julio elevé una solicitud al Cuartel General, que fue acompañada del correspondiente informe, pidiendo se me abonara el precio de mi trabajo.

Llegaba por entonces un cambio de gobernadores al Callao, sin ser profeta, podía anunciar que me sería fatal. Mis lectores sabrán tanto como yo que en el mundo social pasa lo mismo que en el mundo federal. Cada sol tiene sus satélites a los cuales únicamente alumbra. Cada cual que ocupa el solio del poder tiene un círculo de amigos a quienes calentar. Por eso veremos que desde las carteras ministeriales hasta las varas de alguaciles cambian de dueños al cambiar de mandatario.

Al coronel Amunátegui, perteneciente al Ejército y que con cierto brillo había hecho toda la campaña, sucedía el señor Darío Zañartu, perteneciente a esa sociedad de elegantes que, oyendo a gran distancia, el estruendo de los combates, iban siempre tras el Ejército ocupando los mejores puestos que por el Ejército se ganaran. Así el señor Zañartu llegó de Gobernador de Arica poco después que al irresistible empuje de nuestros soldados caía rendido el inaccesible Morro, y de allí era pasado de Gobernador al Callao cuando todo el peligro había cesado y cuando el coronel Amunátegui, tocándole todo con certera mano, dejaba los resortes de la administración perfectamente corriente.

Dos poderosos motivos había para que los empleados de la administración Amunátegui fueran en mayor parte removidos. Por un lado estaba el viejo e indestructible antagonismo entre la casaca y la toga, y por el otro, la fría indiferencia con que fue recibido el señor Zañartu a la par de las significativas y espléndidas manifestaciones de aprecio con que era despedido el coronel Amunátegui. Y si a esto agregamos los naturales compromisos que el señor Zañartu tendría que cumplir, no era difícil presagiar la suerte que nos esperaba a muchos de nosotros.

No pasó largo tiempo sin cumplirse estos vaticinios. Aún la nave que llevaba a su bordo al coronel Amunátegui hendía con su quilla las ondas del mar cuando el señor Zañartu, dejando de mano lo más importante de la administración de su cargo, se ocupó con celo digno de más noble causa, en espulgar los actos de la administración pasada, a la pesca de faltas y culpables que acusar.

De que el Callao perdió con esta nueva política es innegable. Para demostrarlo basta tender una mirada a sus calles que, menos aseadas, han perdido tanto su belleza. Si en cambio el erario ha ganado, no lo sé. El lector que sea más curioso que yo puede echar una ojeada a los libros de la caja municipal que en ellos encontrará la respuesta. Mientras tanto, conténtense con saber que hoy día (23 de febrero de 1883) se andan cobrando los recibos de alumbrado y serenazgo correspondientes al tercer trimestre, es decir julio, agosto y setiembre de 1882. Creo que de este modo nadie podrá culparme de hablador, vicio que detesto.

Poco a poco los empleados de la administración Amunátegui iban siendo sustituidos por otros, y más de uno encontró la prisión en pago de sus servicios. La razón de esas destituciones el señor Zañartu no tenía para qué darlas; bastaba que así conviniera al buen servicio. Pronto debía también llegar mi turno; pero no anticipemos hechos que todos por turno han de llegar, quedando el lector al corriente de todo, si es que la paciencia no le abandona.

Recordará el lector que tengo una solicitud presentada al Cuartel General, pidiendo se me abone el precio de mi trabajo por el empadronamiento de la ciudad del Callao. El mismo día, 6 de julio, que con tal objeto me presenté al señor General en Jefe, mi solicitud fue proveída en el sentido de que informara el Gobernador del Callao.

Con fecha 10 del mismo mes este caballero se dignó dar el informe pedido, que sería inútil agregar. Y hay aquí algo digno de la más alta atención: mi turno había llegado. La misma pluma que escribía, digo mal, que firmaba ese informe, firmaba también el decreto que suprimía la administración de mi cargo. La falta que había cometido la ignoro hasta ahora y creo que el señor Gobernador la ignorará también como yo. La prueba evidente de ello es que no he estado preso, lo que, en caso de ser culpable, no sería compatible con el celo verdaderamente evangélico o mejor dicho inquisitorial con que el señor Zañartu perseguía el robo en los empleados de la administración Amunátegui: todos o casi todos han sido destituidos por esta semejante causa, aunque el señor coronel Amunátegui dejó más de doce mil pesos en la caja municipal, después de haber creado y dado impulso a todos los ramos de la administración y gastados gruesas sumas en el adorno, aseo y pavimentación de la ciudad, de haberla dotado de todas las comodidades de un pueblo culto y haber atendido hasta a la instrucción y beneficencia de la localidad de su mando.

A pesar del informe del Gobernador, con fecha 17 de julio el señor General en Jefe proveía favorablemente mi solicitud, ordenando se me abonara por la caja municipal del Callao, la cantidad de mil pesos, valor de mi trabajo. Sin embargo, tan buena voluntad me tenía el señor Zañartu que aun con el decreto

del Cuartel General, se negaba a pagarme la cantidad ordenada, si antes no entregaba el padrón del tercer trimestre, el mismo que ahora están cobrando. Otros más avanzados en ideas que yo me han dicho en conversación privada que se me exigía este padrón porque en el círculo del Gobernador no había ninguno que entendiera de estos negocios, incluso el nuevo administrador. Sea de ellos lo que fuere, lo cierto es que yo me negué a entregarlo pues, habiéndolo formado de *motu proprio*, desde que no era esa mi obligación, y sólo para comodidad mía, no tenía por qué hacerlo.

Talvez picado por esto, el señor Gobernador de improviso me ordena entregue inmediatamente los recibos del primer trimestre, operación que efectué en el acto, dándome el secretario el correspondiente recibo.

Pero a pesar de todo esto yo seguía cobrando el segundo trimestre, a cuyo fin obtuvo por resultado entregar a la caja municipal la bonita suma de \$16.627, 55 cts. en moneda sonante, y \$1.252, 65 cts. en recibos morosos.

Verdadero triunfo me costó el que me recibieran este balance y antes de conseguirlo tuve que escribir muchas notas, algunas de las cuales fueron encarpetadas y otras contestadas de un modo incomprensible, como curiosidad le citaré al lector una nota del nuevo tesorero municipal, cuyo nombre suprimo por no darle demasiada importancia, en la que, con fecha 5 de setiembre me pide todos los talones y recibos que se relacionen con la contribución de alumbrado y serenazgo correspondiente al segundo trimestre; y una nota del Gobernador en que con fecha 31 de octubre me dice que no ha dado orden para que deje de cobrar ese mismo trimestre ni el valor de la numeración de la ciudad. ¡Hombre de Dios! ¿Cómo quieres que cobre sin recibos ni talones?

Después de nuevos lazos tendidos y nuevos lazos salvados airosamente el 20 de diciembre de 1882 presenté por fin mi balance general, acompañado de una nota en cuyo final solicito se ordene a quien corresponda se haga cargo de los recibos y talones sobrantes, dándome mi correspondiente certificado.

En los tiempos que atravesamos es permitido dudar de todo, hasta de los gobernadores. Por eso todos los días he reclamado ese certificado verbalmente y por escrito, sin poder conseguirlo y aún con fecha 13 de febrero de 1883 pasaba al tesorero municipal la siguiente nota:

“Contestando su nota fecha 2 del presente, que por copia de ayer he recibido, tengo el gusto de acompañar los justificativos de los recibos exonerados que ascienden a treinta y dos tarjetas órdenes, con lo cual creo dejar cumplido lo que me pide.

Estimaría a Ud. se sirviera darme el certificado que solicité al señor Gobernador por mi nota de fecha 20 de diciembre del año pasado y que así fue ordenado.

Dios Guarde a Ud. Evaristo Sanz”.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Para inteligencia del lector debo hacer aquí la explicación de una cosa que de seguro no conoce: las tarjetas órdenes. Son estas tarjetas que se dan a los pobres de solemnidad, en su mayor parte ricos y con relaciones de compadrazgo, por las cuales se les exime del pago de contribuciones municipales.

Previa esta explicación, sigamos adelante que ya tocamos fin.

Ni por esas ha entendido el señor tesorero y hasta la fecha no se me da el certificado que desde dos meses se ha decretado y por ello abrigo mis temores.

En medio de este inmenso noteo, permítaseme esta palabra, no me he dejado dormir, sin embargo, durante el tiempo que he permanecido sin ocupación, gracias al laudable celo del señor Zañartu. Experimentado ya, me he ido derecho al tronco, dirigiéndome directamente al señor General en Jefe que me ha recibido con cariñosa solicitud.

Pero el señor Zañartu, que nada quiere que se le escape, me ha puesto obstáculos en todo y hasta ahora no he podido conseguir ni siquiera un empleillo de mala muerte y con envidia miro que los del estrecho círculo de la gobernación desempeñan a la vez dos y tres empleos, fuera de comisiones y todavía les queda tiempo para pasear. Verdad es que algunos pagan personeros, pero esto nada significa.

Tal es, explicada a mis amigos, mi conducta durante la actual campaña. Si al hacer el relato descarado de los servicios que he prestado y los premios que he conseguido alguna vez he sido imprudente, revelando secretos que deban callarse, sírvame de descargo el que hablé privadamente con mis amigos.

Mas ¿por qué nunca pudo pasar de alférez? Dirá quizás alguno. Dejo sin contestar esa pregunta para de este modo compensar al buen lector que hasta aquí haya querido seguirme. Si yo me he contentado con cintas por los servicios que a la patria he prestado, ¿qué extraño tiene que yo recompense al lector con la satisfacción de contestarse a sí mismo la pregunta que se ha hecho, en cambio del tiempo que le he quitado?

Callao, febrero 25 de 1883.

Evaristo Sanz.

LA CAMPAÑA A LIMA. BATALLAS DE CHORRILLOS Y MIRAFLORES¹

Nicanor Molinare²

A bordo del Itata, se recibió a las 9 y minutos de la noche a la alta dirección de la 1ª División, con todas las atenciones del caso; la partida estaba señalada para las 4 p. m., del lunes 15, a esa hora “desplegarían sus alas esas al parecer 17 dormidas aves del mar”.

Esa noche permanecí, como en las demás, junto al muelle, cerca de Daniel Cuervo y de Juan Gonzalo Matta, de don Luis Pomar y de Javier Barahona, que eran mis amigos; y cuando todos hubieron partido, cuando se hizo el silencio y quedé solo, no pude menos de sentir algo así como un inmenso alivio, como un profundo orgullo; un santo entusiasmo dominaba mi espíritu, cuando miraba el mar, cuando teniendo mi imaginación a Tacna, Calana y Pachía, volviendo mi pensamiento a Iquique y Antofagasta, pensaba que en esas ciudades, en aquellos pintorescos campamentos quedaban aún la 2ª y 3ª División; que ahí estaban Baquedano, Sotomayor, Lagos y Maturana; que la flor y nata del Ejército de Chile pronto se haría a la vela para reforzar a Villagrán, para atacar a Lurín y a Chorrillos, asaltar a Lima y al Callao.

¡Que grande es mi patria, cuanto vale Chile, me decía: es necesario vencer al Perú, conquistarlo, dar a este pueblo un gobierno austero, honrado y recto como el nuestro!

Para la diana del lunes 15, lo he dicho, se fijó la partida; a la hora indicada me lancé a la playa, quería ver zarpar a la escuadra de Viel, con sorpresa divisé a todos los buques en sus mismos fondeaderos.

1 El documento que se transcribe se encuentra en: *Patria*, Año 1, N° 1 (abril 13, pp. 31-49); N° 2 (abril 20, pp. 102-118); N° 3 (abril 27, pp. 204-219) y N° 4 (mayo 4, pp. 300-322), 191. Forma parte de las investigaciones y transcripción de los relatos de la Guerra del Pacífico de escasa difusión e inéditos. Trabajo encargado por el Departamento de Historia Militar del Ejército al profesor Sergio Villalobos y al licenciado Patricio Ibarra en el año 2006-2007. Los que deseen leer lo publicado en *El Ilustrado* y en *La Mañana* pueden hacerlo en los dos primeros tomos de *La Campaña a Lima* dados a la luz por la Imprenta Cervantes y a venta en las librerías Inglesa y de don Guillermo Miranda.

2 Nicanor Molinare: Participó en la Guerra del Pacífico como capitán ayudante del batallón movilizado Curicó. Hizo la campaña a Lima encontrándose presente en las batallas de Chorrillos y Miraflores. Se retiró del Ejército en febrero de 1881. A su regreso a Chile trabajó en el servicio público como comandante general de Armas de Curepto y en la prefectura policial de Santiago.

Aficionado a las letras, escribió varias obras que son una mezcla de relato histórico y reminiscencias de sus experiencias en la guerra, entre las cuales se cuentan *Asalto y toma de Pisagua*, 2 de noviembre de 1879; *Batalla de Tarapacá*, 27 de noviembre de 1879; *El regimiento Santiago 5º de Línea en la Batalla de Tacna*; *Asalto y toma de Arica*, 7 de junio de 1880; *La expedición a Lima. Batallas de Chorrillos y Miraflores* y la *Historia de la Batalla de Huamachuco*, martes 10 de junio de 1883. También publicó *La Historia del Club Hípico*, trabajo encargado por el directorio de esa corporación, que le permitió dar varias charlas en la Biblioteca Nacional. Asimismo, fue colaborador de los periódicos *El Mercurio* y *El Diario Ilustrado*. Dirigió la revista *Patria*, publicación dedicada a temas militares y la exaltación de la chilenidad. Murió el 17 de abril de 1924, a la edad de 70 años.

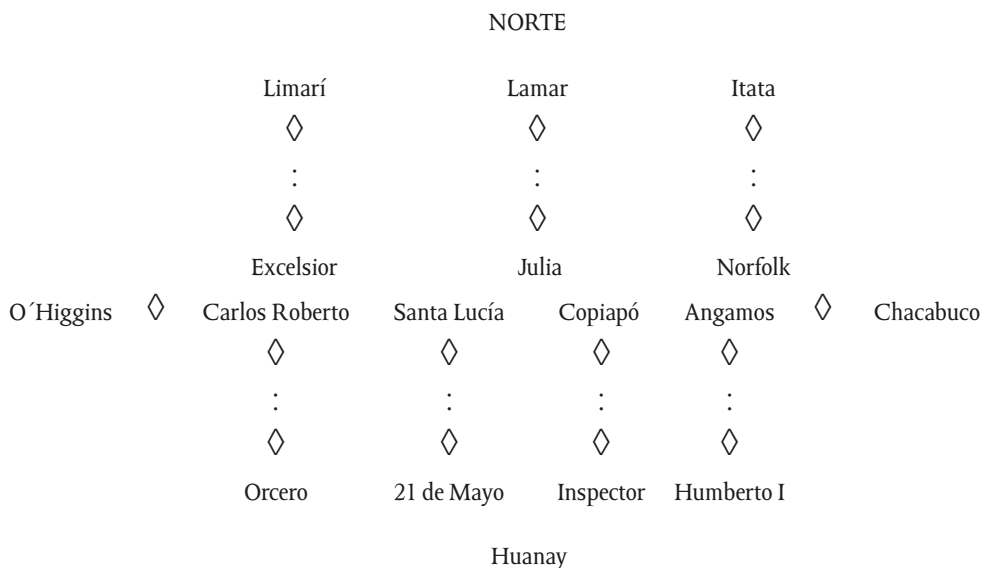
LA CAMPAÑA A LIMA. BATALLAS DE CHORRILLOS Y MIRAFLORES

Nunca he sabido por qué se retardó la marcha; como de costumbre cada cual opinó en el asunto; alguien, recuerdo que dio como razón del retardo la falta de cables para los remolques; bromas como esas circularon por todo Arica.

Al fin, salvadas las misteriosas dificultades, a las 3 de la tarde, la *Chacabuco* dio la señal de partida.

¡Poco a poco los 17 buques de la escuadra de don Oscar Viel abandonaron su fondeadero; daban los vapores remolques a los barcos de vela y haciendo rumbo al oeste, a las cinco de la tarde del lunes 15 de noviembre sus humos apenas si se divisaban en el horizonte!

He aquí la forma y modo en que zarparon esos barcos, los que en su seno llevaban a la División Villagrán y en sus topes izada la bandera inmaculada de mi patria;



Y las auras de la felicidad hincharon las velas de esa escuadra, que pocos días más tarde daba fondo en la hermosa y segura bahía de Paracas.

DE ARICA A PISCO

Y cuando la escuadra del comodoro Viel comenzaba a dejar su fondeadero, el futuro vencedor de Lima, don Manuel Baquedano, enviaba, en conformidad a su costumbre y modo de ser, el telegrama siguiente a S. E. el primer magistrado de la nación:

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

“(Recibido de Arica a las 4 p. m.)

Arica, noviembre 15 de 1880.- Señor Presidente:

A las 2 p. m. empieza a desfilar el convoy con la 1ª División. Diez buques de vapor y siete de vela.- Baquedano”.

Es imposible nada más típico, más lacónico y que pinte mejor al General en Jefe, cuanto a sobriedad de lenguaje, a modo especial de ser.

En la misma mañana del día 15, a las 10 y cuarto, don Aníbal Pinto abría esta otra comunicación:

“Arica, noviembre 14 de 1880.- Señor Presidente:

Al amanecer de mañana se pondrá en movimiento el convoy que conduce la 1ª División del Ejército de Operaciones para abrir la tercera campaña de la presente guerra.

Marchamos a hostilizar al enemigo en el centro mismo de su poder militar y de sus recursos.

La operación del embarque se ha hecho con regularidad y sin haber sufrido el más leve accidente.

El espíritu de la tropa no deja que desear, y no es una presuntuosa confianza la que nos hace esperar con tranquilo corazón el éxito de esta jornada, emprendida con la inquebrantable decisión de que sea la última de la guerra.

En una hora más estaré a bordo, y si la fortuna no nos es contraria, en cinco días habremos llegado al teatro de las futuras operaciones.

¡Que Dios nos siga siendo propicio! – Vergara”.

Así se expresaban el Ministro de la Guerra y el General en Jefe, en sus comunicaciones telegráficas al Presidente de la República.

Y en los momentos mismos que se hacían a la mar, rumbo al sur 78° Oeste, las gallardas naves de mi patria, en la orden del día del Cuartel General en Tacna y Arica, repartida impresa a bordo de los buques de la insignia del comodoro Viel, se leía una proclama de Baquedano, que así decía:

“Las aspiraciones del país y los deseos del Ejército comienzan a verse realizados.

La 1ª División se ha puesto ya en marcha para abrir la nueva campaña y herir en la cabeza al aleve conspirador contra la paz y la prosperidad de Chile.

Las otras divisiones seguirán pronto a la 1ª para consumir juntas la grande obra de castigo y de gloria que principió en Antofagasta y debía tener y tendrá término en la capital del Perú.

Que alisten sus armas es la única recomendación que hago a mis compañeros del Ejército.

Los caminos de Lima y la victoria son bien conocidos de los soldados chilenos.

Guiarlos por ellos será un deber fácil y una alta honra para el General en Jefe. MANUEL BAQUEDANO. – Noviembre 15 de 1880”.

Hurras estrepitosos, vivas a Chile, al general Villagrán, a Baquedano, a los diferentes cuerpos que componían la división en marcha, se dejaban sentir en todos los buques, a medida que por los ayudantes de servicio se daba lectura a la proclama copiada.

Un loco entusiasmo, un deseo ardiente de combatir, de encontrar pronto al odiado enemigo de la patria, de terciarse con él, con sus legiones, se apoderó de todos los expedicionarios, que durante largo rato poblaron, como decimos, los aires con exclamaciones vibrantes, atronadoras.

A las 11.30 de la noche del lunes 15 de noviembre y a favor de la más espléndida luna, todos a bordo pudieron ver por babor [sic] hacia el este perdido en las brumas de la costa al morro de Sama.

Amaneció el martes 16 y el mar con una tranquilidad absoluta, sin olas, soplando sólo ligerísima brisa, proporcionó a la escuadra y a los expedicionarios un magnífico día.

A las 12 de esta primera jornada se pudo comprobar en el Itata y demás barcos, que la Armada se encontraba a 111 millas de Arica.

La única novedad del día 16 fue que, el Carlos Roberto, que remolcaba a la Orcero, barca en que iban los bagajes, se retardaba un tanto en la marcha, perdiendo así el convoy la rigurosa formación que debía mantener; negocio que se subsanó dándole remolque al casco nombrado, la O’Higgins en lugar del Carlos Roberto.

Por lo demás, la tarde y la noche fueron tranquilas; el miércoles 17, es decir el segundo día, saltó temprano suave brisa del sur y como un poco más tarde esta se afirmase, toda la Armada largó sus velas.

Más o menos a las 8 de la mañana del 17, la Chacabuco hizo señal de rumbear al oeste medio norte; y según se dijo ese mismo día, a las 12, teníamos andadas 122 millas.

A la una, de nuevo, la capitana señaló rumbos y las proas de las naves chilenas orsaron al norte 72° oeste.

A esas mismas horas por la popa se divisaba el morro de Chala perdiéndose en el horizonte.

Era imposible tener tiempo más espléndido, el mar semejava una tasa de leche y una suavísima brisa hacia cabrillar las aguas.

Las noches no pudieron ser más hermosas, pocas veces luna más brillante, de fulgores más nítidos, alumbro la estela de una escuadra; la tranquilidad más absoluta reinaba en los diecisiete buques; todo el mundo a bordo se sentía contento con tan magnífica navegación.

Y lo mismo que los días transcurridos fue el jueves 18, porque la bonanza continuaba magnífica.

Como de costumbre, a las 12, se tomó la altura; se recogió la corredera y hecho el cálculo se vio que distábamos del punto de partida 142 millas, dejando por cierto atrás, por el sur, la punta de San Juan.

La escuadra hasta ese día no había perdido un momento su formación.

A bordo siempre teníamos a estribor a la *Chacabuco* y a la *O'Higgins*, en primera línea, de izquierda a derecha el *Limarí*, *Lamar* e *Itata*, todos los barcos mantenían pues su línea de derrota.

Ya tenía la primera división tres días completos de navegación y para ver modo de arribar pronto a Pisco o, más bien dicho, a la histórica bahía de Paracas, en la tarde del jueves 18, se ordenó forzar la marcha a la *Chacabuco*, *Angamos*, *Itata* y *Limarí*, al efecto, dada la orden a la 1 ½ p. m., los buques nombrados con sus respectivos remolques, es decir con la *Humberto 1º*, la *Norfolk* y la *Excelsior*, hicieron rumbo al noroeste un cuarto al oeste.

Esta maniobra tenía sencillamente por objeto desembarcar en la bahía nombrada, en Paracas, que está situada unas 10 millas al sur de Pisco; se desembarcaría en este punto una pequeña división de las tres armas, que marchando por tierra ocuparía Pisco y destruiría los torpedos que se aseguraba existían en el puerto, lo mismo que haría estallar las minas que se encontrasen en tierra y en su famoso muelle.

Y ya que hemos nombrado a Paracas, se hace necesario declarar aquí, que este lugar en noviembre de 1880 gozaba de nombradía y de importancia histórica, porque sabido es que, en ese momento en cierto puerto, San Martín, desembarcó el Ejército chileno Libertador del Perú el 8 de septiembre de 1820.

Cochrane aconsejó tomar tierra en esta bahía, ya que no se quería hacerlo más cerca de Lima, como eran sus deseos, porque ella era apropiada para el desembarco, pues tiene playas muy tendidas, suaves y arenosas.

Paracas es una bahía muy grande que tiene casi la forma de una U mal hecha, y en que el palo izquierdo de la letra lo formaría la península de su mismo nombre que queda al este; al costado oeste, casi a la salida, sentada entre palmeras se encuentra la aldea o caserío de Paracas.

Perfectamente al oeste de la península nombrada se halla la isla de San Gallán, un poco más al norte un tanto al este nuestra escuadra dejó por estribor dos islas, más las nombradas Ballesta y Blanca.

Allá al norte, perdidas entre la bruma transparente de los trópicos se divisan las famosas Chinchas, tan codiciadas por España, que ocupó el almirante Pinzón en 1864, dando así lugar a la guerra con la Madre Patria de los años 64 a 66.

Y aquí cabe anotar que el almirante Pinzón ocupó Paracas y que en su pueblecito refrescó más de una vez su gente, sin que nadie pensase en hacerle resistencia.

Por lo demás, la bahía de Paracas, a cuyo fondo sureste existe el villorrio de Pozos, y en cuya boca norte está la histórica y nombrada aldea de Paracas, si es cierto que es abrigada también lo es que es muy fangosa y de poco fondo, y que los numerosos bancos que pueblan ese gran puerto lo hacen peligroso e inadecuado, teniendo que fondear a mucha distancia de la playa los buques que arriban a sus aguas.

Por otra parte, sus playas son, como hemos narrado, muy tendidas, de arenas muy sueltas y sólo en las grandes bajas se puede traficar cómodamente por las riberas de ese mar y hacer viaje fácil a Pisco.

Decíamos anteriormente que se acordó hacer avanzar a la *Chacabuco*, *Angamos* y la primera división o línea después del medio día del jueves 18, y cuando estos barcos se aproximaron al Boquerón, tan conocido por todos los navegantes, es decir, al estrecho que separa las islas de San Gallán y la punta Huacas, situada en la península de Paracas, la *Chacabuco* a todo vapor recorrió sus buques, y al pasar cerca de ellos, con bocina, porque la distancia era insignificante, dio la orden de “por el Boquerón dejando éste a babor”.

Y obedeciendo en el acto el mandato, la escuadra penetró por las aguas del canal nombrado y al enfrentar la punta de Paracas, después de escapularla y poniendo sus cañas a estribor, penetraban a la bahía en demanda de fondeadero.

Eran más o menos las 8.20 de la mañana del viernes 19 de noviembre, cuando los buques de la división de vanguardia largaban sus anclas frente al caserío de Paracas.

Un poco antes, todos los transportes aguantándose sobre sus máquinas, frente a la entrada del puerto, habían esperado la orden de fondear, porque la *Chacabuco* estaba ocupada en una caletita vecina situada más al sur, reconociendo una embarcación que resultó ser un bote pescador.

Desocupada la *Chacabuco* de aquella operación, el *Itata* hízole señales de aproximación, y cuando la corbeta y *Viel* estuvieron próximos al transporte, el general don José Antonio Villagrán dio de viva voz, de barco a barco, la orden al Comodoro de reconocer el puerto y desembarcar.

Poco más tarde, cuando la *Chacabuco* hubo terminado su maniobra, a las 10.10 minutos de la mañana del viernes 19 de noviembre de 1880, todos los transportes de vanguardia y los barcos de vela que remolcaban lanzaron sus anclas y fondearon en Paracas; todos los expedicionarios pudieron, desde a bordo entonces, divisar unas cuantas casitas y algunas pobres cabañas y ranchos de pescadores, que a la sombra de tupidas datileras se levantan y cobijan formando la aldea de Paracas.

Más tarde, cuando vino el desembarco, se dieron cuenta asimismo, que servía de muelle algo así como un viejo armazón de madera, es decir, unos cuantos palos enterrados, cruzados por una que otra fuerte tabla, mal clavada, muelle por el que se efectuó, sin embargo, el desembarco.

Pero, antes de proceder a narrar la toma de Paracas y de Pisco, permítasenos volver la vista hacia el mar, porque aún siguen navegando algunas naves chilenas, las que forman la división pesada; ellas han doblado el cabo Carretas cuando todavía no amanece el viernes 19, y haciendo rumbo al norte 11° al oeste y teniendo siempre por estribor al monte Wilson y la isla Zabaleta, y una vez que sus popas dejan atrás la punta Huacas, penetran también al Boquerón, escapulan al promontorio de Paracas y a las 12 del día, los primeros buques de esta segunda división principian a tomar sus respectivos fondeaderos.

DESEMBARCO DE PARACAS Y DE PISCO

Y aquí cabe recordar que, cuando la *Chacabuco* entraba a Paracas, se varó en uno de los ocultos bajos que pueblan a esta bahía, y que sólo mediante el esfuerzo de sus máquinas pudo zafarse media hora más tarde.

El general Villagrán, que como se sabe es el jefe de toda la fuerza, tan pronto impartió la orden de fondear, dio también la de desembarcar. Y para facilitar la operación ordenó al *Angamos* que a todo vapor se trasladase a Pisco, y por medio de un parlamentario pidiese la rendición incondicional de la plaza; y mientras que esta nave cruza rápidamente la mar y devora las diez millas que separan a Paracas de la capital de la provincia de Ica, el general Villagrán comandante de la 1ª División ha echado pie a tierra una compañía de la Artillería de Marina, la que manda el capitán don Juan Rojo y que estaba embarcada en la *Chacabuco*.

Rojo tan pronto saltó a tierra como avanzó desplegándose en guerrilla hacia el norte, por la playa, en dirección a Pisco.

Momentos después tomaban tierra también cuatro piezas de artillería de montaña con su dotación completa de oficiales, tropas, mulas, atalajes y municiones.

En un par de lanchas planas, el capitán don Gumercindo Fontecilla se embarcaba juntamente con su tropa y material y desprendiéndose del *Itata* hacían rumbo hacia Paracas.

Junto con Fontecilla y sus artilleros se embarcó asimismo el comandante don Roberto Souper, ayudante de campo del general Villagrán, que iba en comisión y con el fin de explorar el campo enemigo.

Don Gregorio Urrutia, jefe de Estado Mayor, con una actividad digna de encomio, sin precipitación, daba órdenes al mismo tiempo para que Granaderos a Caballo desembarcase inmediatamente su tropa y ganado que venían en la *Julia* y *Excelsior*, buques remolcados por el *Lamar* y *Limarí*, que habían de los primeros fondeado en esa mañana.

Y aquí habremos de anotar que, en las dos primeras lanchas planas que se desprendieron de la *Julia*, desembarcaron tropa y caballos, unos pocos solamente; y que todos los demás animales fueron sencillamente botados al agua, operación que se hizo también con el ganado vacuno, abriendo los portalones de los barcos.

Los caballos tan pronto caían al agua como se les convoyaba o dirigía a tierra, escoltándolos con cuatro o cinco botes, y tan luego divisaban la playa, nadando trataban de llegar cuanto antes al continente, donde eran tomados por la tropa y ensillados inmediatamente.

A las tres y media de la tarde todos los veteranos de Yávar y de Muñoz Bezanilla estaban desembarcados y a caballo, listos para emprender la jornada a Pisco. Granaderos abría la campaña con un efectivo de 527 hombres que habían hecho la más feliz de las travesías en las barcas *Julia* y *Excelsior*.

Y mientras el comandante Souper avanza casi solo en dirección al norte trayendo a su retaguardia a la Artillería de Marina de Rojo, a bordo del *Itata* se acuerda enviar a tierra a los señores Isidoro Errázuriz, Eulogio Altamirano, Alberto Stuen, delegado de la Intendencia del Ejército, y a Daniel Cuervo, ayudante del ministro de la Guerra señor Vergara, para que unidos a Souper se incorporen a la vanguardia que va camino de Pisco.

En el inter el desembarco continúa activamente, el regimiento Atacama con Martínez y Zorraíndo a su frente deja su alojamiento de la *Norfolk* que remolca el *Itata* y en mucho menos tiempo que el que echara en embarcarse se dirige a tierra.

En verdad, en esa tarde sin cuidado ninguno desembarcaron todos nuestros expedicionarios.

Y aquí habremos de dejar constancia que un poco afuera de Paracas, existen algunas *cacimbas*, nombre que los naturales dan a los pozos de agua potable, líquido en verdad un tanto salobre, pero que nuestros soldados tomaban, no diremos con delicia, pero si bebían pacientemente.

Paracas es un lugarejo muy pobre y sumamente escaso de víveres y recursos, así como también en pastos, porque su vegetación es escasa, viéndose de trecho en trecho, aquí o allá, retazos de terrenos fértiles, pastosos y arbolados.

Cuando algún barco necesitaba lastre, allá en los días del güano, solían tomarlo en la punta Ripio donde existe bueno y en abundancia.

A las cuatro y media millas al norte de Paracas, sentada sobre las riberas del mar encuentra el viajero que recorre esas solitarias playas una ranchería de pescadores nombrada San Andrés, lugarejo muy frecuentado en la estación del estío, por los habitantes de Ica, de Pisco y de Pisco Alto, que se reúnen en San Andrés buscando sus tranquilas aguas, juntamente con el abundante y delicioso pescado, que los habitantes de esta aldea pescan en sus fangosas y mansas aguas.

Y allí muy cerca, cinco millas escasas al norte del histórico lugar en que desembarcó San Martín en 1820 y ahora lo hace Villagrán, al noreste de la península de Paracas, se abre el puerto de Pisco abrigado por las islas de Ballestilla, Tres Marías y San Gallán que impiden y suavizan la entrada del viento norte y del noroeste, soplando fuerte el suroeste que encabrilla la mar por no tener tierra de por medio que de esa brisa la defienda.

La playa de Pisco es baja, arenosa, corrida como la de Paracas.

A dos cables de distancia del cabezo del muelle, que entra al mar hasta 700 metros y a 7,5 metros de agua, se encuentra el surgidero con fondo de fango, esto para los buques de poco calado, que los grandes transportes, nuestros blindados, estos tienen que largar sus anclas mar afuera para defenderse de la fuerte marejada que con facilidad suma levantan los vientos del suroeste.

El *Paracas*, es decir la brisa, el viento que diariamente sopla en Pisco, salta por lo general a las 11 de la mañana y no cesa sino cuando ha cerrado la noche.

El *Paracas* es una brisa fresca que en ocasiones suele tomar situaciones molestas impidiendo hasta el embarque, haciendo garrear las lanchas y, sujetando a los barcos al ancla, porvocarles fuertes y continuados vaivenes; los capitanes que saben lo que es Pisco, anclan siempre mar afuera y aseguran sus barcos con buenas anclas que encuentran fondo con 85 a 90 metros de cadena.

Para ser exactos diremos aquí, que el muelle de Pisco se interna en el mar hasta 672 metros, teniendo en su cabezo un fondo de 7 metros de profundidad.

Si el viajero es curioso, observador o preguntón como nosotros, sabrá que en el extremo del muelle jamás revientan las olas y que estando provisto de una buena escala, el embarque se puede hacer siempre, así sea que el *Paracas* sople cual si fuera huracán.

En tiempos normales, el faro, que se levanta en la punta del muelle a 14 metros de altura sobre el nivel del mar, da una luz roja que los navegantes divisan desde trece millas afuera.

En tierra, en el lugar en que comienza el muelle y dándose el frente, existen dos buenos edificios de madera destinados a la Aduana y Capitanía de Puerto.

El nombre de Pisco ha sido tomado de la palabra piscu, de origen quechua que quiere decir pájaro.

Pisco se divide en Alto y Bajo Pisco; en este último queda el muelle, edificios de la Capitanía, Aduana, resguardos y las grandes bodegas en que se guarda y conserva el famoso aguardiente denominado Pisco o Mosto Verde que se cosecha en los campos vecinos a Ica, Caucato, Humay, Macacona, Chuchanga y demás ingenios y haciendas que riegan los tres o cuatro ríos que con sus aguas fertilizan los campos de la provincia de Ica.

En Pisco Alto se levanta el edificio de la prefectura, las diferentes iglesias cuyas torres se divisan desde abordaje; y están situadas y radicadas ahí las grandes tiendas y casas fuertes que tienen los negocios del puerto, de Ica y de todo el valle.

Debemos aquí dejar constancia que ambos pueblos no son edificados a la moderna, que al contrario, ellos tienen el sello de antaño, del tiempo del auge de las Chinchas, cuando eran emporios de güano y de riqueza.

En 1880, cuando nosotros conocimos a Pisco, tenía esa localidad el sello de melancólica tristeza con que impregna la guerra a los pueblos que azota y que, en las ciudades vencidas asume proporciones tris-tísimas; un silencio de muerte dominaba todo el muelle, bodegas, embarcaderos, etc.

Sus habitantes habían abandonado sus moradas; la bandera del Perú no flameaba en ninguna parte, que sólo los colores chinos, de Italia o de Inglaterra, Francia y Alemania y el inmaculado tricolor chileno ondeaban en Pisco Alto y Bajo.

El muelle está provisto de una magnífica cañería para hacer aguada que se extiende hasta la misma punta.

No hay para qué decir que Pisco es el puerto mayor del departamento de Ica, provincia de Chincha que tiene o tenía por 1880 alrededor de 3.000 a 3.500 habitantes, ni que fuera del gran comercio de vinos y aguardientes que se extraen de los departamentos de Ayacucho y de Huancavelica, metales preciosos y grandes cantidades de lanas de oveja y de vicuña; que en sus campos se cultivan y producen el algodón, los dátiles, los frejoles y en grande abundancia los vinos y aguardientes; ni que estos se exportan en los famosos cancos de arcilla, porque eso lo sabe todo el mundo, así como también que se extrae por pisco abundante cosecha de azúcar de caña.

Y si por entre mis lectores hay algún aficionado a lo bueno, en materia de pisco, les diremos que las mejores marcas eran por aquellos años de Dios, las de Torre, Ledos, Elías y Falconi.

Ica dista de Pisco 67 kilómetros, extensión que tiene la línea férrea que une a ambas ciudades, y por descontado de este puerto tenía telégrafo a Lima, Ica y a todo el Perú.

Los dos Piscos, Alto y Bajo, están separados apenas por doce a catorce cuadras; hermosas quintas se levantan aquí y allá y las brisas del mar suavizan con sus refrescantes y salinos aires, los ardientes soles de los trópicos que a plomo caen sobre aquellas regiones.

Hemos nombrado a Ica para dejar constancia que esta ciudad tiene alrededor de unos 7.200 habitantes, siendo la capital del departamento y provincia de su mismo nombre.

Ica, que fue fundada en 1563, ha tenido la desgraciada suerte de haber sido destruida y asolada por frecuentes terremotos, ocurridos uno en 13 de mayo de 1647, otros por los años de 1664 y 1814.

DE PISCO A CHILCA. DETALLES GEOGRÁFICOS

Y como pronto tendrán que operar las tropas del general don José Antonio Villagrán en el puerto de Pisco, en sus valles y muy especialmente en la costa que se extiende al norte del puerto en que han desembarcado las fuerzas chilenas, he aquí algunas noticias de esa región, que las damos para que, nuestros lectores, se den cuenta cabal del terreno en que deberá operar el general comandante de la 1ª División.

El general Villagrán y sus hombres, como veremos luego, tendrían que recorrer la zona comprendida entre Pisco y Lurín, es decir, habría necesidad de efectuar la travesía por regiones incultas, desiertas, cortadas aquí y allá por quebradas profundas, por valles malsanos, escasos de pasto, sin recursos de ningún género y sobre todo sin agua.

Si el viajero audaz que se interna en esa región se toma el trabajo de mirar y escudriñar las alturas que dominan a Pisco por el nororienté, verá que las cordilleras de Castro Virreina separan el departamento de Ica del de Ayacucho; y cuenta cabal se dará también que de esas cumbres nacen los ríos que riegan y fertilizan los valles de Pisco, Caucato, Ica, Chíncha, Cañete, Mala, Chilca y Lurín, que es el último término de nuestra jornada.

El Pisco y el Huiatara, unidos, forman el río Chuchanga y son sus caudalosas aguas veraniegas las que, después de regar el valle de Pisco, se vacían en el mar, unas dos y media millas al norte del gran muelle de la ciudad y puerto de los Mostos Verdes.

Más al norte nuestros expedicionarios tendrán que pasar por el río Cañete, que nace en la laguna Pariacaca a 4.383 metros de altura y, que después de vaciarse en el lago de Paucarcocha y de fertilizar los campos y quintas de Vilcas, se lanza al suroeste hasta llegar al mar.

Y andando siempre en demanda de Lurín, se encuentran los ríos Asia y Mala; el primero desciende de las alturas de Omas, provincia de Tangos; parte el segundo de la cordillera de Huarochiri, donde está asentada la laguna de Tutucocha, que es la generadora del torrente de Mala, que se lanza al mar después de nacer a la altura de 4.823 metros.

Y no son los más los ríos que recorren esos valles, que las aguas que consume el viandante no son otras que la que ellos dan juntamente con las de los salobres pozos que se encuentran en los desiertos parajes que quedan entre el valle y valle.

Partiendo de Pisco a dos y media milla al norte están las bocas del río de su nombre; y tan pronto se avanza un poquito, el viajero percibe sobre su derecha las cerrilladas o altos de Caucato, que alcanzan unos 300 a 400 metros de altura.

Y luego se abre también la rada y caserío del mismo nombre, con mal surgidero abierto a la mar de suroeste, con reventazones frecuentes que dificultan los embarques de azúcares, algodón y demás menestras que producen el ingenio y hacienda de Caucato, o el desembarque del fertilizante, abono de las Chinchas que se usa en todos los campos de esa región.

Y como siempre hay que seguir marchando al norte, para llegar a Chorrillos, nuestros expedicionarios habrán de encontrar a su paso a Tambo de Mora, que es puerto, aldea y hacienda; puerto que está situado inmediatamente al norte de la desembocadura del río y por el que se embarca mucho azúcar, aguardiente, vinos, algodón y todo cuanto produce el rico y hermoso valle de Chíncha; aldea que cuenta con unos doscientos habitantes y cuyo caserío se divisa desde el mar; hacienda, la que extiende sus potreros hacia el interior, donde abundan las provisiones frescas, las aves y las frutas que ahí casi no tienen precio.

Lo que escasea sí en la carretera que conduce al norte es el agua, cuyos pozos o cacimbas apenas sí juntan en la noche la necesaria para alimentar una compañía.

Y ahora la costa cambia su contorno, como quien dice se inclina al noroeste, y el desierto apoderándose de esa región le da un aspecto tristísimo, desolador.

La playa se acantila por millas, que se suceden sin cesar, riscos, alturas rocosas, montecillos que alcanzan hasta 150 metros de elevación, más que menos, y que extienden sus lomadas hacia el interior; que son yerros pelados, escuetos, sin vegetación alguna; que tienen un suelo duro, erizado, lleno de guijarros que molestan infinito al viandante, al soldado, se extienden entre Tambo de Mora y el valle de Cañete, el antiguo oasis llamado Huarco, por espacio de unas 24 millas.

Sin embargo, la faja árida que bordea el mar no es muy ancha, que pronto esos cerros subiendo hasta alturas quizás de 430 metros, se convierten en llanadas y planicies llenas de vegetación donde se

asientan hermosos ingenios de azúcar que humean constantemente, divisándose desde lejos las casas de las haciendas y las negras chimeneas de las fábricas donde se elabora la dulcísima caña.

Sembrados de papas, yucas, camotes y frejoles, plántales de algodón, viñas, hortalizas y frutales de infinita variedad; plátanos, duraznos, piñatales, se divisan desde los cerros de la costa, y en medio de aquel hermoso valle de Cañete, el río de este nombre, fertilizando tan hermosos cuanto cultivados y feraces campos.

Cañete produce riquísima azúcar, magnífica chancaca, y para que se vea la importancia de la industria azucarera anotaremos aquí que en 1891 elaboraron sus ingenios 97.250 quintales métricos de azúcar.

Otra industria que prospera en el antiguo valle de Huarco es la del aguardiente, no la del aromático Mosto Verde sino la del de caña, que iniciada por los años de 1840, llegaba a producir 450.000 litros en 1857, subiendo en 1871 a 2.016.600 litros del riquísimo ron de Cañete.

Y si insistimos en dar publicidad a todos estos datos, es sencillamente para que el público, Chile entero, se penetre del esfuerzo que gastó el Ejército que operó en esta región; y para que se conozcan las riquezas que encierra el Perú y la necesidad absoluta que hay de poner término al Tratado de Ancón, de solucionar la cuestión de Tacna y de Arica, asentando ahí nuestro pabellón antes que sus habitantes entreguen todo el país al coloso del norte.

Cañete, el pueblo, tiene una población más o menos de 1.200 habitantes y entre las aldeas que lo rodean se distinguen Hervay, Montalbán, Santa Bárbara y Pueblo Viejo, que son asimismo otras tantas grandes haciendas.

Ruinas imponentes demuestran que este rico y fértil valle tuvo gran situación durante el Imperio del Sol: el viajero se queda asombrado, ensimismado cuando recorre los derruidos templos y fortalezas incásicas de Chuquimarci, Hervay y Cancharique que demuestran el esfuerzo soberano de una raza que fue. Ciento sesenta y un y medio kilómetros queda Cañete de Lima y ciento cuarenta y siete y un cuarto de Lurín; sesenta y un y cuarto kilómetros lo separan de Tambo de Mora y de Chíncha Baja.

Como nuestros legionarios van por los caminos que bordean el mar, pronto se encontrarán con la Punta Fraile, situada a 46 millas al norte 15° oeste del extremo norte de la isla de San Gallán, limitando por el septentrión el valle de Cañete.

Dejando a Punta de Fraile, la costa toma hacia el noreste, y luego se encuentra la caleta de Cerro Azul, que tiene un muellecito de madera y pésimo fondeadero.

Desde a bordo, asentado en el fondo de la caleta, se divisan las casas de la aldea y también un ferrocarril particular que parte al interior.

LA CAMPAÑA A LIMA. BATALLAS DE CHORRILLOS Y MIRAFLORES

Debe prevenirse que Cerro Azul embarca mucha azúcar, aguardiente, ron y chancaca; que no faltan víveres frescos y frutas: todos estos pueblos tienen, con Lima, comunicación telegráfica bien servida.

De Cerro Azul, siempre al norte, sigue Punta Lobería, a unas cinco millas de Punta Fraile; luego se encuentra el río Asia, que como hemos dicho anteriormente, nace de las alturas de Homas en la provincia de Tangos.

Y cuando apenas se han recorrido unos cuatro kilómetros, se divisa el río y valle de Mala, que nada tiene de notable a no ser que en su desembocadura el mar furioso bate siempre las cristalinas aguas que en él vacía el río nombrado.

Y ya estamos cerca de Chilca, que en aimará quiere decir hiel, cólera; a poco más de kilómetro y medio al interior de esta caleta se encuentra el pueblecito del mismo nombre, viviendo sus habitantes de la explotación de las salinas de la costa que es su principal fuente de riqueza, producto que mandan a lomo de mulas a Lima, y también de la agricultura, no del de su pobre valle, sino de los campos que están en el interior.

Se ha dicho que, en la zona comprendida entre Pisco y Lurín, existen varios ríos, pero eso no quiere decir que el agua sea abundante en los caminos que unen a las dos localidades citadas; que por el contrario, la escasez del líquido nombrado es por demás tan grande que en el largo desierto trayecto de que nos venimos ocupando, las cacimbas conocidas son pocas, de agua escasa y de pésima calidad.

Así, en Jaguey la aguada tenía 30 centímetros de diámetro por 7 centímetros de profundidad.

En Asia existen otros tres positos y en Chilca se encontraron también aguadas salobres y con poca agua.

A su tiempo, narraremos los trabajos, el modo y forma como, don Arturo Villarroel, comandante de una brigada especial de Zapadores o pontoneros que se formó *ad-hoc*, arregló los pozos que se encontraron diseminados en el desierto camino de Pisco a Lurín.

LAS TROPAS CHILENAS DESEMBARCADAS EN PARACAS AVANZAN SOBRE PISCO

Y mientras nosotros hemos recorrido histórica y geográficamente la región que se extiende al norte de Pisco, el general don José Antonio Villagrán, que ha tenido noticias seguras de las fuerzas enemigas, ha ordenado al comodoro Viel, envíe a tierra lo menos 3.000 hombres.

El *Angamos*, buque de rápido andar, había sido mandado a Pisco, y su comandante, un piloto italiano que servía bajo nuestras banderas, enviado como parlamentario.

Este oficial, tan pronto desembarcó, se dirigió a la gobernación, buscó al Prefecto que lo era el coronel comandante de la Plaza, don M. S. Zamudio, y recibió de él la terminante contestación que no entregaba el puerto y que lo defendería a morir.

Vista esta terminante respuesta, nuestro piloto se retiró al *Angamos*, pero antes de dirigirse a su buque, hizo una visita a un barco italiano que se encontraba fondeado en el puerto; y ahí, para su fortuna, encontró a una señora paisana suya, que le dio aviso de que las fuerzas enemigas sumaban unos 3.000 hombres de infantería y de caballería, que era voz pública en tierra que no se rendiría por nada de este mundo. Estimaba la dama italiana que la lucha sería tremenda, tenaz, sin cuartel. Agregaba asimismo, que numerosas minas rodeaban y defendían a Pisco por la parte sur, y que la bahía y muelles estaban también cubiertos de estos terribles torpedos.

Y mientras regresaba a Paracas el *Angamos*, desde abordó, todo el mundo pudo ver, a partir de Pisco, varios trenes que se alejaban hacia el interior, en dirección a Ica.

Y para que los del *Angamos* no dudaran de que Pisco estaba minado, al dejar el puerto y pasar frente a San Andrés, estallaron dos magníficos polvorazos, que a nadie hirieron, porque las fuerzas chilenas estaban dos millas distantes de San Andrés y diez de Pisco.

Aquello fue algo así como un aviso oportuno, que en buen romance quería decir: señores chilenos, si ustedes se atreven entren; pero volarán todos por los aires; Pisco es un volcán.

Y nadie voló, porque todo aquello era una ridícula farsa peruana preparada por la enfermiza imaginación del jefe enemigo, para intimidar a los invasores y obligarlos a reembarcarse.

Souper, entre tanto, con el valor indomable y la sangre fría que siempre distinguió al bravo comandante, que si no llevó más hijos a la guerra fue sencillamente porque no tenía sino dos, Roberto y Carlos, al frente primero de la compañía de Artillería de Marina del capitán don Juan Rojo y luego completamente solo, a caballo, sin ordenanza ninguna, avanzó por el camino de la playa sobre Pisco.

El comandante Souper, antejo en mano, siguió tranquilo su marcha y anduvo sin encontrar un enemigo unas veinticinco cuadras; pero al subir una pequeña eminencia pudo ver a su frente, en correcta formación, a las tropas enemigas; sus líneas eran compactas y las guerrillas del caso inmóviles se destacaban a su frente reglamentariamente.

El bravo comandante detuvo su caballo y con calma soberana principió a contar, digámoslo así, las fuerzas que tenía a su frente; operación que no pudo terminar porque desde a bordo de la *Chacabuco*, que había seguido a nuestro explorador, divisaron también al enemigo, y sin que éstos se lo imaginaran, rompieron sobre ellos sus fuegos y con tan buenas punterías, que, a los seis o siete disparos, el desbande peruano fue general, todos huyeron perseguidos siempre por las granadas de la corbeta que los ametralló sin piedad.

Los caminos del alto, los del bajo, toda la campiña se veía cubierta por las huestes de Zamudio, que campo travieso corrían para escapar a tan imprevisto y mortífero ataque.

Sin embargo, Souper, don Isidoro Errázuriz y don Alberto Stuyen, que llegaron a la lomada ocupada por el primero, cuando la *Chacabuco* había roto sus fuegos, pudieron notar que los jefes peruanos conseguían reunir a sus desbandados batallones en una hondonada, que no era dominada por los cañones del buque de la insignia.

Todavía más, pasado el primer momento, tiradores enemigos avanzaban sobre los nuestros, cubriéndose con las tupidas arboledas, y a 600 metros más o menos, abrían sostenido fuego sobre el grupo de Errázuriz, Stuyen y Souper.

Y cuando nuestros exploradores, después de haber cumplido su misión, descubriendo al enemigo, se retiraban sobre Paracas, los alcanzó el alférez de Granaderos a Caballo, don Fernando 2º Ibarra, de la 2º del tercer escuadrón, que con ocho hombres venía a ponerse bajo las órdenes del comandante Souper.

Este, en el acto, mandó un granadero, que partió a escape, avisó a Roco, para que, a paso de carga, avanzase con su compañía de Marina, tropa que minutos después se incorporó a Souper y con la cual se emprendió el ataque de las fuerzas contrarias.

Mas, éstas, sin presentar batalla, emprendieron franca retirada sobre Pisco, disparando sus armas y haciendo un fuego que, sostenido al principio, poco a poco se fue debilitando.

La persecución se sostuvo lo menos por dos o tres leguas, en terrenos accidentados, ya sembrados o desiertos, cubiertos en partes por añosas palmeras, por tupidos árboles y matorrales en otras.

A fin, después de aquella forzada marcha, las fuerzas del comandante Souper divisaron junto con los edificios de Pisco, a las tropas enemigas, formando su línea y apoyándola en los terraplenes del ferrocarril que une al puerto con Ica; por la derecha se divisaban unos 50 infantes y a la izquierda de la línea férrea quedaban unos 15 ó 20 hombres más.

Souper, a quien se habían aumentado sus fuerzas con 9 granaderos traídos por el mayor y ayudante del ministro de la Guerra, don Daniel Cuervo, poniéndose al habla con don Isidoro Errázuriz, determinó emprender el ataque y tomar posesión de Pisco.

Sabía Souper, por declaraciones tomadas a algunos prisioneros, que la caballería se había dispersado y que el grueso de la infantería se había trasladado a Ica por ferrocarril; y que, de los infantes que se habían dejado en Pisco, no existían tampoco sino los que se divisaban al frente.

La situación no podía ser mejor; Pisco caería en pocos minutos más en poder de las avanzadas chilenas; pero, cuando se daba la orden de avanzar, un ayudante del coronel don Gregorio Urrutia ordenaba a Souper que se replegara al grueso de las fuerzas chilenas de Paracas.

Y aquí es necesario dejar en claro que Souper, Errázuriz, Stuyen y Cuervo querían ocupar a Pisco con solo los 17 granaderos del alférez Ibarra, porque los 100 hombres de Artillería de Marina del capitán Rojo, por ser infantes que caminaban por el terreno más accidentado que es posible imaginar, no habían podido seguir la rápida marcha de nuestros jinetes.

Y como la orden de retirada era clara, precisa, terminante, la descubierta volvió grupas y se dirigió al sur; más a poco andar, al encimar un pequeño montículo, a sus pies, desplegados en guerrilla se encontraron con los hombres del capitán Rojo, que marchaban en demanda de Pisco, y allá, a retaguardia, divisaron dos escuadrones de Granaderos a Caballo.

Y a pesar de la orden de retirada transmitida al jefe de nuestra vanguardia, éste, haciendo caso omiso de ella, emprendió de nuevo su marcha en dirección a Pisco.

Estarían los expedicionarios, más o menos a unas 20 cuadras del puerto, cuando se presentaron, entregándose prisioneros, tres soldados peruanos de caballería, armados de carabinas Winchester, teniendo por única prenda de uniforme un veterano kepí; interrogados estos infelices, declararon que ellos no querían batirse, que los habían tomado a la fuerza, y que en Pisco existían como unos 2.000 hombres entre infantes y jinetes; agregaban que el pueblo estaba foseado y que por el lado de la playa había grandes zanjas y trincheras.

Ante tales declaraciones y oído el parecer de los jefes que reunió Souper, se determinó atacar la ciudad y ocuparla inmediatamente; al efecto, la pequeña división en el acto rompió la marcha.

Y cuando ya estaban encima de Pisco, cuando en poco más de media hora habrían entrado a la ciudad, cuando se encontraban en sus goteras, otro soldado de granaderos nuevamente comunicaba la orden del jefe de Estado Mayor, coronel Urrutia, a Souper, que retrogradase con todas sus fuerzas y se uniese al grueso del Ejército.

En el acto se hizo alto y tras breve consejo, teniendo presente lo acontecido, por escrito, se pidió el permiso necesario para seguir avanzando. Y mientras éste llegaba, se dio a la tropa el descanso que bien ganado tenía, sobre todo los infantes.

Don Alberto Stuyen, delegado de la Intendencia, partió a galope, cumplió con el encargo y regresó con la orden terminante de suspender la marcha y de unirse al grueso de la división.

Y Souper, Errázuriz, Cuervo, Rojo y Stuyen dieron frente a retaguardia de mala gana, pensando que aquella malhadada disposición los privaba de ocupar a Pisco en esa misma tarde.

Y cuando habían andado unas poquísimas cuadras, nuestros expedicionarios se encontraron con el teniente don Enrique Padilla, que al mando de un piquete de Granaderos marchaba en dirección de Pisco juntamente con la 3ª Compañía del regimiento Atacama, la del capitán don Gregorio Ramírez, que traía su dotación completa, es decir, 250 hombres.

Con este refuerzo inesperado, la columna del comandante Souper se hacía más respetable, contaba ahora de 250 infantes y de poco más de dos escuadrones de Granaderos a Caballo; no era posible con tales soldados no tomar posesión de Pisco, se dijeron los jefes de la descubierta.

Y para tener de que agarrarse, para poder dar una excusa, una disculpa favorable al desobedecimiento que se proyectaba, se preguntó a los señores Ramírez y Padilla las órdenes que traían; y estos declararon que no se les habían dado otras, sino la de ponerse a las órdenes del señor Souper “ya fuera para avanzar o retroceder”; eso era cuanto les había dicho el coronel Urrutia.

Y como el deseo de avanzar sobre Pisco, de batirse y de tomar posesión de la ciudad que a su frente tenían, era general en todos aquellos hombres; oídas las contestaciones de Padilla y de Ramírez, se pensó que la orden dada a estos dos oficiales por el coronel Urrutia, era posterior a la que había recibido Stuyen; y tomándose de esta suposición antojadiza, acordaron dar frente a retaguardia, atacar y tomar posesión de Pisco.

Don Isidoro Errázuriz, Cuervo, Souper, Stuyen, Rojo, Ramírez, todos opinaron por avanzar sobre la ciudad y puerto enemigos.

Al afecto, se desplegaron en guerrilla una parte de nuestros bravos infantes y los granaderos haciendo descubierta exploraron atentamente el campo.

En el semblante de todos aquellos soldados se leía la alegría intensa de sus corazones, porque creían que en pocos minutos más, podrían medir sus armas con el odiado peruano, el eterno enemigo de nuestra raza.

A todo esto el sol iba caminando a su ocaso, el día declinaba visiblemente; y aún cuando no estaba nuestra fuerza sino a diez cuadras a lo más de Pisco, don Isidoro Errázuriz, propuso que antes de entrar al pueblo se enviase un parlamentario.

Momentos después, Stuyen, munido de las instrucciones del caso, acompañado de dos granaderos, dejó el campo chileno y avanzó sobre la ciudad enemiga.

Mientras tanto en el cuartel general chileno había verdadera angustia por lo que ocurría; Villagrán que de sobra conocía el imponderable y fogoso valor de Roberto Souper, temiendo por su vida y la de su

diminuta primera descubierta, que bien podía haber caído en alguna celada, había poco a poco enviado en su auxilio a las fuerzas que se han detallado; a su retaguardia marchaban otros cuerpos de tropa, que como veremos más adelante diseminadas pernoctaron todas en las orillas del mar.

Y cuando Stiven se encontraba en Pisco, Souper recibió nuevo aviso de Villagrán para que volviese al sur; y aunque la orden era por demás terminante, el Consejo creyó que teniendo presente que el parlamentario chileno no había vuelto de su comisión a Pisco, que no era posible abandonarlo a su suerte, dejándolo en la ciudad enemiga: opinaba la junta de guerra esperar el regreso de Stiven de la ciudad enemiga.

Y para poder salvar en forma clara esta dificultad, don Isidoro Errázuriz, redactó el oficio de estilo, consignando lo expuesto; y una vez que todos los asistentes firmaron se devolvió el emisario a Paracas en busca del general Villagrán.

Y a todo esto son ya las 8 de noche, se ha oscurecido completamente hace rato; las tinieblas más negras y densas rodean el improvisado campamento chileno.

Y como Stiven tarda demasiado en regresar y son las 9 de la noche y nuestros granaderos han capturado dos bueyes y dos hermosas terneras, se da orden de matar las reses y de tocar llamada a son de corneta desde una altura vecina para orientar al parlamentario, que puede venir de regreso.

Momentos después Stiven apareció en el campamento chileno, los toques de llamada le habían sacado del dédalo en que la oscuridad de la noche lo había colocado.

Y tan pronto Alberto Stiven hubo iniciado su relato, se dio la orden definitiva para acampar, comer y dormir.

Veamos ahora lo que ocurría en Pisco y como fue recibido Stiven por Zamudio y su ejército.

Nuestro parlamentario enarbolando bandera blanca fue admitido cortésmente por un teniente peruano que lo condujo ante el prefecto don M. S. Zamudio, que contestó a la intimación de rendir la plaza y de evitar el derramamiento de sangre con que “la plaza se defendería por todos los medios que permita la guerra”

Stiven a pesar de tan terminante y militar contestación, insistió en su demanda, pero, Zamudio, firme en su propósito repitió nuevamente la frase copiada.

Stiven, se retiró entonces y para poder recorrer a su sabor el pueblo, no quiso aceptar la compañía de un oficial enemigo que le ofreció el prefecto peruano.

De ahí que, el enviado chileno pudiese recorrer la ciudad y penetrarse de que no sólo la tropa enemiga la había evacuado, sino que sus habitantes en masa habían emigrado.

Al día siguiente, 20 de noviembre, antes de la diana, los hombres de Souper obedeciendo las órdenes del caso contramarcharon sobre Paracas; y cuando no le quedaban sino un par de leguas la brigada Lynch cortándoles el paso, les dio el aviso de que todo el Ejército se dirigía a Pisco.

Efectivamente, después de haber refrescado a sus hombres en San Andrés, Lynch continuó su marcha; a las 2 de la tarde del día 20 de diciembre citado, don José Antonio Villagrán, con la Artillería de Marina, 2º de Línea, Talca, Atacama, Colchagua, artillería y granaderos, tomaba tranquila posesión de Pisco.

Zamudio y sus tropas a pesar de su deseo [de] “defender a morir la plaza” la habían cobardemente abandonado.

En la tarde del mismo día 20, entraban también a Pisco el 4º de Línea y un escuadrón de Granaderos a Caballo comandado por el comandante don Francisco Muñoz Bezanilla.

El Chacabuco, Coquimbo, la artillería de campaña, bagajes, Parque General de la división y toda la impedimenta que arrastra necesariamente un cuerpo de ejército quedaron en tierra, en Pisco mismo, en los días 20 y 21; es decir, se trabajó sin descanso el sábado y el domingo; el precepto bíblico durante la campaña pocas veces se tomó en cuenta; en aquellos tiempos se trabajaba, y bien, todos los días del mes.

El general Villagrán y el ministro de la Guerra en campaña don José Francisco Vergara, no daban tregua ni descanso a la ímproba y patriótica labor que el país les habían encomendado, y con actividad prodigiosa ejecutaron el desembarco y emprendieron al mismo tiempo la ocupación del territorio enemigo.

EJÉRCITO PERUANO DE PISCO

Como se ha visto, el coronel don Manuel Antonio Zamudio tenía el mando supremo de las tropas que operaban en el departamento de Ica, a que se daba el pomposo nombre de *Ejército de Pisco*; que, en puridad de verdad, no era sino un hacinamiento de hombres, de reclutas pertenecientes a la Reserva, que no tenían uniforme y a quienes sólo en parte se habían entregado armas.

Su número pasaba de tres mil hombres; entre ellos existía un regimiento de Caballería de Línea, el Carabineros del Rímac, cuerpo bien uniformado y armado, mandado por el veterano coronel don José Sevilla, hombre tenido por bravo entre los suyos, que había en varias ocasiones mandado a la Policía de Seguridad de la capital enemiga.

Fuerza de artillería no existía en el ejército del coronel Zamudio, que si contaba con los siguientes batallones de infantería: Concordia, Pisco N° 2, Zunampe, Chinchá N° 4, Granaderos, Chinchá N° 6, Columna San Martín, Columna de Navales y de Zapadores.

El coronel Sevilla que mandaba como hemos anotado el Carabineros del Rimac, tenía también bajo su comando a la 1ª Brigada de Caballería, que se componía del cuerpo citado con más los regimientos Lanceros de La Independencia, Humay N° 1, Carabineros de Chinchá Baja y escuadrón Tiradores de Ica.

Entre los jefes enemigos que se hicieron notar, no por su valor, sino por sus curiosas y petulantes comunicaciones telegráficas, se encontraban los señores Lucio Pinilla, Andrés Pérez, Domingo J. del Valle, Juan José Pinillos, Manuel S. Alba, Nicolás Portal, Matute, Bustamante, etc., que se batieron con nuestras tropas sólo imaginariamente; pero que dejaron sus nombres escritos al pie de notas oficiales que huelen más a teatro, a zarzuela o *veaudeville*, que no a hombres y cosas de guerra, a verdaderos soldados.

Para ser justos y desapasionados, descartando a los jinetes de Sevilla, lo demás no era tropa, no digamos de línea, que en verdad sólo pueden calificarse de tales no los hombres que defendían Pisco, que eran reclutas, cívicos domingueros, que no otra cosa fueron los pobres braceros de los valles vecinos a Pisco, a quienes don Nicolás de Piérola pretendía presentar como soldados.

El desbande de las huestes del prefecto Zamudio fue lógico, porque no eran soldados los que mandaba y porque la plebe de esas comarcas no tenía idea de patria, de sacrificio ni de nada.

¡No existe la masa peruana, que no es homogénea cual la nuestra, que es raza, pueblo consciente, soberano, que se da cuenta cabal de su poder, la idea grandiosa de Patria; esta entidad moral que en Chile es una Diosa, en el Perú no tiene como entre nosotros altares en que sacrifiquen sus vidas Prat, Ramírez, Santa Cruz, Carrera Pinto, Pérez Canto, Cruz, Riquelme, Montt, Torreblanca, Marchant, Zorraindo y mil y mil más héroes, que desde los tiempos de O'Higgins, Bueras, Freire, Blanco, Borgoño, Alcázar, O'Carroll y Ruiz vienen ofrendando sus existencias con valor indomable, cual lo merece la augusta figura de la Patria!

Aquí se va al fuego con alegría; por placer se pelea y muere al pie de la santa, de la inmaculada enseña; allá, en el Perú, hay que bajar a lazo de los valles y montañas al indio y al serrano; para que carguen el fusil es necesario alcoholizarlo, y sólo cuando la inconciencia de la embriaguez domina el cerebro del desgraciado indio se le notan deseos de vestir el uniforme militar.

No eran pues soldados los del coronel Zamudio, ni tampoco puede tenerse como ejército a los dos mil y tantos hombres que tenía a sus órdenes; cuando más podrían estimarse como montoneros o algo así.

La guerra a que se entregaron, el modo y forma en que hostilizaron en su marcha a la Brigada Lynch, son la mejor prueba de nuestro aserto.

LA DIVISIÓN VILLAGRÁN OCUPA LOS ALREDEDORES DE PISCO

Cuando Zamudio fue requerido de rendición por el parlamentario, don Alberto Stiven, se sabe que, en absoluto se negó a entregar la plaza; he aquí ahora copiada a la letra el curioso documento en que dejó constancia.

“Comandancia en Jefe de la plaza.

Pisco, noviembre 19 de 1880.

En contestación a su intimación verbal de la rendición de la plaza, digo a V. S. que pude proceder a tomarla viva fuerza, y que un solo peruano no arriará el pabellón a las huestes invasoras. — Manuel A. Zamudio”.

Ya sabemos como, a pesar de tan brava decisión, el jefe enemigo abandonó cobardemente su puesto, sin disparar un tiro.

También hemos visto que Villagrán ocupó militarmente a Pisco el día 20; veamos ahora como operó el general chileno.

El domingo 21, antes de la diana, nuestros jinetes, los de Granaderos, que otros no habían en la 1ª División, ensillaban su caballos y después de parco desayuno, el teniente de la 1ª del tercer escuadrón, don Enrique Padilla, con el alférez don Nicanor Vivanco, oficiales que en el curso de la campaña brillaron por su denuedo, partieron en dirección a Caucato, acompañados de los señores Isidoro Errázuriz y Eulogio Altamirano.

El objeto de este reconocimiento no era otro sino el de explorar el territorio, juntamente con el de recoger ganado y víveres frescos para la división.

El teniente Padilla, llevando a su lado un guía muy conocedor de la comarca, tomó con sus hombres, primeramente hacia el norte; atravesó el río Pisco, y cargándose sobre su derecha, después de traspasar las cordilleras que limitan la orilla norte del río, se encontró antes de las siete de la mañana de ese día, en el fértil valle de Caucato, hacienda preciosísima, con magníficas y espléndidas habitaciones, grandes planteles y cultivos admirables.

En esta localidad tuvieron noticias nuestros expedicionarios que Zamudio y sus *invencibles legiones* deberían encontrarse en Ica o en Humay; y como el objeto principal era reconocer el terreno, Errázuriz,

Altamirano y Padilla continuaron su avance hacia el oriente; pronto se encontraron con el pueblecito de Córdor, después de haber recorrido su fértil valle y de haber pernoctado muy cerca de Humay, antes que aclarara el lunes 22 volvieron grupas en demanda de Pisco, conduciendo un hermoso piño de 230 vacunos, amén de las gallinas y aves de corral, botín obligado del soldado que sale en busca de víveres.

Errázuriz y Altamirano traían el convencimiento de que el Ejército enemigo era un mito; y que las fuerzas peruanas de Zamudio en realidad no podían ser sino cívicos y de la peor especie.

Villagrán, entre tanto, desde su cuartel general en Pisco, tomaba todas las medidas de seguridad imaginables; ordenaba al efecto, al capitán de pontoneros don Arturo Villarroel, que tan conocido fue con el apodo de “General Dinamita”, hiciera todos los reconocimientos del caso para limpiar la bahía, muelles y campiña, de los torpedos y polvorazos que el enemigo había colocado. Villarroel debía reparar también el muelle, el faro, telégrafos y todo cuanto en relación estuviese con su oficio.

Y el patriota “Dinamita Villarroel”, sin dar tregua a su labor, el día 22 había extraído tres torpedos; uno debajo del muelle y los otros dos de la calle que conduce al citado embarcadero, hacia el sur, equidistantes ambos 40 a 100 metros.

“Estas minas contenían pólvora negra líquida como betún y en el centro dinamita”, dice en su parte Arturo Villarroel; y estaban enterradas dos metros y cubiertas con piedras.

Se recogieron así mismo *“cuatro grandes torpedos de fierro cargados con dinamita y pólvora negra, y pesarían todos como cinco quintales métricos”;* “los conservo en mi habitación”, agrega Villarroel, que lo mismo dormía en mullido lecho que sobre un tarro de metralla; que, para nuestro querido amigo, no había imágenes más queridas que las de la libertad y la de Chile, a quienes consagró con esfuerzo poderoso y con infinita modestia toda su laboriosa existencia.

El “General Dinamita” recorrió el pueblo entero; compuso el faro de la punta del muelle, habilitó las oficinas telegráficas, arregló lanchas, rastreó toda la bahía buscando torpedos, y en una palabra, Villarroel se condujo en esta ocasión con tino y actividad ejemplares.

Y así como Villarroel dio en su ramo pruebas intangibles de asombroso trabajo, don Manuel José Vicuña, a su vez, proporcionó a la división magnífico pan, fabricándolo en hornos de su invención, que montó en carros *ad hoc*, que seguían al Ejército durante las marchas, dando teleras baratas, sabrosas y en tanta abundancia que, no sólo comían pan nuestras tropas, que los pisqueños devoraban con ansia las galletas fabricadas por don Manuel José Vicuña, el hombre de las bateas y de los *Hornos de Pan de Pisco Alto y de Lurín*.

Y a fin de cumplir con las instrucciones del comando en jefe, el general Villagrán ordenó al coronel don José Domingo Amunátegui, que el domingo 21 partiese a ocupar a Ica y su fértil y riquísima zona.

Al efecto, el caballeroso y diligente coronel partió de Pisco a la diana del lunes en demanda de Ica, al frente del 4º de Línea, de la batería 1ª, de montaña, del capitán Fontecilla y de 250 Granaderos a Caballo, jinetes que mandaba don Francisco Muñoz Bezanilla.

El 4º de Línea llevaba a su frente a don Luis Solo de Zaldívar, teniendo de segundos a los mayores don Miguel Rivera y don Pablo Marchant.

Con la fresca, las tropas de Amunátegui salvaron buena parte del desierto que al oriente de Pisco Alto se extiende; y aunque la marcha fue lenta, porque el terreno por lo arenoso y suelto es inapropiado para los infantes. Temprano los expedicionarios llegaron a la estación Milla 18, del ferrocarril de Ica a Pisco, que tiene 67 kilómetros de extensión y que, como era natural, estaba cortado en varias partes.

En Milla 18 encontró Amunátegui agua en abundancia, refrescó su gente, descansó y pernoctó.

Antes de la diana del lunes 22 de noviembre, la columna chilena levantó sus tiendas; el camino había cambiado, no era tan pesado; como a las 2 de la tarde la descubierta de Granaderos con don Alberto Stuen tomaba posesión de Guadalupe, es decir, estaban a esas horas a 12 kilómetros de Ica.

Y como en Guadalupe escasease el agua, Stuen, que tenía orden de proporcionar a la división chilena este precioso líquido, avanzó sobre la histórica aldea de la Macarena, situada entre Ica y Guadalupe, y en las 20 mulas de que disponía envió a Amunátegui el agua necesaria para continuar su marcha; mediante pues a la diligente labor del delegado de la Intendencia del Ejército, el 4º de Línea, artillería y Granaderos pudieron continuar su marcha y pernoctar en la Macarena la noche del 22 de noviembre.

Al día siguiente, martes 23, Amunátegui y sus hombres rompían de nuevo su marcha, y tras ocho horas de camino, a las 12, llegaban a Ica, siendo recibidos en las afueras de la ciudad por comisiones de extranjeros que avisaban que la población había sido abandonada por las autoridades y fuerzas enemigas.

A las 2 p. m. la columna chilena tomaba posesión de Ica, y los numerosos extranjeros y todo el mundo a su vez pudo convencerse de que nuestras tropas eran un modelo de corrección y de disciplina.

La artillería del capitán don Gumersindo Fontecilla, el 4º de Línea y los 250 Granaderos a Caballo tomaron las colocaciones que se creyeron adecuadas no sólo para resguardar el orden en la población, sino también para ocurrir en caso de ataque a los puntos que fuesen amagados.

Dos días después, el coronel Amunátegui participaba al general Villagrán la noticia de que la línea férrea de Ica a Pisco quedaba restablecida, mediante la inteligente labor de Stuver y de los Granaderos a Caballo, que habían podido encontrar enterradas cerca de Ica las piezas principales de las locomotoras del ferrocarril que habían sido ocultadas por el enemigo.

El telégrafo quedaba también corriente, y Pisco, es decir, Villagrán, disponía de todas las vías de comunicación que lo unían a Ica.

Y como Tambo de Mora es un puertecito de importancia, y el general Villagrán es hombre precavido, lo ocupa también; y para evitar a su tropa las molestias sin cuento de una marcha por la desierta y abrupta costa, de acuerdo con el ministro de la Guerra don José Francisco Vergara, que parte así mismo en el *Angamos*, al mando de Ángel Custodio Lynch, embarcan la Artillería de Marina con Vidaurre, le agregan cuatro cañones de montaña y el 25 de noviembre en Tambo de Mora, flamean la enseña de Chile.

Y mientras el *Angamos* surca velozmente las ondas, don Tomás Yávar, con 200 jinetes de su aguerrido cuerpo, por tierra, salva la distancia que separa a Pisco de Tambo de Mora y de acuerdo con Vergara y Villagrán toma posesión no sólo de los feraces campos de Larán, que ocupa también a Chincha Alta el viernes 26 de noviembre.

A este lugar penetra Yávar al clarear el alba del 26 y en la cama toma prisionero al sub prefecto Matute de quien pronto nos ocuparemos.

Tambo de Mora sabemos que dista de Pisco más o menos seis leguas; por el nororiente tiene a Cañete de quien lo separa, más que menos, diez leguas chilenas, que no peruanas.

Ocupado en la forma que se ha hecho el valle de Ica, Tambo de Mora, Larán y Chincha Alta, el general Villagrán podía estar tranquilo y esperar las órdenes que Baquedano enviase del sur. Su flanco derecho y el norte estaban ocupados por sus tropas; el sur, Paracas y la zona que hacia ese costado se extiende era inaccesible al enemigo; el mar le pertenecía en absoluto; podía en consecuencia tranquilamente esperar los acontecimientos.

La 1ª División, para que nuestros lectores se den cuenta cabal, el 29 de noviembre, fecha en que el ministro de Guerra en campaña Vergara, regresaba al sur, ocupaba militarmente a Pisco Bajo y Alto, a Caucato, Magdalena e Ica por el oriente; por el norte flameaban sus banderas en Tambo de Mora, Chincha Alta y Larán.

El general Villagrán, en buenos cuarteles, en valles y poblaciones ricas en frutas, cereales y ganados, con buenos pastales para su caballada, había establecido su división que se encontraba en esta zona como en casa propia, sin que nada, absolutamente nada le faltase.

LA CAMPAÑA A LIMA. BATALLAS DE CHORRILLOS Y MIRAFLORES

La Intendencia del Ejército servía a la tropa a las mil maravillas; en verdad los días que precedieron a la marcha a Lurín, en diciembre, fueron verdaderas vacaciones para la 1ª División, aquí lo repetimos nada faltaba.

El servicio sanitario a cargo del doctor don José Arce, poco o nada tuvo que hacer, porque la salud de nuestro Ejército en Pisco, Ica, etc. fue admirable, no hubo ni enfermos, ni heridos; que ya se sabe batallas aquí no se dieron, que las bajas por balas vinieron más tarde, por diciembre.

Don José Francisco Vergara podía, pues, sin duda, avisar a Baquedano y a Chile que los hombres de la 1ª División habían cumplido en todo y por todo con el cometido que se les había indicado.

En Ica, la tropa de Amunátegui, lo mismo que las que guarnecían a Pisco Alto y Bajo, recibían a diario, como ración obligada algo más que una chica de aguardiente de Mosto Verde, del famoso Pisco, y era tal la abundancia de frutas, sobre todo de sandías que en Ica son exquisitas, que los soldados puede decirse casi no comían otra cosa, y téngase presente que los camotes, plátanos, piñas, naranjas, etc., son tan excelentes, ricas y abundantes como baratas.

Lo repetimos, Pisco y sus valles fueron tierra de promisión para los hombres del general Villagrán, de Lynch y de Amunátegui, de Canto y de Soffia, de Urizar, Garfias, Yávar y Salvo.



SENSACIÓN QUE CAUSA EN LIMA LA OCUPACIÓN DE PISCO POR LAS FUERZAS CHILENAS

El 19 de noviembre de 1880, a las 8.45 minutos de la mañana, don Nicolás de Piérola recibía el siguiente telegrama de Pisco:

“Cinco buques chilenos a la vista. – M. A. Zamudio”.

Y tras esta lacónica noticia telegráfica, siguieron otras y otras más firmadas unas por Bedoya, algunas por M. Portal, capitán de puerto, y también por el famoso Matute, el infortunado prefecto de Chincha, a quien el miedo lo volvió loco y lo llevó al suicidio.

Y ya que hablamos de Matute, he aquí como se expresaba asimismo este funcionario:

“Chincha, noviembre 19 de 1880.

Señor Secretario de gobierno:

Según telegrama que hice ayer a S. E., departamento perdido. Chilenos en Pisco. Los gendarmes de caballería se defecionaron. Los de Sunampe muy ofrecidos por Francisco Panchos, hicieron otro tanto.

Coronel Zamudio salió anoche con 400 hombres. Ignoro la suerte del batallón San Martín. Recogí armas en camino de los defecionados, sin embargo de estar abandonado por la Prefectura que no me da ni un solo hombre que me acompañe.

Como peruano tomaré un rifle y como autoridad sírvase decirme V. S: lo que debo hacer, sin tener fuerza armada porque la que hay va a esconderse en Humay sin haber dado un solo tiro.

Todo es una farsa; parece que no fuéramos peruanos. Espero aquí respuesta de V. S. para marchar sobre Lima y no sacrificarse estérilmente desde que he sido relevado. – Matute”.

¿Puede darse un telegrama más vergonzoso que éste? ¿Es posible confesar de un modo más paladino la situación horrible de disolución a que el Perú no había llegado?

¿Merecen, sí o no, los peruanos que se les conquiste o se les someta a interdicción por demencia?

Es un gran servicio, sin duda alguna, el que les hará Chile, cuando mañana ocupe definitivamente todo el antiguo Imperio incaico, porque nuestras armas llevarán a esas riquísimas regiones la civilización, la honradez, el trabajo y la paz.

Hemos narrado la ocupación de Pisco, y ya sabemos que, sin faltar en nada a la verdad, puede decirse que quien tomó posesión de la ciudad y puerto nombrados, fueron los hombres de Souper, de Rojo, una compañía del Atacama, cien soldados de Marina y unos 50 jinetes de Granaderos.

Combate, por cierto, no hubo; los nuestros jamás pudieron tener a tiro a los desbandados tercios de Zamudio; sin embargo, he aquí la forma como circuló en Lima la noticia de ese gran encuentro:

“El enemigo efectuó su desembarque en Paracas y avanzó sobre Pisco, siendo en el trayecto combatido por las fuerzas del coronel Zamudio. La resistencia fue enérgica. Dominada por la superioridad numérica del enemigo, nuestras fuerzas han tenido que reconcentrarse a cierta distancia de Pisco, a fin de no ser envueltas por aquel. Hasta este momento no conocemos más pormenores. – Manuel Bedoya”.

Toda la zona en que desembarcaron las tropas del general Villagrán se contagió de miedo, no hay duda; el pánico cerval del que se muere de espanto, surgió entre los pobres cultivadores de Cañete, y para comprender lo que decimos, he aquí una muestra:

*“Cañete, noviembre 21 de 1880.
(Recibido a las 8 p. m.)*

Señor doctor Solar – Arequipa:

No sé oficialmente la ocupación de Pisco; EL PÁNICO DOMINA TODO. Zamudio huyó a Humay. Espero al enemigo aquí. Imposible resistencia porque todo entregué a Zamudio. De otro punto daré noticias. – Villena”.

Por lo cobarde, Villano, que no Villena debió nombrarse este desgraciado.

Pero el telegrama más curioso que registran las publicaciones peruanas de la época, y que pinte el trastorno que causara en los perfumados limeños, la oposición de nuestras tropas en Paracas, es el siguiente:

“Despacho para Chíncha. Destinatario. Santos Bibiano. – Dirección Calle Lima.

QUE SE ESCONDA MELCHOR. – Francisco Melo”.

Sin duda alguna, cuando se piensa que los periódicos del *Rímac* pintaban a los chilenos como los bárbaros más grandes que hubiera producido el humano linaje; cuando se aseguraba a diario que nuestras tropas no tomaban prisioneros, asesinando a mujeres, niños y ancianos, quemando ciudades y devastando campiñas, todo lo que a su paso encontraban, se comprende que la enfermiza imaginación de los infelices habitantes de la capital enemiga, llegase a los extremos incalificables del telegrama copiado: - ¡Qué se esconda Melchor!

Podríamos llenar columnas enteras, cientos de páginas, si nos diéramos a copiar los artículos y correspondencias peruanas de la época; pero para que el público se de cuenta cabal de lo que narramos y como una prueba de nuestro aserto, he aquí tomado al acaso un párrafo en que se da cuenta de...

EL DESEMBARCO DE LOS CHILENOS EN PISCO

“Vamos, por fin, parece que se han animado los chilenos a intentar la realización de su cacareado y estupendo plan: toma de Lima.

Desde ayer los tenemos instalados en Pisco. La fuerza que allí había ha cumplido con su deber.

Por su número y por su calidad, aquella no podía equivaler a otra cosa, como lo ha dicho alguien, que a un centinela perdido de nuestro Ejército.

Sin embargo, ha resistido con bríos y decisión, y este preludeo habrá dado al enemigo una idea de la resistencia que encontrará en cada palmo de nuestro territorio.

Mientras tanto, la reconcentración que se opera en estos momentos de todas las fuerzas que se hallaban destacadas en diversos puntos de la parte sur del litoral, tendrán en constante alarma al enemigo e importan un nuevo refuerzo para el Ejército.

Lo que conviene ahora, lo que reclama el patriotismo es actividad infatigable en acosar por todos medios posibles al invasor.

Grandioso es el campo de acción que se presenta al ciudadano, como al soldado, para colmar las sagradas y nobles ambiciones de la gloria. Un hecho, un acto cualquiera de arrojo, puede convertir al hombre más oscuro, en el objeto de todas las simpatías y honores.

¡Inspirémonos en las inmortales tradiciones de nuestros padres; imitemos la abnegación y heroísmo con que supieron defender este suelo que profanan hoy los Salteadores de Sud América!”

Los comentarios huelgan en este caso; el lector puede ahora omitir mejor su opinión y pensar lo que más le agrade cuanto a esta materia.

La verdad del caso fue que, en Lima, desde el momento que el telégrafo anunció la aparición de la escuadra del comodoro Viel, en las aguas de Paracas, todo el mundo se puso de pie, se aprontó para defender a su modo y sabor el suelo en que había nacido.

En Pisco, es decir, en ese cantón militar, como ya lo hemos dicho, existía una brigada de caballería, la del coronel don Pedro Sevilla, a la que servía de base el regimiento de esa arma, nombrado Carabineros del *Rímac*, y aunque titularmente, don Manuel Antonio Zamudio era el comandante en Jefe de las fuerzas de Pisco, en Lima, por Piérola y sus partidarios, se tenía a Sevilla por el verdadero jefe, por el hombre de confianza de esas tropas.

Por ese motivo, desde que Villagrán operó su desembarco en Paracas y Pisco, el telégrafo de Lima funcionó directamente con Sevilla más que cualquier otro jefe.

Al coronel Sevilla se dirigieron todos, Piérola, Paz Soldán, Francisco de P. Secada, Bustamante, Orbegoso, Iglesias; todos los grandes dirigentes de la capital peruana enviaban partes, órdenes y contraórdenes, al jefe indicado.

Piérola se expresaba así el 26 de noviembre:

“1.42 p. m. – A Cañete de Lima.

Señor coronel:

Si no pueden ser empleados con provecho rifles y municiones, salve U.S. ese armamento y municiones, enviándolo en el acto a Bujama y retírese a dicho punto con la brigada.

Deje establecido lo mejor posible el espionaje sobre el enemigo y asegurado el servicio telegráfico y postal. Téngame al corriente de lo que ocurra y haga cuidar que el telégrafo no caiga en poder del enemigo. Ponga seguridad sobre todos los papeles de la oficina. Telegrafío al Sub prefecto. Acúseme recibo por telégrafo. – Piérola”.

Todo el mundo, lo repetimos, tenía en Lima sus ojos puestos en el coronel Sevilla; y entre la lluvia de comunicaciones que le dirigían sobre cosas de guerra, hemos encontrado también una carta que por lo curiosa, por ser de su esposa, la señora Puente Arnao, y porque pinta a maravillas el carácter de la mujer peruana, tan distinto al de la chilena que muere sin pestañear cuando se trata de defender los fueros de la patria, la insertamos íntegra, con todas las faltas de ortografía del original, a fin de que no pierda nada de su sabor esencialmente limeño, que huele a pastillas y a sahumero.

“Lima Noviembre 26 de 1880

Sevilla, no espongas tu vida por nada, mira que la tuya y la de mi Otilio contestan de la mía, llo no tengo gusto para nada, me allo mas muerta que viva, no te descuides trata de retirarte contiempro, mira que son dies mil hombres que vienen sobre ti, no espongas tu fuerza como el gobierno te advirtió.

hasta hora no hesavido de tu salud, no he bisto mas que ha sido el primer parte que mandaste, nada se pulica en el diario te lo oculta el gobierno, cuidado con mi Otilio. – Tu vieja. – Mercedes Puente Arnao”.

¿No es cierto que ésta íntima misiva tiene todo el exquisito sabor que exhala la correspondencia femenil limeña, que no sabe lo que es patria, que no piensa sino en salvar al marido aunque ello sea a costa de la honra del militar y del peruano; que no le importa un pito que se hunda, se pierda Lima, el Perú mismo, con tal que se salven su Pedro y su Otilio?

Esto escribían las matronas limeñas; he aquí lo que a diario daban las grandes publicaciones de Lima, lo que redactaban editorialmente *El Peruano*, *La Actualidad*, *La Patria* y *El Nacional*; las opiniones que emitían al respecto José Casimiro Ulloa, A. A. Aramburu, Manuel Jesús Obin, Cesáreo Chacaltana, redactores y periodistas de los grandes diarios limeños nombrados.

“*Aníbal ad Portas*”, titulaba Obin, director de *La Patria* de Lima a su editorial del 20 de noviembre, que copiado a la letra decía:

“El pérfido enemigo que pretende justificar sus crímenes con el éxito de sus armas, pisa ya con su inmundada planta el departamento vecino de nuestra capital.

Sesenta leguas nos separan de él; sesenta leguas que deberá regar con su sangre antes que reciba el ejemplar castigo que merece.

Vienen azuzados por la codicia, vienen repletos de envidia, vienen con el alma saturada de todos los apetitos inmundos que forman su delicia... Vengan pues, ahoguemnos en su sangre los estímulos de sus torpezas y de sus infamias”.

Y después de un canto a la guerra, de declarar que tiene patria, que son peruanos los que defienden a Lima, el redactor de *La Patria* termina su artículo exclamando:

“La guerra debe ser desde este día nuestra única y constante preocupación. Urge ya que empuñemos todos el arma del soldado, y que el aspecto marcial de la ciudad, a toda hora y en todo momento, sea la manifestación auténtica de lo que preocupa nuestro espíritu y de la firme resolución que hemos adoptado.

El rifle, el ejercicio, el cuartel: he ahí, desde ahora, nuestro ídolo, nuestro culto, nuestro templo. El dios de los ejércitos que es también el Dios de las naciones, bendecirá nuestros esfuerzos y premiará nuestros sacrificios”.

Y el Dios de Chile, que sin duda alguna es el mismo que rige los destinos de nuestro eterno enemigo, del Perú, se hizo el sordo y no dio a los hijos del Sol, el deseado triunfo, por dos razones: porque la justicia estaba de nuestro lado y porque el valor y la sabiduría siempre estarán de parte de los pueblos cultos, honrados y laboriosos.



El 21 de noviembre, en *La Opinión Nacional*, don A. A. Aramburu bajo el epígrafe de “*Deberes de la Actualidad*” embestía cual toro rabioso sobre Chile, sus estadistas y su pueblo en esta forma:

*“Todos tenemos la resolución y la esperanza de vencer a los chilenos: **100.000 peruanos** abrigan en Lima un noble sentimiento. Y en este caso querer es poder.*

Al campo de batalla que nos espera con sus laureles, debemos ir dispuestos a recogerlos individual y colectivamente; cada uno está obligado hasta triunfar o morir.

La historia de la actual guerra, así como su lógico desenvolvimiento, prueban que no vamos a luchar con una de esas entidades que traen, junto con la fuerza el prestigio de las buenas ideas, de las aspiraciones justas, de las nobles contiendas, que a veces deciden del destino de los pueblos, abren espacio a unos en el círculo

geográfico de otros, y realizan aquellas transformaciones que determinan y señalan las conquistas del progreso.

No —continúa Aramburu— aquí se trata simplemente de hordas salteadoras que han espiado a su presa, que la han sorprendido alevosamente en el primer instante y que, ensoberbecidas de su predominio de casualidad, van, sin saberlo, al término del desengaño y del castigo.

¡Chile —agrega La Opinión Nacional— tuvo su día feliz mientras fue aliado de la sorpresa: veremos hoy, veremos pronto si todavía lo ampara la fortuna!”.

Y luego, en un arranque de injuria, en uno de esos raptos de coraje de pura boca, tan propios del plumario limeño, Aramburu nos llama: “Galeotes con uniforme y galeotes con harapos: esos son los chilenos” dice, creyendo haber retratado a las instituciones armadas de mi patria de una sola pincelada.

Don José Casimiro Ulloa, que redacta *El Peruano* en esos mismos días, también quiere empuñar la trompa épica y hasta de buscar en su cerebro asuntos mágicos, que levanten el patriotismo y lleven al Ejército, al pueblo, a su patria toda, a la muerte, al sacrificio.

“El país y el gobierno —exclama Ulloa— comprenden la gravedad de la lucha que va a empeñarse muy pronto, en la cual el desenlace no puede ser dudoso para los que defienden su honor, sus intereses y la integridad de su territorio.

Ni Bolivia, ni el Perú nunca perturbaron su paz; pues su política se distinguió siempre por el respeto de sus fronteras, que sólo asechó Chile constantemente”.

¡Puede darse nada más estupendo! ¿Quién no sabe que ya en 1873, Bolivia y el Perú firmaban tenebrosamente el Pacto secreto que el mundo entero conoce, fraguado única y exclusivamente para hacer guerra sangrienta, a muerte, sin cuartel, a Chile, por el grave delito de ser un pueblo laborioso, culto y pacífico?

Y el bueno de don Casimiro Ulloa termina su famoso editorial con este acápite:

“¡Chile no podía provocar impunemente tan santas ideas, y su insensato proyecto de hacer entrar las legiones victoriosas en la antigua Ciudad de los Reyes le costará bastante caro, sirviendo su castigo de lección a los pueblos ambiciosos que buscan su engrandecimiento en la ruina de sus hermanos y no en el trabajo y en la propia prosperidad!”.

Y durante cuatro años flameó en las torres de la Capua Americana el pabellón de mi patria y conquistamos a Tacna y Tarapacá: y desde el 14 de febrero de 1879 ondea en Antofagasta nuestro pabellón, sin que nadie en América, con las armas en la mano, haya protestado, porque nuestra causa fue, ha sido y será

siempre justa, que a Dios gracias jamás mi patria, en hora menguada, ha buscado aliados para castigar al que le ha faltado; que Chile se basta a sí propio, y solo, sin compañeros, irá siempre a la contienda o a la muerte.



“No tenemos aún conocimiento de los pormenores del desembarque de los chilenos en Paracas y del combate que han tenido necesidad de librar, con una parte reducida de nuestras fuerzas, para tomar posesión de Pisco”, escribía don Cesáreo Chacaltana, en las columnas del Nacional de Lima, epigrafiando a su trabajo “La Toma de Pisco”.

Y creyendo que ha sido efectivo todo cuanto el telégrafo ha comunicado y que Pisco es un montón de ruinas, Zamudio un héroe y sus legiones: águilas, cóndores, leones, tigres y panteras; que han combatido durante horas, y que Villagrán ha tomado posesión de esa encantadora región, pasando sobre montones de cadáveres peruanos, dejando los campos y bastiones, la mar y los ríos tintos de sangre, exclama:

“Pisco le ha librado combate desigual y heroico. Les ha hecho comprender, a los invasores, que no impunemente se profana el suelo patrio cuando su custodia está encomendada a ciudadanos de gran espíritu, de alma templada, y resueltos a llevar la guerra a la última extremidad, antes que consentir en la desmembración del territorio nacional.

El alma del Perú no está vencida. Sus facultades se han concentrado en Lima para castigar ejemplarmente a los que han pisoteado con escándalo, en todas partes, los fueros sagrados de la humanidad”.

Y Chacaltana, que es de pura raza peruana, que es limeño fino, poco a poco se exalta y su patriotismo lo hace ver visiones y sueña con acciones heroicas que describe así:

“Si Lima no resistiera hasta exhalar el último aliento o hasta sacar triunfante la bandera nacional, el Perú sería precipitado en una espantosa y larga noche, quizá de interminable duración.

La rendición de Lima, estando aún en pie muchos de sus hijos y repletos sus arsenales de armas y municiones, destruiría con un sólo rasgo de oprobio y de vergüenza la obra que nuestros padres fundaron a costa de incalculables y gloriosos sacrificios.

¡Para que la historia y la posterioridad nos absuelvan, es necesario conquistar la muerte cuando ya no sea posible conquistar otra cosa!”.

Y creyendo, Chacaltana, que escribe para otra raza, que no es la suya, que bien cuadran sus bellos conceptos a los hijos de mi tierra, a los que llevan revuelta la rica sangre española y la soberbia araucana,

termina su hermoso editorial diciendo: “*Si a pesar de inauditos esfuerzos, la suerte nos volviere una vez más las espaldas y no pudiéramos adquirir para nuestras banderas un lema que represente el triunfo y la victoria, reservémonos siquiera el derecho de poder escribir en nuestros pendones esta frase gloriosa del héroe de Pavía: todo se ha perdido menos el honor*”.

Y para decir la verdad habremos de declarar aquí, sin duda alguna, donde mejor se batió el Ejército peruano fue en Chorrillos y en Miraflores; en esas jornadas, como luego lo contaremos, la armada enemiga peleó con bríos y con energía en el Morro del Solar y también en San Juan, y defendió con tesón su extrema derecha en Miraflores, durante las primeras horas de aquella acción en que sus huestes rompieron plenamente sus fuegos sobre nuestros soldados.

En fin, de lo transcrito habrá el lector deducido que Piérola, Lima y sus gobernantes creían que Pisco había sido un volcán y que el Dictador y su prensa dieron a aquella farsa las proporciones de un hecho real, cierto, y que ello se hizo naturalmente para levantar el patriotismo, la moral del soldado e impulsar a los bullangueros limeños a la resistencia final y para ver el modo de convertir a la reina del *Rímac* en otra *Zaragoza* o imitar a la chilena *Rancagua*.

¡Nada de eso consiguió De Piérola, porque la médula incásica no producirá jamás soldados, héroes que imiten a los Prat y Ramírez, a los Carrera Pinto, a los Cruz, a los Montt S., a los Pérez Canto!

Sintetizando: la ocupación de Pisco sirvió al Jefe Supremo del Perú para obtener del clero la entrega de casi todas sus alhajas; para artillar el San Cristóbal, organizar definitivamente la reserva y para levantar, en parte, el decaído patriotismo de sus tropas.

El ruido que las lejanas pisadas de la 1ª División chilena produjeron en Pisco hizo que Lima despertara de su letárgico sopor, que abandonase sus placeres y se aprontase para la lucha; pero en verdad, ese esfuerzo no fue soberano porque la real ciudad no se defendió en sus calles, plazas y cuarteles, que sólo se contentó con batirse en los reductos formidables de Chorrillos y en las líneas de Miraflores.

¡No, Lima debió haber sucumbido en otra forma; a lo grande, lo verdaderamente épico, habría sido defender la ciudad, atrincherarla, morir al pie de sus reductos, dentro de sus fosos; caer en medio del incendio, vivando a la patria y entregar al odiado y satánico roto, pavesas, cenizas, que no palacios; muertos, heridos, restos de hombres, jirones de banderas, que no miles de prisioneros, armas, cañones y fortalezas de donde hubo que arriar los pendones del sol!

Lima no sucumbió cual sus diaristas lo pregonaron; todo cayó con ella, nada se salvó: la frase de Francisco I no podrán jamás los hijos del *Rímac* aplicarla en el verdadero sentido que ella tiene, que le dio el vencido de Pavía, el real prisionero de Carlos V.

LOS PERUANOS ACUERDAN ENVENENAR LAS AGUAS DE PISCO

Fue tan inesperada la arribada de la escuadra de Viel, tan repentino el desembarco de las huestes de Villagrán, que Zamudio, su Estado Mayor, los dirigentes peruanos que ocupaban a Pisco y su fértil región, perdieron el juicio, se retiraron a escape, abandonando todo al invasor.

Como se sabe no hubo resistencia, pero sí hubo tiempo, consejo, reunión de jefes, para tomar medidas supremas, que reprueban las guerras modernas y antiguas, que rechaza la civilización como signo de barbarie, de insólita, estupenda brutalidad.

Zamudio y su Estado Mayor pensó, ni más ni menos, en su loca fantasía, en el miedo cerval que la presencia de los chilenos le infundieron, en envenenar las aguas de la región invadida, para asesinar villanamente a las tropas chilenas desde lejos, ya que su pánico, su falta de patriotismo, les impedía morir al frente de sus regimientos, como soldados de verdad, como peruanos.

Y en prueba de lo que narramos damos aquí copia de un documento oficial, que existe en el Archivo de Gobierno y que se encuentra en el libro copiador de oficios de la Sub-prefectura de Pisco.

Helo aquí:

“Noviembre 8 de 1880.

Señor:

En contestación a su muy estimado telegrama fecha 5 del presente, diré a V. S. que en el momento procedí a buscar la gente, lo que no pude conseguir por falta de fuerza para hacer cumplir la orden de V. S.

Tuve a bien ocurrir al señor comandante General para que me proporcionara seis hombres de caballería; más este caballero me preguntó con qué objeto y tuve que mostrarle el parte de V. S. y me dijo que no había necesidad, pues él tenía preparado todo de antemano sobre dichos pozos, y que su objeto era envenenar el agua; que todo estaba preparado, porque era uno de los elementos estratégicos para el enemigo.

Dios guíe a V. S. señor prefecto y comandante General. – H. Fernández.

Al señor Prefecto y comandante General del Departamento”.

¡Esta, ni más ni menos, era la guerra salvaje que el Perú nos hacía; y a esa guerra los diaristas limeños apodaban de civilizada, y con tupé insólito, desvergonzado, nos enrostraban llamándonos los Atilas Sud americanos, Caínes del continente, rotos, ladrones, asesinos y cobardes!

Vergüenza da escribirlo, copiarlo más bien dicho, porque en verdad el documento transcrito es el latigazo más sangriento que al Perú puede darse, puesto que él es la prueba más fehaciente de la canallesca medida que la cobardía, el miedo sugería a esos infelices.

¡Locos, en su demencia imaginaban que con las ruindades que narramos podían vencer a las huestes de mi patria; como si el veneno fuese suficiente para matar el legendario empuje chileno, el deseo innato de nuestras legiones, el credo de guerra de los hijos de Chile!

¡Lo único que consiguieron fue enardecer más los ánimos, dar más bríos a los jefes, regimientos y soldados!

VILLAGRÁN DISTRIBUYE SUS TROPAS ESTRATÉGICAMENTE

El general Villagrán mientras tanto había estratégicamente ocupado a Pisco, e Ica; en una palabra, toda la fértil zona que al oriente y norte del puerto nombrado se extiende, estaba en poder del General comandante de la 1ª División.

En Pisco residía el Cuartel General, el Chacabuco, 2º de Línea, Colchagua y Talca.

A Tambo de Mora fue destinada como se sabe la Artillería de Marina, buena parte de Granaderos a Caballo y una batería de artillería de montaña; estas tropas quedaron bajo el mando de don José Ramón Vidaurre, con orden de extender sus avanzadas sobre Chíncha Baja y sus alrededores.

El coronel don José Domingo Amunátegui sabemos que se encuentra en Ica, con el 4º de Línea, que manda Solo Zaldívar, artillería y un escuadrón de Granaderos.

En una palabra, Villagrán y su Jefe de Estado Mayor don Gregorio Urrutia ocupan aquella riquísima zona en forma especial; por lo que pueda suceder han hecho limpiar los pozos o cacimbas de Jaguey y otros más que se encuentran ubicados en aquellas desérticas soledades.

El famoso don Arturo Villarroel, eficazmente ayudado por tropas de Granaderos a Caballo, por el mismo comandante Yávar en persona, no sólo ha aseado esas vertientes y sus pozos, que aún más las ha agrandado, convirtiéndolas en grandes baños, enmaderando su fondo y paredes a fin de obtener agua limpia abundante en esa aguada.

En Jaguey, dice don Arturo Villarroel, que “*desmontó un frondoso grupo de palmas y a su pie reformó con madera una aguada en forma de baño de natación, como de 14 metros de largo por 3 metros 20 centímetros de ancho*”.

Y luego, el mismo entusiasta General Dinamita agrega; este baño “*Amanecía con 75 centímetros de agua clara y buena; se extraía constantemente la necesaria para los regimientos 2º, Talca, Granaderos a Caballo, sección de artillería (una batería) y Artillería de Marina, y como para 1.000 cabalgaduras y alcanzó a disminuir hasta 24 centímetros*”.

Jaguey se encuentra cinco leguas al norte de Tambo de Mora, en la vía que conduce a Cañete, es decir, quedaba situado en el trayecto que posiblemente habría de recorrer el resto de las tropas de Villagrán, de las que cubrían a Ica y a Pisco.

El punto principal, el más avanzado es Tambo de Mora, y como ya lo hemos dicho, ahí gobierna el comandante don José Ramón Vidaurre, que lo repetimos, tiene a la mano el capitán Fontecilla con su batería de montaña; a don Estanislao del Canto con su 2º de Línea; a Urizar, que gobierna al regimiento Talca y a la Artillería de Marina, que es de su segundo Benavides, el bravo de Tarapacá.

Yávar, que comanda a los ínclitos jinetes de Granaderos a Caballo, forrajea en Chíncha Baja; en la hacienda de Cañar un poco al norte de Tambo de Mora casi en la ruta de Jaguey; las avanzadas de este vigilante jefe, sus descubiertas vigilan a los hombres de Sevilla, a los dispersos y monotoneros de Zamudio.

Y aquí cabe dejar constancia que, la moral de la tropa que mandó Vidaurre dejó huellas indelebles de su buena conducta y disciplina, y tanto así fue, que el alto comercio extranjero de Tambo de Mora y de sus vecindades dejó también constancia de ello en notas conceptuosas que honran al coronel Vidaurre y las tropas de su mando.

Vidaurre cumpliendo las instrucciones del Comando en Jefe hizo en Tambo de Mora requerimientos especiales de víveres, es decir, de vino, animales, frutas, etc.

El comandante de la Artillería de Marina que tenía experiencia en esa clase de achaques guerreros hizo formar una lista o registro privado del comercio de Tambo y de los distritos de Chíncha Alta y Baja y luego procedió al requerimiento.

En la nómina indicada, Vidaurre colocó a nacionales y extranjeros, pero sólo ocupó al comercio peruano, medida que naturalmente fue aplaudida por todas las casas francesas, italianas y españolas que tenían en esa región el asiento de sus negocios.

De este modo las fuerzas chilenas tuvieron siempre víveres en abundancia. Y aquí cabe recordar que el vino lo proporcionó y en gran cantidad la bodega del coronel peruano don Eduardo Donaire, situada en Chíncha Alta; Donaire en ese tiempo se encontraba en Lima.

Era tanta la abundancia de víveres en la región que gobernaba Vidaurre, tantas eran las menestras, el ají, los camotes y el vino que Vidaurre por nota especial de 6 de diciembre de 1880 avisaba a

Pisco se le mandase un buque para remitir los víveres que se necesitasen, agregando que aunque el comercio extranjero había ofrecido darlos él no había aceptado la oferta.

Pero abandonemos a la división Villagrán y volvamos al sur; desembarquemos en Arica, puerto al que acaba de arribar el ministro de Guerra don José F. Vergara.

EMBARQUE DE LA 1ª BRIGADA DE LA 2ª DIVISIÓN; ZARPA DE ARICA LA ESCUADRA DEL COMANDANTE AURELIANO T. SÁNCHEZ

Mientras navega el transporte que desde Pisco, a buen andar, conduce al ministro de Guerra don José F. Vergara y arriba a Arica, dirijámonos nosotros a Tacna, hagamos un alto en Pocollay y Calana e introduciéndonos a los diversos campamentos en que se alistaba la 2ª y 3ª División, veamos cuales son los cuerpos que en breve marcharán también al norte.

Desde luego anticiparemos que tan pronto hubo zarpado la 1ª División el 15 de diciembre, como el general don Marcos Maturana pidió al jefe accidental de artillería y al del Parque General los datos necesarios para signar las brigadas de artillería que tocaban a las dos divisiones, 2ª y 3ª, y a saber, a punto fijo, la cantidad de municiones existentes.

Todos estos datos los necesitaba el Jefe de Estado Mayor, sencillamente para hacer la distribución por armas y para hacer venir de Valparaíso lo que faltase.

Pocos días más tarde, el 25 de diciembre, los regimientos Buin, 1º de Línea, Esmeralda y Chillán, que estaban acantonados en el Alto de Lima y Pocollay estaban listos y con orden de marchar al vecino puerto de Arica: Cazadores a Caballo y la Artillería del caso formarían también en la 1ª Brigada de la 2ª División.

El general don Emilio Sotomayor, su jefe de Estado Mayor don Baldomero Dublé Almeida y los ayudantes de la 2ª División se trasladaban el 26 a Arica, junto con el coronel don José Francisco Gana Castro y el Estado Mayor de la 1ª Brigada de la 2ª División.

No eran las 6 de la mañana del día indicado, en medio de vivas atronadores a Chile, a los generales Baquedano y Sotomayor y a todo el Ejército, cuando abandonaban sus campamentos el Buin y el Esmeralda.

La tropa de esos dos cuerpos, como la de toda aquella armada parecía realmente escogida; el equipo de esos hombres era completo; y su porte y apostura tan marcial, que los extranjeros y los mismos peruanos confesaban sin excitación que no podría pedirse nada mejor.

El Buin fue el primero en desfilar; las calles venían estrechas al denodado cuerpo, a cuyo frente, en brioso caballo aparecía don Juan León García, primer jefe de tan invicto regimiento.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Mil setenta y dos hombres, manda León García, que tiene de segundo al mayor don José Evangelista Vallejo y de tercero a don Enrique Valenzuela.

El Buin, lo hemos dicho, desciende del Alto de Lima a la estación del ferrocarril de Arica el 26 en la mañana, y cuando llega a su destino encuentra, León García, en los andenes a los generales Baquedano y Sotomayor, que quieren presenciar no sólo ese embarque, sino también el de Arica.

Por de contado que en ese mismo lugar se encuentra también don Marcos Maturana y con él sus ayudantes señores Adolfo Silva Vegara, Waldo Díaz, Alberto Gándara, Enrique Tagle Castro y Eduardo Guerrero Bascañán, que ayudan al embarque de los dos regimientos citados.

El Buin marcha en columnas; y como las calles no son muy anchas hay que echar algunas hileras a retaguardia para poder mantener la formación; pero antes de llegar a la estación el corneta toca por el flanco; los comandantes de mitades dan la voz de mitad flanco derecho, y el Buin penetra al son del Himno de Yungay a la estación por hileras.

Todo el mundo ha visto al frente de la 1ª del 1º al capitán don Luis Pérez de Valenzuela y toda aquella muchedumbre ha vitoreado a los oficiales de esa compañía; y no hay por qué admirarse de ello porque sépase que el Buin vivió largos meses en Tacna mismo y todo el mundo conocía al teniente don Pedro del Pilar Pérez, lo mismo que a los subtenientes don Nicanor Donoso, que fue siempre brioso, y a los señores Jacinto Tadeo Sánchez y Belisario Athas, descendiente del inglés y copiapino, que acaba de morir de simple mayor retirado.

Y si populares eran esos señores, íntimas relaciones dejaron en Tacna, La Bella, los sargentos Aguilar, Jonquera, Silva y Salazar, que fueron también los primeros que se embarcaron.

El capitán Mora hace alto al entrar a la estación para dar tiempo a que se embarque la primera y momentos más tarde el teniente don Lucas Lucio Venegas toma colocación con sus hombres en los carros planos disponibles junto con los subtenientes Belisario Gutiérrez y Luis Fuenzalida Silva, hijo del bravo comandante del Santiago, que alcanza grave herida en Miraflores.

El primero don Clodomiro Donoso y los sargentos Juan José Saavedra, Agustín Zenteno, Cipriano Moraga, Benjamín P. Rival y Manuel A. Castillo ayudan a los oficiales nombrados al embarque y en breves instantes toda la 2ª queda colocada en sus carros.

En esta compañía va también Eduardo Peña y Flores, soldado de armas que es uno de los cuatro sobrevivientes de Sangra, que ejerce hoy el humilde oficio de zapatero.

Manda la 3ª Compañía un hombre que toda su vida fue soldado, que principió desde niño su rudo aprendizaje como distinguido, el teniente don Lucindo Bisivinger, que más tarde sirvió en el 2º de Línea y que hizo la campaña entera.

LA CAMPAÑA A LIMA. BATALLAS DE CHORRILLOS Y MIRAFLORES

Tres son los subtenientes de la 3ª: Juan C. Castro, Felipe Segundo Geisse y Caupolicán Niño, que fue herido en Chorrillos.

Bisivinger tiene de primeros a José Santos Sepúlveda y a Arturo Meza; a Juan B. Ruiz y a José Cirilo Valenzuela de segundos.

Carga también la galoneada jineta don Daniel Rebolledo, que por mérito propio, por haber clavado él primero en uno de los morros de San Juan la bandera chilena, fue ascendido a capitán en el mismo campo de batalla, por el ministro de Guerra don José F. Vergara, cuya fue la promesa que se hiciera en aquellos supremos momentos, en lo más recio del asalto.

Es fama que Rebolledo llegó él primero a la cumbre y también lo es que en esa legión había muchos, muchísimos bravos y esforzados soldados, capaces no digamos de esa hazaña, sino de cualesquiera que necesitase pujanza tanta.

Hay también quienes aseveran que otro fue el primero, y que Rebolledo tuvo la suerte de ser ascendido sin merecerlo. Sea de ello lo que fuese, el hecho es que oficialmente quedó designado Rebolledo como el héroe de esa acción y su nombre lo guarda la historia como un ejemplo de personal y heroico valor y nadie dudará de la efectividad del hecho toda vez que, a él se le asignó el título y empleo de capitán de ejército.

Famosa fue siempre en el Buin la 4ª del 1º, y como oficial de méritos siempre se tuvo al capitán don Leonidas Urrutia V., que como un reloj mantenía a esa unidad; y la verdad del hecho es, que los cazadores de la 4ª al mando de Urrutia, y de los oficiales señores Delfín, Collins, Hernández y Montiel dejaron en las laderas de San Juan 48 hombres entre muertos y heridos, cifra enorme si se tiene en cuenta que su efectivo no era sino de 118 legionarios; y con esa matemática se prueba todo, porque, de los 48, muertos quedaron en el campo 18 y el resto tan mal heridos que casi todos fallecieron.

Y mientras tanto toman su convoy los buines del 1º, los del 2º batallón están también en los andenes y el capitán don Tristán Plaza M., que manda con el teniente don José María Álamos la 1ª Compañía, proceden con rapidez increíble al embarque de sus hombres; y ello es natural que sea así cuando se tiene a su lado a oficiales que responden a los nombres de Alejandro Tinsly y Eduardo Ramírez, por cuyas venas corre la sangre pura y alentada de un noble patriota, de uno de los que creyeron en la Independencia de Chile en 1810, puesto que el subteniente Ramírez es Rosales por su madre.

Y juntos en el mismo carro toman asiento con los sargentos de la 4ª, con el 1º Bravo Vial y los segundos Manríquez, José Alvarado y Julián Ibáñez, el 1º don Juan Morales y los señores José Antonio Miranda, Félix Moraga, Juan F. Orellana y el famoso tambor “águila” de la 2ª del 2º que llamándose José Gavino, los soldados lo apodaban “José Adivino”.

En esta compañía se hacía notar por su alegre y festiva charla el teniente Álamos, el mismo que en Chorrillos cayese en medio del fuego, en lo mejor del asalto, para morir en la noche de esa gran jornada en brazos de su propio padre, don Benito, que llevó a la campaña a un regimiento de hijos, para levantar a Chile, conquistar lauros inmortales y dejar a los suyos, a sus pobres hijas sin más fortuna que el recuerdo del valor de su progenitor, de sus valerosos hermanos.

El 18 de enero del presente año murió el coronel don José Luis Araneda, el héroe de Sangra; pues bien, éste era el que capitaneaba a la 2ª del 2º, en la que servía de teniente Benjamín Villareal, hoy retirado del Ejército con buena hoja de servicios.

El “Conde Araneda”, como desde que entró al Ejército se le apodó, tenía tres buenos subtenientes; y nadie me desmentirá cuando diga que esos niños, porque tal lo eran, se nombraban Julio C. Garmendia, Alejandro Salvo, el querido y alegre Tiuque, y el que fue más tarde compañero de su capitán en Sangra, Ismael Guzmán.

Por desgracia, sólo vive Salvo, que gana su vida, llevando como siempre, festivamente, con alegre genio, su vejez, allá en Iquique, sirviendo al Estado con honradez y caballerosidad.

Estos oficiales se desempeñan a maravillas, y pronto el 1º Fariña da cuenta que su 3ª está toda embarcada; la misma faena ejecutan ahora los hombres del capitán Salcedo, de Ruperto, que fama tenía de bravo y también de artista, debiéndose a su lápiz los cuadros que recuerdan las batallas de Chorrillos y de Miraflores, que mucho tienen de verdad, envuelto eso sí con un tanto por ciento de inspiración y fantasía, que sabido es que en los pintores siempre el magín es vivaz e inventivo.

En esta compañía carga galones de teniente José de C. Velásquez y su apellido lo dice todo; Ernesto Aguayo y Manuel Francisco González lucen las precillas de subtenientes.

Ciento treinta hombres embarca en un instante el capitán Salcedo, todos contentos, todos alegres; de ellos, de esos 130 no entraron a Lima sino 75 soldados, el resto: 55, quedaron tendidos en las llanuras, en las laderas y fuertes enemigos; ¡muertos para siempre 15; para morir más tarde, o mostrar honrosas heridas y condecoraciones, 35 buines!

Así pasaron su última revista el 1º don José Jerónimo Trejo y el sargento Arriagada y los cabos Padilla y Céspedes; vivos no quedaron sino tres sargentos: Vergara, Sáez y Galindo.

Juan Manuel Donoso, que también se fue, que desde niño se hizo soldado, que sirvió en las fronteras araucanas como distinguido, mandó a los guerrilleros de la 4ª del 2º, pescando en Chorrillos cruel herida y sufrimientos eternos que minaron lentamente su existencia.

Tiene Donoso de teniente a José V. Anguita, y para hablar de valientes ahí está Víctor, que fama dejó en el Buin y en la frontera de valor indómito y salvaje.

Amador Elgueta que más tarde fue médico y Francisco Ramos que murió en Chorrillos, sirven con Donoso y en tres o cuatro minutos embarcan a su compañía; el Buin entero queda en el tren.

La banda intertanto hace oír guerreros acordes y los vivas a Chile son interminables.



No son todavía las 6 ½ y ya se siente cerca de la estación los sonoros acordes de un precioso paso doble; momentos después penetra al recinto la banda de músicos del Esmeralda que viene de Pocollay con el comandante Holley a su cabeza.

Este regimiento, que es movilizadísimo, semeja en todo y por todo un cuerpo de línea, nadie creería que esos soldados apenas cuentan un año y meses de servicios; pero hay que confesar que Holley, Lopetegui y Saturnino Retamales son soldados de verdad y que, cuanto a militares, pocos les igualan en el Ejército.

Los tres han servido con Amengual, viejo soldado del 38, que luce en su casaca el parche de Buin y las medallas de Yungay; que sabido es que, para formar batallones, nadie competía con el viejo y valiente coronel nombrado.

Don Santiago Amengual formó en 1859 el 7º de Línea, y ese cuerpo que se batió en Cerro Grande dejó fama de ejército por su férrea disciplina; sobre su base se formó el Zapadores en 1877.

Canto, Federico Castro, Estanislao León, Luis de la Cuadra y Lopetegui fueron del 7º; Anacleto Lagos sirvió también en esas filas.

En fin, que el Esmeralda es un cuerpo escogido no se discute y que en media hora queda embarcado y listo para partir, tampoco nadie lo niega, que esa faena la cumplen los capitanes del regimiento ayudados por los oficiales.

Y a fuer de historiadores de verdad, habremos de decir aquí, que en este primer convoy sólo partieron el Buin y el 1º batallón del Esmeralda: el 2º se fue en la tarde con el *Chillán*.

En calidad de agregado, como sargento mayor sirve en ese cuerpo Federico Maturana, que fue ascendido a mayor por su brillante conducta en Tacna; y de ayudante mayor viene también nuestro querido amigo Fortunato Rivera, que por desgracia sucumbió en Placilla cuando aún la patria tenía tanto que esperar de su pundonor y energía.

Mantiene en alto la enseña del Esmeralda Carlos A. Pancheti y con iguales bríos carga la insignia del Buin, que luce más tarde en medio de las balas y metralla Juan 2º Meyerholz, que es todo un apuesto mozo, bravo como un león, sereno y frío en el peligro.

No hay para qué decir que ambos estandartes rodeados están de sus escoltas, y que ellos la forman la flor y nata de los premiados del Buin, y los sargentos y cabos que más se distinguieron del Esmeralda en Tacna.

Todo está listo ya, Baquedano, Sotomayor, Maturana, Gana, Castro, Silva Vergara, Díaz, Gándara, León García, Holley, Lopetegui, Vallejos, Pérez, Dublé Almeida, Campo, Larraín, Zilleruelo, y José Carlos Valenzuela, en una palabra todo el brillante Estado Mayor de Baquedano y demás generales están embarcados; a las 7 en punto el pito de la locomotora da la señal de partida y el convoy, después de recorrer por breves instantes los suburbios de Tacna, toma el desierto y en rápida, veloz carrera, se dirige al sur, franquea la distancia que lo separa de Arica, llegando a este punto sin novedad ninguna, más o menos a las 9 a. m.

Y tan pronto se detiene el largo tren frente a la aduana, se inicia el desembarco y el embarque.

En la bahía se balancean tranquilamente los transportes del capitán Sánchez, que es el comodoro de la escuadrilla que conducirá a su destino a la Brigada Gana.

Y cabe aquí dar cuenta y dejar constancia de la ímproba labor de un hombre distinguido, que fue un cultísimo jefe y un incansable patriota, queremos hablar de don Francisco Stuken, ingeniero de verdad, mecánico y soldado sin tacha que siempre estuvo a la altura de su nombre y de su deber.

Stuken como primer jefe y Federico Javier Zelaya como segundo de orden del Cuartel General, con la tropa necesaria, convertida ahora en carpinteros, herreros y toneleros, listos y conjuntos, tenían a todos los buques de vela que remolcaba Sánchez.

Stuken y Zelaya, que en nada iba en zaga al primero, compusieron, repararon en poquísimos días a la *Elvira Álvarez* y a las barcas *Elena* y *Dordrech* y a todos los demás buques que zarparon en diciembre, conduciendo a Baquedano y a todo el resto del Ejército de Lima.

Y tan magna y rápida fue esta labor, que Stuken y Zelaya fueron felicitados no sólo por Baquedano y Maturana, que todo el Ejército, todos los corresponsales, dejaron de ello constancia; el mundo entero hizo justicia a esos dos buenos soldados de Chile.

El Buin fue el primero en tomar las lanchas planas, las grandes y famosas lanchas de Pisagua y de Pacocha que servirían ahora para embarcarse en Arica y para desembarcar en Pisco y en Curayaco.

Juan León García y 800 buines se dirigieron a la barca *Dordrech*; en el *Huanay* quedó el resto de ese regimiento, 372 hombres.

Holley, tan pronto terminó su operación, el Buin inició así mismo su embarque.

En la primera lancha se fue el capitán de la 1ª del 1º Joaquín Pinto Concha, que abandonando, junto con su hermano Arístides, las comodidades que presta un hogar pudiente y aristocrático, habían tomado su puesto en las filas del Ejército desde que se inició la guerra.

El capitán Pinto Concha era ya en esos días todo un veterano, que se había batido en Tacna y que tenía a su compañía en muy buen pie de guerra; así su embarque fue ligerísimo.

Germán Balbontín, que cargaba presillas de teniente, tomó primero que nadie su puesto en el gran lanchón; junto con él saltó también el 1º don Salomón Alarcón, apuesto mozo que murió como chileno en Chorrillos.

Los subtenientes Ortega y Rodolfo Lango ocuparon a su vez la embarcación, que remolcada por ligera lancha a vapor se hizo a la mar en demanda del *Chile*.

Y cuando apenas se separaba del muelle, el capitán Pinto Concha, que regía los destinos de la 2ª del 1º, ordenaba a su teniente don Miguel Ureta, el famoso “Compadre Canaca” del Instituto Nacional, que cumplió hace tiempo su destino, embarcase a su gente.

Y Ureta, ayudado por los subtenientes Alberto Retamales y Luis Ureta, en pocos minutos ponía a toda su compañía a bordo.

Alberto Retamales, alumno también del aula institutana, era tartamudo y eso naturalmente daba lugar a bromas continuas que sufría con genio alegre y sin enojarse.

En esa mañana el capitán Lecaros le decía riendo en Tacna:

—¿Pa...ra dón...de vas... Re... ta... ma... les?

— A... a... a.... a.... bus... car li... i... i... mas, mi... i... i ca...a ... ap... i... tán Le... ee... ca... ros...

— Guardame las casacaritas, le contestó riendo Eduardo Lecaros que como Retamales fue también nuestro condiscípulo y amigo en los claustros benditos del Instituto Nacional.

El subteniente don Ramón Jofré fue el último en embarcarse junto con los soldados Eulogio Cossio y Daniel Soto y los sargentos Juan E. Otero, Tomás Mora y Juan de la C. Burgos, que velaban en el muelle impidiendo que se atropara la gente.

Rumbo del *Chile*, en otro gran lanchón, partió también el capitán don Florencio Baeza, que andando el tiempo pudo lucir en sus hombros las palas de general de división.

En esta compañía que era la 3ª divisamos al teniente don Juan de Dios Santiagos, a quien más tarde volvimos a ver muerto en Chorrillos, tendido en el campo cerca de las casas de San Juan; en esa mañana Santiagos, acompañado de los tres subtenientes de su compañía, embarcó en pocos minutos a toda su gente; y así no más tenía que ser porque en esa operación estaba para ayudarlo un buen soldado, mi viejo amigo el *compinche* don Desiderio Ilabaca, que dejó muy bien puesto su nombre en Chorrillos y que no sólo embarcó a sus hombres, que también corrió de su cuenta en ese día y en muchos más, hacer poner a bordo todos los útiles del rancho, que Ilabaca, por su laboriosidad, a su cargo tenía ese importante ramo en el Esmeralda.

Alberto del Solar, un niño entonces, lucía su primer galón que había bautizado en Tacna quemando en esa batalla su primera pólvora; nadie fuera de sus íntimos sospechaba entonces que Alberto del Solar pudiera, *currente vota* como diría el divino Horacio, llegar a ser el brillante escritor de hoy; que en aquellos días Del Solar tenía fama de buen camarada y bravo soldado.

El subteniente Arturo Infante, el menos antiguo de ese grupo, mandaba la última mitad y como tal tomó también al final su puesto en el lanchón, y al último asimismo subió las escalas del *Chile*.

El primero, don Alejandro Cato, que cayó herido en Chorrillos, formaba en la 3ª del capitán Baeza y con él van también luciendo jineta de segundos los sargentos Domingo Galindo, José Manuel Cabezas, Luis Hernández y Prudencio Escobar.

El flaco Aguirre, el apreciado y querido Manuel, que fama dejó de buen soldado, de excelente camarada, que por desgracia murió envuelto en el turbión revolucionario del 91, viene al frente de la 4ª del 1º.

Esta compañía es famosa en el regimiento, tiene buen capitán, buen teniente y excelente cuerpo subtenientil.

J. Amador Balbontín manda como teniente la primera mitad, a su lado está el 1º Sanhueza, don Gervasio 2º que pasa lista de memoria a sus hombres.

Mateo Bravo Rivera, talquino, y como tal alentado y buen muchacho, viene sirviendo de subteniente y todos en el Esmeralda saben que Bravo R. fue siempre alentado mozo, excelente amigo y camarada y que en el fuego miró de frente el peligro.

Igual cosa acontece con Marín, que viene desde aquellos años sirviendo, que es hoy coronel por méritos propios, ganando sus galones uno a uno en ruda y tenaz faena.

LA CAMPAÑA A LIMA. BATALLAS DE CHORRILLOS Y MIRAFLORES

El coronel don Arturo Marín puede hoy con orgullo mostrar su hoja de servicios, porque en ellas están inscritas Tacna, Chorrillos, Miraflores y algunas acciones más de guerra.

El famoso alférez don Eduardo Sierralta completa este foro.

Y fuimos famosos y lo llamamos alférez, que no subteniente, porque más tarde Sierralta pasó a Carabineros de Yungay y porque él fue quien mandó la brava carga de La Concepción en julio de 1883.

Y cosa tremenda, Sierralta que salvó en tantas batallas, murió de fiebre amarilla en Lima, atacado por ese terrible mal que presa hace ocultamente y por desgracia casi siempre en los mejores.

Todo el primer batallón queda en el *Chile* y ahí también se embarca el comandante Holley con su Plana Mayor.

El rancho de la mañana lo come el Esmeralda a bordo y la tropa refunfuña un poco porque el caldo y los frejoles no son tan sustanciosos y buenos como en Pocollay; y esto que ocurrió en el *Chile* pasó por desgracia en casi todos los barcos, que mano de hierro hubo que poner para hacer entrar en vereda a los contratistas de ese ramo.

En la tarde llegó, con Lopetegui, el 2º batallón, siendo recibido por la banda de músicos del cuerpo; en el mismo convoy arribó así mismo el legendario Chillán del mando del comandante don Pedro Antonio Guiñez, que no muy buenos recuerdos dejó en ese cuerpo, donde tan buenos oficiales, clases y tropa había, que sabido es que el Chillán, cuando en Tacna y en las manos de don José Antonio Vargas Pinochet, fue algo así como la flor y nata de los movilizados de su tiempo.

Listas estaban las embarcaciones cuando saltó del tren el comandante Lopetegui, de modo que el capitán don Patricio Larraín Alcalde, hoy general en retiro, pasó de los carros del convoy con su primera al mar, en medio de los acordes de la banda y de los vivas al Esmeralda y al Chillán.

El capitán Larraín Alcalde, no tenemos para que decirlo, era en su regimiento lo que es hoy día: un caballero sin tacha y todo un pundonoroso soldado; por fortuna para su apellido, los Larraines dejaron bien puestos los nombres, porque ninguno desdijo las viejas tradiciones de civismo de esa antigua familia chilena.

Así, con calma soberana, don Patricio, como cariñosamente se le apodaba entre sus camaradas, embarcó su gente y luego, antes de poco su tropa estaba a bordo de la barca *Elena* junto con José Antonio Echeverría que también se retiró de general y con los subtenientes Carmona, Juan Segundo Aguirre y Clemente Larraín, hoy intendente de Colchagua.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Era la *Elena* un buque en que Stuken y Zelaya habían hecho buenos arreglos para dar cómodo alojamiento a nuestros pacientes y bravos expedicionarios.

Cierto que Stuken compuso todo en la *Elena*, pero no le quitó el balance a “misia Elenita” decían los del Esmeralda, cuando la famosa barca cabezaba con la mar boba de aquellas latitudes.

La verdad del caso fue que cámara para los oficiales no tenía ese buque, y que, en cubierta, a popa, se comía y conversaba durante el día, durmiendo cada cual, como podía, en la noche, a la luz de las estrellas, que luna en esos días no había, porque estaba en el último cuarto menguante.

La 2ª, 3ª y 4ª del 2º batallón del Esmeralda, capitanes señores Vicente Calvo, Eduardo Lecaros y Jacinto Holley tomaron casi a un tiempo sus lanchones y con la banda de músicos partieron a bordo.

Eduardo Lecaros, cuyo recuerdo será siempre agradable para nosotros, tenía a su lado a Julio Morgues, que como Eduardo y Joaquín Contreras pasaron por desgracia, los tres, la última revista hace ya tiempo.

Y cabe dejar constancia que entre los capitanes de este regimiento, Lecaros era de lo mejor, haciéndose notar su compañía por su instrucción especial y disciplina.

Y ello no admirará a nadie si se tiene en cuenta que Morgues, Contreras y Marcos Panchetti eran valientes oficiales, muy buenos instructores y que Eduardo Lecaros, el querido “Macaco” mandaba como jefe, como capitán, porque es necesario saber que este hombre fue buen amigo, buen colegial y excelente soldado.

Ya murió, paz en su tumba y reciban sus manes este recuerdo, que es el saludo cariñoso que le envía el condiscípulo, el compañero de aulas y de campañas y, por qué no decir, también de sacrificios y de glorias.

El último que embarcó a su gente fue un niño, Jacinto Holley, que de subteniente tenía a otro adolescente, al hoy general Tulio Padilla, que rige los destinos de la zona de Concepción. Eugenio Nef y Pedro Ahumada son también de esta compañía, de quien es sargento 1º don Eleuterio Ocampo y segundos: Ambrosio Rocha, Felipe Aguila y otros más.

Casi juntos llegaron a la *Elena* los hombres de don Vicho Calvo y de mi amigo Lorenzo Caminos, que tiene sangre de bravos, que es teniente y buen soldado.

Con Calvo y sus hombres saltan a bordo los subtenientes Jarpa y Valasé, que tienen muchas buenas partidas, y con ellos va también un niño alto y delgado, el “Ñato” Gálvez, mi viejo amigo Rodolfo, que

jamás le ha quitado el cuerpo a la bala, al deber y a la buena amistad; que antaño y ogaño siempre Rodolfo Gálvez será amigo de verdad y excelente soldado.

Y vientos de bonanza soplaron a los del Esmeralda, y horas plácidas, alegres pasaron esos buenos soldados en el *Chile* y a bordo de la *Elena*, cuyo capitán hizo cuanto pudo por servir a los expedicionarios.

Don Marcos Maturana, Jefe de Estado Mayor General, desde el muelle mismo ha dirigido con sus ayudantes la partida del regimiento de Holley; y cuando ve salir a la última embarcación, ordena al comandante del Chillán, don Pedro Antonio Guíñez, que tiene a su regimiento listo, inicie su embarque.

Y Guíñez, inmediatamente hace tomar colocación en las grandes lanchas a la 1ª compañía del primero, a la que manda el capitán don Adrián Vargas, y de la que es teniente un buen soldado, Neftalí Arredondo.

El mayor don Jacinto Valdés, que dejó fama de alentado en el Chillán, en verdad es quien dirige la maniobra, y pronto las mitades de los subtenientes Gamadiel Ortiz y Eucarpio Figueroa, se desprenden del muelle en demanda del famoso *Matías Cousiño*.

En esta lancha divisamos al primero Salazar y también al sargento Horacio Huentupil, indio araucano de pura raza, que se ha enrolado en el Chillán y que es todo un esforzado descendiente de Lautaro.

Con Huentupil forman también en la 1ª Alejandro Riquelme, Abel Ramírez y Clodomiro Contreras, clases que alcanzaron honrosísimas heridas en Chorrillos.

El mayor don Nicolás 2º Jiménez, que perdió la vida en la batalla del 13 de enero con el ayudante don José Félix Villarroel, ayudan a tomar colocación en las planas a los hombres de la 2ª y 3ª del 1º, y en un santiamén más de doscientos sesenta legionarios parten a bordo, mar adentro, junto con los capitanes señores J. A. Segundo Zúñiga y Horacio E. Arredondo.

Herminio Dodds manda la primera mitad de la 2ª y se embarca antes que nadie, a su lado salta ligero, contento, alegre, un niño, que es todo un hombre a pesar de sus cortos años, don Luciano Hiriart, sargento primero y llave de la compañía, quien tiene fama ya de ser un cumplido caballero y soldado.

Félix Antonio Gálvez, que ya se fue, y José Angel Barrera embarcan también sus mitades, y cuando Gálvez ve que el soldado Juan de Dios Oñate se embarca, da la voz de listo y el remolcador con su lancha y sus hombres se lanza mar adentro en demanda del *Matías*. En una embarcación que queda por popa de ésta, de pie en la proa, divisamos a Juan B. Sepúlveda, que pensativo dirige una última mirada al Morro; parece que le cuesta trabajo desprenderse de tierra, con ansias clava la vista en la altura, alguien diría que quiere retener bien los colores de Chile que flamean en el fuerte, grabar en su cerebro el sitio en que murió San Martín.

Y el teniente Sepúlveda no volvió más, que su cuerpo tendido quedó al asaltar las posiciones peruanas de Chorrillos. Cayó como un bravo al frente de su compañía.

En la misma embarcación van los dos Rodríguez, Francisco Antonio y Florentino, que son subtenientes de la 3ª.

“Avance, primero Godoy, tome esa lancha”, manda el capitán de la 4ª del 1º don Ernesto S. González al sargento nombrado; y poco después, tres embarcaciones se desprenden de la orilla en demanda del *Cousiño*.

Desde a bordo se despiden de los compañeros que quedan en tierra, los oficiales de esta compañía, los señores Recaredo Morales, Marcos A. Lorca y Crisóforo Acuña.

La banda, que no ha cesado de tocar “Guerreros pasos dobles”, se embarca a su vez y con ella toma colocación la Playa Mayor y también el abanderado don Temístocles Bustos, junto con toda la escolta de esa insignia.

En calidad de agregado va también el capitán Rondizzoni, que era de Cazadores del Desierto y Jerdecides Harbin, que carga presillas de subteniente.

El 2º batallón inicia su embarque con Roberto Siredey Borne, nuestro amigo y condiscípulo, que es teniente del capitán Lorca.

El subteniente don Juan de Dios Galecio, oficial entusiasta y valeroso, es el único de este grado en la 1ª del 1º, y aunque el servicio anda recargado, ello no se nota, porque Siredey y Borne y Galecio son oficiales de verdad y soldados a las derechas que embarcan a su gente en poquísimos momentos.

Un inválido, a quien una bala destrozó una mano en Tacna, y por quien tenía particular aprecio el comandante Vargas Pinochet, un descendiente de don Juan Martínez de Rozas, don Francisco Javier Rozas, manda a la 2ª del 3º.

El capitán Rozas trae de oficiales a Lucas Vial, que es teniente, a Abel Reyes Basos y a Luis Villett Lanz, que lucen presillas de subtenientes; y el capitán nombrado con su primero Casanueva y con los sargentos Arias, Caro, Manríquez y Bonilla, embarcan ligero, sin tropiezo alguno a su 2ª y se hace a la mar en demanda, no recordamos bien si de la *Elena* o de la *Elvira Álvarez*. Sin precipitación, con toda calma el capitán don Luis Sotomayor Barahona, de quien fuimos tan amigos durante nuestra niñez en la campaña, en todas partes, pone a bordo de las embarcaciones del caso a sus hombres de la 4ª y en esa faena le ayudan tres oficiales: los señores Felipe Zúñiga, Enrique Acuña y Rafael Vargas.

Triste, pálido, de mal color, toma su colocación entre los hombres del capitán Vargas el teniente don Manuel Jesús Arratia; huele a muerto ese oficial; y así fue, en uno de los morros de la izquierda enemiga en Chorrillos, vimos morir a este oficial en la flor de la vida cuando apenas contaba 20 años.

Samuel Vargas y Aníbal Arredondo, que son subtenientes, son también los últimos oficiales que dejan el muelle. Todo el Chillán, fuerte de 1.056 plazas, está ya todo embarcado a bordo.

A todo esto son las 4 de la tarde, hora en que desocupado enteramente el muelle, se da principio a la difícil tarea de embarcar la artillería, sus mulas, albardones, piezas, cajas de guerra y cureñas.

Las mulas y los caballos van en una gran lancha o balsa plana, que es remolcada despacio con sumo cuidado; esta comisión la desempeña un teniente de marina y dos aspirantes.

Doce cañones o sea dos baterías, una brigada, del mando del distinguido comandante don José de la Cruz Salvo, con 210 animales, 175 hombres y doce oficiales, se embarcan en esa tarde, en lo que resta del día 26 de noviembre de 1880.

Y es en el *Chile* donde queda Salvo y toda su artillería.

En el *Chile* toman también su puesto los hombres del Servicio Sanitario; en la *Elvira Álvarez* quedan embarcados los bagajes; la Intendencia del Ejército se reparte en diferentes buques, porque así conviene al mejor servicio; esos señores son los encargados de velar por el rancho de la tropa y también por el de los jefes y oficiales, puesto muy importante y que no siempre anduvo bien.

A medio día del 27 de noviembre, toda la Brigada Gana está a bordo; son 3.502 veteranos los que van a Pisco, a reforzar al general Villagrán para el improbable caso de que sea atacado, o de que se le mande avanzar hacia el norte.

Gana Gastro tiene a sus órdenes 165 hombres entre jefes y oficiales y 3.337 legionarios, cirujanos hombres de la Intendencia y de los bagajes.

Su artillería suma 12 piezas y contando todos los caballos y mulas, sin que falte una sola, la 1ª Brigada de la 2ª División transporta a Pisco 416 animales.

Sin duda alguna, que don José Francisco Gana tiene a sus órdenes tres regimientos escogidos, que nadie duda en el Ejército de la superioridad del Buin, Esmeralda y Chillán.

Holley y Lopetegui son dos viejos soldados que tienen muchas campañas y en el Esmeralda son estimados por todo el mundo.

Holley es un veterano que ha ascendido desde cadete y que ha visto el fuego durante las rudas campañas del decenio, en la de España y en las múltiples y diarias entradas a la tierra de Arauco.

Lopetegui, ha ingresado al 7º de Línea en 1862 y desde soldado distinguido ha llegado después de 16 años de rudos servicios a teniente coronel movilizado, segundo jefe del Esmeralda.

Tiene el comandante Lopetegui muchas campañas: en Arauco ha asistido con hombres como Federico Castro, Saturnino Retamales, Canto, Anacleto Lagos, Estanislao León y Luis de la Cuadra, a todos los acontecimientos militares de nuestra frontera sur, ha presenciado la fundación de Angol y la de casi todos los fuertes de la línea del Malleco; en fin, Holley y Lopetegui se han batido bien; son soldados a las derechas y en su regimiento se les aprecia y estima por todo el mundo.

Ya todo está listo para zarpar; Sánchez, el comandante del *Abtao*, ha regresado de tierra y en breve la señal de partida será izada a bordo de su nave capitana, el legendario buquecito que, estando desarmado, hizo frente al *Huáscar* en Antofagasta.

La escuadra del comodoro Sánchez lleva víveres para seis días y en abundancia tal que puede alimentar 6.000 hombres.

La Intendencia del Ejército, cuyos destinos rige don Vicente Dávila Larraín, ha hecho embarcar grandes y gordos bueyes en los diferentes transportes, a fin de que la carne fresca no escasee a los expedicionarios; y para que nada les falte se ha dado dos fardos de tabaco por regimiento y una marraqueta grande de chancaca, sin cargo por supuesto a los pobres haberes de nuestros veteranos.

Y decimos pobres, porque el más pintado y alentado capitán de aquel ejército no percibía en esos grandes días, sino 83 pesos mensuales; suma insignificante, de la cual todavía se le descontaba el 3% como contribución de guerra o si se quiere de sangre, de hambre.

Y los hombres del coronel Gana tuvieron también la buena suerte de que se les repartiera, nos referimos a los oficiales, útiles de mesa; se les entregaron platos, soperas, fuentes, azafates, tasas de té y cubiertos, lujo inusitado en aquellas alturas en que el corvo casi siempre era el único cuchillo de mesa que se usaba en nuestros pobres comedores.

Y para terminar este curioso acápite de rancho y de comida, agregaremos que cada capitán de buque recibía un peso diario por lo que servía a los señores jefes y oficiales que a bordo llevaba.

Sánchez, "Callaco", don Aureliano T. Sánchez, "Sanhecito", como también se le apodaba, a la 1 y media enarboló su bandera y a las 2 en punto de la tarde del 27 de noviembre, primer aniversario de la

gran jornada tarapaqueña, levó sus anclas el comodoro, puso sus proas al norte y los siete buques de su escuadra poco a poco se perdieron en el horizonte.

El *Abtao* y la *Magallanes* eran la gran guardia, la custodia de los expedicionarios.

Una vez fuera de la bahía, Sánchez, que siempre sirvió bien, apagó sus fuegos y largó las velas de su *Abtao*, que el fresco y firme viento del sur infló en el acto y que no plegó, hasta enfrentar tres días medio después al cerro de Lechuza, que desde la mar se divisa hacia el oeste, levantándose sobre su nivel 1.300 pies.

El monte Lechuza, muy conocido por los navegantes, tiene un mogote agudo de un color claro, es algo así como un faro, que por cierto sólo alumbra de día.

El comodoro Sánchez no tuvo más inconveniente en su feliz navegación, que la de ordenar a la *Magallanes*, diese remolque al *Huanay*, maniobra que dio por resultado normalizar la marcha a razón de cinco o seis millas por hora.

A la una de la tarde del día 2 de diciembre de 1880, después de escapular la punta de Paracas y de navegar con cuidado a fin de salvar la roca o bajo de Piñeiro, que se separa una milla al sur de San Gallán y “que suele no verse en la pleamar” y de atravesar el boquerón navegando próximos a la punta Huacas, y de dejar atrás las islas de Tres Marías, el islote Ballesta, la Roca Salcedo y el islote Blanco; Sánchez dobló la Punta Singular y se encontró en la magnífica y espaciosa bahía de Paracas y con el puerto de Pisco, ahí, a la mano, a tiro de cañón.

¡Los expedicionarios, ya se comprenderá como fueron recibidos; venían Gana y sus hombres de Arica, de Tacna, de Chile nuevo; traían cartas, correspondencias de Chile viejo; noticias de la familia, del querido y lejano hogar, del santo y amado terruño en que todos aquellos bravos soldados vieron la primera luz, en que tenían puesto todos sus grandes afectos!

Pronto Villagrán, Toro Herrera, que siempre fue buen camarada, excelente amigo, don Gregorio Urrutia, el Estado Mayor completo de la 1ª División se puso en movimiento; y antes de poco, toda la Brigada Gana estaba en tierra, bien alojada, con rancho listo, buena fruta, rico y aromático, magnífico pisco se repartía a nuestros segundinos que deseosos venían de remojar la garganta con un trago de afamado Mosto Verde de Pisco.

Y mientras Gana y sus hombres desembarcaban y el Buin, Esmeralda, Chillán, Salvo y sus artilleros toman sus campamentos, alejémonos nosotros de Pisco y sus hermosas quintas y alrededores, vámonos a Chíncha Alta; retrogrademos un poco, que sin contra hemos dejado un dramático episodio.

OCUPACIÓN DE CHINCHA ALTA Y APRESAMIENTO DEL SUB-PREFECTO MATUTE

Sabemos, porque ya lo hemos dicho, que Tambo de Mora está ocupado por fuerzas chilenas al mando del comandante Vidaurre; y algo hemos hablado sobre que los distritos enemigos del norte, de Chíncha, fueron también ocupados por tropas de esta brigada.

Cabe ahora narrar como don José Francisco Vergara, en persona, al frente de dos escuadrones de Granaderos a Caballo con el comandante Yávar, don Isidoro Errázuriz, don Eulogio Altamirano, Alberto Stiven, don Luis Pomar y Daniel Cuervo, tomaron a su vez posesión de Chíncha Alta e hicieron prisionero al famoso e infeliz Matute, sub - prefecto del distrito de Chíncha.

En la tarde del 25 de noviembre partieron de Tambo de Mora los expedicionarios con rumbo al norte, en demanda de Chíncha Alta; un guía peruano y otro extranjero dirigían la marcha, indicando los caminos que había que recorrer.

El ministro Vergara y sus hombres atravesaron pronto el río Larán y sus fértiles contornos; dejaron atrás sobre el poniente a Chíncha Baja y a buen paso se internaron en el desierto que separa a esta fértil zona de Chíncha Alta.

Anduvieron sin parar hasta que cayó la noche y con sus sombras los guías extraviaron el camino, perdiendo la ruta.

Todo cuanto se hizo, nos decía nuestro viejo amigo don Luis Pomar, capitán de navío retirado con más de 40 años de servicios positivos al país, y que en aquel tiempo cargaba galones de capitán de fragata, sirviendo de primer ayudante a don José Francisco Vergara y de jefe de desembarco en Pisco y también en Curayaco: "todo cuanto se hizo por tomar la ruta fue imposible", agregaba Pomar.

Era tan densa la oscuridad, tan negra la noche, que por más que se enviaron tres o cuatro cornetas con los guías, al frente de pequeñas partidas, con orden terminante de buscar la huella, el camino, todo fue inútil, por lo que el Ministro de acuerdo con Yávar y sus ayudantes ordenó acampar y esperar que amaneciese.

Cada cual, cuenta don Luis Pomar, dejó su caballo, tendió su ponchito en la arenita y con la rienda envuelta en la mano, durmió tranquilamente hasta que el alba tiñó con sus primeras luces el oriente.

Yo he visto ahí, contentos, risueños, "hacer carretas", como decíamos en esos tiempos, juntarse para calentarse, pasar el frío y poder dormir, a don Eulogio Altamirano con Vergara e Isidoro Errázuriz, que entre cuento y cuento, con su verba inagotable nos hacía reír, desechar las penas y echar las molestias a un lado.

¡Ah! ¡Con qué agrado se hacía todo eso, cómo se servía a Chile sin pensar en nada, teniendo sólo en cuenta salir adelante, vencer!

En fin, continúa don Luis, con los primeros tintes del alba montamos a caballo, emprendimos de nuevo la marcha. Muy pronto los guías tomaron el camino y cuando no serían las 5 de la mañana entramos a Chíncha Alta, bonito pueblo que está situado en una eminencia.

Recuerdo muy bien al entrar a la villa, unas cuantas cuadras antes de llegar a la plaza, en el camino público, que encontramos a un infeliz lechero peruano y fue tal el susto que el pobre diablo se llevó cuando en un recodo de la vía se topó con nosotros, con los chilenos, que se tiró al suelo y de rodillas, a gritos pedía se le perdonara la vida.

Vergara en el acto lo hizo levantar y con tono sonriente le dijo: “no tenga susto mi amigo, los chilenos no asesinan a nadie, siga su camino”.

No había para qué tomar a ese pobre hombre, se sabía positivamente que en Chíncha Alta no existía sino un piquete policial y nada más.

Momentos más tarde, don José Francisco Vergara, sus ayudantes, el comandante Yávar, la descubierta de Granaderos que mandaba el alférez don Juan Ignacio García, echábamos pie a tierra en la casa de la Prefectura.

En la puerta de calle había un caballo ensillado y en el mismo instante en que aparecíamos nosotros, al ruido de nuestras cabalgaduras, un señor asomó a la puerta; quien se presentaba tan de improviso y tan sin pretensiones a recibirnos era ni más ni menos que el propio prefecto de Chíncha, don Manuel M. Campos, que al reconocernos echó mano a la cintura como para tomar su revólver, cosa que vista por el Ministro de la Guerra fue contestada con un “Si V. hace el menor amago de resistencia en el acto lo hago fusilar. Cabo desarme al señor”. “Capitán Pomar tome ese caballo para V. y ya podrá V. devolver el que trae al comandante Vidaurre”.

Y mientras que nosotros conversábamos con Campos y parte de la tropa tomaba posesión de la Prefectura y desarmaba a unos diez o doce soldados peruanos, alguien leía encima de la mesa este telegrama:

“Señor Secretario de Gobierno, – Lima.

El gobernador de Tambo de Mora comunica: chilenos en Lurín – Chíncha – también hay en Pisco 1.000 chilenos caballería, algunos batallones infantería. Manuel M. Campos. – Gobernador”.

Minutos después salíamos de la prefectura, donde quedaba preso el gobernador Campos; la ciudad dormía aún; sus habitantes, todo habrían imaginado, menos que los chilenos, con el propio Ministro de la Guerra en campaña, hubiesen ocupado el pueblo, tomando preso a la primera autoridad.

Era necesario seguir ocupando la villa; estábamos en la plaza, alguien, el ordenanza de don José Francisco Vergara, avisó que ahí cerca había una pieza a la calle con luz y que un caballero alto, rubio, que parecía militar, se estaba vistiendo y tenía un caballo ensillado.

En el acto, el alférez García Vidaurre partió con alguna tropa a tomar al presunto coronel, porque así se calificaba al misterioso personaje; pero cuando García V. se dirigía a la casa, el individuo en cuestión salió de ella, saltó sobre su caballo y a todo escape se lanzó a través de la plaza.

La tropa de Granaderos, a su vez, partió como un rayo y durante breves instantes no se vio sino un pelotón de jinetes que a todas bridas devoraban el espacio, que no corrían, volaban tras del fugitivo, que no era otro que Matute, antiguo subprefecto de Chíncha y autor de la idea de envenenar las aguas de los pozos como medida atroz de guerra.

Y Matute, haciendo fuego de revólver, se perdía ya en el camino, cuando el alférez don Juan Ignacio García Vidaurre, adelantándose a todos, cayó sobre él sin hacer uso de su sable, ni tampoco de su revolver, de un caballazo, con la mano lo tomó prisionero.

“Ríndase, señor, que nada le va a pasar a V., vuelva bridas y sígame”, fue lo único que García V. dijo a su prisionero.

Momentos después el Ministro interrogaba a Matute, que era conducido más tarde por Javier Barahona y por mí a Pisco.

En el inter, tomadas todas las providencias del caso y registrados y leídos todos los libros y la correspondencia, se supo que el único regimiento de línea de caballería, el del coronel Sevilla, estaba más al norte, en Cañete; que Zamudio se encontraba en Quinya, a diez y seis leguas de Chíncha Alta; y que Matute, en un telegrama a Sevilla, decía el 23 de noviembre:

“Chilenos en Caucauto. Talvez vendrán de un momento a otro. Yo cumpliré con mi deber solo, sin auxilio de ninguna clase. – Matute”.

Poco más tarde, un cupo de guerra en forma de un hermoso piño de 200 animales vacunos gordos, en perfecto estado, eran entregados bajo recibo por el administrador extranjero de la hacienda de Chíncha para ser pagado en Pisco o en Tambo de Mora o en Lima.

En la tarde de ese mismo día regresamos a Tambo de Mora el capitán don Javier Barahona, Matute y un soldado que nos servía de asistente.

Dos días después estábamos en Pisco; llegamos al puerto el sábado en la tarde y en el cuerpo de guardia de uno de los batallones que ahí había de guarnición, dejamos al famoso Matute.

Al día siguiente, el domingo, temprano, la guarnición se disponía a ir a la misa que el capellán diría en la plaza del pueblo; la tropa iniciaba su movimiento y el ir y venir de nuestros soldados llegó hasta el cuerpo de guardia en que se encontraba Matute detenido, y este, sin duda alguna, creyendo que los soldados que partían del cuartel lo hacían con el objeto de formar cuadro para fusilarlo y sin que nadie lo viera, haciendo uso de una pequeña navajita, que aún conservó, se degolló cuando nadie pensaba en ultimarlo; cuando, más aún, esperaba la llegada del Ministro para ponerlo en libertad.

Yo llegué al calabozo en que se encontraba el infeliz prisionero cuando era tarde; el oficial de guardia y los soldados estaban verdaderamente consternados ante aquel triste espectáculo.

Matute, en verdad, prefirió morir a manos propias antes que ser fusilado; creyó, sin duda alguna, que el Cuartel General chileno sabía que él había querido envenenar las aguadas de Pisco a Cañete y que ese crimen iba a ser castigado con la muerte y se suicidó antes que sufrir el suplicio.

En verdad, nadie, lo repito, había pensado en tal cosa, el pobre Matute se castigó solo, por su propia mano.

Como corolario y complemento de la narración de don Luis Pomar he aquí copiado a la letra un curioso telegrama dirigido de Hervay Bajo, el 26 de noviembre:

“Señor coronel:

A las 5.30 de ayer llegaron a esta hacienda, emigrados de Chíncha, los señores Manuel P. Hernández e Hilario Sánchez Caballero, quienes me dicen que habiendo el jefe chileno, condecorado con una banda tricolor, hecho formar su fuerza, en número de 150 tiradores a caballo, armados de carabinas Remington y sables, dio esta orden al segundo: “A Larán mil reses en término de dos horas, y de no, que vuelen”. Inmediatamente emprendieron la marcha. Todo eso lo oyeron y vieron los señores indicados.

Después que se fueron, pudieron escapar en dirección a Topará, antes de que llegase la infantería enemiga. Al llegar a Topará oyeron una detonación extraña, semejante a un temblor fuerte y creen haya sido cumplido lo ordenado por el jefe chileno.

Al subprefecto Matute lo llevaban a la cabeza de la fuerza, junto con un policial del Gobernador, que lo tomaron armado.

Conocieron también estos señores a un dentista que estuvo ahora meses en Cañete, Lunahuaná y Chincha, que se decía ser norteamericano y que iba sirviendo una compañía.

Es todo lo que he sabido hasta esta hora y lo que en adelante sepa lo comunicaré oportunamente. Manuel S. Alba”.

No hay para que comentar este telegrama; sin embargo, bueno es decir que la fantasía, el miedo peruano más bien dicho, se ve claro campear en su redacción y muy especialmente en lo de la banda tricolor, los mil bueyes de Larán y el temblor y detonación que oyeron al llegar a Topará.

EL GENERAL VILLAGRÁN RECIBE ORDEN DE EMPRENDER POR TIERRA CON LA 1ª DIVISIÓN LA MARCHA DE PISCO A LURÍN

Vamos a narrar uno de los hechos históricos más oscuros de la Guerra del Pacífico y de la campaña a Lurín: la orden de marcha que se dio al general don José Antonio Villagrán; la partida de la Brigada Lynch en virtud de ese mandato; la causa por qué no partió el General comandante de la 1ª División; su destitución del mando por el general Baquedano; la presentación que hizo el general Villagrán a la Cámara; la discusión habida en ese alto cuerpo a propósito del desafuero del diputado Villagrán; y la aprobación del Gobierno al decreto del General en Jefe, poniendo en retiro al general Villagrán.

Y es penoso para nosotros tener que descorrer el velo histórico que encubre estos sucesos, porque declaramos que, desde niños conocimos mucho al General Jefe de la 1ª División y buena amistad nos ha ligado con sus hijos; pero ante la verdad habremos de deponer toda consideración y a fuer de dar al César lo que es realmente de él, nuestra relación irá acompañada por todos los documentos del caso. De esa manera nadie nos podrá tachar de pasionistas y el público que nos lea encontrará en nuestra modesta narración la verdad descarnada y pura asentada en documentos históricos de gran valía.

Hecha esta salvedad que estimamos necesaria vamos descarnadamente a exponer este oscuro y desgraciado episodio de la Campaña a Lima.

Sabemos que, desde primeros de diciembre, la 1ª División ha sido reforzada por más de 3.000 hombres de la Brigada Gana y también que las fuerzas del general Villagrán ocupan militar y estratégicamente una gran parte del departamento de Ica.

Las tropas del general Villagrán están descansadas, y el Comando en Jefe ha tenido tiempo sobrado para todo: ha podido hacer reconocimientos, recorrer los caminos del norte, los que conducen a Lurín, limpiar sus aguadas o cacimbas, prepararse, en una palabra, para las emergencias de la campaña futura.

Corría la primera quincena de diciembre; un buen día, el 12 del mes citado, don José Antonio Villagrán recibió, en Pisco, la siguiente carta del señor don José Francisco Vergara.

“Arica, diciembre 7 de 1880.

Mi estimado General:

Ya está decidida la partida para ir a buscar el desenlace de nuestra contienda. El viernes principian a embarcarse las tropas³ y calculo que el lunes al amanecer podemos darnos al mar.

Aunque yo considero muy penosa la marcha por tierra de toda una división, la opinión del General (Baquedano) y de sus otros compañeros prevaleció sobre la mía y aceptamos que Vd. avanzará por tierra para recibirnos en Chilca.

Temo que tenga que sobrellevar algunas penurias; pero con buen ánimo todo se soporta y no dudo que Vd. sabrá superar todas las dificultades.

Use las mulas para auxiliarse y para conducir agua en las travesías. El Carlos Roberto y la Magallanes, en caso de apuro, podrían llevarle auxilios a Cerro Azul. En caso necesario Vd. puede dar las órdenes del caso.

El Quillota quedará en el puerto esperando el convoy que va con el grueso del Ejército.

Deseándole fortuna y salud, se despide de Vd. su afectísimo seguro servidor y amigo. — J. F. Vergara.

Al señor General en Jefe de la 1ª División”.

El día 7 de diciembre, como se ve, recibió Villagrán la orden de partida por tierra a Chilca con todas sus fuerzas menos el batallón Quillota.

Veamos ahora lo que hizo, cuáles son las medidas que tomó, tendientes a cumplir bien, en forma verdaderamente militar la perentoria orden que entrañaba la carta del señor Vergara, que copiamos.

Y antes de seguir adelante, declárasenos aquí que se ha aseverado que las relaciones entre el Ministro y Villagrán no eran muy cordiales en esos días.

En efecto, a fines de noviembre el señor Vergara invitó, no ordenó, al citado general para hacer un viaje a Ica; se trataba de una visita, de una inspección ocular que deseaba hacer el señor Ministro al Cantón Militar del coronel Amunátegui; junto con Villagrán debían partir en un tren de la mañana, en convoy especial.

Llegada la hora de la cita, Villagrán no concurrió y el Ministro con su comitiva hubieron de marchar solos.

3 Se refiere a la Brigada Barbosa y a la 3ª División que iniciaron su embarque el 9 de diciembre. — N. M.

Aun más, al señor Vergara cuando se presentó en Ica nadie salió a recibirlo. El coronel Amunátegui estaba sentado a la mesa, ajeno en absoluto al viaje, cuando el Ministro en campaña entraba a la plaza del pueblo.

Todo el mundo pudo ver esa mañana al coronel Amunátegui levantarse, servilleta en mano, de su asiento a recibir a su superior jerárquico, que tan impensadamente llegaba sin aviso previo.

Aun más, el coronel Amunátegui tenía en su bolsillo un telegrama de Villagrán que decía:

“Hoy no puedo ir a esa. – Villagrán”.

Ni una palabra del viaje del señor Vergara y de su comitiva; el General como se ve se contentó solamente con decir que él no iba. El viaje del Ministro de la Guerra lo olvidó en absoluto.

Este incidente enfrió un tantico las relaciones entre ambos funcionarios, pero, el Ministro olvidó pronto esa nimiedad, como se desprende de la carta del 7 de diciembre que antes hemos transcrito.

Se ha dicho y se ha repetido por muchos que el general Villagrán no pudo cumplir la orden de marcha por falta de elementos para ello; que escasearon las mulas, agregan algunos; que no había toneles para el agua, observaron otros; que no tenía carretas para conducir los bagajes; en fin, que elementos de movilización no existían en la 1ª División y que, por tanto, era imposible mover diez mil hombres y conducirlos por tierra a Lurín sin tener los víveres necesarios, que aquello habría sido un gran fracaso, dado el caso que se hubiere efectuado la travesía.

La historia sabe que, para desgracia del señor Villagrán, su segundo, el coronel Lynch, llegó sin novedad ninguna a Lurín; el mundo entero, todo el Ejército pudo asistir a la entrada de los batallones que componían esa brigada en la que no se notaban ni enfermos, rezagados ni cansados.

Canto, Vidaurre y demás jefes arribaron a Lurín al frente del 2º de Línea y Artillería de Marina perfectamente bien, sin novedad, la que menor.

EL GENERAL VILLAGRÁN DISCUTE LA ORDEN

He aquí ahora lo que el mismo general Villagrán declara al respecto, cuáles fueron las medidas que tomó, como preparó a sus hombres, lo que dispuso para ejecutar y dar cumplimiento a lo que se le ordenaba.

Pero antes de seguir adelante declararemos que Villagrán no eludió el cumplimiento de lo ordenado, él ejecutó, puso en práctica lo que se le ordenaba, pero protestó de ello, por medio de una carta que fechada

en Tambo de Mora el 17 de diciembre, envié el coronel Gana a Pisco, con encargo de entregarla al general Baquedano y de darle al mismo tiempo cuenta de ella al señor Ministro de Guerra.

He aquí ese curioso documento:

“Tambo de Mora, diciembre 17 de 1880.

Señor coronel don José Francisco Gana. – Pisco.

Estimado coronel y amigo:

Aquí me tiene Vd. dando principio sólo hoy a mi segunda jornada.

Llegado a este punto recogí, personalmente, todos los datos que creí necesarios para conocer con la mayor exactitud posible el trayecto que hay desde Cañete. Ellos me dejan la convicción de que la empresa era difícil y aún peligrosa por la falta de agua, pues el pozo de Jagüey que sólo dista de aquí unas cinco leguas, no contenía agua para 1.000 personas, a pesar de los arreglos que se le habían hecho.

Teniendo esto en cuenta y los pocos elementos para la conducción de este artículo tan indispensable, me resolví a hacer practicar un nuevo y más prolijo reconocimiento por un ingeniero, ya para ver si era posible aumentar de algún modo el agua, ya para estudiar el camino hasta donde fuera posible traficarlo con carretas que pudieran conducir pipas para hacer depósitos entre Jagüey y Cañete, que es una de las jornadas más largas y peligrosas.

Del informe del ingeniero resolví que con algún trabajo se podría agrandar el pozo y abrir otro y también que en el camino, haciéndolo refaccionar, podrán pasar carretones hasta unas cinco leguas más allá, al punto donde podría hacerse un depósito de agua.

En el acto di las órdenes necesarias y dispuse al mismo tiempo que la 1ª Brigada de mi división se dividiese en dos y que el coronel Lynch con los regimientos 2º de Línea y 300 granaderos se pusieran en marcha hoy, a las 4 p. m., llevando además 50 mulas con barriles de agua y carretones con pipas, víveres, etc.

Mañana saldrá el Atacama y Colchagua, la otra brigada de artillería, algunos granaderos y los víveres necesarios.

El 19 saldrá la 3ª Brigada con todo el resto de bagajes y víveres, y el 20 espero estar reunido en Cañete Viejo y Cerro Azul, habiendo tomado mis medidas para que, desde el río Cañete, se nos provea con agua en la segunda jornada, por lo cual creo que habré vencido las dificultades que estos lugares áridos y desiertos oponen a un ejército.

Ignoro los inconvenientes que tendrán que vencerse desde Cerro Azul a Mala, que según los conocedores de estos lugares, son todavía mayores: pero tengo confianza en que todo se ha de allanar y que el 22 he de estar en Chilca o lo más tarde el 23.

La jornada de Chilca a Lurín es, a mi juicio, la más difícil, por tener muy poca agua aquel pueblo y porque no volvería a encontrar hasta Lurín, en donde según datos tendremos que disputarla al enemigo, que se sabe que allí hay alguna fuerza y que se aumentará talvez con todo el Ejército enemigo, una vez que estén ciertos que nuestro Ejército desembarca en Chilca, pues han determinado para el desembarco este punto, creen otros sea sólo una amenaza estratégica y que después nos marchemos a desembarcar en algún puerto del norte, Piérola tiene todas sus fuerzas concentradas en Lima y sus inmediaciones hasta Chorrillos.

Ellos comprenden bien que nosotros para desembarcar en Chilca y llegar hasta Lurín necesitamos lo menos cuatro días, tiempo de sobra del que ellos necesitan para establecerse y atrincherarse en este último punto.

Varios conocedores de la costa entre Chilca y Lurín me aseguraron que esa playa, y en particular la de Lurín, en esta estación es accesible para embarcaciones menores y que no habría dificultad para echar en la playa, en pocas horas, 3.000 ó 4.000, hombres, que tomarían posesión de ese lugar antes que llegaran refuerzos de Lima.

Tengo para mí que esa idea merece estudiarse con detención, pues si ella fuera realizable, como lo presumo, salvaríamos el gran inconveniente de disputar al enemigo ese elemento tan indispensable y que ellos defenderán con tenacidad.

En este concepto, querría conocer el pensamiento del señor General en Jefe o del señor Ministro, lo que podría efectuarse dándoles Vd. conocimiento de esta carta el momento de llegar a ese puerto, debiendo mandarse un buque a Cerro Azul, donde esperaré la última determinación para continuar mi marcha hacia Chilca.

Conviene que V.S. haga presente al señor Ministro la necesidad de tomar muy en cuenta, para el buen éxito de nuestras operaciones, las dificultades que tendría todo nuestro Ejército para llegar desde Chilca a Lurín sin agua, pues tengo plena seguridad de que el enemigo, una vez que sepa que nuestro Ejército desembarca en Chilca, hará avanzar el suyo hasta Lurín, donde nos disputará ese elemento en posiciones ventajosas para ellos y difíciles para nosotros.

Yo permaneceré en Cerro Azul hasta esperar el resultado de mis indicaciones.

Tiene el gusto de saludar a V. S. su seguro servidor. — J. A. Villagrán”.

Quien lea esta carta encontrará, sin duda alguna, justas y atinadas las consideraciones que en ella hace el general Villagrán, en cuanto al director de una empresa civil, meramente comercial, pero no en

calidad de comandante General de una división militar, que tiene que obrar de consuno con el Cuartel General, con el comandante en Jefe, con todo el Ejército.

Las órdenes militares no pueden, no deben jamás discutirse: “*cartuchera al cañón*”, dijo el coronel Riquelme, un buen día a su regimiento, en vez de cartucho al cañón, y todo el mundo, desde el soldado más veterano al último recluta se despojaron de su cinturón para obedecer la orden; y sólo cuando el viejo coronel vio que se le obedecía, dio contraorden; algunas cartucheras se rompieron, se hicieron pedazos, pero eso nada importaba, el principio, la disciplina estaba incólume, salva.

Aquí, el general Villagrán discute la orden del comando, y en lugar de obedecer ciegamente propone un plan nuevo de operaciones, sin conocer en absoluto el secreto de los planes del General en Jefe que no le pide su consejo, y desobedeciendo los mandatos del Cuartel General, demora su marcha y no parte a tiempo.

Lo repetimos, la falta del general Villagrán, para nosotros, no fue otra sino la de discutir, casi podríamos decir protestar el mandato superior del Cuartel General.

Cree, el general Villagrán, que en Lurín el enemigo hará resistencia, y deja suponer, cuando explaya esas ideas, que su división tendrá sola que sentir todo el peso del ataque; y luego estudiando su carta propone, como decíamos, un nuevo plan y llega a insinuar la idea de que antes de avanzar más allá de Cañete, por Cerro Azul, se le avise la última determinación que tome Baquedano.

Y para colmo de males, asevera que en Mala o Cerro Azul estará el día 23, cuando ese mismo día era el fijado para arribar a Chilca o a Curayaco como efectivamente aconteció.

Y mientras el General comandante de la 1ª División escribe la carta transcrita, el mismo jefe, con una actividad asombrosa había juntado todos los elementos necesarios para su marcha y en verdad, pocas horas después de recibida la orden ministerial había colocado a la Brigada Lynch en situación de emprender la primera jornada.

Lo repetimos, ciertos estamos que la falta de Villagrán fue discutir, protestar la orden recibida; los documentos que más adelante publicaremos estamos seguros harán completa luz en este oscuro punto histórico.

El general Baquedano separa del comando de la 1ª División al general don José Antonio Villagrán.

Y mientras Villagrán, desde su Cuartel General de Tambo de Mora, despacha a la Brigada Lynch, y continúa preparando la marcha del resto de sus tropas y envía a Baquedano la nota que ya conocen nuestros lectores, la 3ª División, la Brigada Barbosa, el Parque General, el grueso del Ejército que conquistará a Lima se embarca en Arica, zarpa de ese punto y llega a Pisco el día 19 de diciembre de 1880 y se encuentra con la noticia de que Villagrán, faltando a las terminantes órdenes del General en Jefe, aún no ha partido de Tambo de Mora.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Sólo leyendo la nota que va a continuación, se comprende el estupor que, lo que narramos, causó en el ánimo del General en Jefe; el oficio, sin duda es duro; lo damos aquí a fin de deslindar responsabilidades y para que los futuros generales de nuestro Ejército sepan que jamás por jamás deben discutir las órdenes superiores; y que el buen soldado debe hacerse matar primero antes que poner en duda el más insignificante mandato.

He aquí este documento:

“Número 393. – General en Jefe. – Pisco.

Diciembre 19 de 1880.

Señor:

Anoche recibí la nota de V. S. número 212 fecha 10 del presente, en la que V. S. acusándome recibo de la que le dirigí con fecha 7, me dice que cumplirá las órdenes contenidas en ella, salvando su responsabilidad por los desastres que puede sufrir su División en una marcha de largas jornadas, sin agua, careciendo de los elementos indispensables para hacerla.

Junto con la comunicación de V. S. recibí la noticia de que V. S. habiéndose puesto en marcha el 13, se había detenido en el término de la primera jornada y que solamente el día anterior había seguido avanzando la 1ª Brigada de su división.

Este tropiezo inesperado me obligó a modificar mi plan primitivo de operaciones, corriendo el grave riesgo, si no de un fracaso, a lo menos de sacrificar estérilmente un número considerable de vidas.

V. S. comprenderá por eso con cuanto desagrado recibí la noticia de que mis órdenes no habían sido ejecutadas, y cuanto es mi contrariedad al verme obligado a dar cuenta al Supremo Gobierno del mal principio que ha tenido, por una falta que no es mía, la última jornada de esta guerra hecha hasta ahora con tanta felicidad.

Debo agregar solamente que no es aceptable la salvedad que V. S. hace al resguardo de su responsabilidad.

Responsable de las consecuencias de una orden es solamente el General en Jefe que la imparte, sin que tenga el ejecutor el derecho de calificarla, puesto que cumple con su deber limitándose a obedecerla. Dios guarde a V. S. – Manuel Baquedano.

Al señor General en Jefe de la 1ª División”.

Los comentarios huelgan al respecto porque el documento copiado no puede ser más claro, más en consonancia con la Ordenanza General del Ejército, con la pasividad con que deben ser acatadas en nuestras instituciones militares las órdenes emanadas de todo comando por alto o humilde que él sea.

Naturalmente, Baquedano, junto con enviar al general Villagrán el oficio anterior, dio también aviso de lo ocurrido al Ministro de la Guerra en campaña, quien contestó inmediatamente al General en Jefe aprobando en todo y por todo el temperamento, más bien dicho, la nota trascrita.

Y como era natural, la separación del general Villagrán no se hizo esperar mucho tiempo.

Baquedano, no esperó, no podía hacerlo tampoco, la marcha de la 1ª División; lo único que hizo fue ordenar que Lynch continuase su ruta por tierra y a las Brigadas Amunátegui y Gana que se reembarcasen en Pisco con Villagrán.

Y tomadas estas medidas, el General en Jefe siguió su derrota a Chilca y luego a Curayaco y a Lurín.

Villagrán, entre tanto, embarcado en el *Lamar* se dirigió también a Curayaco y ahí en la pobre camarita de ese vapor, el 25 de diciembre de 1880, el ayudante del Estado Mayor, don Alberto Gándara le entregó el oficio en que iba el decreto que lo separaba del mando de la 2ª División.

Hemos, en más de una ocasión, oído relatar al hoy comandante en retiro señor Gándara, nuestro compañero y amigo, ese interesante momento, que Gándara conserva grabado en su cerebro como si estuviera fotografiado, y repitiendo sus propias palabras dejaremos aquí constancia, “de que jamás en su larga vida de soldado el general Villagrán mostró más entereza, más resignación, que en aquel momento, en que desmoronándose todo el edificio de sus glorias era destituido al frente del enemigo, del mando de la Primera División del Ejército”.

“Don José Antonio, que como tu sabes –agregaba Alberto– era un militar ilustrado e inteligente, era también un hombre muy bien educado, muy digno, y recibió la terrible noticia sin inmutarse, con toda entereza, con estoica calma.

Dos veces leyó el oficio; no tuvo para nadie una sola recriminación, se tragó su amargura en silencio y mudo permaneció durante algunos instantes.

Poco después de haber cumplido tan penoso deber me retiré del *Lamar* y volví al *Chile* a dar cuenta de mi cometido. Tu sabes que Lynch fue nombrado en lugar de Villagrán y debes recordar también que en ese mismo 25 de diciembre en la mañana la 1ª Brigada, la de Lynch, llegaba sana y salva a Lurín”.

He aquí, copiado al pie de la letra el decreto [de] destitución del general Villagrán:

“Núm. 400. General en Jefe. — San Pedro de Lurín.

Diciembre 25 de 1880.

Hoy he acordado lo que sigue:

Núm. 288. Vista la nota que precede el señor Ministro de la Guerra en campaña, decreto:

Sepárase del mando de la 1ª División del Ejército al general don José Antonio Villagrán, quien marchará a Santiago a ponerse a disposición del Supremo Gobierno.

Anótese, comuníquese y dése cuenta al supremo Gobierno para su aprobación.

Lo que transcribo a V. S. para su conocimiento y demás fines. Dios guarde a V. S. — Manuel Baquedano.

Al general de división don José Antonio Villagrán”.

En la orden del día del Cuartel General se publicó para que todo el Ejército supiese el decreto anterior.

Todo el mundo, *in peto*, sintió como era natural esa desgracia, a todos, como soldados nos alcanzaba aquel feroz latigazo; era un deshonor para aquel Ejército que había cosechado lauros a puñados.

Pero todos también conocíamos la Ordenanza, que a diario leíamos y estudiábamos, porque todos los días había academias, lecturas y explicaciones de ella a la tropa; y sin excepción, nadie en todo el Ejército, imaginaba discutir una orden.

Se mandaba a morir a un regimiento, a una compañía, a una división entera: “pues bien al asalto, a la muerte y a la gloria” decía todo el mundo, sin protestar, alegremente.

Y se obedecía pasivamente y nadie discutía, protestaba de nada, de orden ninguna.

Y como todo lo humano acontece, Villagrán regresó a Chile y dos o tres días después los sinsabores de la campaña hicieron olvidar al Ejército aquel tremendo castigo.

UN AGREGADO MILITAR CHILENO EN MADRID DURANTE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Andrés Irarrázaval Gomien¹

Se cumple un centenario del inicio de la Primera Guerra Mundial y se han multiplicado los estudios y documentales en torno a los hechos que causaron el conflicto y marcaron su desarrollo. Naturalmente la mayoría de estos se refieren a países involucrados directamente en la contienda, pero no por ello deja de ser interesante investigar sobre las repercusiones que la guerra tuvo en los países neutrales, como fue el caso de Chile, tanto en el ámbito diplomático como militar. En este contexto, un cargo que juega un importante papel es el de agregado militar, representante de las Fuerzas Armadas en las naciones con las que había convenios o intereses militares en común, ya que en este confluían aspectos diplomáticos y castrenses.

Esta breve investigación, sin ser exhaustiva, profundiza en las consecuencias de la Primera Guerra Mundial para el Ejército y el Ministerio de Relaciones Exteriores chileno, todo ello en el contexto de la neutralidad asumida por el Gobierno de Chile, y se detiene en la figura ya señalada del agregado militar, analizando en concreto a quien ejerció este cargo en España entre fines de 1916 e inicios de 1919, el teniente coronel Ricardo Irarrázaval Lira.

El Gobierno del presidente Ramón Barros Luco estableció su neutralidad el 4 de agosto de 1914 y lo manifestó a través de una declaración enviada a las legaciones de Chile en Gran Bretaña, Alemania, Francia, Japón, Italia y Austria, y al Consulado de Rusia,² postura que se mantuvo hasta el término de la guerra. Esta neutralidad no significaba que la contienda no afectara al Estado que se acogiera a ella o que este quedara totalmente al margen del conflicto; su declaración implicaba no dar ningún tipo de apoyo a las naciones que formaban parte de los bandos combatientes. Chile tenía múltiples relaciones con los países que se encontraban enfrentados: de cooperación, económicas y comerciales, chilenos residentes en ellas, militares, etc. A su vez, los escenarios de combate no se redujeron al continente europeo sino que fueron mundiales, y afectaron directamente las costas chilenas.³

Esto exigía del gobierno chileno la especial preocupación de no hacer o no respaldar hechos que pudieran malentenderse por una de las partes beligerantes como un apoyo a sus enemigos. En esta línea, las legaciones que representaban a Chile en el extranjero debían ser muy cuidadosas y actuar en plena sintonía con el gobierno central a través del Ministerio de Relaciones Exteriores. En los años anteriores al estallido de la guerra la organización del servicio diplomático había sido sencilla, pero frente a las nuevas exigencias

1 Abogado. Licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad de Concepción. Profesor de Historia del Derecho e Historia de las Instituciones de Chile, Universidad de los Andes.

2 BARROS VAN BUREN, Mario (1970); *Historia Diplomática de Chile (1541-1938)*. Ediciones Ariel, Barcelona, España; pp. 628 y 629.

3 RIQUELME OYARZÚN, Benjamín. "La neutralidad de Chile durante la Primera Guerra Mundial"; en *Revista de Marina* 3/2010; pp. 268-272. Disponible en: <http://revistamarina.cl/revistas/2010/3/riquelme.pdf>

del conflicto esto cambiaría. Como señala Mario Barros “es interesante recordar a grandes rasgos la característica un poco familiar e íntima que tenía el servicio diplomático en esos días que terminaron el año 1914, junto con el advenimiento de la Primera Guerra Mundial y el fin de “la belle époque”. En un servicio que tenía 16 funcionarios en Santiago y 28 en el extranjero, no era posible esperar demasiadas formalidades”.⁴

A medida que avanzaba la Guerra la posición neutral adoptada por el Gobierno chileno sufría presiones desde el exterior y en la política interna. Manuel Rivas Vicuña, político y parlamentario de la época señala en sus memorias, refiriéndose a los primeros meses de 1916:

*“La guerra europea iba en su tercer año y se transformaba en un conflicto mundial. Las flotas inglesa y alemana se batían en nuestras costas. El continente americano se interesaba en el conflicto. La guerra submarina levantaba toda clase de protestas. Estados Unidos se disponía a tomar parte en las operaciones. La opinión pública chilena se dividía entre la causa de los aliados y la de los imperios centrales. ¿Podría Chile continuar en la política de neutralidad que le había trazado el gobierno de Barros Luco, o debía adoptar otra actitud? (...). En el círculo más íntimo que rodeaba al Presidente predominaban los partidarios de los imperios centrales, quienes sostenían que Chile debía inclinarse en favor de los alemanes; en cambio, una gran parte de la opinión era favorable a la causa de los aliados (...).”*⁵

El mismo autor explica cómo esta disyuntiva entre inclinarse a favor del bando aliado o el alemán va evolucionando según el modo en que la decisión pueda afectar a Chile:

“Según las informaciones de la cancillería, Perú y Bolivia se pronunciarían en favor de los aliados, siguiendo la política de los Estados Unidos. Esta actitud elevaría la situación de nuestros vecinos en Washington y en Europa en los momentos de consagrarse la victoria posible de los aliados, y nosotros quedaríamos en una situación de aislamiento. Ya no era cuestión de decidirse entre los aliados y los imperios centrales, sino entre aquellos y la neutralidad”.⁶

Entre los diferentes aspectos que el Gobierno de Chile debía atender para mantener una posición neutral coherente, uno no menor era el militar, tanto por la posición que pudiera tomar el Ejército de Chile respecto al conflicto como por el papel que jugaban sus representantes en las diferentes naciones involucradas en la contienda. Respecto al primero, es necesario tener presente que tras la Guerra del Pacífico el Ejército experimentó un importante proceso de profesionalización bajo la dirección de instructores alemanes y que el seguimiento de la Gran Guerra era considerado formativo para desarrollar los conocimientos militares:

4 BARROS VAN BUREN, Mario (1973). *El Ministerio de Relaciones Exteriores (apuntes para una historia administrativa)*. Ministerio de Relaciones Exteriores - Departamento de impresos, Santiago, p. 89.

5 RIVAS VICUÑA, Manuel (1964). *Historia Política y Parlamentaria de Chile*. Ediciones Biblioteca Nacional, Santiago, Tomo II, pp. 34-35.

6 *Ibidem*, p. 36.

“En efecto, en ella (la guerra) durante cuatro años, de manera total y haciendo un uso masivo de tropas y de las más modernas armas, se enfrentaron las principales potencias europeas y luego del mundo, entre ellas aquellas que habían servido de modelo inspirador a las fuerzas armadas chilenas. De esta forma no puede extrañar que hayan sido muchos los oficiales chilenos destinados al viejo mundo con el objetivo de observar directamente los combates, que se leyera con fruición la literatura militar extranjera relativa a la guerra y que las revistas militares chilenas estuvieran plagadas de artículos que la analizaban tratando de sacar las conclusiones más adecuadas para aplicar en Chile”.⁷

Sobre el papel de los representantes militares chilenos en otros países, hay que tener en cuenta que durante las últimas décadas su presencia se había multiplicado. Por ejemplo en 1907, 1911 y 1913 viajan misiones militares a Ecuador, Guatemala, Nicaragua y El Salvador. En 1907 se reorganiza la misión militar en Viena. En 1911 se crea la agregaduría militar en Roma. En 1913 los agregados militares eran 15 y al año siguiente, entre cargos de representación y misiones, se contabilizaba un total de 114 oficiales chilenos en el extranjero. A su vez, las misiones tenían diferentes finalidades: a veces ayudaban en la organización de las Fuerzas Armadas de otro país, en otras oportunidades hacían trabajos conjuntos o estudiaban procedimientos desarrollados por ejércitos más avanzados, analizaban compras de armamentos, etc. Esta diversidad era positiva, pero a la vez podía ser comprometedora en el período de guerra, ya que...

“daban al país un gran prestigio, pero era evidente que no existía una idea clara sobre su naturaleza y de los límites de su actividad. Así no es de extrañar que los países que las contrataban, en el caso activo, o que las instruían, en el caso pasivo, las utilizaran, también, como mejor les convenía, aun contra las protestas de los propios interesados. La neutralidad que Chile pretendía adoptar en estos casos se veía, pues, seriamente amenazada. Como, por otra parte, el ministerio de guerra y marina, en Santiago, insistía en tener el control directo de sus enviados al exterior, se producía una grave duplicidad de mando, entre el jefe de la misión diplomática y el oficial chileno destacado, duplicidad que se hacía más grave cuando este oficial mantenía a su vez otros oficiales a sus órdenes”.⁸

El Gobierno chileno, consciente de la delicada situación en que se encontraba, para evitar cualquier circunstancia que pudiera perjudicar su posición neutral, estableció en 1916 que las misiones y agregadurías militares estuvieran bajo el control directo del jefe de la misión diplomática, como mando único e inapelable.

En ese mismo año, 1916, y conforme a la medida recién señalada, el día 9 de noviembre, el teniente coronel Ricardo Irrarrázaval Lira pasa a las órdenes del Ministerio de Relaciones Exteriores a fin de ser nombrado adicto militar a la Legación de Chile en España, cargo que ejerció hasta el 1 de enero de 1919,

7 BRAHM GARCÍA, Enrique (2002). *Preparados para la guerra. Pensamiento militar chileno bajo influencia alemana 1885-1930*. Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, p. 107.

8 BARROS VAN BUREN, op. cit., pp. 633 y 634.

ya terminada la Guerra.⁹ Arturo Fontecilla L., miembro de número de la Academia de Ciencias Naturales, con ocasión del fallecimiento de Ricardo Irarrázaval L., hace una semblanza de su vida en la que resume estos años del siguiente modo: “...desempeñó delicadas misiones que le confió el Gobierno chileno y dio varios informes sobre asuntos militares, casi todos relativos a las observaciones recogidas en los campos de batalla de la guerra europea en pleno desarrollo en esos años. Como siempre, su simpatía hizo que fuera muy apreciado de los militares españoles y franceses que conoció...”¹⁰

La vida como adicto militar a una Legación europea durante la Primera Guerra presentaba muchas oportunidades para un oficial, por el conocimiento directo que podía aportar a su formación profesional, pero también le implicó algunas dificultades en el ámbito familiar y económico. En el caso de Ricardo Irarrázaval L., respecto a su familia, significaba separarse de su hijo mayor. El teniente coronel contrajo matrimonio con Amanda Rojas R. en 1899, de cuya unión nació Ricardo Irarrázaval Rojas al año siguiente. Tras enviudar se casó nuevamente, a fines de 1913, con María de Tezanos-Pinto S., con quien tuvo tres hijos: Rodrigo, Amanda y Pablo. El hijo mayor, Ricardo, siguiendo los pasos de su padre, había ingresado en la Escuela Militar a principios de 1913, y cuando la familia partió a Madrid él permaneció en Chile, lo que naturalmente fue un dolor para su padre. Posteriormente pudo reunirse con él y conocer a sus hermanos más pequeños nacidos en Madrid, ya que también pasa a España en junio de 1918 en Comisión de Servicio a las órdenes del ministro de Chile en ese país.¹¹ Un detalle práctico que muestra esta dimensión familiar es la petición que hace a fines de 1918 el ministro en Madrid al cónsul general en Barcelona para la organización del regreso de la familia: “Señor Cónsul, ruego a V.S. se sirva contratar los

-
- 9 Nació en 1871 e ingresó al Ejército durante la Guerra Civil de 1891, siendo herido en la Batalla de Placilla. En 1900 se incorpora a la Academia de Guerra y desde noviembre de 1904 a septiembre de 1905 hizo un curso en el Regimiento Fusileros n. 36 en Halle, Alemania. En 1906 pasa al Estado Mayor General y en 1908 es nombrado Jefe de Sección. En 1910 formó parte de la representación del Ejército en la comitiva que acompañó al presidente de la república Pedro Montt M. a las fiestas del Centenario Argentino, y al año siguiente se le nombró adicto militar a la Legación de Chile en la misma Argentina. Sirvió en diversos batallones, siendo comandante del Regimiento de Infantería “Maipo” N° 2 desde de agosto de 1911 hasta el año 1916. El mismo año 1911 fue ascendido a teniente coronel. Datos biográficos del coronel Ricardo Irarrázaval Lira, ARCHIVO GENERAL DEL EJÉRCITO.
- 10 FONTECILLA LARRAÍN, Arturo; “El general don Ricardo Yrarrázaval L.”; en *Revista Universitaria*, Universidad Católica de Chile, Santiago, año XXVII, n. 1, 1942; pp. 6 y 7. El artículo fue leído por su autor en la sesión de la Academia de Ciencias Naturales del día 28 de diciembre de 1941, tres días después del fallecimiento de Ricardo Irarrázaval L., quien había ingresado a dicha academia en 1936. Ello, porque una de sus pasiones fue la recolección de objetos prehistóricos de piedra, formando una colección de más de 1.000 piezas, de las cuales las más valiosas se conservan actualmente en el Museo Precolombino de Santiago. En la Academia participaba de las reuniones y presentó algunos estudios que fueron muy valorados por sus integrantes, como por ejemplo “Dos ejemplares de piedras de mortero en Santiago”, leído en la sesión del 31 de octubre de 1937, y “Petroglifos en Illapel”, expuesto el día 2 de noviembre de 1938. Se debe señalar que el artículo de la referencia contiene algunas erratas en los términos militares, entre ellas el título, ya que Ricardo Irarrázaval L. se retiró del Ejército en 1921, siendo coronel y no general como se le llama aquí.
- 11 Datos biográficos del teniente 1° Ricardo Irarrázaval Rojas, ARCHIVO GENERAL DEL EJÉRCITO. Regresó a Chile a principios de 1919 y se le concede el retiro temporal dos años después. Varias décadas después, durante el gobierno de Jorge Alessandri R., fue nombrado embajador en España. Eduardo Gómien D., ministro de ese gobierno y contemporáneo suyo, me señaló que Ricardo Irarrázaval R. le confidenció que al ofrecerle el presidente Alessandri una embajada, había pedido que fuera en España en recuerdo de su padre.

*siguientes pasajes: (...) 2) Para el vapor de Diciembre tres y medio pasajes para el Sr. Teniente coronel D. Ricardo Irrarázaval, señora, tres niños y una sirvienta”.*¹²

Sobre el aspecto económico, que naturalmente repercutía además en el bienestar familiar, se debe tener presente que la misma guerra dificultaba la puntualidad de los pagos a los funcionarios chilenos en países europeos.

*“Con la declaración de guerra las relaciones financieras entre los países aliados -Gran Bretaña y Francia- y las potencias centrales -Alemania y Austria- se vieron interrumpidas de inmediato. La forma habitual de remesas de divisas desde Chile al exterior, para todas las actividades de comercio, era la letra sobre Londres; los viajeros recurrían a la carta de crédito. A raíz del conflicto y ante la alteración en las remesas del extranjero, el gobierno británico declaró una moratoria por 30 días en el pago de letras mientras se arreglaba la situación. Los bancos alemanes en Gran Bretaña debieron cerrar sus puertas; las letras giradas contra ellos dejaron de ser pagadas, y las cartas de crédito resultaban imposibles de cobrar. Algo similar sucedió en Francia con los bancos enemigos”.*¹³

En la correspondencia recibida por el Consulado General de Chile en España con sede en Barcelona hay varias cartas referentes al tema, tanto de recibos de cheques enviados desde el Consulado a la Legación en Madrid como de informes de pagos hechos desde Londres a Barcelona. Por ejemplo, el 2 de enero de 1918 escribe el secretario de la Legación al cónsul Anselmo de la Cruz:

*“Me es grato acusar a Ud. recibo de su atento oficio N° 541 del 31 de diciembre último con el cual se ha servido Ud. remitirme dos cheques del Banco Anglo Sud Americano, por 2.570,30 ptas. el uno, a la orden de D. Ricardo Irrarázaval, y por 1.500 pesetas el otro, a la orden del infrascrito. Doy a Ud. gracias por este envío. Dios guarde a Ud. (FIRMADO) Diego de Castro”.*¹⁴

En otras oportunidades se expresan las dificultades económicas para realizar los pagos: *“Acabo de recibir las órdenes de pago correspondientes al mes actual. ¿Habrá fondos con que atender siquiera al pago de los sueldos del personal diplomático?”*¹⁵

12 ARCHIVO GENERAL HISTÓRICO, Ministerio de Relaciones Exteriores, Fondo Histórico, volumen 698. Correspondencia recibida en el Consulado de España, N. 371. Madrid 23 de octubre de 1918. Legación de Chile en España. Se entiende que no estaba contemplado aquí el pasaje de regreso del hijo militar, que volvió a Chile en esas fechas, pero en viaje organizado por la Legación y junto con los demás oficiales.

13 COUYOUMDJIAN, Juan Ricardo y MUÑOZ, María Angélica, “Chilenos en Europa durante la Primera Guerra Mundial: 1914-1918”, en revista *HISTORIA* N° 35, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 2002; pp. 35-62. Disponible en <http://revistahistoria.uc.cl/estudios/1868/>

14 ARCHIVO GENERAL HISTÓRICO, Ministerio de Relaciones Exteriores, Fondo Histórico, volumen 698. Correspondencia recibida en el Consulado de España, desde Legación en Madrid, 2 de enero de 1918. (Hay bastante correspondencia similar).

15 ARCHIVO GENERAL HISTÓRICO, Ministerio de Relaciones Exteriores, Fondo Histórico, volumen 698. Correspondencia recibida en el Consulado de España, desde Legación en Madrid, 1 de mayo de 1918.

El gobierno chileno, teniendo presente la difícil situación en que se encontraban sus representantes en los países en conflicto, promulga en septiembre de 1917 una ley para gratificar a algunos miembros del personal diplomático y consular; en el caso de los adictos militares y navales a la Embajada de Chile en los Estados Unidos y Legaciones en Inglaterra, Francia, Alemania, Holanda, Austria, Italia, España, Suiza, Japón, Argentina y Brasil, gozarían durante el resto del año de una asignación especial del 30% sobre sus sueldos.¹⁶ Las misivas de la oficina de la Tesorería de Chile en Londres dan noticia de estos y otros reajustes, por ejemplo:

“Señor Cónsul General: Con esta fecha digo al Señor Encargado de Negocios en España, que puede presentar a US. los siguientes ajustes del personal de esa Legación y que ruego a US. quiera pagar con los fondos a favor del Erario Nacional de que UD. disponga en ese Consulado:

<i>Diego F. de Castro, Secretario en España</i>	£	66:13: 4
<i>Ricardo Irrarrázaval, adicto militar en España</i>	“	80: 8: 4
<i>(...)”¹⁷</i>		

Además del trabajo ordinario como adicto militar, fomentando las relaciones con el Ejército del país en que se está destinado, preparando informes sobre diversos temas relacionados a su especialidad y otros, a quien ejerciera este cargo le podía corresponder la visita de alguna misión militar enviada desde su país con alguna finalidad más específica, en cuyo evento debía ayudar en la coordinación de su trabajo con el Gobierno y Ejército visitados y facilitar todo lo necesario para el éxito de la comitiva. Este fue el caso para Ricardo Irrarrázaval L., a quien le tocó recibir la Misión Brieba en Madrid a comienzos de 1918, la más grande organizada desde Chile hasta la época.¹⁸

España se había convertido en uno de los principales proveedores de componente militar para países ajenos al conflicto, entre ellos Chile. Con el cometido de adquirir material bélico, el Gobierno chileno envió a Europa una misión militar presidida por el general Luis Felipe Brieba y formada por varios oficiales. Tenían como destino Alemania, pero por dificultades para atravesar Francia solo llegaron a Madrid. Entonces se decidió que los oficiales que la componían realizaran diferentes estudios en las instalaciones del Ejército español. El mismo rey Alfonso XIII recibió a la delegación y se ofreció a atender sus peticiones. Varios de los oficiales se repartieron en diferentes centros militares, estudiando la organización y funcionamiento de su Ejército y de las fábricas de armamentos: Fábrica Nacional de Toledo, Centro Electrónico, Escuela Central de Tiro de Infantería y la Escuela Superior de la Guerra. A los llegados a inicios de año se suman en agosto dos tenientes.¹⁹ Pero en octubre se recibió desde Chile la orden de que la misión regresara, lo que se concretó a fin de año, aunque algunos de sus integrantes permanecieron un tiempo más en sus respectivas unidades.²⁰

16 Ley N° 3.293, de 21-IX-1917, art. 3°.

17 ARCHIVO GENERAL HISTÓRICO, Ministerio de Relaciones Exteriores, Fondo Histórico, volumen 698. Correspondencia recibida en el Consulado de España, n. 434, 23 de febrero de 1918.

18 BARROS VAN BUREN, *op. cit.*, p. 634, nota 12.

19 Uno de ellos fue Ricardo Irrarrázaval Rojas (ver nota 10).

20 CARRELLÁN RUIZ, Juan Luis: “Las relaciones entre España y Chile (1902-1931): los contactos militares”; pp. 7-9. Disponible en la página web de la Universidad de Cantabria: <http://www.unican.es/NR/rdonlyres/0000e2e8/qucgejgxlhxjrlgcyhrvhal-diadbrs/JLCARRELLANLASRELACIONESENTREESPA%C3%91AYCHILE19021931LOSCONTACTOSMILITARES.pdf>.

En el transcurso de la Misión Briebe se concretó la compra a España de pólvora y material aeronáutico. En estas negociaciones Ricardo Irrarrázaval L. tuvo una participación activa como coordinador entre la Misión y el Gobierno por su trabajo en la Embajada chilena. Recogemos aquí algunos antecedentes relacionados con la adquisición de la pólvora, cuyas tratativas comenzaron algunos meses antes del arribo del general Briebe.

A fines de 1917, el Gobierno chileno encargó la compra de pólvora y fulminantes por un valor de 2.640.000 pesetas. La elaboración de los explosivos tardaría un año y podría trasladarse a Chile en un vapor o buque de vela a cuenta del Estado chileno. Este transporte debía llevar, además, salitre y trigo a España. El 6 de febrero de 1918 se envió desde la Legación un telegrama al Ministerio de Relaciones Exteriores por encargo del recién llegado general Briebe, para informar al Ministerio de Guerra de una reunión que tuvo con el ministro de Guerra español, quien pidió formalizar el contrato de pólvora y ofreció dar facilidades para otras adquisiciones, si este se firmaba.²¹ Pero a los dos días después el secretario de la Legación envía un nuevo telegrama para hacer constar de una confusión en el tipo de pólvora a comprar, su texto señala:

*“Teniente coronel Irrarrázaval dice que contrato de pólvora preparado por él según las instrucciones recibidas difiere de pliego condiciones traído por General Briebe en carga proyectil 2 gramos 45.- Velocidad inicial 685 metros; presión 3200 atmósferas, características que corresponden a lo que España llama pólvora laminillas.- Condiciones de pliego traído por General corresponden a lo que España llama pólvoras progresivas que, aquí no se hacen, según comuniqué oportunamente.- Espero instrucciones.- De Castro.”*²²

Esta información es recogida por el estudio de un historiador español, quien explica cómo se concretó finalmente la compra:

*“Una vez que se iba a proceder a la firma del documento se observó que hubo distinta interpretación en la denominación de los explosivos. Así, la delegación chilena tenía instrucciones de comprar pólvora progresiva, que al parecer no se fabricaba en España, mientras por parte española se ofrecía pólvora laminilla con unas características en carga de proyectil de 2 gramos 45; velocidad inicial 685 metros; y presión 3.200 atmósfera. El ministro de Relaciones Exteriores contestó a Diego F. de Castro (Secretario de la Legación) que al aceptar el Gobierno de Chile la pólvora laminilla estimaba que con ella se obtendría la velocidad de 860 mts., que corresponde a la graduación alza del fusil Mauser bala P. sin elevar la presión sobre 3.200 atmósferas, datos que no podían variarse, dejando a España la autorización para cambiar la composición y la forma de los granos. El total de la compra de pólvora ascendió a 40.000 pesetas.”*²³

21 ARCHIVO GENERAL HISTÓRICO, Ministerio de Relaciones Exteriores, Fondo Histórico, volumen 699, Ministerio de Relaciones Exteriores, Sección Clave / Telegramas enviados y recibidos, Nº 8, 6 de febrero de 1918.

22 ARCHIVO GENERAL HISTÓRICO, Ministerio de Relaciones Exteriores, Fondo Histórico, volumen 699, Ministerio de Relaciones Exteriores, Sección Clave / Telegramas enviados y recibidos, n. 11, 10 de febrero de 1918.

23 CARRELLÁN RUIZ, Juan Luis (2010). *Las relaciones entre España y Chile 1900-1936*. Memoria para optar al grado de doctor en Historia, Universidad de Huelva, España, pp.434 y 435. Disponible en <http://rabida.uhu.es/dspace/bitstream/handle/10272/3782/b15228496.pdf?sequence=2> y en <http://dialnet.unirioja.es/servlet/tesis?codigo=21775>

El mismo autor describe que posterior a esta adquisición se procedió a la compra del material aeronáutico antes mencionado, contando con parte del dinero que inicialmente se había destinado a la compra de pólvora.



Miembros de la legación de Chile en Madrid

Antes de finalizar este breve estudio pasaré a describir un hecho que revestía especial importancia para la Legación en Madrid: el arribo del nuevo ministro Joaquín Fernández Blanco, esperado en febrero de 1918. Ya a principios de ese mes la correspondencia entre el secretario de la Legación, Diego de Castro, y el cónsul general con sede en Barcelona, Anselmo de la Cruz, trata sobre la posible llegada a fines de ese mes del nuevo ministro.²⁴ Hay constancia de su arribo a fines de marzo²⁵ y pronto comienza la organización de la ceremonia de presentación de credenciales al rey Alfonso XIII. Finalmente se define el día 24 de junio para la ocasión y el mismo ministro escribe a Santiago para dar cuenta de los sucesos:

*“Tengo el honor de informar a V.S. que hoy fui recibido en audiencia por S.M. el Rey.- Dióme cordialísima acogida manifestando que si hasta ahora (las) relaciones fueron amistosas lo serían más aún en adelante.- Expresó deseo de fomentar vinculaciones comerciales señalando otros aspectos interesantes para el acercamiento de nuestros países.- Fui recibido, acto continuo, por la Reina Madre.- La Reina Victoria se encuentra enferma y me recibirá en otra ocasión.- FERNÁNDEZ BLANCO”.*²⁶

24 ARCHIVO GENERAL HISTÓRICO, Ministerio de Relaciones Exteriores, Fondo Histórico, volumen 698. Correspondencia recibida en el Consulado de España, desde Legación en Madrid, 3 de febrero de 1918.

25 ARCHIVO GENERAL HISTÓRICO, Ministerio de Relaciones Exteriores, Fondo Histórico, volumen 698. Correspondencia recibida en el Consulado de España, desde Legación en Madrid, 23 de marzo de 1918. Nota manuscrita de saludo enviada por Joaquín Fernández Blanco desde Sevilla al cónsul general Anselmo de la Cruz.

26 ARCHIVO GENERAL HISTÓRICO, Ministerio de Relaciones Exteriores, Fondo Histórico, volumen 699. Ministerio de Relaciones Exteriores, Sección Clave / Telegramas enviados y recibidos, N° 64, 24 de junio de 1918.



Con esta ocasión, los miembros de la Legación se sacaron una fotografía que manifiesta la solemnidad del acto. El nuevo ministro se la obsequió dedicada a Ricardo Irarrázaval L. y señora, actualmente la conserva su familia, simboliza la estima que sentía por él y de alguna manera la importancia del adicto militar en la representación diplomática. La dedicatoria dice:

"A Ricardo y María. Recuerdo del día en que presenté mis credenciales a S. Majestad. Madrid, a 24 de junio de 1918". (Firmado por Joaquín Fernández Blanco).

En el reverso está anotado a mano las personas que aparecen en la fotografía: ministro de Chile en España, Excmo. Sr. Joaquín Fernández Blanco (al centro de la fotografía), secretario de la Legación Diego de Castro Ortúzar, agregado militar teniente coronel Ricardo Yrarrázaval Lira (a la derecha del ministro), secretario 2º Cesáreo Álvarez de la Rivera y agregado Fernando Márquez de la Plata E.

BIBLIOGRAFÍA

ARCHIVO GENERAL HISTÓRICO, Ministerio de Relaciones Exteriores, Fondo Histórico, volumen 698. Correspondencia recibida en el Consulado de España, Nº 371 y 434. Legación de Chile en España.

ARCHIVO GENERAL HISTÓRICO, Ministerio de Relaciones Exteriores, Fondo Histórico, volumen 699. Ministerio de Relaciones Exteriores, Sección Clave / Telegramas enviados y recibidos, Nº 8, 11 y 24.

Ley Nº 3.293, de 21-IX-1917, Art. 3º.

UN AGREGADO MILITAR CHILENO EN MADRID DURANTE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

- BARROS VAN BUREN, Mario (1970). *Historia Diplomática de Chile (1541-1938)*. Ediciones Ariel, Barcelona, España.
- BARROS VAN BUREN, Mario (1973). *El ministerio de Relaciones Exteriores (apuntes para una historia administrativa)*. Ministerio de Relaciones Exteriores - Departamento de impresos, Santiago.
- BRAHM GARCÍA, Enrique (2002). *Preparados para la guerra. Pensamiento militar chileno bajo influencia alemana 1885-1930*. Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago.
- CARRELLÁN RUIZ, Juan Luis. *Las relaciones entre España y Chile (1902-1931): los contactos militares*. pp. 7-9. Disponible en la página web de la Universidad de Cantabria: <http://www.unican.es/NR/rdonlyres/0000e2e8/qucgejgxlhxjrlglcyhrvhaldiabrs/JLCARRELLANLASRELACIONESENTREESPA%C3%91AYCHILE19021931LOSCONTACTOSMILITARES.pdf>.
- CARRELLÁN RUIZ, Juan Luis. *Las relaciones entre España y Chile 1900-1936*. Memoria para optar al grado de doctor en Historia, Universidad de Huelva, España, 2010. pp. 434 y 435. Disponible en <http://rabida.uhu.es/dspace/bitstream/handle/10272/3782/b15228496.pdf?sequence=2> y en <http://dialnet.unirioja.es/servlet/tesis?codigo=21773>
- COUYOUMDJIAN, Juan Ricardo y MUÑOZ, María Angélica. "Chilenos en Europa durante la Primera Guerra Mundial: 1914-1918". En revista *Historia* N° 35, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 2002. pp. 35-62. Disponible en <http://revistahistoria.uc.cl/estudios/1868/>
- FONTECILLA LARRAÍN, Arturo. "El general don Ricardo Yrarrázaval L." en *Revista Universitaria*, Universidad Católica de Chile, Santiago, año XXVII, N° 1, 1942.
- RIQUELME OYARZÚN, Benjamín. "La neutralidad de Chile durante la Primera Guerra Mundial". En *Revista de Marina* 3/2010; pp. 268 a 272. Disponible en: <http://revistamarina.cl/revistas/2010/3/riquelme.pdf>
- RIVAS VICUÑA, Manuel (1964). *Historia Política y Parlamentaria de Chile*. Ediciones Biblioteca Nacional, Santiago.

ILDEFONSO ELORRIAGA:
LA ACTUACIÓN EN UN CAMPO NOBLE

Camilo Osorio Gálvez¹

Ildefonso Eleorraga, Idelfonso Elorriaga, Idelfonso Elorreaga; tres nombres para referirnos a la misma persona; el oficial realista nacido en el pueblo de Aspuru en la región de Alava en España en 1782 y murió con la gloria en el campo de batalla de Chacabuco el 12 de febrero de 1817 a la edad de 35 años.

Las fuentes historiográficas nacionales no abordan de sobremanera lo relacionado con el ejército que defendía la causa del rey de España, que mal llamado “Realista” al parecer no habría tenido mayores actuaciones o importancia y sería conformado solo por españoles que buscaban sofocar la revolución de los insurgentes de 1810² y sus personajes o integrantes no tendrían grandes biografías o trabajos como los triunfadores de Chacabuco; encontrándose solo datos difusos de sus actos entre las fuentes y los historiadores que se han dedicado al período.

Para abordar a este personaje hay que tener cuatro referencias claves que nos ilustran su actuación: la primera es su rol previo a la guerra como comerciante de Concepción; la segunda es su reclutamiento por Antonio Pareja, tras el que participó combatiendo en la toma de Talca donde derrotó a Carlos Spano y su gran aporte en la Batalla de Rancagua, en que se venció a los insurgentes que debieron partir al exilio; la tercera es su papel como gobernador de Coquimbo durante el período de la Contrarrevolución;³ y la cuarta, su tarea como organizador de la defensa de Chile en Chacabuco, donde será muerto.

-
- 1 Licenciado en Educación, profesor de Historia y Ciencias Sociales, alumno del programa de Magíster en Historia Militar y Pensamiento Estratégico de la Academia de Guerra del Ejército de Chile. Email: camosoriogal@gmail.com
 - 2 Se ha debatido ampliamente el concepto para designar a los beligerantes que se enfrentaron en la Guerra de Independencia. La historiografía nacional decimonónica designó como “Realistas” a los que defendieron la causa del rey, cuando a sí mismos ellos se designaron como “Patriotas”, ya que actuaron por defenderla de una revolución que atentaba contra el orden imperial de España; a su vez, la conformación del Ejército leal al rey no estaba circunscrita solo a peninsulares que eran el menor porcentaje, sino, como ha demostrado ampliamente Cristián Guerrero Lira, también lo conformaban chilenos o hijos de aristócratas que creían firmemente en esta causa (Cfr. GUERRERO LIRA, Cristián (2002). *La Contrarrevolución de la Independencia en Chile*. Ed. Universitaria, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago de Chile).
 - 3 También se ha producido un debate al respecto de la nomenclatura del período que va desde la derrota de Rancagua en 1814 al triunfo de las armas revolucionarias en Chacabuco en 1817, que tradicionalmente se llamó como la “Reconquista”, sin embargo el significado del concepto hace relación a una reocupación del reino que se había perdido con anterioridad y con estricto rigor cuando se instaura la junta de gobierno en Chile y se jura lealtad al rey de España, por lo que entre 1810 y 1814 la provincia o el llamado “Reino de Chile” aún pertenece al Imperio español y al rey, razón por la que surgió después de Rancagua la persecución a los derrotados de esta batalla y a su colaboradores, que fueron llevados a Juan Fernández o duramente castigados.

I. ANTES DE LA GUERRA: EL COMERCIANTE

Ildefonso Elorriaga salió de España muy joven, buscando, al igual que muchos de los peninsulares que arriban a esta zona, fama y riqueza. Para lograr este fin llega a Santiago, donde es recibido por el comerciante español don Domingo Díaz de Salcedo y Muñoz, de quien fue dependiente, y al poco tiempo contrae matrimonio con su hija, doña Manuela Díaz de Salcedo.

Al auspicio de su mentor, don Domingo Díaz, Ildefonso se emplea en el cuerpo de milicias de infantería del rey, ingresando con el grado de cadete en 1806 y al año es ascendido a alférez y en 1809 es ascendido a ayudante, tiempo en que le toca hacer la campaña de las Lomas en el que resalta su genio militar. Sin embargo se retira del Ejército para dedicarse al comercio en Concepción,⁴ lugar donde le sorprenden los acontecimientos de Santiago que buscaban aires de emancipación.

Al ver el movimiento revolucionario como de alta traición a la patria, de inmediato ofrece sus servicios y conocimientos militares al brigadier Antonio Pareja, quien lo recluta en la ciudad de Concepción para iniciar la campaña al norte contra “Chile”, como lo refleja el ambiente de la época.

La citada obra de Armando Cartes Montory explica cómo las tensiones regionales entre la capital política de Chile (Santiago) y la capital militar⁵ (Concepción) durante la época de la Revolución hace posible finalmente que la segunda, en su gran mayoría, se mantenga leal a la causa del rey y combata duramente a los llamados “Insurgentes” que posteriormente la historiografía decimonónica catalogara como “Patriotas”, siendo que los llamados “Realistas” serán los que defenderán la patria, que consideran propia y, por ende, parte del Imperio español. En este escenario, Ildefonso Elorriaga emprende la campaña, junto a otros compatriotas, contra los traidores o insurgentes revolucionarios.

II. LOS PRIMEROS MOVIMIENTOS: DE CHILLÁN A RANCAGUA

Con la llegada del brigadier Antonio Pareja desde el Perú, se inicia la primera etapa de esta guerra civil, en la que los Insurgentes llevarían a cabo un plan que buscaría la independencia de Chile de España, así entonces los revolucionarios liderados por José Miguel de la Carrera y Verdugo emprendieron una campaña que culminaría bruscamente en la ciudad de Rancagua los días 1 y 2 de octubre de 1814.

4 Lamentablemente no se disponen de muchas fuentes para establecer qué tipo de actividad comercial habría realizado Elorriaga en Concepción ni desde qué año se ubicó en ese lugar, como tampoco se encontraron registros sobre sus capitales, sin embargo puede verse el libro de CARTES MONTORY, Armando (2010). *Concepción contra Chile. Consensos y tensiones regionales (1808 – 1811)*. Ed. Centro de Estudios Bicentenario, Santiago de Chile.

5 El concepto de una Capital Militar hace relación a la Guerra de Arauco de los tiempos de la Colonia, en la que Concepción se mantenía como una real escuela militar, donde podían entrenarse tanto oficiales como soldados en el terreno del conflicto mismo.

La memoria de Diego José Benavente, citado por Barros Arana, describe las primeras campañas de este oficial, quien había recibido el rango de comandantes de milicias de caballería, como:

"[...] encargadas de las exploraciones de avanzada. En tal puesto se comportó admirablemente. Se movía de un lado a otro con una agilidad asombrosa. Reconocidas las posiciones patriotas, caía sorpresivamente sobre ellas, con su gente alerta, con un revuelo de aves de presa. Antes que salieran de su asombro los atacados, ya el guerrillero había volado sin que le alcanzasen los tiros en la retirada. Reparando el Ñuble, en una noche lluviosa, cayó sorpresivamente sobre la tropa del coronel don Luis de la Cruz, división de observación que aquel había dejado en las márgenes de aquel río".⁶

Conforme a lo planteado en la cita expuesta, Elorriaga causó diversas complicaciones al Ejército patriota al atacar con unidades pequeñas en posiciones ventajosas y con carácter furtivo al enemigo; esta rapidez también la describe en su diario militar José Miguel Carrera al decir:

"Oficié al comandante General de la segunda división, para que desamparase a Quirihue y viniese a Bulluquín, dejando una partida de 150 fusileros para que, en la parte del norte del [río] Itata, protegiese los convoyes de Talca y los pueblos. Ejecutado este movimiento, [Ildefonso] Elorriaga, que observaba a O'Higgins, o perecía con su división que había sido atacada por su frente y retaguardia, o huía a Chillán, dejando libre la frontera toda y a mí tranquilo para tomar a Arauco, Santa Juana y Nacimiento [...]".⁷

Sin embargo este oficial no solo sería un fugaz guerrillero como fue descrito, sino que también un avezado estratega, como lo demostrará en los campos de Rancagua y de Chacabuco —aunque como se verá más adelante, fue reducido a una actuación menor— período en el que tiene bastante respeto como lo refleja Barros Arana:

"Cuando Elorriaga volvió a Chillán después de esta pequeña expedición, se le hizo un aparato recibimiento, con repique de campanas y con otras manifestaciones, como si se celebrase un verdadero triunfo. Así se conseguía levantar el espíritu del soldado, inspirándole confianza en la situación".⁸

6 BENAVENTE, Diego José. *Primeras campañas en las Guerras por la Independencia*. Citado por CAMPOS HARRIET, Fernando. *Los Defensores del Rey*. En <http://books.google.cl/books?id=1wv0Mdeyf3sC&pg=PA70&lp=PA70&dq=campamento+de+lomas+Elorriaga&source=bl&ots=ipx4K19s-m&sig=LmOxsRj0ACxlx7tCbZGKgG3bOOI&hl=es&sa=X&ei=STCpUdOJCibVyAG-ioGoBA&ved=0CEUQ6AEwAg#v=onepage&q=campamento%20de%20las%20lomas%20Elorriaga&f=false>, vista el 26 de mayo de 2013.

7 CARRERA, José Miguel. *Diario Militar*. En: www.historia.uchile.cl, vista el 27 de mayo de 2013.

8 BARROS ARANA, citado por CAMPOS HARRIET, *op. cit.* p. 70.

Este recibimiento, como señalan las crónicas de la época y la *Historia General de Chile* de Diego Barros Arana, fue debido a la acción que emprende Elorriaga con Antonio Quintanilla contra Luis de la Cruz. La sorpresa que le provocan no le deja más opción que entregar sus armas; esta situación es relatada por Barros Arana como sigue:

*“La sorpresa fue tan repentina, y era tanta la desprevenición de los patriotas, que toda resistencia se hizo imposible. Cruz y sus soldados, sorprendidos durmiendo, tuvieron que entregar sus armas y darse por prisioneros. Elorriaga, entre tanto, cayó con su gente como una bandada de peucos sobre las casas de la hacienda de don Juan Manuel Arriagada, que ocupaba otro destacamento patriota. El capitán don Pedro Nolasco Victoriano, que lo mandaba, advertido por el galope de los caballos, puso a su gente sobre las armas. Recibió a los asaltantes con una descarga de fusilería que mató al guerrillero realista Chávez y a siete de sus compañeros y mantuvo la defensa por dos horas con la más heroica resolución. Los realistas, protegidos por una pared, se acercaron a la casa y le prendieron fuego; Victoriano siguió batiéndose con un valor desesperado. Quintanilla acudió en socorro de Elorriaga y se hizo imposible toda resistencia”.*⁹

Conforme a la cita expuesta, los revolucionarios no tuvieron mayor oportunidad frente a estas cargas de guerrilla con que sorprendían en la noche a sus enemigos; luego de esto Elorriaga fue recibido con vítores por los chillanejos y de paso los insurgentes debieron deponer el sitio con que asediaban a la ciudad, a causa justamente de estas derrotas y de las constantes enfermedades y desertiones que sufrió el ejército alzado en este período. De esta manera, Elorriaga recibió el mandato de ocupar, a la cabeza de 350 fusileros montados, Los Ángeles, Yumbel, Rere y otras plazas fronterizas que habían quedado desguarnecidas.

Con la huída de Carrera de vuelta a Santiago, la división aumenta entre los jefes que se oponían a las fuerzas del rey, así llega el año 1814 y Bernardo O’Higgins asume el mando de las fuerzas, que enfrascadas en conflictos internos, no puso mayor atención ni menos oposición al avance de las tropas al mando del brigadier don Mariano Osorio, que aprovechando esta desavenencia avanza desde Concepción y ocupa sin mayores contratiempos la línea del Maule.

En el Maule, Elorriaga, con aquella actividad y ligereza que lo había hecho famoso en toda la campaña, pasaba el Maule cautelosamente a la cabeza de poco más de 300 hombres por el vado de Duao y sorprendía dormidos a los milicianos chilenos que estaban destacados y les daba un ultimátum, que no es cumplido por los habitantes de la ciudad, el jefe realista cae en la madrugada sobre la pequeña guarnición que es comandada por el español Carlos Spano, sin embargo el aplomo y arrojo les da la victoria a los defensores del rey, en la que acabaron con la guarnición de Spano—incluso él muere en esta acción—y establecen el control sobre esta línea defensiva, logrando asegurar un avance sobre el norte, que fue lo que posteriormente ocurrió. Elo-

9 BARROS ARANA, Diego (2002). *Historia General de Chile*. Tomo IX. Ed. Universitaria, Centro de investigaciones Diego Barros Arana. Santiago, Chile.

rriaga era dueño de Talca y restablecía la tranquilidad pública, impidiendo el saqueo que habían comenzado a ejecutar sus tropas. Tomo muchos prisioneros y un regular repuesto de municiones y víveres.

Con el Ejército real a cargo de Mariano Osorio, el coronel Elorriaga recibía el mando de una división de Vanguardia con 1.452 hombres y cuatro cañones de campaña, dándole como su lugarteniente al teniente coronel Antonio Quintanilla. En agosto de 1814 ocupa nuevamente Talca y en septiembre del mismo año entra San Fernando sin oposición alguna.¹⁰ El plan de Osorio es llegar a Santiago y sofocar definitivamente el alzamiento, sin embargo, los jefes enemigos deciden deponer su actitud fratricida y oponerse a Osorio, para lo cual disponen sus fuerzas con el fin de detenerlo en Rancagua o en Paine;¹¹ finalmente la batalla decisiva fue en la ciudad de Rancagua, en la que comandaba una división importante que iba a la vanguardia del avance de los defensores del rey.

En Rancagua Elorriaga comandó la caballería que tendría la misión de romper el cerco revolucionario en la plaza de la ciudad, como muestra el parte de Osorio, que dice:

*“Viendo que el enemigo cargaba sobre ella, mandé reforzar las indicadas partidas, e incontinenti hice desfilar la vanguardia al mando del coronel D. Ildefonso Elorriaga, compuesta de los batallones de Valdivia y Chillán [...]”.*¹²

Como muestra esta cita, el ataque del ejército del rey en Rancagua se inicia en gran medida por la acción del coronel Elorriaga, que junto a Quintanilla y Lantaño encerraron a las fuerzas de O’Higgins al interior de la plaza y redujeron su fuerza a no más de 1.000 hombres, que sin embargo logran resistir a las fuerzas atacantes por casi dos días durante los que los asediaban en forma constante e ininterrumpida.

Elorriaga en Rancagua, de acuerdo al parte de Mariano Osorio, entra por el callejón de Machalí y rodea a los revolucionarios en una acción envolvente, dividiendo sus fuerzas por las casas coloradas – actual calle O’Carroll de la ciudad de Rancagua – y por la actual calle Membrillar, cayendo sobre las trincheras patriotas para tratar de romper el bloque; más adelante llegan los refuerzos con Maroto, Marqueli, Pando y otros jefes del ejército real. Pasado el día uno de octubre, Carrera anota en su diario militar:

*“Este ataque fue sostenido cerca de la Cañada por la caballería del invencible Elorriaga desde las 9 de la mañana a las 3 de la tarde, y aunque Elorriaga pensó cortarles la retirada por el callejón que va a la compañía, no pudo verificarlo, pero sí consiguió que se replegase a la Quinta”.*¹³

10 En agosto de 1814 ambos jefes revolucionarios se enfrentan en Tres Acequias, por lo que no se oponen al avance de los defensores del rey.

11 Carrera propone este punto para la defensa de Santiago, sin embargo O’Higgins le hace ver que en este las tropas del rey podrían franquear su paso por la cuesta de Chada, burlando a la división defensora y caer sobre Santiago sin disparar un solo tiro.

12 OSORIO, Mariano. Citado por BALBONTÍN, Manuel (1964). *Rancagua*. Ed. Arcos. Santiago, Chile.

13 CARRERA, *op. cit.*

En la cita se reconoce el genio militar del coronel Elorriaga, al que se le respeta como tal, y como demuestran las fuentes, tuvo una activa participación en la derrota de los insurgentes en la jornada del uno y dos de octubre de 1814.

Tras Rancagua, pues Elorriaga había recibido órdenes de ocuparla como efectivamente lo hizo el 9 de octubre, el guerrillero del rey despachó diversos piquetes a cortar las últimas partidas de insurgentes que se retiraban desordenadamente. Así los derrotados corrieron tres penosos destinos, unos fueron confinados a la isla de Juan Fernández; otros partieron al exilio en Mendoza y un tercer grupo tuvo que soportar las consecuencias de la actuación o la participación en la revolución, sufriendo el embargo de sus bienes o siendo fusilados o torturados como medidas de carácter ejemplificador contra quienes intentaran tomar las armas contra el rey o sus autoridades.

III. LA ETAPA DE LA CONTRARREVOLUCIÓN: GOBERNADOR DE COQUIMBO

Cuando Osorio asume en forma interina el Gobierno de Chile debió enfrentar un movimiento insurgente en La Serena y, acostumbrado a la notable acción de Elorriaga en las campañas anteriores, le confió el mando de la vanguardia y de esta empresa, colocando bajo sus órdenes un cuerpo de quinientos hombres y dotándole de los poderes suficientes para desempeñar en las provincias del Norte el gobierno político y militar. Elorriaga desembarcó con sus tropas en el puerto de Coquimbo en forma inesperada y sorpresiva y no dio tiempo a que se armara una defensa apropiada por parte del reducto insurgente, por lo que triunfó rápidamente en la ciudad de La Serena, consiguiendo la parte norte del reino a favor de las armas del rey.

Una vez instalado como jefe militar interino, mandó a ejecutar numerosas prisiones tanto a insurgentes como a extranjeros de los que se haya podido demostrar su colaboración en la campaña revolucionaria, así entonces ordenó el embargo de bienes, propiedades y pertrechos útiles bajo pretexto de que sus dueños se habían mezclado en los negocios públicos o abiertamente con los alzados.

En premio por los servicios prestados en Rancagua y en la primera parte de la campaña hasta 1814, Ildefonso Elorriaga es nombrado por el gobernador don Francisco Casimiro Marcó del Pont Ángel y Méndez como jefe del departamento de Coquimbo y se le encarga la defensa del reino desde Coquimbo hasta Aconcagua. Según los informes de que dispone Marcó del Pont sobre el ejército que se arma allende los Andes, se espera una entrada por más de un lugar, por lo que divide sus fuerzas en los tres puntos principales en que se creía que podría venir el grueso del ejército de San Martín.

Mientras se prepara la defensa de Chile ante una amenaza concreta que se estaba armando en las provincias de Cuyo, Elorriaga fue intendente subdelegado y juez de minas de Coquimbo hasta el 1º de enero de 1817, en que fue llamado con urgencia a Santiago, para ponerse a la cabeza de un cuerpo de tropas, que debía resistir a la anunciada invasión de los ejércitos unidos de San Martín.

IV. EL TRÁGICO DESTINO: CHACABUCO

Previo al 12 de febrero de 1817 en que se desata la Batalla de Chacabuco, la situación del ejército real no era favorable, así lo registra Alberto Lara en su libro *La Batalla de Chacabuco. Relación histórica y estudio crítico militar*:

*“En los últimos meses de 1816 la situación del ejército realista no era favorable; existía un germen de descontento entre el elemento español i el chileno que servía en sus filas; aquel miraba con profundo desdén a este que se sentía humillado hasta por la condición tan inferior en que se le mantenía con respecto a sueldo i vestuario”.*¹⁴

Con respecto a la cita expuesta es posible afirmar que los efectivos del ejército real tenían desavenencias entre ellos y, por lo tanto, sería muy difícil llevar a cabo una buena resistencia que permitiese detener de buena manera el avance del ejército de San Martín. Así entonces el gobernador Marcó del Pont distribuyó su ejército de 3.000 efectivos en tres puntos importantes, confiando a Elorriaga la defensa del valle de Aconcagua hasta la línea del río Cachapoal —pues no se creía un ataque desde un punto más al norte que el mencionado valle Aconcagua—, más adelante, desde el Cachapoal hasta el Maule al coronel Sánchez y Quintana, mientras que en el sur, desde el Maule hasta Valdivia al coronel Ordoñez.

A inicios de febrero de 1817 se tiene la información de que el grueso del ejército viene por los pasos de Uspallata y el Planchón, por lo que la división de Elorriaga debe trasladarse de vuelta a Santiago y ponerse bajo las órdenes del general Rafael Maroto, en quien Marcó del Pont confió la defensa de Santiago. Así el día 11 de febrero llegó a las casas de Chacabuco con alrededor de 1.700 soldados distribuidos entre 1.400 de Infantería, 250 de Caballería y 50 de Artillería, que Elorriaga entregó de inmediato a disposición de Maroto para que los colocase en los cerros de Chacabuco, precisamente entre el Cerro Quemado y el Cerro del Chingue.

Como era conocida la fama de Elorriaga a cargo de las fuerzas de vanguardia y sus éxitos a cargo de la misma, Maroto lo pone a cargo de las tropas adelantadas con la orden específica de ocupar las alturas del Cerro del Chingue, el cerro Las Tórtolas y Los Halcones, con el fin de sorprender a los insurgentes antes que ocupen aquellos puntos. Sin embargo Elorriaga hace su campamento a las faldas del cerro y el grueso de las tropas reales se ubica a 6 km de distancia al sur en la falda de la cuesta y a casi a 12 km de la cumbre, por lo que deja un punto desguarnecido bastante importante para que sea ocupado por el enemigo, que ya venía muy cerca de aquella posición.

14 LARA, Alberto (1917). *La Batalla de Chacabuco. Relación histórica y estudio crítico militar*. Imprenta del Regimiento de Infantería Lautaro, Los Angeles.

Según los registros de Quintanilla, el coronel Elorriaga ocupaba la vanguardia con 130 infantes, él lo ayudaba con la caballería y dos cuerpos del Talavera y el Chiloé y con la artillería ocupaba una posición a doce cuadras de la altura. Cuando el coronel Elorriaga va a tomar la altura del cerro se encuentra con la desagradable sorpresa que el enemigo ya venía bajando y empezó la batalla que para algunos sería la venganza de Rancagua.

Sorprendidos los defensores del rey en la explanada, debieron replegarse hacia el Cerro del Chingue y oponer resistencia a los insurgentes que venían bajando al mando de Bernardo O'Higgins. Elorriaga junto con Quintanilla ocupan la cumbre del cerro para tratar de armar una resistencia mientras esperaban por refuerzos que Maroto podría enviar, pero ya era tarde. La acción envolvente con que Estanislao Soler apoya a la división de O'Higgins y ataca la retaguardia de los defensores del rey inclina la balanza a favor de los revolucionarios, quienes finalmente ganaron la batalla.

Quintanilla registra en su diario que pudo escapar gracias a sus veloces caballos, sin embargo esa suerte no la corrió Elorriaga, pues al tratar de replegarse queda encerrado junto a su tropa por los flancos y el frente. Resistiendo ampliamente es asesinado a mansalva de un disparo en la cabeza, quedando su cuerpo en Chacabuco, el que finalmente fue saqueado por los insurgentes que buscaban venganza por su accionar como gobernador de Coquimbo.

V. CONCLUSIÓN

Ildefonso Elorriaga fue un destacado oficial que finalmente, por razones que son difíciles de explicar, ocupó una posición menor en la Batalla de Chacabuco, a pesar de que se destacó ampliamente en Rancagua y en las campañas anteriores en que propició grandes derrotas a los insurgentes, quienes lo reconocen como un hábil estratega y avezado combatiente. Se dice que en Chacabuco es quien organiza la defensa, pues Maroto como general en jefe no permanece mucho tiempo y al poco andar de la batalla abandona los cerros para irse de vuelta a Santiago y planear una segunda resistencia, la que no se lleva a cabo porque los revolucionarios no se demoran mucho en ocupar la capital y obligar a los defensores del Ejército real a replegarse en Concepción, continuando la guerra hacia el sur.

De esta manera, Elorriaga queda inscrito en la historia nacional, curiosamente no como un despiadado jefe realista, como fue el caso de Vicente San Bruno, sino como un destacado oficial que muere valientemente en la Batalla de Chacabuco, defendiendo la causa que cree correcta: la causa del rey de España.

BIBLIOGRAFÍA

- BARROS ARANA, Diego (2002). *Historia General de Chile*. Tomos IX y X. Ed. Universitaria, Santiago.
- BERTLING, Hans (1917). *Estudio sobre el paso de la cordillera de los Andes*. Talleres del Estado Mayor Jeneral, Santiago. (Digitalizado por www.memoriachilena.cl)
- BALBONTÍN, Manuel (1964). *Rancagua*. Ed. Arcos. Santiago.
- CAMPOS HARRIET, Fernando. *Los Defensores del Rey*. En: <http://books.google.cl/books?id=1wv0Mdeyf3sC&pg=PA70&lpg=PA70&dq=campamento+de+las+lomas+Elorriaga&source=bl&ots=ipx4K19s-m&sig=LmOxsRj0ACxlx7tCbZGKgG3bOOI&hl=es&sa=X&ei=STCpUdOJCibVyAG-ioGoBA&ved=0CEUQ6AEwAg#v=onepage&q=campamento%20de%20las%20lomas%20Elorriaga&f=false>.
- CARRERA, José Miguel. *Diario Militar*. En: www.memoriachilena.cl y www.historia.uchile.cl.
- CARTES MONTORY, Armando (2010). *Concepción contra Chile. Consensos y tensiones regionales (1808 – 1811)*. Ed. Centro de Estudios Bicentenario, Santiago.
- GUERRERO LIRA, Cristián (2002). *La Contrarrevolución de la Independencia en Chile*. Ed. Universitaria, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago.
- LARA, Alberto (1917). *La Batalla de Chacabuco. Relación histórica y estudio crítico militar*. Imprenta del Regimiento de Infantería Lautaro, Los Anjeles.

